

ECONOMÍA SOLIDARIA

potencialidades y desafíos

Luis Razeto
Jordi Garcia Jané
Pablo Guerra
Enrique del Río
Igor Sádaba
Vicente Pérez Quintana
Daniel Jover
Fernando Álvarez-Uría

Ensayo

Territorios, democracias
y movimientos sociales:
apuntes para un debate
sobre ciudadanía
ecológica

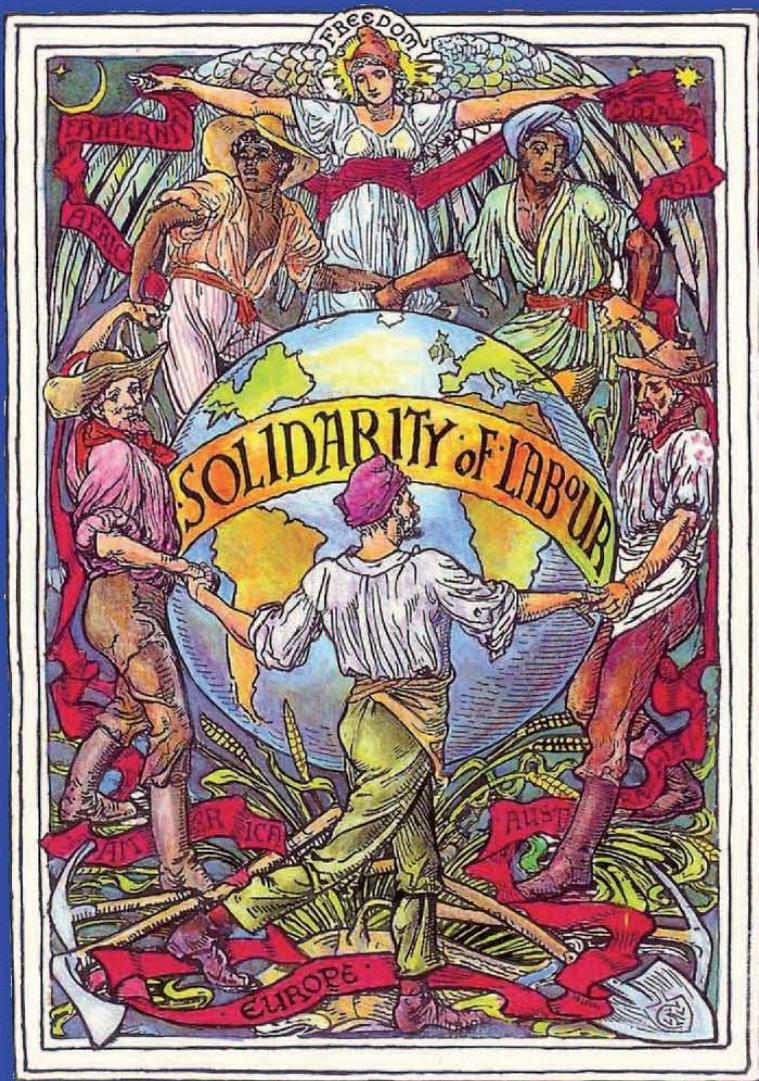
J. L. Fernández Casadevante y
A. Ramos

Aristas esenciales de un
pensador poliédrico (I).
Manuel Sacristán
(1925-1985) a los 25
años de su fallecimiento

S. López Arnal



Icaria editorial



Director - Santiago Álvarez Cantalapiedra

Jefa de redacción - Olga Abasolo Pozas

Consejo de redacción

Tanja Bastia (Universidad de Manchester)
Óscar Carpintero (Universidad de Valladolid)
Francisco Fernández Buey (Universidad Pompeu Fabra)
Javier Gutiérrez Hurtado (Universidad de Valladolid)
Yayo Herrero (Centro Complutense de Estudios e
Información Medioambiental)
Carlos Montes (Universidad Autónoma de Madrid)
José Manuel Naredo (Cuerpo Superior de Estadísticos
del Estado)
Gaby Oré (Centro por los Derechos Económicos y
Sociales)
Helena Villarejo (Universidad de Valladolid)
Nieves Zúñiga (Universidad de Essex)

Comité asesor

Daniele Archibugi (Universidad de Londres)
Pedro Ibarra (Universidad del País Vasco)
Isabelle Kempf (Oficina del Alto Comisionado
para los Derechos Humanos)
Bichara Khader (Universidad de Lovaina)
Michael T. Klare (Hampshire College)
Saul Landau (California State University)
Maxine Molyneux (Universidad de Londres)

Papeles de relaciones ecosociales y cambio global es una revista trimestral publicada desde 1985 por el Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial), perteneciente a la Fundación Hogar del Empleado (FUHEM). Con una mirada multidisciplinar, la revista aborda temas relacionados con la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia, con la paz como eje transversal de análisis.

La revista está recogida sistemáticamente por las bases de datos: LATINDEX, DIALNET, DICE, ISOC-Ciencias Sociales y Humanidades, RESH, ARCE

© FUHEM. Todos los derechos reservados

CIP- Ecosocial

Duque de Sesto 40, 28009 Madrid

Teléf.: (+34) 91 576 32 99 – Fax: (+34) 91 577 47 26

cip@fuhem.es

www.revistapapeles.fuhem.es

I.S.S.N. - 1888-0576

Depósito legal - M-30281-1993

Ilustración de portada: «Labours May Day» (1889), dedicada a la clase trabajadora mundial inspirada por la libertad y el derecho al ocio. Walter Crane, dibujante y escritor británico, ilustró numerosas viñetas para el partido socialista.

Para solicitar autorización para la reproducción de los artículos escribir a CIP-Ecosocial.

Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las de CIP-Ecosocial y son responsabilidad de los autores.

Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año.

Impreso en papel ecológico como parte de la política de buenas prácticas en materia de sostenibilidad de FUHEM.

INTRODUCCIÓN

5

ENSAYO

**Territorios, democracias y movimientos sociales:
apuntes para un debate sobre ciudadanía ecológica** 11

José Luis Fernández Casadevante y Alfredo Ramos

**Aristas esenciales de un pensador poliédrico (I).
Manuel Sacristán (1925-1985), a los 25 años de
su fallecimiento** 23

Salvador López Arnal

ESPECIAL:

ECONOMÍA SOLIDARIA potencialidades y desafíos

¿Qué es la economía solidaria? 47

Luis Razeto

La economía solidaria no está en paro 53

Jordi Garcia Jané

La economía solidaria en Latinoamérica 67

Pablo Guerra

**El planteamiento cooperativo: un enfoque
autogestionario de la actividad económica** 77

Enrique del Río

**Dilemas y oportunidades del conocimiento
abierto** 89

Igor Sádaba

**La economía social: un desafío para los
movimientos sociales** 99

Vicente Pérez Quintana

**Dimensión político-cultural de la economía
solidaria** 109

Daniel Jover

**La buena sociedad. Por una izquierda europea
anticapitalista e internacionalista** 121

Fernando Álvarez-Uría

SUMARIO

PANORAMA

Causas y efectos de la conflictividad en la República Democrática del Congo y los Grandes Lagos 133

Mbuyi Kabunda

Un análisis multifocal del terremoto de Haití 145

Carlos Gómez Gil

PERISCOPIO

Economía solidaria y participación ciudadana: un balance de la innovación iberoamericana 161

José Luis Fernández Casadevante, Alfredo Ramos y Ariel Jerez

ENTREVISTA

Entrevista a Víctor M. Toledo 171

Monica Di Donato

LIBROS

Descenso al caos: EEUU y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central de Ahmed Rashid

Afghanistan's Political Stability: A Dream Unrealised de Ahmad Shayeq Qassem 181

Nuria del Viso

Conversaciones con Edward Said de Tariq Ali 183

Mabel González Bustelo

Potencialidades y desafíos de la economía solidaria

Las prácticas económicas solidarias, que se presentan como alternativa al individualismo competitivo característico del comportamiento capitalista, no son nuevas. Han estado presentes –en mayor o menor grado según los momentos– en la acción y en la historia del movimiento obrero. El cooperativismo, las sociedades de socorro mutuo, el consejismo y la ocupación de fábricas han representado, junto a los partidos y los sindicatos de clase, formas de autoorganización y lucha de los trabajadores frente a los males provocados por el capitalismo industrial. En el «Discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores», en 1864, Marx reconocía en el movimiento cooperativista de su época una muestra de que la producción moderna no necesita la existencia de patrones y de que la iniciativa de los trabajadores libremente asociados representa una opción ante la economía política de la propiedad. A pesar de la tenacidad de sus protagonistas, esas experiencias nunca gozaron de prioridad en las estrategias contra el capitalismo ni llegaron a ser en ellas suficientemente representativas, con lo que la cultura política autogestionaria se convertiría, con el paso del tiempo, en un cabo suelto entre las tradiciones mayoritarias (socialdemócrata y comunista) del socialismo.

En la actualidad asistimos a un renacimiento de experiencias que buscan construir espacios sociales y económicos ajenos a la racionalidad y formas de organización típicamente capitalista. A ello ha contribuido, sin duda, la emergencia de una sociedad civil mundial que, a través de foros de encuentro y redes de movimientos, nutre el intercambio y el diálogo entre las diferentes iniciativas que se elevan por todas las latitudes. En el Sur, particularmente en América Latina, la economía solidaria se ha visto impulsada por el descubrimiento del papel que desempeña la eco-

INTRODUCCIÓN

Introducción

nomía popular en la reproducción social y por el reconocimiento que merecen determinadas prácticas tradicionales de carácter comunitario presentes en realidades campesinas e indígenas; en el Norte, por su parte, resurgen a resultas tanto de la crítica a la ceguera del mercado en relación con las necesidades sociales como de la insatisfacción que provoca la gestión burocratizada de los servicios suministrados por el Estado. Por otro lado, la recurrencia de crisis económicas en el capitalismo empuja a experimentar entre los sectores afectados con estrategias basadas en la ayuda mutua y la reciprocidad como una vía alternativa de lucha contra el deterioro continuado de su bienestar (*v.gr.*, mediante huertas, cocinas y comedores vecinales, empresas de inserción sociolaboral, colectivos de parados que impulsan iniciativas de autoempleo, cooperativas que promocionan la autoconstrucción, etc.).

A estos factores se suman otros asociados a los cambios que caracterizan a las llamadas sociedades posindustriales. En ellas, nuevas formas de organización del trabajo exigen al empleado mayor implicación y una mejor actitud de cooperación en el seno de equipos de trabajo colectivo, al tiempo que, en la estructura económica, va adquiriendo una creciente importancia el conocimiento y la prestación de servicios (incluidos los de proximidad y cuidado a las personas) que se compadecen mal con un tratamiento meramente mercantil. En la información, el conocimiento y los servicios a las personas están presentes rasgos propios de los bienes públicos y sociales, resintiéndose la calidad y cantidad de su provisión cuando actúa como única instancia el mercado.

Por estas y otras circunstancias, se van abriendo paso en la actualidad numerosas iniciativas que –situadas muchas de ellas en los márgenes del sistema económico (en áreas improductivas ocupadas por trabajadores sin tierra, en vertederos donde se recupera lo que otros desechan, etc.) o en la esfera de reproducción doméstica que subyace a la del mercado (producción para el autoconsumo, de bienes relacionales,¹ servicios de atención a mayores y cuidado de niños, etc.)– se convierten en campo de experimentación para colectivos que retoman aquí y allá el cabo suelto de la autogestión.

Pero la aspiración autogestionaria no es la única fuente de alimentación de la economía solidaria. Ésta, al ser el resultado de la confluencia de múltiples procesos de acción colectiva, se encuentra igualmente troquelada por las enseñanzas e influencias de los movimientos ecologista y feminista, así como por la práctica de la solidaridad internacional; y, en este sentido, bajo la influencia de los movimientos sociales estas experiencias se convierten también en un desafío para el saber económico establecido. Desde el plano de la *praxis* desvelan la estrechez de miras de la economía convencional (sólo preocupada por lo que tiene traducción monetaria y se intercambia en el mercado) y cuestionan la validez de muchas de

¹ Los bienes relacionales y comunitarios son fruto de las relaciones interpersonales informales que surgen de la convivencia familiar y social. Por sus características singulares resultan fundamentales para una adecuada reproducción social y, sobre todo, para la mejora de la calidad de vida de las personas.

las categorías y formas de razonar que habitualmente utiliza (un razonamiento fragmentario regido únicamente por la lógica unidimensional del beneficio). En cierto modo, la economía solidaria es la prueba más evidente de que otra forma de economizar es posible.

Otra economía es posible porque en las actividades económicas están presentes otras motivaciones, centralidades y propósitos que van más allá del interés propio como principio único de la conducta individual, del capital como factor central de impulso de la actividad y del lucro como única finalidad. La economía solidaria tiene la virtud de reconocer esa base plural en las motivaciones y estrategias de conducta (al lado del egoísmo y el comportamiento competitivo, también se encuentra la solidaridad y la actitud cooperativa); tiene la valentía de plantear la centralidad del trabajo en la economía; y goza de la clarividencia para no confundir la creación de riqueza con el objetivo del enriquecimiento privado. Sus partidarios suelen recordar las apreciaciones de los antropólogos acerca de los distintos principios que regulan la actividad económica: junto a las relaciones de intercambio, propias del mercado, existen también principios de reciprocidad y redistribución que es necesario profundizar para que la economía se oriente efectivamente hacia la satisfacción de las necesidades humanas y al desarrollo de las capacidades personales. Asimismo, desde estas experiencias se apresura a reconocer que determinadas dimensiones (antropológicas, sociales y ambientales), habitualmente ocultas en la visión convencional de la economía, son condiciones fundamentales para el bienestar social, y que en la generación y gestión de este no basta con el mercado sino que precisan también del concurso de otras instituciones (Estado, comunidad y esfera familiar).

En definitiva, otra economía es posible cuando se contemplan otras motivaciones, centralidades, finalidades, regulaciones, dimensiones e instituciones que permiten alumbrar otras conductas sociales. No cabe excluir de la sociedad humana comportamientos morales, solidarios o altruistas. El protagonismo de unos u otros dependerá, en gran medida, del tipo de sociedad en que se viva. En sociedades competitivas, los comportamientos ego-céntricos suelen tener más éxito que aquellos otros basados en la reciprocidad y la ayuda mutua, pero una sociedad caracterizada por la cooperación tenderá a favorecer los comportamientos altruistas en detrimento de los egoístas. En consecuencia, la inclinación hacia la solidaridad o hacia el egoísmo no es en absoluto algo intrínseco de las personas. Depende en gran medida de los contextos y de las normas e instituciones con las que nos regulemos. Esto plantea la exigencia de un trabajo colectivo de diseño de esas normas e instituciones, tarea que es eminentemente política y que necesita ensayo y experimentación, además del cultivo de una determinada cultura moral.

De ahí el valor de las experiencias de la economía solidaria, que si bien aún no tienen una gran trascendencia desde un punto de vista macroeconómico, ofrecen en un plano micro valiosas enseñanzas. La economía solidaria replantea el sentido y la finalidad de la

Introducción

empresa como institución social, lo que equivale a repensar sus fundamentos (esto es, cómo se combina el ejercicio de la libre iniciativa con los diferentes tipos de propiedad, con el carácter social del trabajo y las necesidades de la colectividad), sus normas de organización (en relación con la participación en la toma de decisiones y distribución de los excedentes) y sus principios de funcionamiento y responsabilidad (no sólo frente a propietarios y trabajadores, sino también frente a un círculo más amplio formado por proveedores, clientes y, en general, la comunidad en la que se inserta). La democratización de la empresa se contempla, desde esta perspectiva, como base para la extensión de un orden democrático más amplio.

Está por ver en qué medida ese vínculo entre autoorganización del trabajo y democratización de la sociedad es sólido y practicable. Quedan todavía muchas cuestiones por abordar, en especial, repensar el papel del Estado con el fin de que pueda, no sólo impulsar la expansión y articulación de las diferentes experiencias a lo largo de los distintos momentos del ciclo de la actividad económica (las finanzas, la producción, la comercialización y el consumo), sino también favorecer que la economía solidaria se dote de una lógica sistémica de reproducción que permita su desarrollo a lo largo del tiempo como una alternativa al capitalismo.² Y queda repensar la función del Estado para que, si se lograra lo anterior, la intervención pública no sofoque la vitalidad de una sociedad civil de la que dependen estas prácticas al estar arraigadas en lo más profundo del tejido comunitario.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

² Esta cuestión ha sido planteada en A. Martínez González-Tablas y S. Álvarez Cantalapiedra, «La economía crítica y solidaria: perspectivas teóricas y experiencias para la construcción de una economía alternativa», en *La situación del mundo 2008: progreso hacia una sociedad sostenible*, 2008, pp. 371-430, Icaria/ CIP-Ecosocial, Barcelona.

Territorios, democracias y movimientos sociales: apuntes para un debate sobre ciudadanía ecológica	11
<i>José Luis Fernández Casadevante y Alfredo Ramos</i>	

Aristas esenciales de un pensador poliédrico (I). Manuel Sacristán (1925-1985), a los 25 años de su fallecimiento	23
<i>Salvador López Arnal</i>	

Territorios, democracias y movimientos sociales: apuntes para un debate sobre ciudadanía ecológica

«No se trata tanto de solucionar problemas como de problematizar soluciones»

Jesús Ibáñez

Los autores proponen sumar a las reflexiones sobre la esfera privada y global y de las obligaciones ciudadanas una relectura de los derechos y reforzar la esfera pública. Para ello plantean alternativas de reconversión ecológica de las ciudades, la necesaria innovación política asociada al proyecto de decrecimiento y el desarrollo de una teoría crítica a partir de las prácticas sociales, aspectos por los que apuestan movimientos ecologistas y experiencias recientes de democracia participativa. En definitiva, apuestan por la defensa de lo local globalmente como principio desde el que caminar hacia un verdadero cosmopolitismo que favorezca una ciudadanía defensora tanto de la diversidad cultural como de la biodiversidad y el medio ambiente.

José Luis Fernández Casadevante y Alfredo Ramos son miembros de Garúa-Intervención Educativa S. Coop. Mad.

Este artículo pretende continuar el posible debate en torno a la idea de ciudadanía ecológica que están inaugurando los trabajos de Andrew Dobson y Ángel Valencia.¹ En primer lugar, es preciso reconocer el trabajo y la impor-

¹ Algunas de las obras de referencia de estos dos autores son: A. Dobson, «Ciudadanía ecológica. ¿Una influencia desestabilizadora?», *Isegoría*, núm. 24, 2001; A. Dobson, «Ciudadanía ecológica», *Isegoría*, núm. 32, 2005; Á. Valencia, «Ciudadanía ecológica: Una noción subversiva dentro de una política global», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 120, 2003; Á. Valencia, «El reto de la ciudadanía ante la crisis ecológica», *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, núm. 105, 2009, o el libro A. Dobson y Á. Valencia (coords.), *Citizenship, Environment, Economy*, Routledge, Nueva York, 2005.

tancia de estos dos autores a la hora de presentar un campo problemático (el de la ciudadanía) necesario para enfrentar la crisis ecológica en la que vivimos. Como también lo es reconocer las aportaciones de dichos autores a la hora de valorizar espacios y esferas imprescindibles y polémicas en el desarrollo de la ciudadanía (como la esfera privada y la esfera global) o la necesidad de debatir sobre las obligaciones ciudadanas en la resolución de problemáticas ambientales.

Primando tales reconocimientos creemos, también, que la esfera de la ciudadanía ecológica va más allá de la que estos dos autores reconocen y que es necesario continuar articulándola con otras cuestiones. Así, es necesario vincular la reflexión sobre la misma con el desarrollo de las teorizaciones en el campo ecofeminista o en el de las teorías poscoloniales, trabajo que sin duda sobrepasa las posibilidades de quienes escribimos estas líneas. En este caso, nos limitamos a plantear algunas tensiones.

En primer lugar, aquellas referidas a la relectura de los derechos y la necesidad de reforzar la esfera pública que se derivan tanto de la labor de algunos movimientos ecologistas como de experiencias recientes de democracia participativa. En segundo lugar, prestamos atención a algunos de los debates que se están dando sobre la ciudadanía global y la esfera local (ámbito no valorado por Dobson y Valencia), a partir de algunas alternativas de reconversión ecológica de las ciudades que se están poniendo en marcha desde hace años.

Los elementos que aquí volcamos están vinculados con la necesaria innovación política asociada al proyecto de decrecimiento² y con la propuesta de B. de Sousa Santos de desarrollar teoría crítica a partir de las prácticas sociales más innovadoras que se están dando en el Sur global, reconociendo que «necesitamos pensamiento alternativo sobre las alternativas, porque muchas alternativas existen hoy, pero no son reconocidas como tales; son marginadas, son invisibilizadas, son excluidas, son despreciadas y también desperdiciadas».³

De qué democracia estamos hablando

«El bosque sería muy triste si sólo cantaran los pájaros que mejor lo hacen»
Rabindranath Tagore

Este es un primer problema que se deriva de los trabajos de Dobson y Valencia. Pese a que ambos autores tratan la cuestión de la subrepresentación (desde los parámetros de las nuevas generaciones y la naturaleza como actores no representados por las instituciones clásicas)

² S. Latouche, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona, 2009.

³ B. de Sousa Santos, *Pensar el Estado y la sociedad: desafíos actuales*, CLACSO, Buenos Aires, 2009, p. 19.

cas de los Estados-nación), elementos como la preeminencia de la esfera privada sobre la pública o del ámbito de las obligaciones sobre los derechos, parecen derivar en un refuerzo de la democracia de baja intensidad, de una democracia que «no garantiza las condiciones de igualdad política, reduce la participación en el voto, es vulnerable a la participación y no reconoce otras identidades que las individuales».⁴ En este sentido, la ciudadanía así considerada puede reforzar su carácter de forma de inclusión que genera nuevos procesos de exclusión, y no hace sino despolitizarla, es decir, abandonar el carácter conflictivo de la misma y convertirla en un instrumento de gestión de la crisis ecosocial sin plantearse la necesidad de vincular la resolución de dicha crisis con la profundización democrática que exige.

La ecología política plantea una crítica a los mecanismos de representación del Estado y se basa en las prácticas de la sociedad civil

Frente a esto, dos son las herramientas fundamentales que desde la *ecología política* se plantean para revisar, desde el carácter conflictivo de su construcción, la idea de la ciudadanía ecológica:

- Conflictos *ecológico distributivos* como aquellos «que se manifiestan en choques de intereses por el uso de un bien o un servicio ambiental; por diferencias entre los que causan y los que sufren un problema ecológico; o por la desigual distribución de los beneficios y los costes ambientales».⁵
- Conflictos de *distribución cultural* que «han sido definidos como aquellos que provienen de la diferencia del poder efectivo asociado con valores y prácticas culturales particulares. No provienen de la diferencia cultural por sí misma, sino de la diferencia que esta diferencia marca en términos de control sobre la definición de la vida social: quién –cuál perspectiva cultural– define las normas y los valores que regulan las prácticas sociales».⁶

La revisión que realiza la ecología política de la crisis ecológica plantea una crítica a los mecanismos de representación del Estado, articulada, básicamente, a través de las prácticas de la sociedad civil enmarcadas dentro de la línea del “ecologismo popular”. Dentro de estas acciones asistimos a «la construcción de identidades colectivas y expresiones de solidaridad inéditas, generando nuevas formas de organización social para afrontar la crisis

⁴ *Ibidem.* p. 31.

⁵ D. Castillo, «El análisis sistémico de los conflictos ambientales: complejidad y consenso para la administración de los recursos comunes» en M. Ernesto Salamanca (coord.), *Las prácticas de la resolución de conflictos en América Latina*, Instituto de Derechos Humanos/Universidad de Deusto/CIP-Ecosocial, 2008.

⁶ A. Escobar, *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2006, p. 130.

ambiental, cuestionando al mismo tiempo la centralidad del poder y el autoritarismo del Estado». ⁷

Estos procesos buscan ampliar lo gestionable y discutible en el campo de lo político y de lo público, siguiendo la tradición de gran parte de los movimientos sociales por la ampliación de la ciudadanía que han tratado de desdibujar la frontera entre público y privado. Gran parte de estos elementos están referidos a la articulación de nuevos derechos dentro de conflictos socioambientales, como señala E. Leff⁸ sintetizando las demandas de los movimientos sociales ecologistas:

- Participación en los asuntos políticos, económicos y de gestión de recursos ambientales.
- Democratización del poder político y descentralización económica desde el protagonismo de los MMSS.
- Incorporar a los conflictos por la tierra, el empleo y el salario, las dimensiones del territorio, los recursos, el ambiente.
- Puesta en marcha de nuevos estilos de producción y patrones de vida fuera del modelo urbano global transnacionalizado.
- Desarrollo de una nueva cultura política, que promueva la transición desde los sistemas corporativos e institucionales del poder, hacia nuevas formas de organización política, sustentadas en el impacto democratizador de estos MMSS.
- Organización desde valores diferenciados a la racionalidad económica de la lógica del mercado, la eficiencia tecnológica y la ganancia económica.

Asistimos recientemente a una proliferación de esferas públicas procedentes tanto de la sociedad civil como de las innovaciones promovidas desde administraciones estatales,⁹ que invita a un diálogo entre estrategias y mecanismos de participación ciudadana que permita la interacción entre estas, de modo que sea posible profundizar en términos de experimentalismo democrático. Experimentalismo que busca superar los límites atribuidos a la democracia liberal representativa, no sólo en términos de relaciones Estado-sociedad, sino en la cuestión del proyecto societal, desarrollando frente al carácter elitista y excluyente de la misma, nuevas formas de democracia deliberativa y participativa.

Formas democráticas que señalan la importancia de reinventar y potenciar lo público no «como un espacio imparcial de lo cívico y de la civilización, sino como una arena en la cual se sostiene una lucha permanente por el poder social y político»¹⁰ promoviendo la «des-

⁷ E. Leff, *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*, Siglo XXI y PNUMA, Mexico, p. 396.

⁸ *Ibidem*.

⁹ J. C. Monedero, A. Jerez, A. Ramos y J. L. Fernández, *Buenas prácticas en participación ciudadana*, Documento de trabajo del ICEI- Universidad Complutense de Madrid.

¹⁰ M. Braig y A. Huffschnid, «Los poderes de lo público: Hacia una categoría transdisciplinaria para (re) pensar sociedades en transformación», en M. Braig y A. Huffschnid (coords.), *Los poderes de lo público*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2009, p. 14.

privatización del Estado, que se vuelve más permeable al interés público y menos subordinado a la apropiación privada de recursos»¹¹ y «la aplicación de mecanismos de seguimiento y monitoreo sobre el desempeño estatal por parte de la sociedad con el fin de garantizar su carácter público».¹² Las luchas por la ciudadanía se engarzan en un proceso más amplio de lucha por las cuestiones democráticas y ayudan a redefinir, desde la idea de los derechos como una cuestión que va más allá de las relaciones entre individuos y Estado, a la democracia como una «práctica política horizontal capaz de extenderse a diferentes prácticas y dimensiones de la vida social».¹³ Por tanto, se trata de analizar cuáles son «las formas de la vida social donde la democracia es una posibilidad, los nuevos dominios o prácticas sociales que pueden ser democráticas».¹⁴

Para extender esas prácticas sociales es necesario reforzar la creación de espacios públicos en el sentido de «un contexto difuso de relaciones, en el cual se concretizan y se condensan intercambios comunicativos generados en diferentes campos de la vida social. Tal contexto comunicativo constituye una arena privilegiada para la observación de la manera como se procesan los cambios sociales, se reconfigura el poder político y cómo los nuevos actores sociales conquistan relevancia en la política contemporánea».¹⁵ Este elemento, directamente relacionado con la publicitación y visibilidad de los conflictos sociales (es decir, con hacer públicos los conflictos para que estos puedan encararse de manera democrática),¹⁶ aparece reconocido como «un instrumento político privilegiado para el avance del proceso de la construcción democrática [...] la constitución de estos espacios es considerada como una posibilidad de implementación efectiva de la participación, sea esta en los ámbi-

¹¹ E. Dagnino, A. Olvera y A. Panfichi, «Para otra lectura de la disputa por la construcción democrática en América Latina» en E. Dagnino, A. Olvera y A. Panfichi (coords.), *La disputa por la construcción democrática en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, p. 54.

¹² *Ibidem*, p. 55.

¹³ Conferencia de Leonardo Avritzer en la inauguración del curso de doctorado «Democracia no seculo XXI» en el Centro de Estudios Sociais de Coimbra, Ces, octubre 2009.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ L. Avritzer y S. Costa, «Teoría crítica, esfera pública y democracia» en M. Braig y A. Huffschmid (coords.), *op. cit.*, 2009, p. 45.

¹⁶ Esta complejización de la idea de la democracia corre pareja a la proliferación y diversificación del concepto de esferas públicas. Proliferación que tiene que ver en primer lugar con que «la existencia o inexistencia de una esfera pública políticamente activa tiene un papel fundamental en la construcción de una cultura democrática» (*ibidem*, p. 44). Mientras que la diversidad se refiere, siguiendo a Avritzer y Costa, a la existencia de los *new publics* (producto de los procesos de diversificación social y cultural) los *subaltern counterpublics* (aquellos grupos habitualmente excluidos del espacio público que reclaman su ampliación y por tanto la ampliación del campo político), los *diasporic publics* (aquellos que se introducen de manera ambivalente en el espacio público nacional ya que «al mismo tiempo que participan en él, forman parte de redes transnacionales y se constituyen, así, como agentes permanentes introductores de innovaciones sociales en el contexto nacional. Estos son los casos de las redes de movimientos transnacionales de movimientos sociales, de inmigrantes... etc.» (*ibidem*, p. 46) y que, por ejemplo, plantearían la necesidad de analizar qué procesos de ciudadanía ecológica se están generando en esferas como las del codesarrollo) y por último los *deliberative* o *participatory publics* (aquellos que plantean la interacción entre sociedad civil y Estado, respondiendo a la necesidad de que «en el seno de una esfera pública permeable y creciente, tanto temas, posiciones como argumentos traídos por los nuevos actores sociales encuentren formas institucionales de penetrar el Estado y, de esta manera, democratizarlo» [*ibidem*, p. 47]).

tos públicos de gestión con el Estado, sea en aquellos espacios públicos societales donde la diversidad, pero también la fragmentación de la sociedad civil, puede encontrar terreno adecuado para la manifestación de los conflictos, así como la discusión, articulación y negociación alrededor de las cuestiones públicas». ¹⁷

Los procesos de democratización de lo público deben estar asociados directamente a la democratización de la esfera del conocimiento. Frente a las alusiones que A. Dobson y Á. Valencia hacen a la problemática de la educación ambiental y la asunción de virtudes cívicas a ejercerse en la esfera privada, es interesante situarse en la perspectiva defendida por Enrique Leff (2004) que señala que la crisis ambiental es una crisis de conocimiento, una crisis derivada de cómo se ha ido estructurando el conocimiento sobre el medio ambiente. Un conocimiento desarrollado de la mano de numerosos *epistemicidios*¹⁸ y frente al cual las reflexiones en torno al decrecimiento plantean la necesidad de elaborar nuevas conceptualizaciones de la relación sociedad-medio ambiente.

En esta tarea, es necesario reconocer el rol jugado por los movimientos sociales ecologistas tanto como procesos pedagógicos en sí mismos, como por su papel en la aparición de nuevos paradigmas de conocimiento y su apuesta por vincular la resolución de problemáticas ambientales a la expansión de la esfera de los derechos.¹⁹ Estos procesos, junto con otras experiencias de democracia participativa, aparecen como escuelas de ciudadanía donde no sólo se discuten las obligaciones sino también, fruto de la reflexión colectiva, el aprendizaje, el análisis y la interacción con otros; se plantean derechos y conocimientos que ponen en cuestión los márgenes de la cultura cívica al uso y «la división de tareas entre aquellos que saben y aquellos que aprenden». ²⁰

En los procesos participativos resulta fundamental incorporar la mayor diversidad de conocimientos posibles, así como promover procesos de negociación para el reconocimiento y la interacción entre saberes en condiciones de igualdad. Además de los conocimientos de equipos técnicos y equipos políticos, encontramos, según la síntesis de Sintomer y Allegretti (2010), otros saberes que han de ser valorizados:

– *Saberes de sentido común*: aquellos derivados de la experiencia cotidiana, abandonados en beneficio de saberes técnicos y especializados. Esto obvia su papel como comple-

¹⁷ E. Dagnino, A. Olvera y A. Panfichi, *op. cit.*, 2006, p. 57.

¹⁸ Los epistemicidios son aquellos procesos a partir de los cuales no sólo se rechazan y discriminan determinados saberes, sino las prácticas sociales que se articulan en torno a ellos y que determinaron la supremacía de los saberes procedentes del occidente colonial y del llamado saber científico como forma hegemónica de saber. B. Sousa Santos, *op. cit.*, 2009.

¹⁹ Un lugar fundamental a este nivel es el que han jugado los movimientos indígenas en América Latina, aunque esta región ha sido también escenario de otras innovaciones como las que ha generado el MST y su desarrollo del paradigma agroecológico. Ejemplos así se extienden por regiones de África y Asia y los encontramos también en contextos urbanos, siendo el movimiento por la justicia ambiental en los Estados Unidos un referente clave.

²⁰ Y. Sintomer y G. Allegretti (coords.), *I Bilanci Partecipativi in Europa*, Ediesse, Roma, p. 343.

mento al saber técnico y la necesidad de ampliar el margen concedido a los saberes no especializados. Son también aquellos que emergen o se desarrollan en contextos deliberativos complejos, donde emergen opiniones nuevas que complementan puntos de vista de cara a facilitar análisis y soluciones no previstas inicialmente.

- *Las competencias ciudadanas*: aquellas referidas a los saberes profesionales que atesoran quienes se ven implicados en procesos de participación ciudadana y a las competencias esgrimidas en casos de delegación (las competencias utilizadas o adquiridas en aquellos procesos en los que entidades de la sociedad civil cogestionan o gestionan algunas tareas más propias de las administraciones públicas, como puede suceder en los procesos más clásicos de desarrollo comunitario). Se refieren también a las contra-competencias (aquellas manifestadas «en contextos de controversia técnica o científica, en los cuales algunos actores manifiestan la necesidad de ampliar el debate más allá del grupo habitual de decisores»,²¹ como pueden ser planes urbanísticos, planes comunitarios, los debates respecto a los transgénicos y la salvaguarda de la biodiversidad..., donde se pone en cuestión el rol de quién decide, esgrimiendo otro tipo de saberes).

Los movimientos sociales ecologistas impulsan la aparición de nuevos paradigmas en su apuesta por vincular la resolución de problemáticas ambientales a la expansión de los derechos

Ecología y nueva cultura del territorio

«Lo local es ambiguo por el hecho de su extensión geográfica de geometría variable, pero local sugiere de manera inequívoca el territorio, incluso el terreno, y aún más los patrimonios instalados (materiales, culturales, relacionales) y en consecuencia, los límites, las fronteras y el arraigamiento.»

Serge Latouche

Lo que conocemos como proceso de globalización se ha impulsado a partir de múltiples vectores, como pueden ser los acuerdos comerciales internacionales, los procesos de liberalización de la economía, la homogeneización de marcos jurídicos o la conformación de instituciones transnacionales. Esto ha supuesto «una apertura del imaginario político a otros espacios y escalas de gobernabilidad, provocada por un radical cambio del sentido del poder de los Estados-nación centrales sobre la identidad territorial, la autoridad y los mercados».²²

²¹ *Ibidem*, p. 341.

²² E. Soja, *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre ciudades y regiones*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2008, p. 296.

La crisis ecológica (contaminación, pérdida de biodiversidad... y especialmente el cambio climático) sería una de las problemáticas globales que se ha añadido a las dinámicas políticas y económicas que desde los años ochenta venían erosionando la soberanía del Estado-nación y su papel protagónico a la hora de delimitar el marco en el que definir, diseñar y ejecutar la política.

La propuesta de ciudadanía ecológica defendida por Dobson y Valencia se alinea con estas dinámicas de internacionalización, sosteniendo que hay que afrontar estos desafíos de forma que se intensifiquen los procesos de concertación a nivel global. Superando «una concepción de la representación política que circunscribe la comunidad política al ámbito del Estado-nación y que, por tanto, no representa debidamente ni los intereses medioambientales ni los intereses de los que no son ciudadanos nacionales de la misma; la idea es revisar estos conceptos y posibilitar reformas institucionales». ²³ Esta demanda de internacionalización no realiza una apuesta explícita por enmarcar las aspiraciones de esta ciudadanía ecológica dentro de los debates existentes sobre la extensión de la democracia en la esfera pública global. ²⁴

Las aspiraciones globales de la ciudadanía ecológica deben de anclarse en la escala municipal, donde se ejerce la mayoría de los derechos

La democracia global en la que se enmarcarían debería de inspirarse en el funcionamiento de las distintas redes globales de movimientos sociales, y los espacios transnacionales de confluencia donde se vienen abordando desde una visión planetaria algunas temáticas (soberanía alimentaria, urbanismo, migraciones...). Y que han encontrado en el Foro Social Mundial su principal fórmula de conexión y expresión. El FSM es un espacio de encuentro, debate e intercambio de saberes y experiencias entre los distintos movimientos sociales y ONG. El FSM es el mejor espejo de la diversidad de sujetos y problemáticas que enfrenta el mundo actual, a pesar de sus limitaciones a la hora de no ser del todo mundial, geográficamente hablando, ni en términos de participantes, temas, y orientaciones políticas.

Además la ciudadanía ecológica debería de insertarse en el creciente multilateralismo de las relaciones internacionales, que apuntan hacia una incipiente institucionalidad global,

²³ Á. Valencia, *op. cit.*, 2009,

²⁴ Para abordar algunos de estos debates recomendamos: D. Held y A. F. Hervej, «Democracia, cambio climático y gobernanza global», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 2009, núm. 108; B. de Sousa Santos y C. Rodríguez Garavito (coords.), *El derecho y la globalización desde abajo: Hacia una legalidad cosmopolita*, Anthropos, Barcelona, 2007 y T. Teivainen, *Global civil society in action: dilemmas of democratization in the World Social Forum*, Routledge, Londres, 2007.

que toma cuerpo en torno a las propuestas de reforma de instituciones consolidadas y simbólicamente emblemáticas como la Organización de Naciones Unidas, la creación de nuevas instituciones como el Tribunal Penal Internacional o los debates en el marco de la ONU sobre la instauración de un Parlamento Global.²⁵

La ciudadanía ecológica así planteada tiene la virtud de ensanchar el campo de juego de la política y resultar un estímulo para imaginar inéditas fórmulas de democracia a nivel global. Y esta, que es una de sus virtudes, consideramos que corre el riesgo de convertirse en una amenaza, en caso de que la noción de ciudadanía que manejemos se sustente sobre el tremendo vacío que supone la desterritorialización. Ya que igual que identificamos que se ha dado un proceso de transnacionalización, solemos obviar que se ha dado otro de revalorización de la escala local y municipal.

Los espacios institucionales más cercanos y accesibles son espacios sobre los que han recaído tanto competencias que anteriormente gestionaba el Estado-nación, como muchas de las nuevas y viejas demandas ciudadanas. Siendo muchos municipios y regiones los que han ido adquiriendo protagonismo como entidades sociopolíticas y económicas, en la medida en que participaban de dinámicas de competencia/cooperación con otras regiones (redes de ciudades, búsqueda de inversores, diplomacia, intercambio de experiencias...).

Las aspiraciones globales de la ciudadanía ecológica deben de anclarse en la escala municipal, en la que se ejercen prácticamente la mayoría de los derechos, arraigando en espacios socialmente significativos y que sean susceptibles de ser apropiados por sus habitantes. Territorios donde se entrecruzan y materializan los conflictos y complejidades de nuestro tiempo. Esta apuesta por reconstruir y reactualizar las identidades locales se encuentra enfrentada al modelo dominante de producir espacio, basado en la abstracción de las particularidades (sociales, culturales o ambientales) de cada territorio. La expansión urbana se ha convertido en «un proceso independiente de la variable lugar y también de la variable tiempo, una adición de máquinas instantáneas que se suceden sin historia ni memoria del lugar».²⁶

Resulta, por tanto, urgente conectar la emergencia de los debates sobre la ciudadanía ecológica con lo que se ha venido a denominar la *nueva cultura del territorio*,²⁷ que vendría

²⁵ Véase la página en castellano de la campaña mundial por el parlamento global: <http://es.unpacampaign.org/>

²⁶ A. Magnaghi, «Megalópolis: presunción y estupidez. El caso de Florencia», *Revista de Ecología Política*, nº 11, 1996, p.59.

²⁷ Noción que en el Estado español supone la traslación al territorio de las dinámicas y reflexiones que surgieron a raíz de las movilizaciones sociales contra el Plan Hidrológico nacional en el año 2000. Un proceso que facilitó el encuentro entre técnicos, académicos y activistas, dando lugar a la «nueva cultura del agua» como un marco cognitivo de aproximación diferente a la problemática del agua. Un estudio muy detallado de la realidad de Cataluña se encuentra en VVAA, *Per una nova cultura del territori?*, Icaria, Barcelona, 2007.

a plantear la necesaria territorialización del ejercicio de la ciudadanía, entendida como la defensa del lugar y el territorio. Definiendo este como un producto histórico de los procesos de coevolución de larga duración entre asentamientos humanos, naturaleza y cultura. «Lo que importa es que exista un proyecto colectivo enraizado en un territorio como lugar de vida en común y por lo tanto un lugar que debe de preservarse y cuidarse para el bien de todos. La dimensión ya no es un problema topográfico sino social. Se trata del espacio del reconocimiento de la identidad y de la capacidad de acción coordinada y solidaria».²⁸

Esta idea de relocalizar el ejercicio de la ciudadanía conecta tanto con el experimentalismo democrático que muchas administraciones municipales han puesto en marcha (presupuestos participativos, planes comunitarios, planes generales de urbanismo participativos, agendas 21, planes de agroecología...), como con las demandas de muchas iniciativas vecinales y de movimientos sociales urbanos (mayor descentralización y aplicación del principio de subsidiaridad, proliferación de experiencias autogestionarias que van desde el mantenimiento de zonas verdes al diseño de actividades socioculturales, pasando por los medios de comunicación locales –blogs, radios, periódicos...– o los grupos de consumo de productos ecológicos).

Como afirma A. Magnaghi, «la reterritorialización empieza cuando el territorio se ve restituido a la dimensión de ser vivo altamente complejo. Ya no se tratará de crear nuevas zonas cultivables y de construir nuevas vías de comunicación a los campos baldíos o los pantanos, sino más bien de sanear y reconstruir sistemas ambientales y territoriales devastados por la presencia humana y, por lo mismo, crear una nueva geografía. Ese proceso que no podría ser promovido por instancias tecnócratas, necesita de nuevas formas de democracia que favorezcan el autogobierno de las comunidades establecidas. La posibilidad de rehabilitar y rehacer los lugares solo será posible cuando los individuos que viven en ellos puedan de nuevo cuidarlos cotidianamente, secundados por una nueva sabiduría ambiental, técnica y gubernamental».²⁹

Distintas administraciones locales y movimientos sociales mantienen una sensibilidad compartida a la hora de ver en la escala local el escenario desde el que construir un concepto de ciudadanía ecológica más funcional y operativo, sostenido sobre prácticas ciudadanas concretas, que permitan superar las acusaciones hechas al ecologismo de ser una cultura del no. Algunas de las iniciativas concretas que podríamos considerar más innovadoras y que podrían ejemplificar esta activa ciudadanía ecológica serían los proyectos de *ecobarrios*.

Las iniciativas de *ecobarrios*, que se han difundido durante la última década en Europa, y recientemente en algunas ciudades de América Latina, son una apuesta por rehabilitar espacios urbanos o generar nuevos desarrollos con unos criterios de sostenibilidad integrales.

²⁸ S. Latouche, *op. cit.*, 2009, p. 60.

²⁹ A. Magnaghi, *Il progetto locale*, Bollati Boringhieri, Torino, 2000 p. 38.

Esta fórmula integral condensa las necesarias transformaciones urbanísticas (movilidad, conexión con la ciudad, diseño del espacio público, tipología de viviendas, equipamientos, arquitectura bioclimática...), ambientales (eficiencia y autosuficiencia energética, gestión del ciclo de residuos o del agua, respeto al patrimonio preexistente, minimizar consumo de recursos como el suelo...) y sociales (apropiación ciudadana del entorno, fortalecimiento de la identidad local, la participación de los y las habitantes, la inclusión de la diversidad social o la dimensión económica).³⁰

Estas experiencias han conseguido una adecuada inserción de dichos barrios en el entorno urbano y natural, reduciendo notablemente los consumos del metabolismo urbano y buscando activamente la diversidad en su composición social (edades, rentas, modelos familiares...). Incorporando en algunos casos las variables de género y de generación a la hora de la planificación urbana.

Aunque conviene destacar que el elemento que diferencia, lo que podríamos denominar ecobarrios de otras experiencias urbanísticas y arquitectónicas con criterios de sostenibilidad, es la importancia que se concede en estos primeros a las dinámicas participativas. El protagonismo ciudadano en las distintas fases del proceso es una de las principales variables de éxito, pues permite frenar el derroche de saberes particulares y basados en la experiencia, fomenta la apropiación y corresponsabilidad del territorio por sus habitantes y fortalece la identidad y el sentido de pertenencia, además de garantizar la viabilidad en el tiempo.

Los intensos procesos de participación ciudadana que han sostenido los procesos de los ecobarrios incluyen desde la reivindicación ciudadana de los mismos al seguimiento de la construcción o la dinamización sociocultural de la vida cotidiana. Llegando incluso a que se procediera al diseño participativo de los espacios públicos y las viviendas desde entidades ciudadanas y los habitantes. Una participación que se ha apoyado en la socialización de las metodologías participativas, mediante el impulso de procesos formativos (talleres, visitas, jornadas...).

Siguiendo estas orientaciones se ha tratado de incidir en la esfera económica y participar también de la misma. Algunos ecobarrios se han construido o promovido con iniciativas de economía social (cooperativas de vivienda, empresas cooperativas, talleres de inserción sociolaboral...) y la mayoría han incorporado procesos de relocalización económica con espacios destinados a consolidar tejido empresarial o fórmulas de economía social complementarias (grupos de consumo, bancos de tiempo...).³¹

³⁰ Un buen texto de introducción es C. Verdaguer, «De la sostenibilidad a los ecobarrios», *Documentación Social*, 2000, núm. 119. Disponible en: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n14/acver.html>

³¹ Ejemplos como los Ecobarrios de Vauban en Friburgo (<http://habitat.aq.upm.es/dubai/02/bp312.html>), Coin Street en Londres (<http://ecosistemaurbano.org/tag/coin-street/>) o el proceso de Trinitat Nova en Barcelona (<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n15/aivel.html>).

Este énfasis que hemos puesto en que la democracia ecológica debe construirse desde lo local no supone una reivindicación de autismo, ni una proclamación de la autosuficiencia de los municipios por sí mismos para abordar una tarea de tal envergadura. Estas iniciativas de hecho son conscientes de la necesidad de articularse en redes no jerárquicas y solidarias de municipios³² que les permitan intercambiar recursos y experiencias, acumular peso político, coordinar iniciativas y proyectarse colectivamente hacia la dimensión global.

Se trata, en definitiva, de defender lo local globalmente como principio desde el que caminar hacia un verdadero cosmopolitismo que nos permita modular una ciudadanía que defienda tanto la diversidad cultural como la biodiversidad y el medio ambiente.

³² Algunas de las más relevantes serían la Red FAL de municipios por la inclusión social y la democracia participativa (<http://redfal.org>), la Unión de Ciudades y Gobiernos Locales internacional (CGLU) (<http://www.cities-localgovernments.org>), la *Red del Nuevo Municipio*, una extensa red de pequeños y medianos municipios italianos que desde una perspectiva de reconstrucción ecológica pretende recuperar y potenciar tanto las identidades locales como las políticas orientadas a relocalizar la economía y la gestión del territorio utilizando iniciativas de democracia participativa (<http://nuovomunicipio.org>), la red internacional de ciudad de los niños orientada a la inclusión de la infancia en el urbanismo (<http://www.lacittadeibambini.org/spagnolo/rete/rete.htm>) o la estatal Red de Redes de Desarrollo Local Sostenible (<http://www.ecourbano.es>).

Aristas esenciales de un pensador poliédrico (I)¹

Manuel Sacristán (1925-1985), a los 25 años de su fallecimiento

El autor recorre en estas líneas la trayectoria vital, intelectual y político-ciudadana de Manuel Sacristán, filósofo y catedrático de Metodología de las Ciencias Sociales en la Universidad de Barcelona. Su extensa obra se fraguó en las difíciles circunstancias del franquismo. Sacristán combatió y vivió entre sus largos, numerosos y prolongados tentáculos represivos donde, a pesar de ellos, cuidó con mimo y pasión la razón pública y los sólidos cimientos en los que esta debía tomar pie. Su papel fue decisivo en la reintroducción y cultivo en España de la tradición marxista. El marxismo era concebido por él como un intento de formular conscientemente los supuestos y las consecuencias del esfuerzo por crear una nueva sociedad y cultura de ciudadanos comunes, cuyas implicaciones teóricas y horizonte intelectual debían cambiar en cada época. Sacristán produjo una reorientación de sus categorías centrales acorde con las urgencias ecológicas, la crisis del sistema patriarcal, la banalización del trabajo y la violencia y el fuerte incremento de la marginación política de la ciudadanía.

También he de protestar por que llames “magníficos” a los dos tomos aparecidos de *Panfletos* y *Materiales*,² comentaba Manuel Sacristán a Eloy Fernández Clemente en junio de 1985, dos meses antes de su fallecimiento. Los libros publicados por Icaria revelaban bastante bien el desastre que «en muchos de nosotros produjo el franquismo (en mí desde luego)». Eran escri-

Salvador López Arnal es profesor de la UNED y del Instituto Puig Castellar de Santa Coloma de Gramanet (Barcelona)

¹ Publicamos aquí un primer extracto del texto, cuya segunda parte verá la luz en el próximo número 111 de otoño de 2010.

² *Sobre Marx y marxismo* y *Papeles de filosofía. Intervenciones políticas y Lecturas*. Los volúmenes III y IV de *Panfletos y Materiales, Intervenciones políticas y Lecturas*, aparecieron en los meses finales de 1985, tras el fallecimiento de Sacristán. El quinto, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, editado por Juan-Ramón Capella, apareció en 1987. Todos ellos fueron publicados por Icaria. El último de estos volúmenes ha sido reeditado recientemente por el diario *Público* en su colección Pensamiento Crítico.

tos de ocasión, «sin tiempo suficiente para la reflexión ni para la documentación». Sacristán agradecía que Eloy Fernández Clemente hablara de «una posible utilidad» suya en otras épocas. Probablemente también esa afirmación fuera falsa, añadía, pero el ser humano era débil y aceptaba a veces algunas falsedades. A España, había declarado un año antes,³ no creía que hubiera aportado mucho, pero sí en cambio «a ciertos grupos de gente».

No es necesario seguir a Sacristán en estas consideraciones, aun admitiendo, como ha señalado Antoni Domènech,⁴ que de igual modo que el maestro de Platón fue mucho más de lo que dicen los diálogos del que fuera su discípulo, de modo que lo mejor de Sócrates fue él mismo, también en el caso de Sacristán fue él su mejor obra, sin olvidar las muy difíciles circunstancias, los desastres del franquismo y sus largos, numerosos y prolongados tentáculos represivos en los que tuvo que escribir, combatir y vivir.

Veinticinco años después de su fallecimiento, sus muy diversas aportaciones, su práctica y compromiso políticos, su modo de estar en el mundo, siguen avivando los muchos ámbitos que supo alimentar y, en algunos casos, inaugurar. Cada vez son más evidentes para numerosos lectores y ciudadanos el rigor, la claridad, la profundidad, la novedad y las múltiples caras de su poliédrica obra nunca distanciada de las realidades sociales en las que vivió y combatió. Crítico literario, musical y teatral (*Lecturas*, 1985; «El pasillo», 1954); filósofo de una pieza con una concepción no academicista del filosofar, se ha hablado⁵ del mayor pensador español de la segunda mitad del siglo XX (*Las ideas gnoseológicas de Heidegger*, 1959; *Papeles de filosofía*, 1984; *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, 2007; *Sobre dialéctica*, 2009); militante y dirigente comunista en tiempos de penumbra, silencio, riesgos y persecuciones⁶ (*Intervenciones políticas*, 1985; *Escritos sindicales y de política educativa*, 1997; papeles y documentos clandestinos localizados por Miguel Manzanera y Gaiame Pala aún no publicados); traductor infatigable (unas 30.000 páginas;⁷ Quine, Marx, Engels, Adorno, Lukács, Schumpeter, Platón, Gramsci, Labriola, Galbraith,

³ «Hablando con Manuel Sacristán sobre traducción. Entrevista con *Cuadernos de traducción e interpretación*» (1982). Ahora en *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán Luzón*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004 (edición de Francisco Fernández Buey y Salvador López Arnal), p. 142.

⁴ Antoni Domènech, «Sobre Manuel (apunte personal sobre el hombre, el filósofo y el político)», *mientras tanto*, n.º 30-31, mayo de 1987, pp. 91-99.

⁵ Véanse las declaraciones de Jesús Mosterín para los documentales dirigidos por Xavier Juncosa, *Integral Sacristán*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006.

⁶ Sobre esta temática decisiva en la obra y hacer de Sacristán, véase la reciente tesis doctoral, inédita hasta la fecha, de G. Pala: «Teoría, práctica militante y cultura política del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1968-1977)», Universitat Pompeu Fabra, 2009, dirigida por Francisco Fernández Buey, y la también tesis doctoral de M. Manzanera, «Teoría y práctica. La trayectoria intelectual de Manuel Sacristán», UNED, 1993, dirigida por José María Ripalda. Igualmente, S. López Arnal, «Entrevista a Miguel Manzanera», <http://www.fuhem.es/cip-ecosocial/articulos.aspx?v=8634&n=0>

⁷ El cálculo es de Albert Domingo Curto, editor de dos de las obras de Sacristán, *El orden y el tiempo*, y *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, ambas en Trotta, 1998 y 2007 respectivamente.

Heine, Marcuse, E. P. Thompson, M. Bunge, Korsch, Abendroth, Meek, entre otros grandes autores); principal autor del Manifiesto del Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios de Barcelona (SDEUB),⁸ profesor de la Universidad de Barcelona, de la que fue expulsado durante más de una década por motivos políticos;⁹ maestro inolvidable de varias generaciones ciudadanas no sólo universitarias; lógico y epistemólogo decisivo en la consolidación de estas disciplinas en nuestra cultura filosófica y científica (*Introducción a la lógica y al análisis formal; Lógica elemental*);¹⁰ el estudioso de Marx más competente, agudo y singular que probablemente haya dado nuestro país hasta la fecha (*Antología [de Gramsci]*, 1970; *Sobre Marx y marxismo*, 1983; *El orden y el tiempo*, 1998; *Escritos sobre El Capital y textos afines*, 2004); renovador sin red de las finalidades, categorías y procedimientos apollados, erróneos o inadmisibles de la tradición marxista (*Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, 1987, edición de Juan-Ramón Capella; *Seis conferencias*, 2005), una tradición que él concebía de forma iluminadora y praxeológica: «No se debe ser marxista (Marx); lo único que tiene interés es decidir si se mueve uno, o no, dentro de una tradición que intenta avanzar, por la cresta, entre el valle del deseo y el de la realidad, en busca de un mar en el que ambos confluyan»,¹¹ Sacristán fue, además, un luchador imprescindible, como diría su admirado Bertolt Brecht;¹² una figura esencial, y a veces injustamente olvidada, en la irrupción del ecologismo político, del movimiento antinuclear y de las investigaciones de política científica de orientación socialista en nuestro país; un estudioso, pegado a su piel, de intelectuales revolucionarios y luchadores que “iban en serio”: Dubcek, Gramsci, Gerónimo, Lenin, Meinhof, Lukács, Russell, Gandhi; y un conferenciante inigualable¹³ que cuidó con mimo y pasión la razón pública y los sólidos cimientos en los que esta debía tomar pie.

Algunos datos esenciales de su biografía político-intelectual podrían configurar el siguiente cuadro. Su hilo argumental central no está muy alejado de escenarios como los

⁸ Véase, F. Fernández Buey, *Por una universidad democrática*, El Viejo Topo, Barcelona, 2009. El ensayo de Fernández Buey toma su nombre del título del manifiesto del SDEUB

⁹ Con el destacado papel represivo del rector fascista y excelente farmacólogo Francisco García-Valdecasas. Sacristán no dejó de reconocer, pese a lo vivido y sufrido, la importancia de la obra científica del rector que lo expulsó. Un amigo suyo, Eduard Rodríguez Farré, científico republicano comprometido, y colaborador de *mientras tanto*, la revista que Sacristán más hizo suya, fue discípulo del gran farmacólogo reaccionario. «El rector García-Valdecasas dejó el listón represivo muy alto. Aún le recuerdo como severa vanguardia civil respaldado por el secretario Linés, y tras ellos la carga de una policía brutal y los juicios por rebelión militar por equiparación o del Tribunal del Orden Público. A veces ibas a una manifestación y García-Valdecasas y sus cómplices históricos conseguían que tardaras dos, tres, cuatro años en volver a casa». Así resumía Manuel Vázquez Montalbán la trayectoria política del que fuera rector de la Universidad de Barcelona (*El País*, enero de 1999).

¹⁰ La consideración es de Luis Vega Reñón. Véase su «Sobre el lugar de Sacristán en los estudios de lógica en España» (en S. López Amal *et al.*, *Donde no habita el olvido*, Montesinos, Barcelona, 2005, pp. 19-49), en mi opinión el mejor texto publicado hasta la fecha sobre la obra lógica del autor de «Apuntes de filosofía de la lógica».

¹¹ Observación de lectura a un texto de Lucio Colletti. Puede verse ahora en M. Sacristán, *Sobre dialéctica*, El Viejo Topo, Barcelona, 2009, p. 263.

¹² Sacristán había proyectado un volumen de crítica literaria que recogiera sus aproximaciones a Brecht, Maiakovski, Rimbaud, y acaso Guillevic. Resúmenes y anotaciones sobre alguno de estos proyectos, pueden consultarse entre las carpetas depositadas en Reserva de la Biblioteca Central de la Universidad de Barcelona, fondo Sacristán.

¹³ Sólo Gregorio Morán ha manifestado una opinión discrepante sobre este punto. Véanse sus declaraciones para los documentales dirigidos por Xavier Juncosa, *Integral Sacristán*, *op. cit.*

que tan bien ha dibujado José Manuel Naredo:¹⁴ «[...] Una interpretación filosófica y, por ende, racional, que debería de ser lo suficientemente amplia y lo suficientemente flexible como para albergar, e incluso promover, la más amplia diversidad de culturas, opiniones o formulaciones parciales entre aquellos que la suscriban. En suma, *una interpretación de la evolución de la especie humana que nos permita asumir, con evidentes visos de racionalidad, de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde vamos y podemos ir, a fin de orientar conscientemente nuestras acciones hacia la consecución de ciertas metas sociales e individuales, a la vez que se desechan otras*» [la cursiva es mía].

Un licenciado en derecho y filosofía que estudia lógica en Westfalia y escribe su tesis doctoral sobre la gnoseología del ex rector de Friburgo

Manuel Sacristán Luzón nació en Madrid el 5 de septiembre de 1925, ciudad en la que transcurrieron sus años de infancia hasta el estallido de la guerra civil española. A su término, la familia Sacristán-Luzón, que se había trasladado a Valencia en noviembre de 1936, y más tarde a Rivatrigoso (Italia) y a Niza durante los dos últimos años de contienda,¹⁵ se instaló en Barcelona. En la ciudad de Espriu y Brossa, ambos poetas amigos suyos posteriormente, reinició el joven Manuel sus estudios de bachillerato, afiliándose, como tantos otros adolescentes de la época y muy probablemente por consejo, influencia y presión familiar, en la OJE, la Organización Juvenil de la Falange.

En 1944, inició sus estudios de Filosofía y Derecho, con premio extraordinario de fin de carrera en el primer caso, rompiendo con el falangismo en su segundo año universitario. Saber de las torturas a las que fueron sometidos estudiantes catalanistas contrarios al uniformismo represor del nacional-catolicismo fue un elemento decisivo para una decisión arriesgada. Diversos testimonios coinciden en que la pistola de un conocido jerarca falangista estaba cargada con balas que llevaban impreso su nombre.¹⁶

Finalizados sus estudios universitarios, Sacristán participó activa y decisivamente en el surgimiento y desarrollo de las revistas *Qvadrante* y *Laye* y después de conseguir una beca de la Deutscher Akademischer Austauschdienst,¹⁷ fue a estudiar lógica y filosofía de la cien-

¹⁴ D. Jover (ed.), *Por una economía ecológica y solidaria. Conversaciones con Antonio Estevan y José Manuel Naredo*, Icaria-Más Madera, Barcelona, 2009, p. 41.

¹⁵ J. Sempere, «Manuel Sacristán: una semblanza personal, intelectual y política», *mientras tanto*, n.º 30-31, mayo de 1987, pp. 5-6.

¹⁶ Declaraciones de Francesc Vicens para Xavier Juncosa, *Integral Sacristán, op. cit.*, y entrevista con el propio Vicens en S. López Arnal y P. de la Fuente (eds.), *Acerca de Manuel Sacristán*, Destino, Barcelona, 1996, pp. 339-363. Igualmente, J.-R. Capella, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Trotta, Madrid, 2005, pp. 28-31.

¹⁷ A. Domingo Curto, «Introducción», en M. Sacristán, *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, Trotta, Madrid, 2007, p. 12.

cia durante 1954-1956 en el Instituto de Lógica Matemática y Fundamentos de la Ciencia de la Universidad de Münster, entonces dirigido por Heinrich Scholz, uno de los maestros que nunca olvidó a pesar de que ya entonces, dada su avanzada edad y enfermedad, no pudo impartir cursos ni seminarios. Sacristán le dedicó un sentido artículo tras su fallecimiento,¹⁸ el primer trabajo que publicó tras su regreso a España.

Sacristán fue un luchador imprescindible y una figura esencial, a veces injustamente olvidada, en la irrupción del ecologismo en nuestro país

La estancia en el Instituto alemán de lógica fue decisiva en su evolución político-filosófica.¹⁹ No sólo por la formación científica y analítica que allí adquirió sino porque fue también entonces cuando se vinculó a la tradición marxista y al Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) y al PCE. Su renuncia a una plaza de profesor-ayudante en el Instituto de lógica de Münster –no fue ésta la única ocasión en que tomó una decisión similar–,²⁰ estuvo motivada por su activa y arriesgada militancia política. Amén del magisterio político del obrero fre-sador comunista Hans Schweins,²¹ la amistad e influencia de Ettore Casari, estudiante de posgrado como él y miembro del PCI,²² fueron decisivas para su compromiso político y filosófico. Su prolongada y peligrosa militancia en el principal y perseguido partido de la oposición antifranquista y su interés teórico por un marxismo sin ismos²³ ni dogmas indiscutidos nunca se enmarcaron en una aceptación talmúdica de los nudos de una cosmovisión litúrgicamente cultivada.

¹⁸ M. Sacristán, «Lógica formal y filosofía en la obra de Scholz», *Papeles de filosofía*, Icaria, Barcelona, 1984, pp. 56-89 (el artículo apareció originariamente en *Convivium*, año II, n.º 1, enero-junio 1957, pp. 111-140, una revista de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona).

¹⁹ F. Fernández Buey, «Presentación», en M. Sacristán, *Las ideas gnoseológicas de Heidegger*, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 7-22.

²⁰ Mario Bunge ha señalado que también en 1965, tras ser expulsado de la Universidad de Barcelona, Sacristán renunció a una oferta similar suya por la misma motivación política. Véanse su entrevista con Carles Muntaner para los documentales *Integral Sacristán* de Xavier Juncosa.

²¹ «Entrevista con Vicente Romano». En S. López Amal y P. de la Fuente (eds.), *Acerca de Manuel Sacristán*, op. cit., pp. 328-329.

²² Entrevista con Ettore Casari para los documentales de X. Juncosa, *Integral Sacristán*.

²³ Este paso sobre ismos filosóficos –M. Sacristán, «Corrientes principales del pensamiento filosófico», *Papeles de filosofía*, op. cit., pp. 393-394– recoge espléndidamente su perspectiva filosófica: «La clasificación de las ideas de los filósofos en ismos –como los tres que van a considerarse seguidamente– no puede contar nunca con el aplauso de los autores así clasificados. No es, ciertamente, un procedimiento que pueda dar en general razón de lo que más debe importar al autor filosófico: por muy dentro que se encuentre de una tradición, el filósofo digno de ese nombre escribe precisamente para alterar-la en mayor o menor medida, para añadirle temática, o para rectificar puntos del método en ella, o para someter a examen crítico su modo de validez, su capacidad de evolucionar, etc. De no ser así, no habría nunca producción filosófica que no fuera meramente histórico-didáctica– [la cursiva es mía].

Tras su regreso a Barcelona, y después de haber contraído matrimonio en Nápoles, en el verano de 1957, con la hispanista Giulia Adinolfi, Sacristán colaboró en la enciclopedia Espasa con un largo y documentado artículo sobre «La filosofía desde la terminación de la segunda guerra mundial hasta 1958», editó los apuntes de «Fundamentos de Filosofía» de sus clases en la Universidad de Barcelona de los cursos de 1956-1957 y 1957-1958, se doctoró en 1959 con una tesis sobre *Las ideas gnoseológicas de Heidegger*, inicialmente editada por el CSIC y uno de sus más reconocidos trabajos,²⁴ presentándose en 1962 a las oposiciones a la cátedra de lógica de la Universidad de Valencia celebradas en Madrid. Lo sucedido ocupa un lugar destacado en la historia de las decisiones arbitrarias de los tribunales universitarios del franquismo.²⁵ Fue también en esos años cuando fuertes presiones del Arzobispado barcelonés forzaron a trasladar su ubicación académica a la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona. No era admisible explicar Kant ni la Ilustración, con mirada y lectura favorables, en la Barcelona de finales de los cincuenta.

Su papel fue también decisivo en la reintroducción y cultivo en España de la tradición marxista. De él fue la edición, presentación y traducción, con el título de *Revolución en España*,²⁶ de los primeros escritos de Marx y Engels publicados legalmente en nuestro país después de la guerra civil. Sacristán fue autor del prólogo de 1964 a su propia traducción del *Anti-Dühring* engelsiano, un texto que marcó fuerte y decisivamente a numerosos intelectuales y universitarios de la época.²⁷ Fue él también uno de los grandes estudiosos y divulgadores de la obra de Antonio Gramsci y su cuidada y trabajada *Antología* del filósofo y político sardo, editada primeramente en México en 1970 y cuatro años más tarde en España, fue decisiva para el conocimiento de la obra gramsciana en nuestro país y en Latinoamérica.

²⁴ E. Lledó, en su entrevista para los documentales de *Integral Sacristán*, señaló que, en su opinión, *Las ideas gnoseológicas de Heidegger* era el trabajo filosófico más importante de Sacristán y leyó emocionado ante la cámara las líneas finales del ensayo: «Por eso no es de esperar que el hombre interrumpa su diálogo racional con la realidad para entablar ese otro “diálogo en la historia del Ser” (HW 252) cuyos personajes se niegan a declarar de dónde reciben la suya».

²⁵ C. Martín Rubio, «Mientras la esperanza espera. Materiales en torno a la oposición a la cátedra de lógica de la Universidad de Valencia en 1962», en López Arnal et al. (eds.), *Donde no habita el olvido*, op. cit., pp. 257-285. Igualmente, la excelente entrevista para los documentales *Integral Sacristán*.

²⁶ Ahora en M. Sacristán, *Sobre Marx y marxismo*, op. cit., pp. 9-23, es el primer artículo del volumen. A esta edición se refirió en varias ocasiones. Así, en su entrevista de 1983 con *Dialéctica*, comentaba: «Los primeros textos de Marx y Engels publicados legalmente en España después de la guerra civil son traducción y edición mía. Son los textos de ambos autores sobre España, *Revolución en España* (Ariel, Barcelona, 1960). Traduje los textos y los prologué; quince o veinte páginas de prólogo: algo que se pudiera escribir en uno o dos días fue mi fórmula literaria para aquel tipo de vida que yo hacía; me parece que no había otra solución». Igualmente, en su nota para la edición de Icaria, señalaba: «Karl Marx, Friedrich Engels, *Revolución en España* (Ariel, Barcelona, 1959, aunque con fecha de 1960) fue el primer volumen de Marx/Engels publicado legalmente en España durante el franquismo. Todavía era Arias Salgado ministro de Información. El mérito de la edición, en circunstancias difíciles, corresponde a los editores de Ariel en la época, A. Argullós y J. M. Calsamiglia». Finalmente, en su entrevista sobre su trabajo de traductor para *Cuadernos de traducción e interpretación* recordaba: «El primer Marx y Engels publicado en España, después de la guerra civil, fue precisamente *Revolución en España* y lo acabé en 1959 aunque lleva la fecha de 1960 por razones de censura, de negociación con Robles Piquer, entonces en censura y ahora en Televisión. En aquella época era más clara la censura» (1982).

²⁷ El texto, reeditado en abril de 2010 en los Cuadernos CAUM, tuvo también la consecuencia, no menos importante, de que un amplio sector de la filosofía marxista española no fuera conducida a las heladas aguas del frente antianalítico.

Expulsado de la universidad barcelonesa en 1965 al no renovársele por motivos políticos su contrato laboral, decisión en la que, como se comentó, el rector franquista García-Valdecasas tuvo un papel determinante,²⁸ Sacristán se ganó la vida durante más de diez años como traductor y trabajador editorial, mientras seguía siendo miembro del comité ejecutivo del clandestino PSUC hasta 1969 y militante de base hasta finales de los años setenta. De él son las traducciones de *Historia y consciencia de clase* de Lukács, de *La estructura lógica de El Capital de Marx* de Jindrich Zeleny, amén de clásicos como *El banquete*, *Historia del análisis económico*, *Los métodos de la lógica*, los dos primeros libros de *El Capital* o la prosa completa de Heine, traducción anotada a la que añadió una larga introducción que, junto con *La veracidad de Goethe*, fue editada en un libro tres años después por la editorial Ciencia Nueva.²⁹ Fueron más de cien los volúmenes traducidos; casi 30.000 las páginas vertidas a un rico y riguroso castellano.

Tras los aldabonazos de París y Praga, la irrupción de temáticas ecologistas, la muerte del dictador golpista y después de su experiencia como maestro de personas adultas en compañía de Neus Porta, Jaume Botey, Rafael Grasa y Francisco Fernández Buey³⁰ en la escuela de alfabetización de Can Serra en L'Hospitalet de Llobregat, una ciudad obrera del extrarradio barcelonés, Sacristán volvió a la universidad barcelonesa en 1976, impartiendo clases de Metodología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Económicas. Fue también en aquellos años cuando inició, junto con un amplio y competente equipo de colaboradores, uno de sus trabajos político-culturales más ambiciosos: la traducción castellana de las obras de Marx y Engels (OME). Crítica-Grijalbo publicó 11 volúmenes del centenar proyectados.

Después del fallecimiento de su esposa Giulia Adinolfi en febrero de 1980, Sacristán asistió a un congreso internacional de filosofía celebrado en México a finales de 1981 e impartió algo más tarde, durante el curso 1982-1983, dos seminarios de posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas de la UNAM: «Inducción y dialéctica» y «Karl Marx como sociólogo de la ciencia». Fue en México, donde se había exiliado un hermano de su padre cuya militancia y coherencia socialistas siempre admiró, donde Sacristán se casó en segundas nupcias con la profesora de sociología M.^a Ángeles Lizón y fue también durante esa época cuando empezó a editarse una parte de sus artículos, prólogos y presentaciones con el título general, por él mismo elegido, de *Panfletos y Materiales*.

De vuelta a España a mediados de 1983, Sacristán participó activamente en el movimiento antinuclear y ecologista, y en las movilizaciones ciudadanas contra la permanencia

²⁸ F. Estapé, «La expulsión de Manuel Sacristán», *La Vanguardia*, 16 de marzo de 2008.

²⁹ M. Sacristán, *Lecturas I. Goethe, Heine*, Ciencia Nueva, Madrid, 1967. En esta editorial, próxima al PCE, publicaría años más tarde Gustavo Bueno su ensayo crítico contra las tesis metafisológicas de Sacristán.

³⁰ J. Botey, «Aproximación a la figura de Manuel Sacristán y su experiencia en la formación de personas adultas». En M. Sacristán, *Escritos sindicales y de política educativa*, EUB, Barcelona, 1987, pp. 44-48 (edición de Salvador López Arnal). Véanse también sus declaraciones para los documentales de X. Juncosa, *Integral Sacristán*, *op. cit.*

de España en la OTAN, y siguió empeñado en la necesaria renovación de las finalidades, procedimientos y categorías centrales de la tradición marxista. Las numerosas conferencias impartidas durante aquellos años, en muy diversos ámbitos académicos y ciudadanos, son significativo indicio de todo ello.

A finales de 1984, en decisión tardía y polémica, Sacristán fue nombrado catedrático extraordinario de la Universidad de Barcelona.³¹ Falleció en Barcelona, el 27 de agosto de 1985, poco después de haber finalizado una sesión de diálisis en un dispensario público próximo a su domicilio en la Diagonal barcelonesa. De regreso a su casa, un ataque al corazón segó su vida. Su último escrito largo, su prólogo a la traducción de Miguel Candel del undécimo *Cuaderno*, estuvo dedicado a Antonio Gramsci, «un revolucionario digno de amor» según sus propias palabras.

No es posible usar un trazo continuo para representar la vida académica ni la trayectoria político-ciudadana de Sacristán. Tampoco resultaron plácidas ni cómodas ni fueron usuales sus posiciones metafilosóficas ni su forma de cultivar y recrear la tradición marxista que siempre desarrolló con mirada política nada sectaria y con finalidades de real transformación socialista sobre las que formuló una decisiva pregunta: «El asunto real que anda por detrás de tanta lectura es la cuestión política de si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor, o consiste en vivir otra cosa».³² «Vivir otra cosa» fue su respuesta.

De la filosofía y del filosofar, y de un marxismo sin ismos

La actividad académica de Sacristán tuvo, pues, una forzada discontinuidad fruto de la represión política a la que estuvo sometido. De su primera época, tras su vuelta de Alemania, cabe destacar su tesis doctoral sobre Heidegger,³³ especialmente su capítulo

³¹ En el coloquio de una conferencia sobre Jean-Paul Sartre impartida junto al malogrado Ricard Salvat, el 29 de abril de 1980, en la Facultad de Derecho de la UB, Sacristán habló sobre este no reconocimiento tras la intervención de un estudiante: «Aun agradeciendo mucho la buena voluntad, no tengo más remedio que hacer una intervención puntualizadora. *Estas historias universitarias son mucho menos inocentes de lo que podéis creer, lo cual dice mucho en honor vuestro, como es natural. Pero en sí estas historias académicas son tan poco limpias que lo mejor que podéis hacer gente limpia es no tomar posición. Yo ya ni la tomo. No estoy ni a favor de los que quieren hacerme [catedrático] ni a favor de los que están en contra, porque uno acaba siendo una especie de pelota de ping-pong entre núcleos de poder académico. Siento tener que decirlo, no lo habría dicho nunca, porque no he dicho ni una palabra sobre este asunto, sino fuera que veo que una intervención tan bienintencionada es síntoma de que se puede ser muy manipulado. A estas horas, tú con esa opinión, y yo como objeto, como objeto cada vez más esférico, como una pelota, somos juguete de quien quiere ser rector, quien no es rector, quien sí es rector. Déjalos, que no nombren catedrático a nadie, y que dejen en paz a la gente que estudiemos tranquilos y hacemos nuestras aparte» [las cursivas son mías].*

³² M. Sacristán, «¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI», en *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, op. cit., (de Público, 2010), p. 168.

³³ Reedición en *Crítica* en 1995 a cargo de Francisco Fernández Buey, autor igualmente del excelente e imprescindible prólogo que acompaña la publicación.

«El asunto real que anda por detrás de tanta lectura es
la cuestión política de si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo
que el capitalismo, aunque mejor, o consiste en vivir otra cosa».
«Vivir otra cosa» fue la respuesta de Sacristán

de conclusiones críticas, y la publicación de un manual de lógica, *Introducción a la lógica y al análisis formal*, que ayudó decisivamente a la reintroducción y consolidación de los estudios de lógica en nuestro país. Pero el escrito que levantó más polémica y agitó las entonces muy estancadas aguas de la filosofía académica española, con fuerte predominio de las tradiciones neotomistas y afines, fue su opúsculo de 1968, inspirado en las ideas sobre el filosofar de Marx y en lo mejor sobre el tema de la filosofía analítica, titulado «Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores».³⁴ Cabe resumir del modo siguiente los presupuestos de la argumentación de este ensayo que, obviamente, tomó pie e inspiración en anteriores reflexiones:³⁵

No existe un saber filosófico sustantivo superior a los saberes positivos. Los sistemas filosóficos son generalmente pseudoteorías, construcciones al servicio de motivaciones no-teoréticas, insusceptibles de contrastación, sistemas edificados mediante usos impropios de las reglas de inferencia formal. En cambio, existe, y ha existido siempre, una reflexión acerca de los fundamentos, los métodos y las perspectivas del saber teórico, del preteórico y de la práctica y la *poiesis* humanas, reflexión que recogiendo uno de los sentidos tradicionales del término podía discretamente llamarse filosófica por su naturaleza metateórica. La apreciación positiva de la filosofía en los estudios superiores no implicaba de ningún modo la atribución de esos méritos a la filosofía como especialidad universitaria y a las secciones de filosofía como centros de producción de los correspondientes licenciados. No era incoherente enunciar y argüir un juicio apreciativo sobre el filosofar, señalaba Sacristán, y afirmar al mismo tiempo que era deseable suprimir la producción especial de licenciados en esa disciplina: «[...] Ambas afirmaciones se sostienen en este papel. Dicho de otro modo –infel paráfrasis de un *motto* de Kant–: no hay filosofía, pero hay filosofar». Un filósofo de la ciencia tan destacado como Carlos Ulises Moulines ha afirmado recientemente su acuerdo con estas consideraciones: «Yo concebía ya entonces, como ahora, el papel de la filosofía de una manera similar a Sacristán».³⁶

³⁴ Publicado originariamente en catalán y en castellano por la editorial Nova Terra, está recogido ahora en M. Sacristán, *Papeles de filosofía*, *op. cit.*, pp. 356-380.

³⁵ Por ejemplo, en su conferencia de 1963, «Studium generale para todos los días de la semana», M. Sacristán, *Intervenciones políticas*, *op. cit.*, pp. 30-49, y en otras conferencias inéditas cuyos esquemas pueden consultarse entre los papeles y documentos depositados en Reserva de la Biblioteca Central de la UB, fondo Sacristán.

³⁶ Véase, C. Ulises Moulines: «Sobre el filósofo Manuel Sacristán. Entrevista», <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2312>.

Tras su reincorporación a la UB en 1976, son esenciales sus clases de Metodología de las Ciencias Sociales, cuya edición sigue inédita,³⁷ dos textos de filosofía y filología marxista que están entre sus textos más destacados: «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia»³⁸ y «Karl Marx como sociólogo de la ciencia»³⁹ y el conjunto de intervenciones –artículos, conferencias, presentaciones, notas– asociadas a un marxismo renovado y abierto a los entonces llamados nuevos movimientos sociales.⁴⁰

En un ámbito no académico, casi una década antes, sus concepciones políticas y teóricas recibieron un fuerte golpe con la invasión de Praga por las tropas de países del Pacto de Varsovia en agosto de 1968. Sacristán buscó nuevas sendas para una tradición a veces demasiado anclada en posiciones inalterables, en prácticas inquisitoriales y en una seguridad político-epistémica sonambúlica acaso aparente. Los estudios de ecología, su aproximación al ecologismo político, el principio de precaución, el antimilitarismo, el peligro real de una guerra con armas nucleares en el ámbito europeo, el gandhismo crítico, la necesidad de otra concepción del progreso y del desarrollo social, la urgente necesidad de una renovación de las políticas socialistas de la ciencia, fueron algunas de sus motivaciones más importantes. Este último nudo, esencial en el último Sacristán, queda muy bien reflejado en esta anotación de lectura:⁴¹ «No hay *theoria* que no se prolongue en *techné* si es buena teoría. Pero eso es una cosa y otra [es] que hay que manipular menos y acariciar más la naturaleza. Lo esencial es que la técnica de acariciar no puede basarse sino en la misma teoría que posibilita la técnica del violar y destruir» [la cursiva es mía].

El marxismo del traductor de *El Capital*⁴² no fue una ideología política progresista, ni la verdadera ciencia de la historia, ni el paradigma teórico insuperable de una época, ni un filosofar omnipotente que dictara leyes inalterables y omniscientes al trabajo científico, sino ante todo, y en contraposición con destacadas aproximaciones del marxismo europeo de los años sesenta y setenta, una tradición de política revolucionaria, abierta a otros desarrollos político-teóricos complementarios, a otras posiciones normativas y a la cultura y aportaciones de “los comunes”. Para Sacristán, términos como «marxismo», «comunismo», «socialismo», «anarquismo» abarcaban formulaciones con tantos matices diferentes que aludían

³⁷ Se conservan las grabaciones (parciales) de los cursos de Metodología de las Ciencias Sociales de los cursos de 1981-1982 y 1983-1984. Las segundas han sido transcritas por Joan Benach; yo he transcrito las grabaciones del curso 1981-1982.

³⁸ Ahora en M. Sacristán, *Sobre Marx y marxismo*, op. cit. pp. 317-367. Probablemente, esta es mi opinión, su mejor texto de epistemología marxista. Véase sobre este texto las declaraciones de Francisco Fernández Buey para los documentales *Integral Sacristán*, op. cit.

³⁹ Publicado primeramente en México y en el *mientras tanto* de 1983 dedicado a Marx, puede verse ahora en M. Sacristán, *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, op. cit., pp. 217-265 (edición de Albert Domingo Curto).

⁴⁰ Gran parte de estos trabajos pueden verse en M. Sacristán, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, op. cit.,

⁴¹ Cuaderno «Política y sociología de la ciencia» depositado en Reserva de la Biblioteca Central de la UB, fondo Sacristán.

⁴² Los dos primeros libros de *El Capital* fueron editados en los volúmenes 40, 41 y 42 de OME, Crítica-Grijalbo. Del tercer libro, Sacristán tradujo aproximadamente la mitad del volumen.

en su opinión más a tradiciones de pensamiento y acción que a cuerpos fijados de doctrina. El que fuera miembro del comité central del PCE sostuvo con tenacidad, no exenta de incompreensión, que la situación de crisis en la que ya entonces se encontraban muchas de estas corrientes podía ayudar a remontarse a la fuente común de la que habían surgido, mientras que, por otra parte, las reiteradas y publicitarias afirmaciones sobre la crisis final del marxismo no debían ser motivo de desesperación, de horror o de huida. Como señaló en una entrevista de 1983 con la revista *Argumentos*:⁴³ todo pensamiento decente, marxista o no, debía estar en crisis permanente.

El marxismo era concebido por Sacristán como un intento de formular conscientemente los supuestos y consecuencias del esfuerzo por crear una nueva sociedad y cultura de ciudadanos comunes. Dado que podían cambiar, y cambiaban de hecho, los datos de ese esfuerzo, sus supuestos y sus implicaciones fácticas, Sacristán creía que tenían que cambiar también sus supuestos e implicaciones teóricas, su horizonte intelectual en cada época. Esta fue también una de sus últimas tareas: una reorientación del movimiento y de sus categorías centrales acorde con las urgencias ecológicas, la crisis del sistema patriarcal, la banalización del trabajo y la violencia y el fuerte incremento de la marginación política de la ciudadanía, la irrupción en primer plano político del armamento nuclear y la negativa evolución que habían seguido los países que en su día habían roto con el mordaza del Capital. El marxismo era, en su opinión, un intento de vertebrar racionalmente, con el mayor conocimiento del que se fuera capaz y con el mejor análisis científico que fuera posible, un movimiento emancipatorio sin ropajes falsarios ni abisal indocumentación como atributo más destacado. Esa era «la tarea que habría que proponerse para que tras esta noche oscura de la crisis de una civilización despuntara una humanidad más justa en una Tierra habitable, en vez de un inmenso rebaño de atontados ruidosos en un estercolero químico, farmacéutico y radiactivo», se anunciaba en el editorial del primer número de *mientras tanto*.⁴⁴

También en el ámbito de la dialéctica marxiana fue singular la posición de Sacristán. Acaso por llevar en sus espaldas una voluminosa mochila filosófica de una tradición demasiado repleta de teorías leninistas del reflejo poco trabajadas y de extraviadas concepciones sobre las relaciones entre ontología y epistemología, era un hecho que informados marxistas⁴⁵ habían defendido en los años sesenta y setenta arriesgadas tesis sobre las relaciones entre dialéctica y lógica. Las leyes de la lógica formal, se decía, proscriben la contradicción,

⁴³ La entrevista que no llegó a publicarse en su momento fue editada 10 años después de su fallecimiento en *mientras tanto*. Puede verse ahora hora en *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán Luzón*, op. cit., pp. 199-210.

⁴⁴ Texto colectivo, Sacristán escribió su última redacción. Véase «Carta de la redacción» de *mientras tanto*, n.º 1, noviembre-diciembre de 1979.

⁴⁵ G. Novack, y L. Geymonat en algún momento, por ejemplo. Con este último se carteo Sacristán. Véase carpeta de Correspondencia en Reserva de la BC de la UB, fondo Sacristán.

situándose en franca oposición con la realidad de la evolución universal: si la ley “formalista” de identidad afirma que nada cambia, la dialéctica aseguraba que todo estaba en constante devenir. Materialismo *versus* idealismo. ¿Cuál de esas proposiciones opuestas era falsa y cuál verdadera? ¿A cuál deberíamos adherirnos y cuál descartar? Esas eran, se señalaba, las preguntas que los materialistas dialécticos formulaban en voz alta y clara a los formalistas. Eran las decisivas cuestiones que la lógica formal no se animaba a oír ni a considerar porque exponían el vacío de sus pretensiones y señalaban «el fin de su reinado de dos mil años sobre el pensamiento humano».

«No hay *theoria* que no se prolongue en *techné* si es buena teoría.
Pero eso es una cosa y otra [es] que hay que manipular
menos y acariciar más la naturaleza»

No fue nunca esta su perspectiva ni su posición. El autor de *Introducción a la lógica y al análisis formal* nunca vio oposición alguna entre la lógica formal, clásica o no, y la dialéctica. Como J. Elster, por ejemplo, Sacristán creía que la dialéctica no ofrecía un método operacional que pudiera aplicarse con buenos o regulares resultados dentro de límites definidos, o que de y con ella pudieran extraerse leyes sustantivas del desarrollo histórico con predicciones precisas para casos concretos. Empero, de estas consideraciones, él no extraía una condena sin paliativos y sin restos de la finalidad dialéctica. En su presentación de 1983 a la traducción catalana de *El Capital*,⁴⁶ recordaba el experimento mental propuesto por Lukács en *Historia y consciencia de clase*: suponiendo que todas las afirmaciones particulares del legado de Marx hubieran sido falsadas o vaciadas por la misma evolución social, qué era entonces lo que permanecería aún vivo de la tradición marxista. El filósofo húngaro no aceptó la nada como respuesta: si todas las tesis sustantivas del marxismo hubieran sido orilladas por el desarrollo de las sociedades humanas, por el hallazgo de inconsistencias teóricas o por algún tipo de falsación, seguiría vigente el estilo de pensamiento de Marx, englobante, dinámico e histórico, estilo que Lukács denominaba «método dialéctico». Admitiendo que la idea lukácsiana le resultaba sugestiva, Sacristán añadía un matiz: el programa englobaba diversas ciencias sociales, no se oponía por principio a la matematización en estos ámbitos, permanecía atento a los desarrollos de las disciplinas naturales, se totalizaba en la historia, e incluía un núcleo de teoría en sentido estricto, falsable y revisable, que se encontraba básica aunque no únicamente en *El Capital*.

¿Tenían sentido entonces las denominadas “leyes” dialécticas del paso de la cantidad a la cualidad o de la negación de la negación? Lo tenían si se entendían de manera radi-

⁴⁶ M. Sacristán, *Escritos sobre El Capital y textos afines*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004, pp. 360-364.

calmente distinta. La “ley” de la doble negación no era en absoluto equiparable a la ley de la gravitación universal o a la de la conservación de la energía. Sacristán señaló reiteradamente que esas ideas pertenecían a un género intelectual que sería negativo perder. Eran «metáforas metafísicas» del tipo «todo cambio consiste en el paso de la potencia a acto» o, por poner otro ejemplo por él muy querido, la afirmación aristotélica del *De anima* de que «el alma es, en cierto sentido, todas las cosas». De ningún modo era este un saber rechazable, se trataba de un pensamiento semipoético con el que los filósofos habían podido describir la experiencia cotidiana precientífica, metáforas que ordenaban experiencia vital. Las “leyes” adscritas al “método dialéctico” serían una de las últimas grandes metáforas metafísicas que habían contribuido a estructurar la experiencia de sectores de la humanidad, pero no eran ni podían presentarse como ideas científicas.

Dialéctico era para Sacristán una categoría, un programa de investigación, caracterizado por su globalidad y totalidad, por el carácter endógeno de la explicación, y que implicaría, en mayor o menor medida, un punto de vista histórico dado que no existen objetos sociales atemporales. Podría decirse entonces que una teoría sería más o menos dialéctica en la medida en que fuera más o menos englobante, autoexplicable e histórica.⁴⁷ Para la construcción de estos artefactos históricos, para la aprehensión dialéctica y revisable de estas singularidades, un estilo intelectual atento a los conflictos o contraposiciones ocultas, que no olvidara las propiedades emergentes de los sistemas, que uniera rigurosamente saberes positivos dispersos y que no renunciara a hipótesis globales documentadas, era un excelente plan de trabajo, un magnífico programa de investigación, «un *Studium generale* y hasta un vivir general para todos los días de la semana».⁴⁸

Una declaración metodológica contraria a todo «ismo», también al propio, que enlazaba directamente con Marx, y una filosofía política, con explicitada mirada praxeológica, que aspiraba a que no habitara el olvido en el motivo central que había empujado al joven Marx y a tantos otros. No bastaba con interpretar el mundo, convenía ayudar a transformarlo con procedimientos críticos y por las ilustradas sendas de la igualdad, la fraternidad, la libertad y la justicia.

Estos rasgos –rigor, documentación, creatividad, argumentación cuidada– fueron constantes en el hacer filosófico marxista de Sacristán. Como se comentó, las páginas de presentación de su traducción del *Anti-Dühring* engelsiano, uno de sus textos más influyentes, ya lo mostraban con claridad a mediados de los años sesenta. Sus diversas aproximaciones a un filólogo sardo fallecido a los 46 años de edad, condenado por el fascismo italiano a veinte años de cárcel, corroboraban esos rasgos.

⁴⁷ Pueden verse estas ideas, especialmente en las clases de Metodología de las Ciencias Sociales de 1984-1985 transcritas por X. Martín Badosa y J. Muñoz Malo. Ahora en M. Sacristán, *Sobre dialéctica*, op. cit., pp. 218-225.

⁴⁸ M. Sacristán, *Intervenciones políticas*, op. cit., p. 49.

Las bondades intrínsecas de un cuaderno escrito tras la segunda hemoptisis de un revolucionario digno de amor

«Nadie ha hecho tanto por el conocimiento de Gramsci en España como el filósofo Manuel Sacristán». Así iniciaba Francisco Fernández Buey uno de sus imprescindibles escritos sobre el autor de los *Quaderni* y sobre el que fuera su traductor y antólogo.⁴⁹ De todos los clásicos marxistas de tercera generación, proseguía el autor de *Por una universidad democrática*, «la ocupación de Sacristán con Gramsci fue la más constante y también la más problemática». No es posible dar cuenta de esta prolongada ocupación. Una aproximación a algunos pasajes de ella que entroncan con una de las preocupaciones centrales del revolucionario sardo, la autonomía cultural de las clases llevadas y empujadas a la subalternidad social, es la finalidad de este apartado.

El proceso de Antonio Gramsci estaba destinado a destruir al hombre, como redondamente lo dijo el fiscal Michele Isgrò: «Hemos de impedir funcionar a este cerebro durante veinte años». Por ello, señalaba Sacristán, en su presentación⁵⁰ del undécimo cuaderno traducido al castellano por su discípulo, el helenista Miguel Candel,⁵¹ los *Cuadernos de la cárcel* no valían sólo por su contenido ni tampoco sólo por la suma de este y de su hermosa lengua, serena y precisa. Valían también, apuntaba el autor de *El orden y el tiempo*,⁵² como símbolos de la resistencia a la opresión, el aislamiento y la muerte que procuraban sus torturadores de un “cerebro” excepcional. El que en condiciones que le causaron pronto un agudo estado patológico, Antonio Gramsci escribiera una obra no sólo llamada a influir en varias generaciones de socialistas, sino también, y ante todo, remarcaba Sacristán, rica en *bondades intrínsecas*, era toda una hazaña inverosímil, y los *Cuadernos* eran un monumento a esa gesta.

¿Qué tipo de entidades filosóficas eran esas “bondades intrínsecas”? Categorías y proposiciones –conjeturas, hipótesis, sugerencias– caracterizadas, recuerda también Sacristán en su prólogo, por lo que Leibniz había considerado propio del buen filosofar: la perennidad, la continuación y duración ininterrumpida.⁵³ En un célebre artículo sobre paradojas,⁵⁴ el

⁴⁹ F. Fernández Buey, «Manuel Sacristán sobre Gramsci», <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=87490>

⁵⁰ M. Sacristán, «El undécimo cuaderno de Gramsci en la cárcel», en *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, *op. cit.*, 2009, pp. 238-239. El texto está fechado en mayo de 1985.

⁵¹ A. Gramsci, *Introducción al estudio de la filosofía*, Crítica, Barcelona, 1985. Traducción de Miguel Candel, prólogo de Manuel Sacristán.

⁵² Es su presentación interrumpida a su *Antología* de Gramsci. Fue editada por Albert Domingo Curto en Trotta en 1998. Sobre los avatares de este escrito, véanse las declaraciones de Jacobo Muñoz para los documentales *Integral Sacristán*, *op. cit.*

⁵³ M. Sacristán, «El undécimo cuaderno de Gramsci en la cárcel», *op. cit.*, p. 262.

⁵⁴ W. V. O. Quine (1962) «The Ways of Paradox», reeditado en Quine, *The Ways of Paradox and Other Essays*, Harvard University Press, Cambridge, 1966, pp. 1-21. Existen traducciones castellana y catalana de este artículo de Quine.

paralelismo sería acaso del gusto del que fuera también su traductor y prologuista,⁵⁵ W. V. O. Quine se refirió indirectamente a esas bondades al distinguir entre aporías verídicas, falsídicas y antinomias. Las segundas son errores, no siempre fáciles de detectar, en razonamientos sofisticados que prueban, por ejemplo, que 1 es igual a su siguiente. Las verídicas son afirmaciones que nos cuesta aceptar por su aparente absurdidad y radicalidad: no es siempre cierto que una propiedad, la “no pertenencia” es ejemplo estudiado, defina consistentemente el conjunto de todos los miembros que ostenten el atributo, empero, una mirada atenta y desprejuiciada cancela rápidamente nuestras reservas: si un supuesto lleva aparejado una contradicción, lo razonable es desecharlo.⁵⁶ Las antinomias, el tercer tipo de aporías en la taxonomía quineana, son otra cosa: ni errores ni verdades difíciles de tragar sino formulaciones, conjeturas o teorías que obligan a modificar fuertemente nuestras concepciones más básicas, no sin dificultades y con comprensibles conservadurismos. Con recordar que la teoría astronómica de Copérnico sobre la estructura de nuestro universo fue llamada en su momento *antinomia* copernicana está casi todo dicho. Las verdades filosóficas de calado, esas bondades intrínsecas a las que se refería Sacristán en su presentación del undécimo cuaderno, pertenecen a este tercer grupo: persistentemente duraderas y empujándonos a mirar desde otras atalayas y con mirada arriesgada.

En el cuaderno undécimo de Gramsci, Sacristán destaca algunas de esas bondades: estilo no dogmático, categorías con poso duradero, reflexiones metafisológicas que enlazaban con su propia consideración del filosofar, singulares pasajes gnoseológicos y de historia de la ciencia que Sacristán no tuvo empacho en biyectar con alguna tesis central de *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn. Había algunas más.

Para no destacar solamente una hermosa cara lunar, conviene recordar algunas de las críticas formuladas por Sacristán en su prólogo y en otros textos anteriores. El modo de pensar de Gramsci en el undécimo cuaderno, su ideologismo, seguía preso o cuanto menos bajo la influencia del idealismo filosófico en el que se formó, impronta cultural que le empujaba a entender el marxismo como ideología, como la arista más elevada de una concepción del mundo; convencido del carácter orgánico de cada cultura, Gramsci no admitía ninguna complementariedad entre la tradición socialista y otras tradiciones o productos culturales; su comprensión del movimiento como ideología le empujaba a considerar el ideal de objetividad científica, en curioso paralelismo con conocidas formulaciones neopositivistas,

⁵⁵ Además de sus dos presentaciones a *Los métodos de la lógica* y *Desde un punto de vista lógico*, Sacristán tradujo estos dos ensayos, *Palabra y objeto*, *Las raíces de la referencia* y *Filosofía de la lógica*. Sacristán solían hacer referencia a la obra del lógico norteamericano diciendo de él que le admiraba mucho «y cuyas ideas me esfuerzo en contar».

⁵⁶ La suposición de la existencia del conjunto de todos los conjuntos normales, de aquellos conjuntos que no se pertenecen a sí mismos, lleva anexa una contradicción (si es normal, es no normal por pertenecerse a sí mismo; si no es normal, es normal porque debería pertenecerse a sí mismo y sólo contiene los normales). Consiguientemente, tal suposición de existencia debe rechazarse: no existe ni puede existir ningún conjunto que tenga como miembros los conjuntos que tengan el atributo de «no pertenecerse a sí mismos».

remarcaba, como acuerdo ideológico, como intersubjetividad compartida, y a pensar que la ciencia era ante todo sobreestructura, instancia ideológica en el pensamiento gramsciano, con la consecuencia no deseable de menospreciar los logros más valiosos del marxismo de la época,⁵⁷ por no hablar de su crítica y rechazo a la posición materialista-inmanentista en torno a la existencia del mundo externo, independientemente de su percepción, o ausencia de percepción, por el sujeto humano. Todo ello, las servidumbres ideológicas de la época en que Gramsci vivió y escribió, en opinión de Sacristán, no consiguieron reducir ni eliminar su importancia intelectual ni su influencia, ni la importancia de esas bondades intrínsecas a las que se hacía referencia.

La primera de ellas refiere al talante antidogmático del pensamiento de Gramsci, revelado con enorme claridad en este undécimo *Cuaderno*, y en los *Quaderni* en general, cuando se enfrenta a problemas particulares, tesis que reafirma una consideración del propio Gramsci, resaltada por Sacristán, en el apartado Filosofía-política-economía del capítulo «Apuntes varios».⁵⁸ Un político escribe de filosofía, sin embargo, puede ocurrir que su “verdadera” filosofía haya que buscarla en los escritos de política. En toda personalidad hay una actividad dominante y predominante: en ella es donde hay que buscar su pensamiento político, implícito la mayoría de las veces y algunas de ellas en contradicción con el pensamiento expresado ex profeso.

Ese estilo de pensamiento nada dogmático en el tratamiento de cuestiones singulares llevó a Gramsci a una consideración ajustada de la dialéctica, que nunca consideró como alternativa opuesta y enfrentada a la lógica formal ni a la metodología científica, posición que casa consistentemente con la propia y clarificadora posición de Sacristán: la dialéctica como programa de investigación y acción que reúne, creativamente, el mayor número de conocimientos artísticos, científicos y prácticos aspirando a la comprensión, siempre renovable, siempre en construcción, de las singularidades, y teniendo muy presente, como finalidad explícita, la intervención político-social.⁵⁹

Por lo demás, la misma consideración de Gramsci de la lógica formal, en apuntes apenas desarrollados, no disgustaría al que fue pieza básica para la consolidación en España de la disciplina. Vale la pena recordar la reflexión gramsciana:⁶⁰ «Concebida como valor instrumental, la lógica formal tiene un significado y un contenido propios (el contenido reside en su función), de la misma manera que tienen un valor y un significado propios los instrumentos y los utensilios de trabajo. Que una “lima” pueda usarse indiferentemente para limar

⁵⁷ Así, las contribuciones soviéticas al Congreso Internacional de Historia de la Ciencia celebrado en Londres en 1931.

⁵⁸ A. Gramsci, *Introducción al estudio de la filosofía*, op. cit., pp. 185-187.

⁵⁹ Sobre este punto véanse los trabajos recogidos en M. Sacristán, *Sobre dialéctica*, op. cit.

⁶⁰ A. Gramsci, *Introducción al estudio de la filosofía*, op. cit., p. 147.

hierro, cobre, madera, diversas aleaciones metálicas, etcétera, no significa que “carezca de contenido”, que sea puramente formal, etcétera. Así también la lógica formal tiene un desarrollo, una historia propios, etcétera; puede enseñarse, enriquecerse, etcétera».

Recuerda Sacristán a continuación la importancia de los hallazgos categoriales de Gramsci para la tradición: hegemonía, bloque histórico, guerra de posiciones, centro de anudamiento, fueron, son, fogonazos que abrieron e iluminaron ámbitos fructíferos no agotados de reflexión filosófico-política, al tiempo que destaca la limpidez y sentido histórico de la aproximación gramsciana a la categoría de intelectual orgánico que muestra a las claras “hasta qué punto los intelectuales ‘desencantados’ [...] conocen el concepto más bien de oídas, cuando lo tachan de dogmático, o de sectario, o de burocrático». ⁶¹

El siguiente punto destacado, esta vez con mayor detalle, refiere a una cuestión metafísica y de sociología de la filosofía, a la consideración gramsciana sobre la filosofía y el papel social y cultural del filosofar. La censura carcelaria a la que fue sometido fue superada por Gramsci con expresiones “abstractas”, con modificaciones de los usuales nombres y conceptos marxistas. Uno de esos subterfugios lingüísticos estaba llamado a tener en el marxismo, resaltaba Sacristán, tanta importancia como había tenido el término “metafísica” en la tradición aristotélica. Gramsci no escribía nunca “marxismo”, usaba la expresión *filosofía della prassi*. Deseaba con ello contrarrestar la “vulgarización” del marxismo, cumpliendo esa tarea de acuerdo con una de las inspiraciones básicas de Marx. No eliminando esa categoría central, sino dando a esta noción la más profunda concepción que alcanzara en la literatura filosófica marxista. Por encima del accidental origen de la expresión, Gramsci había sido verdaderamente el «filósofo de la práctica».

El fundamento de esa *filosofía della prassi* era descrito por Sacristán en los términos siguientes. La filosofía implícita de Gramsci como hombre político arrancaba de una determinada reflexión sobre las raíces de la filosofía según la cual, neto aire de familia aristotélico, todos los hombres eran naturalmente filósofos. La tesis llevaba implícita una visión de la filosofía como un aprender a orientarse en el mundo «y la caracterización del conformismo del “hombre-masa” por la negativa a llevar la filosofía espontánea al plano reflexivo». La transformación social requería el paso a la reflexión crítica para abandonar la sumisión al viejo (des)orden. La instauración del orden nuevo exigía pensar coherentemente y de modo unitario el presente real. Conseguirlo era, en opinión de Gramsci, un hecho filosófico mucho más importante y original que el que un “genio” filosófico descubriera una verdad nueva, reducida su difusión al ámbito de centros e instituciones académicas alejadas de la mayor parte de la ciudadanía popular. La mutación crítica de la filosofía espontánea de los individuos era, pues, según la concepción gramsciana, un hecho filosófico fundamental. Esta

⁶¹ M. Sacristán, «El undécimo cuaderno de Gramsci en la cárcel», *op. cit.*, p. 262.

visión de la filosofía y del filosofar permitía a Gramsci llegar a una de sus tesis más plausibles: la filosofía no es una ciencia especial, separada de los demás saberes y superior a ellos.⁶² El pensamiento humano desembocaba así en la gramsciana «filosofía de la práctica».

«Mucho más importante y original» no implicaba, desde luego, desconsideración a la investigación y renovación de los saberes académicos sino énfasis en la ilustración político-cultural de la ciudadanía, en la apropiación de la teoría, de la ciencia, del arte, de la filosofía, por parte de los sectores más desfavorecidos de las poblaciones, usualmente alejados de las grandes aportaciones de la llamada cultura superior.

¿Qué noción de práctica, de racionalidad praxeológica, estaba detrás de esta aseveración? En las clases de Metodología de las Ciencias Sociales del curso académico 1981-1982, a propósito de la noción de verdad y la adecuación empírica, Sacristán construía una reflexión sobre el papel de la práctica en la tradición marxista, y en tradiciones y pensadores afines. «Lo verdadero es el hecho mismo» había escrito Vico. Si alguien sostuviera que una afirmación era verdadera simplemente porque era eficaz, estaba abriendo camino a cualquier arbitrariedad, a cualquier violencia. Bertrand Russell⁶³ ya había denunciado ese vértice. Otra cosa distinta era sostener que el conocimiento, en su globalidad, no tenía un fundamento estrictamente teórico, y que, por consiguiente, su fundamento era en última instancia de carácter práctico, biológico, evolutivo. Considerado así, no había ningún peligro de deslizamiento o admisión de arbitrariedades despóticas. El marxismo era una filosofía de la *praxis*, esa filosofía ponía énfasis en la practicidad del existir humano, pero esa filosofía no podía ni debía reducirse en ningún caso a un pragmatismo. No siempre era verdadero lo que era útil o eficaz. Por ello, afirmaba Sacristán, Gramsci, el filósofo de la práctica por excelencia, nunca había sido un pragmatista: «[...] Pero el filósofo de la práctica no es un pragmatista: aparte de tener siempre presente “la necesaria logicidad formal”, su primer problema –el de cohesionar ciencia y práctica– se resuelve precisamente mediante una crítica (poco extensa en los *Cuadernos*) del pragmatismo y el positivismo en general». Esa crítica se dirige ante todo contra el concepto positivista de lenguaje (académicamente era Gramsci glotólogo), en el que ve una limitación: «[...] el hecho “lenguaje” es en realidad una multiplicidad de hechos más o menos orgánicamente coherentes y coordinados: en el límite se puede decir que cada ser parlante tiene un lenguaje propio y personal, es decir, su propio modo de pensar y de sentir. La cultura, en sus diversos grados, unifica una mayor o menor cantidad de individuos en estratos numerosos más o menos en contacto expresivo, que se comprenden entre ellos en grados diversos, etc. Estas diferencias y distinciones histórico-

⁶² La tesis fue compartida desde luego por Sacristán. Véase, por ejemplo, su trabajo ya citado «Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores», *Papeles de filosofía*, pp. 356-380.

⁶³ Salvo error por mi parte, la primera vez que Sacristán se refirió a B. Russell fue en su artículo de 1953 para Laye; «Verdad: desvelación y ley», en *Papeles de filosofía*, *op. cit.*, pp. 15-55. Sobre la filosofía política de Russell, véase M. Sacristán, «Russell y el socialismo», *Sobre Marx y marxismo*, *op. cit.*, pp. 191-228.

sociales se reflejan en el lenguaje común y producen esos “obstáculos” y aquellas “causas de error” que han estudiado los pragmatistas». Así quedaba situado en «la práctica», la historia, el tema teórico del lenguaje, vehículo de la ciencia.

Esta aproximación a la filosofía y al filosofar se vinculaba con el concepto de «bloque intelectual-moral», bloque que debía hacer políticamente posible un progreso intelectual de las clases populares, subalternas y no sólo de reducidos grupos sociales con fuerte capital cultural y social. La transición entre la filosofía implícita del político Gramsci y sus tesis propiamente políticas, añadía su traductor y estudioso, en consistencia con aquella consideración previa sobre la verdadera filosofía del hombre político, era tan continua que no permitía señalar un «aquí termina la filosofía y aquí empieza la política».

Coincidencia, pues, con una breve y sustantiva reflexión de Moritz Schlick, aquel enorme positivista lógico citado con respeto y admiración por Sacristán en sus clases mientras clamaba contra el silencio de Heidegger ante su asesinato por un estudiante nacional-socialista: «Un pensador que no es más que filósofo no puede ser un *gran* filósofo». ⁶⁴ Gramsci y Sacristán lo fueron, desde luego también Schlick. Por eso fueron más que filósofos.

La última bondad gramsciana destacada por Sacristán nos traslada a ámbitos filosófico-científicos. La misma orientación histórica y sociológica de la mirada, que a veces hacía caer a Gramsci en ilogicizos historicistas y sociologistas le permitía también formular criterios que habían aparecido posteriormente en la filosofía de la ciencia académica, en el Kuhn de *La estructura de las revoluciones científicas*. Este era el paso del undécimo cuaderno destacado con énfasis por Sacristán. ⁶⁵ «La forma racional, lógicamente coherente, la redondez de razonamiento que no descuida ningún argumento positivo o negativo que tenga algún peso, posee su importancia, pero está muy lejos de ser decisiva: puede serlo de manera subordinada, cuando la persona en cuestión se halla ya en condiciones de crisis intelectual, oscila entre lo viejo y lo nuevo, ha perdido la fe en lo viejo y todavía no se ha decidido por lo nuevo, etc. Otro tanto se puede decir de la autoridad de los pensadores y científicos».

Kuhn no hacía mucho más filosóficamente en su *best-seller* académico, sostenía valiente y sorprendentemente Sacristán. La Academia que había sido sacudida como por un terremoto por uno de sus miembros ignoraba, en cambio, a un pensador como Gramsci. ⁶⁶ «Eso tiene, sin duda, explicaciones inocentes, por así decirlo: la costumbre de la lectura especializada... Pero con ideas de Gramsci es posible descubrir también explicaciones un

⁶⁴ Debo a Jordi Torrent Bestit haber reparado en este aforismo. Véase su excelente «Señalando fines: Cornelius Castoriadis y M. Sacristán», *Riff Raff*, n.º 042, 2.ª época, invierno de 2010, pp. 115-128.

⁶⁵ A. Gramsci, *Introducción al estudio de la filosofía*, op. cit., p. 57

⁶⁶ M. Sacristán, «El undécimo cuaderno de Gramsci en la cárcel», *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, op. cit., (de Público), p. 268

poco más penetrantes». Sacristán no apuntó ninguna de ellas pero era evidente hacia qué ámbitos explicativos estaba señalando.

No sólo fue eso, no sólo estaban las incertidumbres sobre los procesos que guiaban los cambios sustantivos de marco teórico, estaba también el tema de la inconmensurabilidad. La literatura sobre la noción y la problemática es inabarcable pero el propio físico y filósofo usamericano, en un escrito posterior a *La estructura*,⁶⁷ intentaba aclarar su posición definitivamente: «[...] La frase “sin medida común” se convierte en “sin lenguaje común”. Afirmar que dos teorías son inconmensurables significa afirmar que no hay ningún lenguaje, neutral o de cualquier otro tipo, al que ambas teorías, concebidas como conjuntos de enunciados, puedan traducirse sin resto o pérdida». Ahora bien, ni en su forma metafórica ni en su forma literal, remarcaba Kuhn, «inconmensurabilidad implica incomparabilidad, y precisamente por la misma razón». La mayoría de los términos comunes a dos teorías funcionaban de la misma forma en ambas; «sus significados, cualesquiera que puedan ser, se preservan; su traducción es simplemente homófona». Surgían problemas de traducción únicamente «con un pequeño subgrupo de términos (que usualmente se interdefinen) y con los enunciados que los contienen». La afirmación de que dos teorías eran inconmensurables era mucho más modesta «de lo que la mayor parte de sus críticos y críticas ha supuesto».

Pues bien, en el undécimo cuaderno hay también reflexiones de Gramsci que otean el mismo horizonte de traducción o comunicabilidad globalmente exitosa, que lleva anexa algún resto perdido en la operación.

Hay, desde luego, otras sugerencias de interés que Gramsci supo ver mucho antes que devinieran problemas sociales masivos. Así, sus reflexiones sobre política de la ciencia y de la cultura.⁶⁸ El amigo de Piero Sraffa, al referirse al modo y cualidad de las relaciones entre los diversos estratos sociales intelectualmente cualificados, reflexiona sobre la forma de fijar los límites de la libertad de discusión y propaganda. La libertad no debe entenderse en sentido administrativo o policial sino en el «sentido de autolímite que los dirigentes ponen a su propia actividad», en el sentido de fijación de una orientación general en política cultural. ¿Quiénes fijarán, se pregunta, los derechos de la ciencia y los límites de la investigación científica? De hecho, ¿podrán esos derechos y esos límites fijarse realmente? Antonio Gramsci no duda de que las tareas de búsqueda de nuevas verdades y de mejores y más coherentes formulaciones teóricas se deje a la libre iniciativa de los científicos individuales, «por más que éstos vuelvan continuamente a poner en discusión aun los principios que parecen más esenciales». Por lo demás, nueva capa crítica, «no será difícil poner en claro cuándo semejantes iniciativas de discusión» respondan a motivos interesados y no de

⁶⁷ Th. S. Kuhn, «Conmensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad», *¿Qué son las revoluciones científicas?* [traducción de José Romo]. Paidós, Barcelona, 1989, pp. 99-100.

⁶⁸ A. Gramsci, *Introducción al estudio de la filosofía*, op. cit., pp. 60-61.

carácter científico. No se trata de ocultar el fuerte optimismo de Gramsci en torno a las dificultades de trazar con éxito esta última línea de demarcación, pero es necesario resaltar las cuestiones aquí apuntadas; no sólo eran entonces temas acuciantes sino que son en nuestro ahora temas de urgente y rabiosa actualidad.

Recordando las condiciones carcelarias del dirigente del PCI, Sacristán apuntaba en su prólogo que la previsión del largo encarcelamiento y sus muchos y graves sufrimientos tuvieron que influir en el modo en que entendió y planeó su trabajo en la cárcel.⁶⁹ Gramsci no compartió nunca la esperanza en una pronta caída del fascismo, enfermedad frecuente, apuntaba, entre los militantes obreros presos. El comentario intercalaba un significativo interrogante. El siguiente: bien pensando, ¿no sería más bien señal de salud, que no de enfermedad, la tenaz y agitadora esperanza en la no próxima caída de la barbarie fascista?

El matiz introducido nos traslada a ámbitos del esperancismo, asunto al que el mismo Sacristán se refirió en el coloquio de una conferencia de 1979 sobre política socialista de la ciencia⁷⁰ en el que recordó unos versos de Guillevic, muy del gusto también de su amigo de juventud Alfonso Costafreda:

Nous n'avons jamais dit
Que vivre c'est facile
Et que c'est simple de s'aimer...
Ce sera tellement autre chose
Alors. Nous espérons⁷¹

La misma obra de Gramsci, su misma vida, su trágica suerte, siendo como fueron una innegable derrota política, como también señaló Sacristán en una conversación de finales de los setenta con Jordi Guiu y Antoni Munné,⁷² son a un tiempo un canto a la esperanza, a la resistencia, al no doblegarse, a intentar vivir –y combatir por ello– de otra forma que el tiempo y nosotros mismos podemos ya imaginarnos. Sobre ello, sobre esa nueva cultura y civilización pensaron y nos enseñaron estos dos admirables socialistas revolucionarios, sabedores del carácter esencial al que apuntaban: la hegemonía, la arista cultural de un poder insaciable, que exige a gritos, día sí, otro también, un contrapoder ciudadano que ponga freno a su insaciable voluntad de dominio.

⁶⁹ M. Sacristán, «El undécimo cuaderno de Gramsci en la cárcel», *op. cit.*, p. 249.

⁷⁰ M. Sacristán, «Reflexión sobre una política socialista de la ciencia», en *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, El Viejo Topo, Barcelona, 2005, pp. 55-81.

⁷¹ En traducción del propio Sacristán: «No hemos dicho nunca que vivir sea fácil/ Ni que sea sencillo amarse/ Pero todo será muy distinto/ Por lo tanto, esperamos».

⁷² *De la Primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán*, *op. cit.*, pp. 91-114: «[...] Gramsci supo que todo era una derrota, que el proceso históricopolítico en el que él había intervenido como protagonista se saldaba con una derrota total. Yo estoy seguro que él había dejado de creer en toda viabilidad».

Es posible argumentar también por absurdo para abonar esta conclusión. Si no fuera así, si ese sendero señalado fuera inconsistente o una ensoñación vacía, sólo el absurdo, la neurosis y el desenfreno sin sentido, y sus, estos sí, incommensurables y abisales efectos sociales, sin ningún resto ganancial, serían la funcional música audible para amplísimas capas de ciudadanos de este «mundo grande y terrible» del que hablaba el autor de los *Quaderni*.

No es una apología de la ceguera utópica. Andy Grove, el antiguo presidente de Intel, un destacado conocedor de estos asuntos, lo ha señalado con estas palabras: «En este mundo sólo el paranoico sobrevive». Más contundente aún ha sido Bill Gates, que lo ha señalado con nitidez carrolliana: «En este negocio cuando se cae en cuenta de que se está en problemas, es por que ya es demasiado tarde para salvarse. *A menos de que se corra como desesperado todo el tiempo, uno está perdido... La gente subestima lo efectivo que resulta el capitalismo para mantener hasta a las compañías más exitosas siempre al borde del abismo*»⁷³ [la cursiva es mía]. Sin mover un coma.

Siempre al borde del abismo. Para alejarnos de él, la grandísima obra de Gramsci, realizada en condiciones inimaginables, que ha influido y debería seguir influyendo en diversas generaciones de cuadros y militantes socialistas no entregados, es un antídoto recomendable.

Lo fue de hecho. Tres décadas después de la muerte del revolucionario italiano, un dirigente comunista eslovaco que había combatido contra el nazismo y que leía y conocía su obra, intentó renovar democráticamente y sin pérdida de identidad las embarradas aguas del estalinismo. Moscú reaccionó con furia y con ignorancia, abonando su propia autodestrucción posterior.

Para Sacristán fue un aldabonazo que exigía a gritos y con urgencia cambios radicales en los procedimientos, análisis y finalidades de la tradición. Era un punto de no retorno, un final de acto. También esta tarea exigía esfuerzo, estudio y compromiso político. Aunque hubiera que estar en minoría, aún a riesgo de ser incomprendido. Sobre Praga y Dubcek no podía reinar nuevamente el silencio.

⁷³ He tomado ambas citas de: A. Toro Hardy, «Microsoft: ¿Toro o matador?», <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=95093>

ECONOMÍA SOLIDARIA potencialidades y desafíos

¿Qué es la economía solidaria? 47
Luis Razeto

La economía solidaria no está en paro 53
Jordi Garcia Jané

La economía solidaria en Latinoamérica 67
Pablo Guerra

El planteamiento cooperativo: un enfoque autogestionario de la actividad económica 77
Enrique del Río

Dilemas y oportunidades del conocimiento abierto 89
Igor Sádaba

La economía social: un desafío para los movimientos sociales 99
Vicente Pérez Quintana

Dimensión político-cultural de la economía solidaria 109
Daniel Jover

La buena sociedad. Por una izquierda europea anticapitalista e internacionalista 121
Fernando Álvarez-Uría

Especial

¿Qué es la economía solidaria?

La economía solidaria o economía de solidaridad es una búsqueda teórica y práctica de formas alternativas de hacer economía, basadas en la solidaridad y el trabajo. El principio o fundamento de la economía de solidaridad es que la introducción de niveles crecientes y cualitativamente superiores de solidaridad en las actividades, organizaciones e instituciones económicas, tanto a nivel de las empresas como en los mercados y en las políticas públicas, incrementa la eficiencia micro y macroeconómica, además de generar un conjunto de beneficios sociales y culturales que favorecen a toda la sociedad.

Desde la economía solidaria se pretende dar una respuesta real y actual a los más graves problemas sociales de nuestra época:

- La pobreza, la exclusión y la marginación que afectan a multitudes de seres humanos, sectores sociales y pueblos enteros en diversas regiones del mundo.
- La desocupación y la cesantía de porcentajes elevados y crecientes de la fuerza de trabajo.
- Los límites e insuficiencias de la muy extendida economía informal o popular, que puede potenciarse y encontrar en la economía solidaria cauces apropiados para una mejor inserción en los mercados. La economía solidaria ha demostrado en muchos casos ser una alternativa capaz de conducir organizadamente a muchos trabajadores informales, a operar con mayor eficiencia, permitiendo la reinserción social y el progreso de vastos sectores que despliegan de modo independiente iniciativas que les generan ingresos y elevan su precario nivel y calidad de vida.
- Las enormes y crecientes injusticias y desigualdades sociales que genera el sistema económico predominante, que se traducen en procesos de desintegración de la convivencia social, conflictos que se prolongan sin solución apropiada, ingobernabilidad y desafección ciudadana, acentuada delincuencia y corrupción, etc. La economía de solidaridad se plantea como una forma justa y humana de organización económica; su desarrollo puede con-

Luis Razeto es profesor de filosofía y director del Magíster en Economía Solidaria y Desarrollo Sustentable (Universidad Bolivariana, Chile)

tribuir eficazmente a la superación de los graves problemas que impactan negativamente a nuestras sociedades.

- La situación desmedrada en que en muchos países se encuentra la mujer en el ámbito del trabajo y de la economía, con dificultades de acceso y participación protagónica en las actividades y organizaciones económicas, sociales y culturales. La economía solidaria ha demostrado ser una de las formas en que la mujer y la familia encuentran nuevas y amplias posibilidades de participación, desarrollo y potenciación de sus búsquedas basadas en la identidad de género.
- La crisis de las formas cooperativas, mutualistas y autogestionarias tradicionales, desde la cual se percibe la economía de solidaridad como un camino apropiado de renovación y refundación de las búsquedas de formas económicas asociativas y participativas que pongan al hombre y a la comunidad por encima de las cosas y al trabajo por encima del capital.
- El deterioro del medio ambiente y de los equilibrios ecológicos, derivados en gran parte de modos individualistas de producir, distribuir, consumir y acumular riqueza. La economía solidaria orienta hacia nuevas formas de producción y consumo, social y ambientalmente responsables.

Un gran proyecto de desarrollo, transformación y perfeccionamiento de la economía

Existen serias y profundas razones para cuestionar la conveniencia e incluso la posibilidad de continuación del crecimiento económico, en las formas actualmente vigentes. La economía de solidaridad postula un nuevo tipo de desarrollo, alternativo, integral, a escala humana, sostenible, con énfasis en lo local. Otro desarrollo supone otra economía, y esa otra economía para un nuevo tipo de desarrollo puede ser la economía solidaria, o al menor, constituir un componente que efectúa una contribución importante en esa dirección.

En un momento en el que el “sistema” capitalista parece haberse implantado como el modo único de organización económica eficiente, a pesar de sus enormes costos sociales y ambientales; en el que los proyectos socialistas basados en el Estado y la planificación han fracasado en su intento de establecer una economía justa y humana; los motivos que históricamente fundaron los grandes movimientos de cambio social con sentido de justicia y equidad siguen vigentes, sin que, sin embargo, surjan propuestas nuevas y alternativas que los encaucen. Las energías sociales y espirituales orientadas a la transformación social y que buscan formas éticamente superiores de organización económica, centradas en los valores de la justicia, la equidad, la libertad, la fraternidad y la comunidad, se encuentran desorientadas frente a una realidad adversa que parece imposible de cambiar. Cunde la desesperanza y se difunde la convicción de que «más de lo mismo» no conducirá a la humanidad hacia nuevos horizontes; en este difícil contexto histórico, que no son

pocos los que conciben como una verdadera *crisis de civilización*, la economía de solidaridad aparece como el único modo nuevo de pensar y de proyectar procesos transformadores eficaces y profundos, en condiciones de concitar la conciencia y la voluntad de los más vastos sectores que anhelan una vida mejor y una sociedad más humana y basada en la convivencia.

Es urgente perfeccionar la economía, tanto a nivel de las empresas, de la organización de los mercados, de las políticas públicas, de los procesos de globalización, etc., y la economía de solidaridad se ofrece como una realidad y un proyecto capaz de contribuir a ello con orientaciones, criterios, metodologías y modelos organizativos nuevos y eficientes.

Es precisa una *teoría científica* que respete y fortalezca la identidad económica alternativa y exprese de modo coherente su racionalidad económica especial con criterios rigurosos para la gestión

Un proceso real en el que convergen variados y múltiples sectores y grupos

Son diversos los grupos populares y las organizaciones de base que se organizan solidariamente para hacer frente a sus necesidades y problemas. Están integrados por personas de todos los grupos sociales que quieren desarrollar iniciativas empresariales eficientes de nuevo tipo, y que sean acordes con un sentido social y ético que se proponen establecer en sus actividades.

Los movimientos cooperativos, mutualistas y autogestionarios encuentran en la economía de solidaridad una nueva perspectiva y nuevos conceptos que llegan a potenciar sus experiencias. También las organizaciones y movimientos ecologistas concienciados de que hay que buscar el origen de los problemas del medio ambiente en las formas económicas y de desarrollo insolidarias. Por otra parte, los pueblos originarios que luchan por recuperar su identidad, encuentran en la economía solidaria una forma económica moderna para aplicar y vivir valores y relaciones sociales acordes con sus culturas comunitarias tradicionales.

Otro colectivo fundamental es el de los empresarios que quieren compaginar eficiencia y solidaridad, y que aspiran a establecer en sus empresas modalidades armónicas de convivencia humana. Así como las organizaciones no-gubernamentales que se proponen objetivos de desarrollo humano y social, y que aspiran a contribuir con nuevas iniciativas y expe-

riencias a procesos de desarrollo local, alternativo, sostenible. Y las instituciones públicas y los poderes locales sensibles a los problemas de la pobreza y la desocupación, ven en la economía solidaria una manera eficaz de abordarlos, al igual que determinadas instituciones religiosas que conciben la economía solidaria como una forma de hacer economía coherente con sus orientaciones espirituales y éticas, y una forma eficaz de generar espacios de desarrollo humano y social.

Desde el plano del conocimiento, cabría destacar a aquellos intelectuales de variadas disciplinas que buscan nuevas respuestas a los grandes problemas sociales de nuestra época, nuevas maneras de pensar el cambio social y el desarrollo, nuevos paradigmas conceptuales y nuevas relaciones entre la teoría y la práctica social. Así como a los economistas conscientes de las limitaciones e insuficiencias de los marcos teóricos de su disciplina convencional.

Un nuevo enfoque conceptual para la teoría económica

Desde los orígenes del capitalismo, y a lo largo de la historia moderna y contemporánea, se han desarrollado múltiples búsquedas y procesos de experimentación de formas económicas alternativas, las cuales han asumido diferentes nombres: cooperativismo, autogestión, mutualismo, economía social, entre otros.

Un rasgo distintivo de dichas experiencias ha sido que han ido acompañadas y han estado orientadas por un pensamiento económico-social doctrinario o ideológico formulado en términos ético-filosóficos. A partir de estas formulaciones se establecen *principios* orientadores y *modelos* organizativos que expresan el “deber ser” de las propuestas económicas, y se derivan *normativas* de carácter jurídico y estatutario, que indican con cierta precisión cómo deben organizarse y funcionar las organizaciones que participan de las respectivas identidades.

Es precisa una *teoría científica* que respete y fortalezca la identidad económica alternativa y exprese de modo coherente su *racionalidad económica especial* con criterios rigurosos para la gestión

Tales formas de pensamiento que orientan a las experiencias, sin duda útiles especialmente para motivar a quienes participan en ellas, se han demostrado insuficientes para: a) proporcionar adecuada guía y eficientes criterios de eficiencia económica en los procesos de toma de decisiones y de gestión de las operaciones que realizan; b) garantizar una identidad consistente a las experiencias y búsquedas, que a menudo pierden el perfil inicialmente deseado y se van asemejando y subordinando a las formas capitalistas y estatales de hacer

economía, respecto a las cuales aspiran a diferenciarse y constituir alternativas válidas y viables; c) generar la confianza y la convicción suficiente respecto a su eficacia económica, como para atraer hacia ellas los recursos humanos, financieros y materiales indispensables para su desarrollo; d) asegurarles la autonomía cultural que necesita cualquier movimiento y proceso que aspire a realizar cambios profundos en la economía y en la vida social.

Como explicación de todas estas limitaciones, puede mencionarse el hecho de que las experiencias cooperativas, autogestionarias, mutualistas y otras afines, careciendo de un instrumental conceptual y analítico propio que las oriente en sus procesos de toma de decisiones, a menudo recurren a aquellas herramientas de análisis proporcionadas por una ciencia económica convencional, que ha sido formulada a partir de experiencias y racionalidades operacionales muy distintas y en cierto sentido opuestas a las solidarias.

Aquellos cuatro aspectos, que implican limitaciones y deficiencias esenciales que se manifiestan a menudo en estas búsquedas y experiencias económicas alternativas, no pueden superarse sino mediante la disposición de una *teoría científica*, elaborada al nivel de la disciplina económica, que no sólo respetando sino aún fortaleciendo la identidad económica alternativa, exprese de modo coherente su *racionalidad económica especial* y le proporcione criterios rigurosos que guíen su proceso de toma de decisiones y su gestión y operación en los mercados en que participan.

La concepción de la *economía de solidaridad* es una elaboración científica de teoría económica que viene a llenar este vacío. Ella se establece al nivel epistemológico de la ciencia económica, y utiliza las herramientas conceptuales y metodológicas propias de ésta, convenientemente ampliadas y reelaboradas para expresar la identidad de formas económicas muy diferentes: la racionalidad especial de las economías alternativas fundadas en la cooperación, la autogestión, el mutualismo y la ayuda mutua. La economía de solidaridad constituye, en tal sentido, una contribución relevante a la potenciación y el desarrollo de las búsquedas de economías alternativas eficientes.

La concepción teórica de la economía de solidaridad ofrece, adicionalmente, otras contribuciones:

- a) Proporciona un lenguaje moderno, renovado, motivador y cautivante, en un contexto cultural como el de hoy, en que las concepciones tradicionales del cooperativismo, el mutualismo y la autogestión parecen haber perdido capacidad de convocatoria.
- b) Ofrece una posibilidad de integración bajo una común identidad social, a búsquedas y experiencias que se han desarrollado bajo distintas denominaciones, siendo en realidad convergentes en sus propósitos y efectivamente provistas de una misma racionalidad económica especial, que requiere ser profundizada.

- c) Permite reconocer como parte de la misma búsqueda de formas económicas alternativas, a numerosas experiencias nuevas y originales que adoptan diferentes estructuras organizativas, que se conocen con distintos nombres, y que son protagonistas de una dinámica reactivación de los procesos de experimentación de la solidaridad y la cooperación en la economía y en la vida social.

La economía solidaria no está en paro

La economía solidaria constituye una vasta constelación de prácticas de producción, comercialización, consumo y crédito alternativas a las capitalistas, que se está desarrollando con fuerza a lo largo del mundo desde los años ochenta del siglo pasado. Más resistente a la crisis actual que las empresas convencionales, la economía solidaria puede devenir embrión de una economía poscapitalista si consigue crecer, mantener su doble dimensión de sector socioeconómico y de movimiento social, articularse en mercados sociales que la desconecten del mercado capitalista y forjar alianzas con el resto de sujetos de cambio social y de economías críticas.

Tal día como hoy, millones de trabajadores, campesinos, profesionales, consumidores, inversores, activistas, etc., de todos los rincones del planeta están produciendo, distribuyendo, consumiendo e invirtiendo de forma respetuosa con las personas, el medio ambiente y los territorios. Están haciendo economía, pero no economía capitalista sino aquella otra que se conoce como economía social o economía solidaria.

Jordi Garcia Jané es cooperativista, miembro de la Xarxa d'Economia Solidària de Catalunya (XES)

Mediante la economía solidaria, una parte de la población mundial posee un trabajo estable y de calidad, obtiene alimentos a bajo precio o más saludables, dispone de una casa, accede a un crédito, puede llevar a sus hijos a la escuela o tiene cobertura sanitaria. Además, la mayor parte de iniciativas sociales dirigidas a mejorar el mundo adoptan formas de economía solidaria: el consumo responsable, el comercio justo, la agricultura campesina, los huertos comunitarios, las ecoaldeas, los centros de recuperación y reciclaje, la inserción sociolaboral, la promoción del patrimonio, las redes de trueque y las monedas libres, la solidaridad internacional, el turismo solidario, las finanzas éticas, la cultura popular, la comunicación alternativa, el trabajo colaborativo en Internet, etc.

Las iniciativas de economía solidaria son muy heterogéneas entre sí pero todas comparten la primacía tanto de la satisfacción de necesidades por enci-

ma del lucro, como de la persona por encima del capital, así como la gestión democrática de la actividad, auténtica línea de ruptura, ésta, con la empresa capitalista. Más precisamente podríamos definir a la economía social o solidaria como aquel conjunto de prácticas de producción, distribución, consumo y acumulación que persiguen satisfacer necesidades en vez de maximizar el beneficio y que se rigen por los valores de cooperación, solidaridad, democracia, equidad y sostenibilidad.

Las iniciativas de economía solidaria han conformado un sector distinto tanto del privado como del estatal, al que cabría denominar esfera pública no estatal

Dichas prácticas económicas, cuando son colectivas, suelen efectuarse desde cooperativas, mutualidades, sociedades laborales, empresas de inserción, asociaciones y fundaciones del campo social, además de utilizar también redes sociales informales. Cuando sus protagonistas son los individuos, entonces se ejercen adoptando los roles de consumidor, ahorrador, inversor o productor responsables. En última instancia, la forma jurídica que empleen es secundaria, lo que marca su inclusión o exclusión con respecto a la economía solidaria es su práctica. De lo que se desprende que a veces encontraremos empresas jurídicamente mercantiles (sociedades limitadas, sobre todo) que forman parte del sector puesto que persiguen sus fines y practican sus valores, mientras que algunas asociaciones o fundaciones del campo social, o bien algunas mutualidades o cooperativas, no pertenecerán al mismo porque en su día a día persiguen la misma finalidad y se rigen por los mismos valores que una empresa capitalista cualquiera.

Desde las últimas décadas del siglo XX, las iniciativas de economía solidaria se han multiplicado por doquier, conformando un sector socioeconómico distinto tanto al privado capitalista como al estatal. De alguna forma, la economía social o solidaria viene a ser la dimensión económica de lo que podríamos denominar la esfera pública no estatal, formada por una pléyade de iniciativas de tipo social, político, cultural y económico impulsadas autónomamente por los sectores populares para resolver sus necesidades.

Una economía con muchas caras

La economía solidaria es una realidad poco conocida, pero en modo alguno marginal. Ciñéndonos sólo al cooperativismo, el subsector que, en la mayoría de países, constituye el núcleo histórico e ideológico de la economía solidaria, se estima que existen unas 800.000 cooperativas repartidas por más de 80 países, asociando a unos 800 millones de personas,

el 12% de la población mundial, y dando trabajo a 100 millones. Sólo en la Unión Europea hay constituidas más de 250.000 cooperativas y empresas similares, operando en todos los sectores económicos, con 150 millones de socios y 5,5 millones de trabajadores. A estas empresas debemos añadir el conjunto de asociaciones y fundaciones, que dan empleo a 7 millones de trabajadores, agrupan al 50% de la ciudadanía y representan más del 4% del PIB.¹ Estas cifras, a las que hay que atribuir un valor simplemente orientativo, ya nos indican su relevancia.

La economía solidaria también es una realidad muy heterogénea. Para que nos demos cuenta de su gran diversidad, nos bastará con repasar algunos de sus desarrollos más significativos que abarcan desde agrupaciones económicas informales constituidas por los sectores marginados de la periferia mundial hasta grandes y prósperos grupos cooperativos en el centro del sistema. La principal institución financiera del Quebec es el banco popular cooperativo Desjardins, con más de 4 millones de socios, asimismo la mayoría de guarderías infantiles de Canadá son también cooperativas; en Estados Unidos abundan las cooperativas eléctricas; en Argentina el movimiento de empresas recuperadas aglutina 200 empresas y 10.000 trabajadores; en Brasil, destacan los emprendimientos productivos de los asentamientos campesinos del Movimiento Sin Tierra, presentes en 23 de los 26 estados del país y organizados en cooperativas agropecuarias y de servicios, además del medio millón de personas trabajando en 22.000 empresas de economía solidaria. Las cooperativas de vivienda de apoyo mutuo han edificado parte del patrimonio inmobiliario de Montevideo; el cooperativismo agrario nicaragüense se integra en cadenas productivas mediante la cooperativa de segundo grado Nicaracoop, que al mismo tiempo promueve una red de turismo sostenible; mientras que Ecuador reconoce la economía solidaria en su carta magna.

El cooperativismo, tanto de cultivadores del té como de pescadores y productores, está muy implantado en el estado de Kerala (India), donde se asienta uno de los complejos cooperativos mayores del mundo, el Kerala Dinesk Beedi, formado por 326 cooperativas y 32.000 socios, que fabrican los cigarrillos tradicionales *beedi*. En el Nepal, los bosques comunales, una de las principales fuentes económicas del país, son gestionados por la FECOFUN (Federation of Community Forestry Users), que reúne a 12.500 grupos de usuarios, los cuales representan 1,7 millones de familias, o sea cerca de 9 millones de personas en un país de 28 millones de habitantes. En Filipinas, se extiende el programa bancario Bayaniha, una iniciativa de finanzas éticas que contribuye al desarrollo autogestionario y cooperativo de las comunidades pobres de la zona urbana del país, en particular las mujeres y sus familias. En Japón los clubes de consumo Seikatsu («Gente viva») asocian 200.000 familias, que ade-

¹ A. Melián y V. Campos, «Emprendedurismo y economía social como mecanismos de inserción laboral en tiempos de crisis», *Revesco*, 100, extraordinario 2010 *Monográfico: La respuesta de la Economía Social ante una crisis global*.

más se han convertido en las propietarias de plantas de procesamiento de leche y de cooperativas sociosanitarias. Esas cooperativas de consumo se sitúan en la vanguardia de las campañas contra los detergentes sintéticos y los transgénicos. Las monedas sociales están en auge en Japón, Tailandia e Indonesia a raíz de la crisis asiática de 1997, pero también en varios países africanos, como Senegal, en cuya capital, Dakar, funcionan cinco sistemas de intercambio con moneda local (el *doole*), impulsados por las mujeres, o en Suráfrica, cuya red de trueque de Ciudad del Cabo creó el Community Exchange System (CES), un portal por internet empleado por cientos de redes de trueque de todo el mundo para realizar y registrar sus intercambios.

Las cooperativas agrarias están muy implantadas en el norte de Europa; en Dinamarca producen toda la leche y cerca de dos terceras partes de los productos del cerdo; en Suecia, poseen todas las lecherías y más de la mitad de los mataderos; en Noruega, una de cada tres personas pertenece a una cooperativa. En Italia, la asociación de cooperativas Legacoop agrupa a seis millones de socios y ocupa a 342.000 personas, la mayoría mujeres. En Gran Bretaña, The Cooperative Group es la mayor cooperativa de consumo europea, cuenta con 4,5 millones de socios y fue pionera en vender productos de comercio justo. Las mutualidades de previsión social están muy implantadas en Bélgica, Irlanda, Holanda y Francia, país, este último, en donde nueve de cada diez explotaciones agrícolas son cooperativas. También en el Estado vecino el 60% de los depósitos se halla en establecimientos de la economía solidaria, mientras que además existe un vasto movimiento de cooperativas de consumo agroecológico, las AMAP (Asociación para el Mantenimiento de una Agricultura Campesina), formado por más de 1.200 asociaciones basadas en el compromiso mutuo entre un grupo de consumidores y un agricultor.

En fin, el cooperativismo alemán, muy vinculado al movimiento alternativo, goza de buques insignia como el diario *Die Tageszeitung*, el periódico de izquierdas más leído del país, que es una cooperativa propiedad de 10.000 socios, o la cooperativa de consumo Greenpeace-energy, que desde 2001 distribuye y produce energía renovable, y que está integrada por 12.000 socios.

En el Estado español, en Euskadi concretamente, brilla con luz propia la corporación cooperativa de Mondragón, una de las más importantes experiencias de democracia industrial de todo el mundo. El Alto Deba, en donde se encuentran las principales cooperativas del grupo, es una de las comarcas con un nivel de renta más alto de Europa. En el Estado español,² las cifras oficiales del sector contabilizan 51.700 empresas del sector, 2,5 millones de puestos de trabajo, el 10% del PIB y el 14% de la fuerza laboral. De estas 50.000 empresas aproximadamente, la gran mayoría son cooperativas (25.000) y sociedades laborales

² Según datos del CEPES correspondientes a 2008.

(20.000). Su capacidad de crecimiento resulta superior a la de las empresas mercantiles: en el periodo 1990-2007, mientras el empleo en el total de la economía española creció en un 62,8%, en las cooperativas y sociedades laborales lo hizo en un 97,4%, casi 35 puntos porcentuales por encima.

Asimismo, merece la pena destacar que la economía solidaria se halla presente en todas las fases del ciclo económico tradicional. En la producción, se expresa como trabajo cooperativo, es decir, como propiedad colectiva de la empresa por parte de los trabajadores, que es gestionada democráticamente bajo el principio «de una persona, un voto».

En la distribución se manifiesta como comercialización justa, consistente en aquella relación comercial que, partiendo del diálogo, la transparencia y el respeto, persigue mayor equidad en el intercambio entre consumidores del Norte y productores del Sur, pero también entre Norte y Norte y entre Sur y Sur.

Existe una economía solidaria emergente que va ocupando nuevas áreas de actividad a medida que la economía capitalista se repliega en la pura especulación financiera

En el consumo, se plasma en prácticas de consumo responsable realizadas por individuos, entidades, empresas y, últimamente, por algunas administraciones públicas. El consumo responsable adopta las formas de consumo cooperativo, consumo ecológico, consumo solidario y, por supuesto, de reducción del consumo (simplicidad voluntaria).

En la acumulación, toma la forma de finanzas éticas, esto es, de entidades y útiles financieros que priorizan la obtención de un beneficio social por encima del beneficio económico. Estas iniciativas combaten la alienación del ahorro, producida por la pérdida de control por parte del depositante sobre el destino de sus ahorros ingresados en una entidad financiera convencional, y promueven el uso social de las inversiones en áreas como la lucha contra la pobreza y la exclusión, el medio ambiente, la cultura y el propio desarrollo de la economía solidaria, en vez de dirigirlos a las grandes corporaciones, la especulación financiera e inmobiliaria o el sector armamentista.

Por último, desde los años ochenta del siglo pasado florecen también las alternativas al sistema monetario, que crean monedas no oficiales, a veces llamadas libres, locales, sociales o complementarias. Estas monedas, físicas o virtuales, estimulan el trueque mutirrecíproco de bienes y servicios entre personas, entidades y empresas de una red territorial o social.

Existe pues, ya, una economía no capitalista en los intersticios del sistema, una economía solidaria emergente que va ocupando nuevas áreas de actividad a medida que la economía capitalista se repliega en la pura especulación financiera. ¿Cómo repercute la crisis económica en esta nueva economía? ¿Qué riesgos y oportunidades se le abren?

Resistentes a la crisis

La crisis actual es fruto, en primera instancia, de la sobreproducción de mercancías y la financiarización de la economía. Pero, en el fondo, remite a otros desequilibrios que nos permiten hablar de crisis multidimensional: socioecológica, del trabajo reproductivo, energética, alimentaria, cultural, del sistema político y de hegemonía de Estados Unidos. Desde este punto de vista más amplio, estaríamos inmersos en una crisis de la civilización capitalista, que comenzó hacia los años setenta, y de la que la recesión económica provocada por el estallido de la burbuja financiero-inmobiliaria en 2008 sería un episodio más. Dicha crisis sistémica se alargará todavía algunos decenios más, irá mostrando caras diferentes, y dará lugar a un cambio sustancial del mundo. Aunque sólo sea por los devastadores efectos del cambio climático y porque se termina la era del petróleo barato, sabemos que nada volverá a ser como antes. Se quiera o no, el modo de vida occidental se modificará significativamente en los próximos decenios, una nueva gran transformación (parafraseando a Polanyi) que puede llevarse a cabo mediante una transición ordenada que nos conduzca hacia otros modos de producir, consumir y vivir más sostenibles y universalizables, o por el contrario producirse de modo forzado, caótico y excluyendo aún a más sectores del planeta del acceso a los bienes básicos, instaurando una especie de fascismo planetario ejercido por una minoría privilegiada y fortificada que excluye, domina y rapiña al resto del mundo, hundido en la miseria.

Vivimos, pues, momentos cruciales para nuestro futuro y el de la especie. Hölderlin dijo que donde surge el peligro allí está la salvación, ¿en qué medida la economía solidaria puede ayudarnos a avanzar a salir de la crisis de un modo favorable para la mayoría de habitantes de este planeta?

Antes de nada, la economía solidaria constituye un alivio inmediato a las consecuencias directas que provoca la crisis sobre las clases populares: paro masivo, disminución de la capacidad adquisitiva, restricción al crédito, etc. El informe de la OIT, *Resilience of the Cooperative Business Model in Times of Crisis*, reseña cómo las cooperativas agrarias mantienen los ingresos de los productores; las cooperativas de consumo ofrecen alimentos a precios más bajos; las bancas éticas y cooperativas –muy poco afectadas por los activos tóxicos al no dedicarse a la especulación– facilitan créditos a particulares y empresas que la banca capitalista ignora, y las cooperativas de trabajo mantienen e incluso crean nuevos

empleos. Así lo entienden también los políticos; muchos de ellos solían ignorar o minimizar las cooperativas y la economía solidaria en general, mientras que hoy en cambio les piden auxilio para que creen los puestos de trabajo que los sectores privado capitalista y estatal no pueden, o no quieren, generar.

En primer lugar, las empresas de la economía solidaria, tales como las cooperativas de trabajo, resisten mejor a la contracción de los mercados que la empresa convencional. En el Estado español, concretamente, desde que estalló la crisis de 2008 cierran menos cooperativas y sociedades laborales que empresas mercantiles, e incluso, en plena recesión, dicho tipo de empresas aumenta en número, en socios, en volumen de negocio y en capital. Lo confirman los datos del Ministerio de Trabajo español, correspondientes al 2008, que indican que, mientras que el número de empresas mercantiles disminuyó en un 7% respecto al 2007, el de cooperativas sólo mermó en un 1,7%, y además estas incluso consiguieron incrementar la tasa de personas ocupadas en un 0,12% respecto del total de personas ocupadas del Estado español.

Muchas causas se esconden detrás de esta superior resistencia a la crisis por parte de las empresas de la economía solidaria. En primer lugar, su diferente finalidad: mientras que el objetivo del rentista o del empresario capitalista es maximizar su capital invertido, el objetivo de los emprendedores sociales, por ejemplo, los socios de una cooperativa de trabajo, consiste en satisfacer su necesidad de poseer un puesto de trabajo, de modo que el umbral a partir del que unos y otros estiman que no vale la pena mantener la empresa difiere completamente: los primeros cerrarán la empresa cuando calculen que podrían extraer más rentabilidad a su capital invirtiéndolo en otra parte, ni tan siquiera es preciso que el negocio registre pérdidas; en cambio, los socios de una cooperativa de trabajo la mantendrán en tanto les permita extraer un sueldo con el que cubrir sus necesidades básicas.

En segundo lugar, una empresa de economía solidaria suele ser más productiva que una compañía mercantil, también en época de crisis. La superior motivación de los trabajadores, que saben que la empresa es suya, aumenta la productividad, sea porque rinden más y aportan más ideas e innovaciones para hacer frente a la crisis, sea porque se recurre sin tantos traumas a instrumentos de ajuste: flexibilidad horaria y funcional, e incluso reducciones salariales, como los socios del grupo Fagor, de Mondragón, que acordaron reducir sus retribuciones un 8% entre abril de 2009 y marzo de 2010.

En fin, otros factores que explican la perdurabilidad de estas empresas son su tendencia a acumular recursos de ejercicios anteriores (fondos de reserva colectivos e irrepartibles en las cooperativas), que servirán para enjuagar las posibles pérdidas en momentos de crisis, además de un cúmulo de factores culturales y estructurales que favorecen proseguir la actividad y superar las dificultades de forma colectiva y solidaria (superior cohesión del

colectivo de trabajadores, toma democrática de las decisiones, obligación de devolver la aportación inicial al capital de la empresa, más las retribuciones al capital, a los socios que fueran dados de baja ante un expediente de regulación de empleo, lo que supondría una reducción de los recursos propios y de la solvencia...).

Pero, la economía solidaria no sólo resiste a los embates de la crisis económica actual, sino que además representa una alternativa al cierre de empresas capitalistas. Efectivamente, muchas empresas mercantiles que están a punto de cerrar, sea por jubilación del propietario, por bajos beneficios o por quiebra, son asumidas por sus trabajadores quienes las transforman en cooperativa o en sociedad laboral. Este fenómeno ocurrió en el Estado español durante la crisis industrial de los ochenta y está sucediendo ahora, y se halla en el origen de muchas cooperativas de trabajo y otro tipo de empresas propiedad de los trabajadores en todo el mundo. Aunque al pensar en ello nos vengan a la cabeza las fábricas recuperadas argentinas, de hecho una parte importante de las cooperativas industriales existentes hoy en día en toda la Europa mediterránea nacieron de este modo. Actualmente, en Estados Unidos algunos sindicatos, inspirándose en Mondragón, tratan de transformar empresas en crisis en cooperativas. Se trata de una alternativa que evita además la desaparición de empresas clientes y proveedoras, por lo que genera un efecto multiplicador positivo sobre el mantenimiento del empleo.

Esta solidez innegable de la economía solidaria no puede llevarnos a la peligrosa ingenuidad de creerla invulnerable. Sería un grave error confundir superior resistencia con resistencia ilimitada. Debemos ser conscientes que, si la recesión se prolonga y el desempleo crece todavía más, las reservas de capital se agotarán, se suprimirán la mayoría de las subvenciones públicas que permiten la actividad de muchas asociaciones del sector, los mercados seguirán reduciéndose y la competencia haciéndose más salvaje, y la sequía del crédito provocada por la banca convencional impedirá la financiación a las empresas, sobre todo las pequeñas y medianas, que son mayoría en el sector. En esta situación verosímil, no bastaría el crédito dispensado por las entidades de finanzas éticas ni los esfuerzos desesperados de los trabajadores por mantener a flote su empresa, sino que una parte de la economía solidaria, la más orientada al mercado capitalista, retrocedería a expresiones más precarias y resistencialistas, o incluso desaparecería.

Tiempo de supervivencia, tiempo de reproducción

Sea como fuere, la economía solidaria debe fortalecerse en todos los frentes, al tiempo que se postula como parte de una alternativa económica al capitalismo. «Los tiempos de la economía popular son al menos dos: un tiempo de la emergencia continua, de la sobrevivencia diaria, basada cada vez más en la reacción a los cambios exógenos..., sin posibilidad de

anticipar demasiado, y buscando ventajas de corto plazo en el mercado, y un tiempo de la reproducción en el largo plazo de comunidades y grupos, donde prima la preocupación por los descendientes y la reproducción de la comunidad como tal. Ambos tiempos se superponen y hay que atender al primero controlando sus efectos de fragmentación, apostando con recursos y políticas sostenidas en el segundo, ampliando las posibilidades de transformación ganando en calidad social».³

Siguiendo a Coraggio, podemos decir que el tiempo de la supervivencia diaria de las iniciativas de la economía solidaria exige mejorar la gestión de las empresas del sector, dedicando una atención especial al trabajo comercial y extremando el rigor presupuestario, a la vez que se busca innovar en procedimientos, mercados, productos y servicios, y se saca el máximo rendimiento productivo a la participación, implicación y cooperación de las personas que dan vida a estas empresas.

La economía solidaria no sólo resiste a los embates de la crisis económica actual, sino que además representa una alternativa al cierre de empresas capitalistas

El otro tiempo, el de la reproducción ampliada del sector hacia la transformación de la economía, demanda desarrollar la dimensión movimentista de la economía solidaria, para forjar alianzas tanto con otros agentes de cambio en un sentido amplio (movimientos sociales –ecologista, altermundialista, obrero, vecinal...–, ONG, partidos de izquierda, asociaciones de consumidores, el mundo artístico y cultural...) como con las otras economías críticas de las que forma parte (feminista, ecológica, marxista, libertaria y la socioeconomía).

No conviene olvidar ninguna de estas dos dimensiones de la economía solidaria: la de sector socioeconómico y la de movimiento social. Sin proyecto empresarial, el proyecto político no será escuchado más allá de los convertidos (peligro de marginación); sin proyecto político, el proyecto empresarial puede ser recuperado y fagocitado por el capitalismo (riesgo de asimilación). Debe haber una tensión necesaria y fructífera entre ambas dimensiones y las lógicas que conllevan (empresarial, institucional y movimentista).

Por otra parte, el aprovechamiento de ambos tiempos requiere poner en práctica uno de los principios básicos de esta economía, la intercooperación, es decir, la cooperación entre las personas, empresas y entidades de la economía solidaria. Sólo la práctica sistemática de la intercooperación en todas sus vertientes, económico-empresarial pero también socio-

³ J. L. Coraggio, «Los caminos de la economía social y solidaria», disponible en: <http://www.flacso.org.ec/docs/i33coraggio.pdf>

política, puede permitir a unas iniciativas que normalmente son pequeñas y frágiles, que viven a contracorriente de la marea capitalista dominante, sobrevivir y desarrollarse. La intercooperación se expresa creando asociaciones y cooperativas de segundo grado, así como grupos empresariales cooperativos, que exploten las sinergias entre sus componentes para mejorar su viabilidad y crecer; pero también constituyendo asociaciones que defiendan los intereses más inmediatos del sector (como las existentes federaciones de cooperativas, de sociedades laborales, de entidades del tercer sector...), así como otras más orientadas a promover la economía solidaria como alternativa transformadora, tal es el caso de las redes de economía solidaria en el Estado español, que constituyen REAS (Red de Redes de Economía Alternativa y Solidaria) y de coordinaciones internacionales como RIPESS (Red Intercontinental de Promoción de la Economía Social Solidaria).

En esta época de crisis, por ser precisamente también momentos de cambio, las entidades representativas de la economía solidaria deben abrir especialmente los ojos a fin de detectar aquellas prácticas emergentes que pueden atraer nuevos grupos sociales a la economía solidaria. Estamos pensando en las nuevas formas comunitarias de autogestión de necesidades básicas por parte de la ciudadanía (cooperativas de consumo agroecológico, grupos de compra conjunta, redes de trueque y moneda social...), en la importancia que adquirirá el sector que algunos denominan RE (rehabilitación, recuperación, reciclaje) y en el vasto campo de la cultura libre, a menudo empleando las nuevas tecnologías de la información, y organizándose ya bajo formas cooperativas, solidarias y comunitarias, que requerirán estructuras que garanticen que aquellos que la practican pueden hacerlo de una manera sostenida, estable y protegida, y coherente con sus valores, es decir, en forma cooperativa. Todas estas realidades, junto con las nuevas empresas creadas para hacer frente a la crisis, pueden conformar una poderosa nueva ola de la economía solidaria, que se suma a las ya existentes.⁴

Objetivo: mercado social

La principal debilidad de la mayoría de experiencias económicas solidarias, que se erige también en la mayor limitación al desarrollo del sector, es su aislamiento. Si bien es verdad que existen realidades consolidadas de la economía solidaria en cada una de las fases del ciclo económico y que la intercooperación siempre está en boca de sus actores, a la hora de la verdad la mayoría de iniciativas no colaboran ni se articulan entre sí, a veces ni tan sólo se conocen. Los productores cooperativos no suelen distribuir sus productos por canales de comercialización justa ni depositan su capital en entidades de finanzas éticas. Pocas

⁴ I. Miró, «El cuarto impulso [Cooperativismo_Trabajo inmaterial_ Creatividad _ Territorio]», *Nexe*, 26, junio de 2010. Fundació Seira y Confederació de Cooperatives de Catalunya. Disponible en: <http://www.nexe.coop/nexe>

tiendas de comercio justo o cooperativas de consumo y servicios suministran a sus socios y clientes los productos cooperativos, al menos como primera opción. Por su parte, si somos rigurosos deberemos reconocer que apenas existen consumidores responsables, sino muchos actos de consumo responsable dispersos. Cada cual, en su vida diaria, realiza algunos actos de consumo responsable junto con otros muchos que no lo son, y aun los productos responsables adquiridos pueden haberse comprado en cadenas de distribución convencional. Asimismo, existe todavía poca capacidad para captar ahorro que pueda ser canalizado para financiar la producción cooperativa y la comercialización justa. Finalmente, en todas esas fases se emplea como medio de intercambio la moneda oficial, con sus mecanismos perversos de acumulación, interés y especulación.

Como medio para viabilizar y fortalecer las empresas y entidades de la economía solidaria (el tiempo a corto plazo de Coraggio) y generar a su vez embriones de economía no capitalista que, en un momento dado, puedan multiplicarse y devenir hegemónicos (el tiempo de la reproducción), uno de los objetivos estratégicos de todas las instituciones representativas de la economía solidaria debería ser articular las empresas del sector, junto a un amplio número de personas y entidades que practican el consumo y el ahorro responsables, en lo que denominamos mercado social.

Por mercado social entendemos una red estable de intercambio de bienes y servicios entre empresas de la economía solidaria, consumidores responsables y ahorradores-inversores éticos que, con estos intercambios, consiguen cubrir una parte significativa de sus necesidades. Los objetivos perseguidos son consolidar las empresas de la economía solidaria, visibilizar socialmente el sector y desconectar tanto como sea posible las vidas del máximo número de personas y comunidades respecto de la economía capitalista.

¿Cómo se pueden desarrollar mercados sociales? Los principios básicos para crearlos son tres: consumir lo que el mercado social produce, producir lo que el mercado social consume y financiarse e invertir dentro del mercado social. Se trata, pues, de practicar de modo integral el principio de la intercooperación.

¿Y cuáles son las herramientas para crear mercados sociales? Primero, necesitamos marcos organizativos y comunicativos que generen conciencia de sector, haciendo que todos los actores de la economía solidaria, provengan bien de la producción cooperativa, de la comercialización justa, del consumo responsable, de las finanzas éticas o de las monedas libres, se sientan pertenecientes a la economía solidaria, y compartan la voluntad de irse construyendo como alternativa a la economía capitalista.

Segundo, necesitamos disponer de herramientas que identifiquen y localicen los productos y actores de la economía solidaria, como premisa para intercambiar tanto bienes

como conocimientos. En este sentido, resulta estratégico generalizar los balances o auditorías sociales y las etiquetas sociales, además de contar con portales de productos de economía solidaria. Del mismo modo, resulta lógico pensar que la escala local o regional es la más apta para construir mercados sociales, gracias al conocimiento informal y las relaciones de confianza que genera la proximidad.

Tercero, necesitamos multiplicar las prácticas de intercooperación en organizaciones de segundo grado; sin una dimensión apropiada, aparte de que peligra la viabilidad de muchos proyectos, más todavía en plena crisis, resulta muy difícil generar el excedente y las economías de escala necesarias para destinar recursos al desarrollo estratégico del sector.

Cuarto, necesitamos reforzar los instrumentos de finanzas éticas, que en el Estado español son, básicamente, Fiare y Coop57, y a su vez estos deben pasar a una fase más proactiva (prospección de futuros mercados para la economía solidaria, actividades de consultoría que acompañen a la concesión del crédito...), que permita orientar una parte de las inversiones a financiar proyectos en mercados estratégicos (por ejemplo, los vinculados a la reconversión ecológica de la producción, a las energías renovables y a las nuevas tecnologías) y a completar cadenas productivas de la economía solidaria a fin de impedir que el valor generado no termine escapándose hacia la economía capitalista.

Quinto, necesitamos personas y entidades que promuevan activamente los mercados sociales. Algo que no sucederá por generación espontánea, sino que requiere actores que los impulsen de modo consciente. Las organizaciones representativas, las entidades de finanzas éticas y las cooperativas de consumo de productos del mercado social pueden promoverlo.

Sexto, necesitamos integralidad cooperativa de cada entidad y, algo fundamental, de cada uno de sus miembros. Si la mayoría de empresas, entidades y personas que las componen procuraran realizar la mayoría de sus actos económicos dentro de la economía solidaria, ésta conocería en muy poco tiempo un gran desarrollo.

Séptimo, necesitamos combinar la moneda oficial (euros en nuestro caso) con una moneda social complementaria que nos permita sortear los problemas de falta de circulante y de acceso al crédito, a la vez que multiplicamos las relaciones económicas dentro del sector, que con una moneda social tienden a fidelizarse.

Los mercados sociales empiezan a desarrollarse en varios países del mundo, e incluso entre continentes. Constituyen una buena muestra de ellos el sistema de articulación comercial virtual Compartiendas, en Aguascalientes (México), los proyectos de mercado social en algunas comunidades del Estado español (Aragón y Cataluña) y el sistema de intercambio

solidario con moneda social Créditos Solidarius, que relaciona empresas de economía solidaria de América y Europa.

Embriones de otra economía

La economía solidaria se configura como una pieza del puzzle de una economía alternativa al capitalismo que está aún por armar, pero que deberá reconciliar la economía con la sociedad y devolver el poder económico a la ciudadanía, o lo que es lo mismo, el poder a secas, porque mientras el poder económico pertenezca a los llamados eufemísticamente mercados (la oligarquía financiera y empresarial), no puede haber auténtica democracia política, como estamos viendo claramente con esta crisis.

Las cooperativas, las finanzas éticas, los grupos de compra responsable o las redes de intercambio constituyen hoy una fuente de inspiración para pensar cómo podrían funcionar algunas de las instituciones fundamentales de una economía poscapitalista. Son una luz y una esperanza para aquellos y aquellas que no queremos tan sólo remontar esta crisis del capitalismo para caer al cabo de unos años en otra peor, sino que orientamos nuestra acción a salir del largo túnel del capitalismo para adentrarnos en nuevos paisajes económicos y sociales más justos, democráticos y sostenibles. Se trata de un objetivo ambicioso, que requiere una acumulación de fuerzas muy difícil de conseguir, pero en modo alguno más utópico que imaginarse que podemos civilizar el capitalismo o seguir con nuestro tren de vida sin descarrilar. En eso estamos. En estos tiempos de honda crisis, la economía solidaria no está en paro.

PAPELES: Revista de relaciones ecosociales y cambio global
www.revistapapeles.fuhem.es

CIP-Ecosocial: análisis y debates para
una sociedad justa en un mundo habitable
www.cip-ecosocial.fuhem.es

La economía solidaria en Latinoamérica

La economía solidaria puede ser vista como un fenómeno socioeconómico complejo donde se articulan tres dimensiones distintas de análisis: el movimiento social, con un fuerte discurso ideológico, proclive a la construcción de un nuevo modelo de desarrollo; el paradigma científico con una particular vocación por generar teoría pertinente para dar cuenta de los fenómenos económicos alternativos; y el sector específico de nuestras economías donde convergen las distintas experiencias de base solidaria. En América Latina es posible observar un alto dinamismo en cualquiera de estas dimensiones de análisis, especialmente a partir del surgimiento de distintas redes que operan desde la sociedad civil y de la puesta en práctica de políticas públicas dirigidas al fortalecimiento del sector.

Tanto el concepto de economía, por un lado, y el de solidaridad, por otro, son de por sí complejos y han despertado muchos y diferentes significados a través del tiempo. Cuanto más si aparecen unidos conformando un verdadero oxímoron.

Teniendo en cuenta lo anterior, y con el propósito de clarificar sus alcances, digamos que hay tres dimensiones de análisis sobre nuestro objeto de estudio. Es así que la economía solidaria puede verse como un movimiento de ideas, como un nuevo paradigma científico y como un tercer sector actuando en nuestras economías. En todas estas dimensiones, la economía solidaria ha mostrado un muy alto dinamismo en el continente latinoamericano.

Como movimiento de ideas, la economía solidaria se ha convertido, por ejemplo, en uno de los principales movimientos sociales animadores del Foro Social Mundial, logrando traducir su lema «Otro mundo es posible» por el más concreto «Otra economía es posible». Es así que numerosas organizaciones sociales, sindicales, eclesiales y de los sectores productivos se han sentido unidas por la necesidad de mostrar caminos alternativos a los hegemónicos. Son tiempos donde la autogestión, la recuperación de empresas, el desarrollo comunitario, las prácticas ecológicas, la soberanía alimentaria, el consumo

Pablo Guerra es profesor en la Universidad de la República (Montevideo) e Investigador en economías solidarias

responsable, el comercio justo o las finanzas éticas encuentran una interesante y necesaria convergencia que ha dado lugar a la creación de redes locales, nacionales, regionales y continentales para fortalecer el movimiento.

Entre las redes nacionales destaca por su alto nivel de organización y movilización el Foro Brasileiro de Economía Solidaria (FBES), un espacio promovido desde la sociedad civil donde convergen emprendimientos productivos, organizaciones de promoción y gestores públicos (agentes del Gobierno). En su Carta de Principios podemos leer como primera presentación lo siguiente:

«La economía solidaria resurge hoy como rescate de la lucha histórica de los trabajadores, como defensa contra la explotación del trabajo humano y como alternativa al modo capitalista de organizar las relaciones sociales de los seres humanos entre sí y de estos con la naturaleza».¹

Como puede apreciarse, la economía solidaria es considerada desde este punto de vista como una alternativa al capitalismo. Esta impronta, de fuerte contenido ideológico aunque se exprese fundamentalmente en el ambiente intelectual de Brasil, ya caracteriza buena parte del discurso de la economía solidaria en el continente.

También es cierto que el discurso de los actores de la economía solidaria se vuelve más pragmático cuando refiere a las prácticas concretas y cuando intervienen políticas públicas que necesariamente deben ampliar el horizonte para mejorar su captación. Es así que la Secretaría de Economía Solidaria de Brasil, organismo encargado de las políticas públicas, al momento de definir su campo de acción abandona el léxico de disputa con el capitalismo y recurre a una definición más accesible a la comprensión pública:

«La economía solidaria es una forma diferente de producir, vender, comprar e intercambiar lo que es necesario para vivir. Sin explotar a nadie, sin querer llevar ventaja, sin destruir el medioambiente. Cooperando, fortaleciendo el grupo, sin patrón ni empleado, cada uno pensando en el bien de todos y no en su propio bien».²

Como puede observarse, en esta definición se trata de hacer hincapié en las características prácticas de los emprendimientos de economía solidaria. La principal categoría ideológica aquí es cuando se refiere a que no se “explota” a nadie y no existe la diferencia entre “patrón” y “empleado”. De esta manera, la economía solidaria en Brasil refiere fundamentalmente al campo de la autogestión, sobre todo de experiencias que se cultivan en los medios populares, como estrategias de enfrentar la pobreza y la exclusión social.

¹ FBES, «Carta de Principios», en http://www.fbes.org.br/index.php?option=com_content&task=view&id=63&Itemid=60 [acceso el 17 de mayo de 2010].

² SENAES, «Economía Solidaria. Outra economía acontece», Brasil, folleto institucional de divulgación.

En otros países como Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, México, Perú y Uruguay las redes integran solamente a actores de la sociedad civil, aunque en la mayoría de los casos existe un diálogo frecuente con el sistema político. Finalmente, algunos países como Colombia o Venezuela, además de la mayoría de los países centroamericanos, presentan varias organizaciones de promoción de las economías solidarias aunque no han construido aún una única coordinación.

A nivel supranacional, en materia de redes podemos distinguir aquellas que nuclean básicamente a actores de la economía real (productores y comercializadores) y aquellas que nuclean organizaciones de todo tipo (incluidas organizaciones de promoción). Entre las primeras destacan la Coordinadora Latinoamericana y del Caribe de Pequeños Productores de Comercio Justo (CLAC), integrada por 300 organizaciones fundamentalmente cooperativas que venden parte de su producción en el marco del comercio justo, así como el capítulo latinoamericano de la Organización Mundial del Comercio Justo (WFTO). También podemos citar el caso de la Red Latinoamericana de Comercialización Comunitaria (RELACC), la Red Latinoamericana de Tiendas de Economía Solidaria y Comercio Justo (ELAT) y la Confederación Latinoamericana de Cooperativas y Mutuales de Trabajadores (COLACOT). Entre las segundas encontramos a la Red Intercontinental de Economía Social y Solidaria (RIPESS LA) y el Espacio Mercosur Solidario (EMS). En 2009 casi todas ellas crearon un espacio denominado Encuentro Inter Redes, con el propósito de coordinar agendas y avanzar aún más en la consolidación de un movimiento latinoamericanista sin exclusiones.

La principal novedad de la economía solidaria vista como movimiento de ideas, es el posicionar un discurso alternativo en materia de desarrollo humano y económico, fuertemente crítico con los resultados mostrados por el capitalismo neoliberal.

Como paradigma científico, la economía solidaria reúne a un conjunto destacado de académicos que pretenden superar las nociones más divulgadas sobre la economía y el desarrollo. Aunque las definiciones conceptuales pasan por distintas expresiones (economía del trabajo, economía solidaria, socioeconomía de la solidaridad, economía social, etc.) lo que une a estas diferentes denominaciones es la necesidad de crear teoría y categorías analíticas que puedan dar cuenta de las numerosas manifestaciones económicas que dudosamente podrían ser analizadas bajo los paradigmas convencionales. Ni el liberalismo ni el marxismo, por ejemplo, son suficientes para la comprensión de muchos comportamientos económicos basados en la solidaridad, la reciprocidad o el trabajo asociativo animados no por la maximización de las ganancias sino por la satisfacción de necesidades humanas. En los últimos años se han multiplicado las cátedras, cursos, redes universitarias o trabajos de investigación en la materia. Justamente la Red de Investigadores Latinoamericanos en Economía Social y Solidaria (RILESS) creó hace cinco años un sitio web con el propósito de «dar fundamento científico y sólidas bases empíricas tanto al pensamiento estratégico

como a las acciones referidas al desarrollo de formas de economía alternativa que vienen emergiendo durante la última década y media en América Latina».³

Los vínculos entre academia y movimiento social son notorios. Por un lado, es notoria la importancia de las categorías analíticas para dar reconocimiento a un conjunto de prácticas que el *statu quo* intelectual menosprecia. A partir del reconocimiento se puede dar un paso más en el análisis: esas prácticas no solo manifiestan comportamientos diferenciales con respecto a los hegemónicos, sino que además pueden verse como demostración de prácticas alternativas. Es aquí donde los análisis de los científicos generan sintonías con el lema del movimiento social “otra economía es posible”. Por lo demás, son numerosas las prácticas de extensión universitaria o incubadoras de empresas donde convergen los analistas con los promotores y el sector solidario de la economía.

Cuando las experiencias de economía solidaria logran coincidir con un movimiento de ideas alternativo y comprender la identidad y valor de sus formas de hacer economía, se potencian las prácticas inspiradas en valores

En tercer lugar nos referimos a la economía solidaria como un tercer sector de nuestras economías distinto por sus alcances, instrumentos y racionalidades, al sector capitalista y al sector estatal. Esta idea de un tercer sector es quizá la más conocida, pues presenta antecedentes en Europa, con la importante institucionalización que ha logrado la denominada economía social. Desde este punto de vista, el sector solidario de la economía reúne distintas expresiones económicas basadas en el asociacionismo y la cooperación.

Sin duda, el crecimiento de este sector en América Latina y su mayor visibilidad en los últimos años se ha debido a la intensa movilización económica de los sectores populares. Y es que entre las estrategias para combatir el desempleo y la pobreza en el continente sobresalen notables experiencias basadas en la unión de esfuerzos y la ayuda mutua.

Aún así no deberíamos caer en cierto romanticismo. El origen en ambientes populares de estas experiencias y el difícil punto de partida en lo cultural y social, hacen que esta solidaridad sea empleada en algunos casos más por necesidad que por convicción. Recordemos que buena parte de las cooperativas de producción nacen como fruto de la crisis de una empresa (es el caso de las denominadas empresas recuperadas) y en otros casos son iniciativas de organizaciones de promoción o incluso de políticas de Gobierno, antes que iniciativas autogestionarias.

³ Cfr. www.riless.org

Justamente aquí se vuelve clave la comunicación entre este sector y los otros dos niveles ante señalados, es decir, el movimiento social y la academia. Cuando las experiencias de economía solidaria logran coincidir con un movimiento de ideas alternativo y cuando logran comprender la identidad y valor específico de sus formas de hacer economía, entonces se potencian las prácticas inspiradas en valores. Es así que algunas de las experiencias más interesantes del continente invierten recursos no solo en los factores tradicionales, sino además en educación cooperativa, o al decir de Razeto, en «Factor C».

Otro problema que encontramos en Latinoamérica tiene que ver con la escasa politización del sector. Por un lado, el viejo cooperativismo ha perdido fuerza como movimiento social, por otro lado, las nuevas expresiones de economía solidaria aún no se han posicionado con fuerza en las agendas públicas:

«De lo anterior se tiene que si bien la economía solidaria ha logrado un importante posicionamiento público en la ciudadanía, en las políticas públicas y en distintos cuerpos legislativos, enfrenta igualmente importantes riesgos de cooptación tanto desde los gobiernos como desde diversos dispositivos ideológicos que sirven a los intereses del sector capitalista de la economía. En el primer caso, existe un evidente riesgo de vaciamiento del contenido de transformación social de la economía solidaria, reduciéndola a una agenda de inclusión social o de alivio de la pobreza, orquestada desde algún ministerio de desarrollo social o agencia estatal afín. En el segundo caso, existe el riesgo de un tratamiento de la solidaridad como un atributo de valor de líneas de productos específicos, pero que no cuestionan la lógica de explotación que funda la realidad empresarial del caso. Es decir, la integración de la solidaridad en la tecnología de marketing social de las empresas de capital».⁴

La economía popular y la economía solidaria

En el marco de las profundas transformaciones ocurridas en las últimas décadas con respecto al mundo del trabajo, es de destacar el surgimiento y desarrollo de nuevas fórmulas de trabajo asociativo, sobre todo generadas desde los sectores populares para hacer frente al fenómeno del desempleo y la exclusión social.

Es así que surgieron numerosas experiencias de organización del trabajo, de la producción y comercialización por parte de los sectores populares, a través de la conformación de nuevas cooperativas de producción, grupos asociativos, empresas recuperadas, redes de comercialización o consumo, etc. Algunas organizaciones fundamentales para comprender el fenómeno latinoamericano, como Cáritas de Brasil, prefirieron la denominación de economía

⁴ E. Letelier, «Economía Solidaria en América Latina: una década ganada», en http://mercadojusto-la.org/index.php?option=com_content&view=category&layout=blog&id=2&Itemid=3&lang=es [acceso el 17 de mayo de 2010].

popular solidaria, entendida como iniciativas populares de generación de trabajo y renta basadas en la libre asociación de trabajadores y en los principios de autogestión y cooperación.⁵ Para Paul Singer, intelectual de gran reconocimiento en Brasil y secretario de Economía Solidaria en el Gobierno de Lula, se trata del fenómeno de la economía solidaria, esto es, un modo de producción y distribución alternativo al capitalismo, creado y recreado periódicamente por los que se encuentran (o temen quedar) marginados del mercado de trabajo.⁶ Para José L. Coraggio por su parte, se debe interpretar en clave de economía del trabajo, orientada hacia la reproducción ampliada de la vida de todos los trabajadores, lo que admitiría la inclusión de diversas formas: cooperativas, redes solidarias, grupos de ayuda mutua, asociaciones sindicales, barriales, microemprendimientos en red o sin red, etc.⁷

En América Latina todos estos conjuntos de emprendimientos populares de carácter asociativo, se han conceptualizado bajo distintas denominaciones entre las que destacan economía solidaria (Razeto, Singer), economía popular solidaria (Gaiger, Tiriba), o socioeconomía de la solidaridad (Arruda, Guerra). Justamente nosotros nos referimos al fenómeno como una expresión de dinamismo de los sectores populares que se manifiesta en una serie de iniciativas comunitarias de hacer economía en todas sus expresiones (producción, consumo, distribución, ahorro).⁸

Es muy común en ciertos ambientes confundir las nociones de economía solidaria y economía popular. La primera de ellas, ya lo dijimos, refiere a un conjunto de prácticas económicas basadas en la solidaridad. En América Latina estas prácticas han surgido fundamentalmente en los sectores populares (familias rurales, barrios populares, culturas nativas, clase obrera, etc) e incluso el origen del término estuvo ligado al de «Organizaciones Económicas Populares». Aún así, lo cierto es que la economía popular puede ser o no una economía solidaria: numerosas experiencias de sobrevivencia entre los sectores populares, lejos de practicar valores solidarios se basan en mecanismos y racionalidades ajenas a las que se promueven desde nuestro paradigma: nos referimos a distintas salidas de corte individualista, delictivas o inmorales.

Teniendo en cuenta lo anterior, el primer desafío pasa por conducir las salidas individualistas a salidas de corte comunitario, tarea que como se comprenderá no resulta sencilla habida cuenta la cultura individualista que se ha extendido en todos nuestros países.

⁵ A. Bertucci, y M. Roberto, *20 años de Economía Popular Solidaria. Trayectoria de Cáritas Brasileira de los PACs a la EPS*, Cáritas, Brasilia, mayo de 2004, p. 67.

⁶ P. Singer, «Economía Solidaria» en D. Cattani (org.), *A outra economia*, Veraz, Porto Alegre, 2003, pp. 116-125.

⁷ J. L. Coraggio, «Economía do Trabalho», en D. Cattani (org.), *ibidem*, pp. 88-95.

⁸ Sobre el debate conceptual *cfr.* P. Guerra, «¿Cómo denominar a las experiencias económicas solidarias basadas en el trabajo? Diálogo entre académicos latinoamericanos acerca de la polémica conceptual», *Revista Latinoamericana de Economía Social y Solidaria*, vol. 1, núm. 1, 2º semestre, 2007.

Hemos escuchado muchas veces a distintas personas decirnos: «el discurso de la economía solidaria es muy bonito, pero por aquí no es realizable pues todos somos muy individualistas». Sin embargo, analizando algunas prácticas concretas encontramos que siempre es posible encontrar proyectos realizables de forma colectiva. Entre los artesanos, por ejemplo, resulta delicado pensar en un esquema de trabajo colectivo, sin embargo hay casos muy exitosos de comercialización comunitaria. Queremos señalar con esto, que en la mayoría de los casos es posible identificar el proyecto colectivo. Lo importante es que responda a una necesidad descubierta y sentida por los propios actores.

El paradigma latinoamericano pone el acento en lo sustantivo, las prácticas de los sujetos, y no en las formas de organización

La existencia de un rico entramado social de corte solidario entre las capas populares y culturas autóctonas de América Latina, no es algo de reciente descubrimiento, sino que ha sido objeto de estudio desde hace un buen tiempo por parte de las ciencias sociales. Numerosas investigaciones vienen a confirmar la presencia de relaciones de reciprocidad y solidaridad que se expresan en términos de instituciones sociales también muy autóctonas y arraigadas en la cultura de nuestros pueblos, como es el caso de las relaciones de compadrazgo, el “padrinazgo”, o las llamadas “gauchadas” en el ambiente cultural rioplatense, el *ayllu* en la tradición andina, etc.

La oleada de las políticas públicas

En América Latina, el concepto de economía solidaria ha implicado una mirada diferente a la predominante entre los europeos, que prefirieron la denominación «economía social». Mientras que el paradigma europeo pone acento en las formas organizacionales (cooperativas, mutuales, asociaciones), el paradigma latinoamericano pone acento en lo sustantivo, esto es, en cómo se practica la economía por parte de los distintos sujetos. Es así que se comprende a la economía solidaria como una forma alternativa de hacer economía y por lo tanto con un discurso y una práctica fuertemente asociada al cambio social. Esta particular mirada ha tenido una especial proyección con la asunción de Gobiernos de izquierda en nuestros países, aunque con mayor notoriedad para el caso de Bolivia, Brasil, Ecuador y Venezuela.

Brasil es el país que incluye desde más temprano diversos instrumentos públicos para el fomento de las economías solidarias. El primer antecedente tiene lugar bajo el Gobierno primero municipal y luego estadual de Porto Alegre liderado por Olívio Dutra. Más tarde, en 2004, el Gobierno de Lula Da Silva decide la creación de la Secretaría de Economía

Solidaria, dependiente del Ministerio de Trabajo. Esta Secretaría nace con el objetivo de «promover el fortalecimiento y la divulgación de la economía solidaria, mediante políticas integradas, persiguiendo la generación de empleo y renta, la inclusión social y la promoción del desarrollo justo y solidario». Su trabajo está dirigido especialmente a emprendimientos autogestionarios, ferias de emprendimientos asociativos, redes de distribución solidaria y experiencias de comercio justo. Se estima en más de 1 millón de trabajadores los que se ocupan en las diversas empresas autogestionadas.

Las políticas públicas en nuestros países, sin embargo, no obedecen a un mismo modelo, sino que es posible observar al menos tres grandes orientaciones:⁹

- a) el modelo tradicional. Se caracteriza por hacer referencia únicamente al sector cooperativo, ignorando o minimizando el papel de otras manifestaciones de la economía solidaria;
- b) el modelo ampliado. Se caracteriza por incorporar una visión más amplia del fenómeno de la solidaridad incluyendo al cooperativismo;
- c) el modelo de la fragmentación. Se caracteriza por incorporar políticas e incluso legislaciones dispares para dar cuenta por un lado del cooperativismo y por otro lado de la economía solidaria.

El modelo tradicional es el que explica el alcance de las legislaciones en países como Bolivia,¹⁰ Chile y Uruguay. En todos estos casos, aunque más acentuado en Chile, las políticas públicas responden a modelos legislativos donde no aparecen los enunciados de la economía social o solidaria. Por lo general se basan en una Ley General del Cooperativismo que incluye institutos específicos para estas formas jurídicas. Uruguay acaba de abandonar este modelo al incluir en su recientemente aprobada Ley General de Cooperativismo, una breve aunque sintomática referencia a la economía solidaria.

A medio alcance entre este modelo y el siguiente incluiría el caso de Paraguay y Argentina. En el caso de Paraguay, su Carta Magna establece en el Art. 113 que «el Estado fomentará la empresa cooperativa y otras formas asociativas de producción de bienes y servicios basadas en la solidaridad y la rentabilidad social, a las cuales garantizará su libre organización y autonomía» (la cursiva es nuestra). Aún así la Ley 2157/03 establece la creación del Instituto Nacional de Cooperativismo (INCOOP) que como indica su nombre solo refiere a las cooperativas.

⁹ P. Guerra (org.), *Instrumentos para el desarrollo económico y la protección social. Análisis comparado de experiencias de economía popular y solidaria*, Kolping, Montevideo, 2009, pp. 57-69.

¹⁰ Sin embargo, la nueva Constitución aprobada bajo el liderazgo de Evo Morales incluye aspectos de doctrina económica comunitaria que varían el posicionamiento de sus legislaciones anteriores y permitirán avanzar hacia el modelo ampliado. Así, por ejemplo, el art. 8 establece: «el Estado asume y promueve como principios ético-morales de la sociedad plural: *ama qhilla*, *ama llulla*, *ama suwa* (no seas flojo, no seas mentiroso ni seas ladrón), *suma qamaña* (vivir bien), *ñandereko* (vida armoniosa), *teko kavi* (vida buena), *ivi maraei* (tierra sin mal) y *qhapaq ñan* (camino o vida noble)». Al momento de escribirse este artículo, además, el Gobierno de Bolivia estudia la creación de un vice Ministerio en Economía Solidaria y Comercio Justo.

El caso de Argentina es más interesante. Su Ley 20337 del año 1973 establece la creación del Instituto Nacional de Acción Cooperativa, que luego conforme al decreto 721/00 pasaría a denominarse Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (IN AIS) dando cuenta, como puede observarse, de un profundo cambio en su campo de acción. En 2008, además, recibió el rango de Secretaría de Estado.

El modelo ampliado tiene a Colombia como su referente más explícito. La Ley 454 del año 1998 define a la economía solidaria como un «sistema socioeconómico, cultural y ambiental conformado por el conjunto de fuerzas sociales organizadas en formas asociativas identificadas con prácticas autogestionarias solidarias, democráticas y humanistas...». Es así que el Dansocial opera como esfera del Estado a cargo de la promoción y desarrollo de todas las expresiones de la economía solidaria (cooperativas, precooperativas, mutuales, fondos de empleados, etc). También aquí incluimos el modelo ecuatoriano, cuya Constitución de 2008 define al sistema económico de ese país como «social y solidario», logrando articular con las tradiciones nativas, al instalar como central la categoría *sumak kawsay*, o buen vivir.¹¹

Aunque aún en construcción, y con variantes en los últimos años, podríamos incluir aquí el modelo venezolano. Efectivamente, la actual Constitución de la República Bolivariana de Venezuela destaca la inclusión de nuevas formas de organizaciones socioproductivas surgidas en las comunidades. En el organigrama del Estado tiene incumbencia para el sector, el Ministerio del Poder Popular para la Economía Comunitaria (en su misión incluye el trabajo con cooperativas y otros emprendimientos de la economía popular). En 2007 fue dictado un decreto Ley para el fomento y desarrollo de la economía popular donde se destaca la presencia de nuevas figuras jurídicas como empresas de autogestión o de propiedad social además de las experiencias basadas en el trueque.

Finalmente, el tercer modelo es el que caracteriza a Brasil. El Estado replica en su estructura la misma división que existe a nivel de sociedad civil entre los movimientos del cooperativismo por un lado y el de la economía solidaria por otro. Es así que desde hace varios años (a partir de la Ley 5764 de 1971) funciona un Consejo Nacional de Cooperativismo convocado por el Ministerio de Agricultura (habida cuenta del peso que tienen las cooperativas agrícolas en Brasil) a lo que se suma con la asunción de Lula y la movilización del FBES (Foro Brasileiro de Economía Solidaria) la creación de una Secretaría Nacional de Economía Solidaria (Senaes) dependiente del Ministerio de Trabajo. Por otra parte, son varios los Estados que ya han promulgado leyes específicas para la economía solidaria, haciendo hincapié en el concepto de la autogestión.

¹¹ Sobre este tema, de mucha actualidad entre las comunidades nativas andinas, véase Coordinadora Andina de Organizaciones Nativas: *Buen Vivir / Vivir Bien. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*, Mamani, Lima, 2010.

Referido al caso de Brasil, debemos señalar la importancia que asume la puesta en funcionamiento del Sistema Nacional de Comercio Justo y Solidario, un ambicioso programa que incluye varios parámetros, como conceptos, criterios, principios, actores, e instancias de control y gestión en el marco de una estrategia única de afirmación y promoción del comercio justo en ese país.¹² Se trata, en definitiva, de una política pública que vincula a la economía solidaria con el comercio justo, en circunstancias donde los productores precisamente observan que es en la fase de comercialización donde encuentran sus principales obstáculos para el desarrollo de sus emprendimientos.

A modo de conclusión

Teniendo en cuenta el panorama anterior, se deduce un avance de la economía solidaria en el panorama latinoamericano desde las tres dimensiones analíticas a las que hacíamos referencia. Aún así, los desafíos siguen siendo enormes. Las expresiones populares solidarias continúan manifestándose de forma muy precaria en un contexto donde evidentemente hegemonizan las relaciones de intercambio y las unidades económicas capitalistas. Los casos exitosos de desarrollo comunitario deben visibilizarse mejor y deben articularse con experiencias similares para avanzar hacia la concreción de circuitos solidarios de producción, comercialización, consumo y ahorro, con el propósito de incidir mejor en la economía con variantes democráticas e inclusivas. El papel de las cadenas, de las políticas públicas de promoción y apoyo, de la integración a nivel sectorial y de la coordinación para generar sinergias con otros movimientos sociales, así como dentro del movimiento de la economía solidaria, constituyen pistas para una agenda inmediata.

¹² F. Zerbin, «Relatorio Final da pesquisa SNCJ», Faces, Brasil, mimeo, diciembre, 2008.

ENRIQUE DEL RÍO

El planteamiento cooperativo: un enfoque autogestionario de la actividad económica

El autor parte de su experiencia en el ámbito cooperativo de autoempleo para plantear algunas reflexiones y conclusiones. ¿Reproducen este tipo de iniciativas las pautas del mercado contra el que inicialmente surgen? Para que logren sus objetivos, es preciso que superen los meros requisitos legales que las convierten en socialmente responsables y pasen a regirse verdaderamente por los principios y valores universalmente reconocidos de democracia, participación, justicia, equidad, cooperación, intercambio y solidaridad, transparencia y respeto a las personas y a la naturaleza. La rentabilidad de las empresas, lejos de circunscribirse únicamente al éxito financiero, abarca las dimensiones social, cultural y ambiental. No pueden, ni deben, funcionar solas sino dentro de un contexto global amplio que sirva de base para la organización económica de la sociedad. Nada de ello será posible sin que se produzca un cambio de valores profundo hacia posturas cooperativas y solidarias.

Voy a hablar desde la experiencia de una cooperativa que empezó su andadura en 1985 con la preocupación de fomentar el empleo a través del autoempleo de los propios jóvenes con sus proyectos empresariales, y que en los últimos años ha optado por apoyar principalmente aquellas iniciativas económicas que tuvieran que ver con la economía social y solidaria y con proyectos de desarrollo local.

Enrique del Río es miembro de Proempleo, sociedad cooperativa y de REAS Madrid

A lo largo de estos largos años de trabajo en esa línea nos hemos hecho algunas preguntas, hemos evaluado resultados y hemos hecho algunas reflexiones de fondo, como por ejemplo: ¿estamos reproduciendo el esquema económico que genera desempleo cuando contribuimos a montar este tipo de empresas? ¿Estaremos cambiando con nuestra intervención, a unos desempleados por otros? ¿Hemos incidido en el mercado o simplemente nos hemos encaramado a él? Y al evaluar nuestros resultados hemos observado lo siguiente:

¿Más de lo mismo? Durante estos años de existencia, Proempleo ha ayudado a muchas personas a crear su propio puesto de trabajo; ha promovido la creación de más de 150 empresas, pero eso no significa que hoy en día esas empresas estén en la misma órbita de preocupaciones que nosotros, ni que estén cercanas al mundo de la economía social y solidaria.

Suponemos que no hemos sabido transmitir la idea de empresa solidaria ya que esas empresas funcionan con los mismos esquemas que las demás del mercado. Es decir, participan de la misma lógica individualista.

Quizá no hayamos sabido transmitir la idea de empresa solidaria cuando esas empresas funcionan con los mismos esquemas que las demás del mercado

¿Estamos cambiando a unos desempleados por otros? En varias ocasiones nos ha ocurrido que, al acompañar el proceso formativo de un grupo de personas, estas han llegado a constituir una empresa con capacidad para subcontratar con una empresa más grande la realización de diversas tareas de una cadena productiva, a un precio competitivo. Ese mismo contrato, que aparece como un logro puede, sin embargo, provocar el despido de los trabajadores de la otra empresa más grande que venían realizando ese trabajo anteriormente.

Nuestra reflexión se plantea en un doble sentido pues, por un lado, pensamos que gracias a nuestro esfuerzo hay jóvenes por los que, en general, nadie se preocupa que ahora disponen de un empleo del que antes carecían. Por otro lado, y sin menospreciar la valoración anterior, no podemos evitar el cuestionarnos si ¿no estaríamos cambiando unos parados por otros y un tipo de contrato más o menos estable por otro más precario?

¿Hemos incidido en el mercado? En tanto que empresa cooperativa actuamos como todo el mundo. Si conseguimos beneficios y realizamos una buena gestión, nos aseguramos una cuota de mercado; pero eso no significa que hayamos contribuido a un crecimiento del mercado, sino que hemos conquistado una cuota que otros no tienen o han perdido. Por lo tanto, nos planteamos *¿habremos aumentado la actividad del mercado y como consecuencia de ello creado empleo neto o le habremos quitado a alguien esa cuota y se habrán perdido los puestos de trabajo en otros sitios?*

Estas y otras reflexiones nos empujan a planteamientos más globales. Si a nosotros nos pasa esto es de suponer que también les pase a otros; lo que a su vez nos conduce a poner

en tela de juicio la eficacia de las políticas y medidas para el fomento del empleo tal y como estaban enfocadas, porque reproducen exactamente el modelo de relaciones económicas y de empresa que provoca el desempleo, sin que se cuestione nada.

Valoración y diagnóstico del contexto en el que lidiamos

Cabría destacar múltiples características del actual modelo de funcionamiento económico que determinan un modelo concreto de empresas con nefastas consecuencias para la calidad de vida de la mayoría de la población.

- Se reproduce continuamente un modelo fratricida de empresa enfrascada únicamente en conseguir la *rentabilidad financiera* por encima de la *rentabilidad integral*... No se considera la dimensión medioambiental, cultural y humana del trabajo... Ha desaparecido la dimensión social del trabajo y las personas quedan reducidas a meros conceptos rentables y contables...
De manera que aquella empresa que, gracias a no tener en cuenta todas las dimensiones del trabajo, consigue reducir sus costes de producción y obtener precios de venta competitivos de sus productos o servicios (más baratos en la relación calidad-precio), es la única que obtiene beneficios y subsiste si consigue mantenerse en ese mercado hostil.
- El mito del desarrollo: el espejismo del crecimiento y el aumento de la precariedad. Este modelo de desarrollo no sirve a la inmensa mayoría de la población. En la práctica, lo que ocurre es que la economía hace tiempo que no se basa en la producción de bienes para todos, sino en la especulación, para obtener beneficio de los préstamos y las transacciones financieras que aumentan el valor del dinero de manera virtual, sin que ese valor represente la producción de ningún bien o servicio para los ciudadanos. Es decir, se engorda el volumen en lugar de desarrollarse.
- Ese aumento de valor, en principio ficticio, que no está respaldado por ninguna producción, luego se transforma en beneficio real en las cuentas privadas de una minoría que controla las finanzas mundiales, gracias a una especie de ingeniería financiera y fiscal, sin control de los poderes políticos, ni a nivel nacional y mucho menos aún en el ámbito internacional.
- Todo funciona sometido al beneficio económico/financiero, controlado por unos grupos internacionales, subordinando los demás aspectos de la vida que son fundamentales para vivir con calidad, con dignidad, con justicia, con ética...
- La economía por sí sola no tiene respuestas, porque está atravesada por múltiples factores culturales, sociales, psicológicos, emocionales, etc., que influyen en el funcionamiento de esta. Por eso se invierten miles de millones de euros en publicidad para condicionar nuestros valores culturales hacia una forma determinada de consumo...
- Parecemos enemigos de nosotros mismos: las mismas personas somos simultáneamente *productores* y *consumidores* pero con intereses opuestos. Nos desdoblamos en dos per-

sonalidades: de día reclamamos más salarios y de tarde/noche buscamos comprar lo bueno, bonito y barato, aunque sea a costa de explotar a los que lo producen. Sin embargo, no participamos en ningún mecanismo de control de precios (que es la causa de nuestro déficit permanente).

- Se consume de todo y no sólo lo necesario. Vivimos por encima de nuestras posibilidades económicas... Estamos sometidos a un bombardeo de publicidad para consumir cuanto más mejor... Incluso ante la crisis actual se nos propone que tenemos que consumir para que el sistema se reactive...
- Lo global contra lo local. La dimensión local queda diluida por el aumento de la dependencia de las decisiones tomadas en ámbitos ajenos y lejanos, donde se fijan de manera unilateral los precios del mercado en beneficio de quien maneja esos mecanismos de poder. La enorme masa de capital que manejan los bancos, contando con nuestro propio dinero, la utilizan para grandes inversiones en los sectores más rentables, que normalmente no coinciden con nuestras prioridades locales para generar riqueza y empleo en nuestros territorios.
- Se refuerza la cultura de la reivindicación y no la de la gestión. Además, el público (ciudadanía), no controla lo público y a menudo pasa de ello y por si esto fuera poco, demasiado a menudo se confunde lo público con lo estatal.
- El dinero, las finanzas, se han convertido en el agua que riega nuestra sociedad... Curiosamente, somos el conjunto de los ciudadanos quienes estamos echando agua (ahorros), a esos embalses (bancos) que no controlamos y por ello somos en parte cómplices del buen o mal uso que se haga de los fondos "embalsados", es decir, de los "riegos" y las "sequías" que nos favorecen o nos perjudican... Con nuestro dinero financiamos a los ricos en lugar de apoyar nuestros proyectos locales de generación de empleo.

Con el actual modelo de empresa

- Se puede producir cualquier cosa, con tal de que dé beneficios monetarios, aunque sea en perjuicio de la salud de las personas y del planeta.
- Se desarrolla una economía de espaldas a la naturaleza y a menudo se utilizan energías contaminantes. Se explota la naturaleza para obtener beneficios inmediatos que, a medio plazo, se vuelven en nuestra contra y eso tiene graves consecuencias para nuestra salud, aspecto que no suele tenerse en cuenta a la hora de realizar los planes de viabilidad de las empresas. Si se pasara factura a muchas empresas por su impacto medioambiental negativo, es muy probable que económicamente no fueran rentables.
- Se despilfarran materias primas que serían necesarias para la alimentación humana y se utilizan como combustibles.
- Se producen medicamentos que cronifican las enfermedades pero no las curan y así mantienen al "cliente" con vida...

- Se construyen viviendas, que la gente no pueda pagar, aunque haya más de millón y medio de pisos vacíos, mientras eso permita acumular fortunas a unos cuantos que las invertirán en otros negocios lucrativos y no las en el territorio para generar riqueza y trabajo para todos...

Todo ello nos lleva a plantearnos una reformulación del modelo de empresa, que ponga en el centro a las personas, por encima de los intereses financieros al servicio de unos pocos. Y eso supone, ni más ni menos, repensar la economía, el sentido del trabajo y de la empresa, el papel que debe jugar el mercado, el tipo de formación que reproducimos, el uso del dinero...

Ahora que está muy de moda airear la Responsabilidad Social Empresarial, conviene aclarar que cumplir las leyes es obligatorio y eso no es responsabilidad social, porque una empresa es socialmente responsable cuando sus objetivos y su funcionamiento, más allá de los requisitos legales, se rige por los principios y valores universalmente reconocidos como son: democracia, participación, justicia, equidad, cooperación, intercambio y solidaridad, transparencia, respeto a las personas y a la naturaleza...

¿Cómo entendemos el verdadero papel de las empresas?

Células de un organismo vivo

Una empresa es una célula viva que forma parte de un organismo vivo más amplio: la sociedad donde vive y a la que pertenece, con toda su actividad productiva y todo el entramado económico. Como tal célula, debe generar riquezas para sus miembros (alimentar la propia célula) y para todo el organismo (la sociedad local del territorio donde está inserta).

En todo organismo, cada parte cumple una función y tiene una responsabilidad que se desprende de ella; en este caso, la responsabilidad de la empresa es la de satisfacer las verdaderas necesidades de la población del territorio donde se ubica, ofreciendo y produciendo servicios o productos que respondan a esas necesidades y de paso obtener un merecido beneficio que compense su riesgo de inversión, su esfuerzo de gestión y la eficacia del buen servicio.

Por tanto, el objetivo o fin último de una empresa no puede ser únicamente el obtener dinero especulando a cualquier precio, porque no puede funcionar de espaldas a la conveniencia o no de sus servicios para el bien del conjunto de la sociedad y la conservación de la naturaleza.

Hoy las empresas funcionan como células independientes, sin participar de un organismo vivo de desarrollo local al servicio de los ciudadanos de un territorio, sino como células

libres que buscan la rentabilidad financiera particular por encima de todo y de cualquier interés común. Esa lógica de funcionamiento provoca las enfermedades sociales y económicas en el conjunto del organismo de la sociedad, aunque algunas empresas “gocen” temporal y aparentemente de buena salud.

Las grandes empresas utilizan el *mercado como instrumento de dominación económica y cultural* y crean constantemente necesidades de consumo seduciendo a la población con publicidad machacona y muchas veces engañosa para captar clientes. De tal manera que venden un modelo de felicidad basándose en la importancia de “tener”, fomentando continuamente un insaciable deseo de poseer, como si el consumir fuera la respuesta a las frustraciones de fondo de las personas.

El mercado debe ser un espacio de intercambio honesto y justo, donde *satisfacer las necesidades reales de la población*. Las empresas no deben crear necesidades de consumo, sino responder a las que de verdad existen. Hay *necesidades que muchas veces no son rentables, aparentemente, para intereses privados* pero si lo son, y mucho, para el conjunto de la población.

Por eso, cuando las células dejan de cumplir su función dentro del organismo, se produce una enfermedad que a la larga se convierte en un cáncer, es decir, el desempleo, un mercado que marca la norma de conducta de la población, la producción de cosas superfluas, el destrozo de materias primas no renovables, la contaminación, bolsas de marginación, etc.

Rentables de manera integral

Las empresas tienen que *ser rentables, no solo financieramente, sino social, cultural y ambientalmente*. Es decir, que no pueden ser rentables a costa del perjuicio a las demás empresas que intervienen en el proceso desde la producción al consumidor. Ni provocando el deterioro de la naturaleza y el medio ambiente ni despilfarrando materias primas no renovables. Las empresas deben tener un compromiso con el planeta Tierra.

La rentabilidad no empieza y acaba en una sola empresa, sino que está ligada al resto de factores que intervienen en el proceso. Para evitar que unas empresas saquen provecho a costa de las pérdidas de otros, es necesario concebir *las empresas como el conjunto del proceso de producción de un bien o servicio*, desde la materia prima hasta el consumidor, de manera que una sola empresa no se apropie del esfuerzo de los otros.

Los ciudadanos (que somos a la vez productores y consumidores) no debemos estar al margen de la decisión sobre qué producir (para asegurar la respuesta a nuestras nece-

sidades y no en función del mercado), ni de los procesos de producción (para evitar los alimentos transgénicos o los malos servicios). Si bien es cierto que esta unión de todos los elementos de un mismo producto o servicio se tiene que ir haciendo poco a poco, en la medida en que vayan tomando conciencia los distintos protagonistas de cada paso del proceso.

Las empresas no deben crear necesidades de consumo, sino responder a las que de verdad existen. Tienen que ser rentables, social, cultural y ambientalmente

Vertebradoras de la vida económica de la sociedad/territorio

De lo anterior se desprende que las empresas no pueden, ni deben funcionar solas, sino dentro de una función global más amplia que sirve de base para la organización económica de la sociedad. Es decir, dentro de un Plan de Desarrollo Local-Regional que daría sentido a la actividad empresarial. Si las empresas están al margen, o no existen planes de desarrollo donde ellas puedan participar, difícilmente podrán responder a esos fines.

La actividad empresarial es *el pilar más importante de esa organización de la vida económica* de la sociedad, donde se verifica la rentabilidad o no de las actividades productivas, teniendo en cuenta criterios de desarrollo armónico. Es decir, medir lo que aporta y beneficia o lo que perjudica o destruye, para verificar la auténtica rentabilidad global.

Por eso, hablar de rentabilidad económica a partir de los beneficios de una sola empresa, sin medir las repercusiones en el resto de aspectos que concierne a todos (posible contaminación, agotamiento de materias primas escasas y no renovables, excesivo gasto de energía, desequilibrios en la naturaleza, aglomeración, utilización de material peligroso, prioridad de lo que hace falta a la sociedad, etc.), es reducir la economía a un manual de juego de mesa.

Gestoras de unos códigos éticos de conducta empresarial que aseguren:

- La conveniencia de sus servicios para el bien de la población.
- La calidad del producto que ofrecen.
- Que a su vez este no se produzca a costa de explotar a las personas que trabajan en ella. Sin discriminación de ningún género, condición o edad.

- El buen reciclaje de las materias tóxicas.
- La no contaminación del entorno y la conservación de la naturaleza.
- La no publicidad falsa o engañosa.
- La no falsificación de la quiebra para librarse de responsabilidades económicas y volver luego a abrir en un sitio más ventajoso.
- El no despilfarro de las materias primas, aunque fueran renovables.

En definitiva: la actividad empresarial y económica, es algo más que un negocio y debe generar respuestas y riquezas para todos, pero se queda coja si es exclusivamente para obtener beneficios económicos.

¿Qué pueden aportar las empresas cooperativas o autogestionadas para mejorar el panorama?

No podemos afirmar que exista otro modelo alternativo completo, para sustituir al modelo actual de funcionamiento de la economía. Para ello, también tendría que cambiar la población, desarrollar su capacidad de análisis, de pensar y actuar, de organizarse, y de rechazar lo que hay y crear alternativas diferentes. Pero, ese no es el caso.

Lo alternativo es un proceso que se va construyendo entre todas las personas conscientes y solidarias. Conlleva otros fines, otras formas de comportamiento, otras reglas en las relaciones económicas, otras actitudes más responsables y coherentes, otros métodos que aporten “genes” de transformación del ADN de nuestro sistema financiero/económico actual.

No obstante, y a pesar de la minúscula minoría que representamos, es importante tener en cuenta el valor experimental de demostración que tienen las cientos y miles de experiencias empresariales que existen a lo largo y ancho del territorio español, con unos objetivos, unos enfoques diferentes y por tanto unos resultados diferentes. Y no solo en nuestro Estado, sino en los cinco continentes.

Sin ánimo de hacer un balance y mucho menos una evaluación, sí que se puede hacer al menos una enumeración de aspectos y valores que aportan estas experiencias de autogestión y propiedad colectiva. Entidades que con mayor o menor acierto están pretendiendo:

Servir de vehículo o espacio de desarrollo de capacidades de la población. Es decir, la actividad empresarial es una *escuela permanente de desarrollo de capacidades* físicas, sociales, artísticas, culturales, económicas, intelectuales, etc.

En nuestras entidades se tiene la oportunidad de trabajar en aquello que cada cual entiende que es su interés o vocación, o aptitud prioritaria. Al menos se tiene en cuenta y se intenta porque en la empresa se pasa un tercio de nuestra vida, como mínimo, y debe ser el espacio que sirva para crecer como personas y desarrollar nuestras capacidades de pensar, decidir, trabajar en equipo, planificar, consensuar y humanizar la economía.

¿No sería un despilfarro prescindir y no tener en cuenta la enorme riqueza de capacidades de las personas, que están sin ponerse en activo al servicio de los demás?

La inclusión de los trabajadores como propietarios de capital es una aportación cultural fundamental para superar el binomio capital-trabajo y pasar a la cultura de la gestión entre iguales

Recuperar el sentido social y humano del trabajo. En nuestras entidades entendemos que el hecho de trabajar es una necesidad de todos, tanto un derecho como un deber, produciendo aquello que hace falta para satisfacer las necesidades de toda la población y colaborar así aportando lo que cada cual sabe hacer mejor para beneficio de todos. Así, trabajar tiene un sentido en sí mismo e ir a trabajar tiene un sentido muy distinto a tener la obligación o el “castigo” de ir a cumplir para obtener un salario, porque resulta demasiado absurdo que trabajemos sólo a cambio de dinero.

Con tantas necesidades que aún están sin cubrir, si hubiera un mínimo de planificación territorial para satisfacerlas ¿nos imaginamos lo que cambiaría la ilusión de un joven al estudiar, sabiendo que estudia y se forma para ejercer una profesión que es necesaria para el desarrollo y calidad de vida de su familia y de los demás vecinos de su pueblo o su comarca o su país? La motivación sería totalmente distinta a la actual en la que muchos jóvenes se preguntan ¿para qué estudiar?

Practicar la asunción de responsabilidades. Si se quiere que las ciudadanas y ciudadanos convertidos en productores, trabajadores y gestores al mismo tiempo crezcan como personas, el funcionamiento empresarial debe facilitar la práctica de asumir sus responsabilidades y el hábito de tomar decisiones, lo que supone a su vez un funcionamiento democrático. En nuestras entidades todos los trabajadores participan en las decisiones clave y la gestión es compartida y evaluada, sin menoscabo de la eficiencia en la gestión.

Estas características son más difíciles de conseguir cuando el modelo de empresa no depende de la mayoría de los que participan en ella. Por eso cuando la empresa es cooperativizada o similar hay una mayor implicación de todos en el proyecto empresarial, a la vez

que se produce un mayor desarrollo de todas las capacidades técnicas y humanas por parte de todos los trabajadores y en dimensiones más amplias que las del propio oficio.

Esta es una opción inequívoca por las personas como centro de todo, con todas sus aspiraciones y capacidades. Porque partimos de que los problemas no se solucionan si los ciudadanos no aumentan su consciencia para querer solucionarlos y no asumen la responsabilidad de hacerlo.

Aprendizaje para llegar a establecer precios justos. La empresa es una escuela en pequeño para entender la sociedad más amplia, en la que se practica la cooperación como filosofía y como instrumento científico positivo. En ella se supera la dimensión localista en la planificación y gestión del proceso de producción, se aplica el pago de un precio justo a cada uno de los agentes y elementos que intervienen: materias primas, transformación, elaboración, distribución, comercialización y gestión.

¿Para qué sirve hacer campañas de solidaridad internacional o reclamar el 0,7% del presupuesto del Estado a favor del “tercer mundo”, si todos los días consentimos o colaboramos en los precios especulativos y monopolistas que expolían a esas poblaciones de otra parte del planeta o incluso de nuestro continente o país?

La inclusión de los trabajadores como propietarios de capital. Esto implica una aportación cultural fundamental para superar el binomio capital-trabajo en el que el primero gozaba de todas las prerrogativas y el segundo se sometía a él. Se rompe con la cultura de la reivindicación para pasar a la cultura de la gestión entre iguales.

Además, esta capacidad de decisión en manos de todos permite plantearse el reinvertir los beneficios económicos en la mejora de las condiciones de vida de la comunidad territorial donde se actúa, lo que también pone de manifiesto que hay otra forma de entender la economía más allá de la pura especulación financiera o el máximo beneficio.

Mayor estabilidad en el empleo. No es necesario hacer una investigación sociológica muy exhaustiva para comprobar que la mayor estabilidad en el empleo se da dentro del sector de las empresas cooperativizadas o autogestionadas. Y ante periodos de crisis se buscan fórmulas alternativas de reparto de la escasez, utilizando la creatividad y la solidaridad para resistir, antes que recurrir al clásico método del despido.

Conclusiones

Por todo lo anterior, se podría concluir que todas las aportaciones señaladas sobre el modelo de empresas cooperativizadas son compatibles con la previsión de una rentabilidad esta-

ble que garantice el funcionamiento y la obtención de un margen de beneficios que permita seguir invirtiendo y mejorando. Por otro lado, también se puede afirmar que el modelo de empresas que se rigen por un principio de democracia, de compartir riesgos y responsabilidades, lleva implícito la autogestión como filosofía, como proceso, como estrategia y método de trabajo.

Y esta opción de principios lleva implícita una forma de entender la organización del tejido social, económico y político. Ya que las estructuras que no están basadas en núcleos de personas comprometidas e implicadas con su propio desarrollo y el de todos, se convierten bien en instrumentos al servicio de intereses ajenos o en plataformas de lucha por el poder, o en aparatos que continuamente necesitan aumento de presupuestos para poder mantenerse sin la colaboración de los ciudadanos.

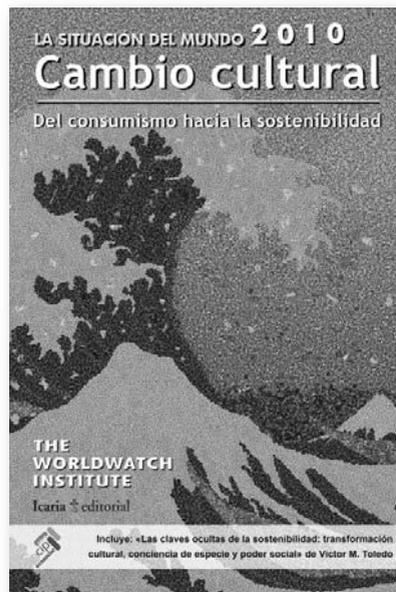
LA SITUACIÓN DEL MUNDO 2010

(INFORME ANUAL DEL WORLDWATCH INSTITUTE)

Cambio cultural

Este libro nos plantea la necesidad de un cambio cultural que permita abandonar la cultura consumista en favor de la sostenibilidad

Para evitar el colapso ecológico del planeta, los autores identifican seis actores clave: la educación, las empresas, los medios de comunicación, los gobiernos, las tradiciones y los movimientos sociales.



Apéndice de la edición en español:

“Las claves ocultas de la sostenibilidad: transformación cultural, conciencia de especie y poder social”, de Víctor M. Toledo

BOLETÍN DE PEDIDO

Para suscribirse o hacer su pedido:

- ✓ Compre a través de la librería electrónica www.libreria.fuhem.es
- ✓ Envíe este formulario al fax **91 577 47 26**
 - ✓ Llame al teléfono **91 431 03 46**
- ✓ Escriba un correo a publicaciones@fuhem.es

Nombre:

Dirección:

Población: C.P. Provincia:

Teléfono: Correo electrónico:

EJEMPLAR 28 € (Gastos de envío gratuitos para España) **Nº ejemplares**

SUSCRIPCIÓN 22,40 € (Gastos de envío gratuitos para España)

FORMA DE PAGO

Domiciliación bancaria (preferible esta modalidad para suscriptores)

Titular de la cuenta.....

ENTIDAD	OFICINA	CONTROL	NÚMERO CUENTA
□ □ □ □	□ □ □ □	□ □	□ □ □ □ □ □ □ □ □ □

Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado

Contra reembolso

Transferencia bancaria a:

Banco Popular. C/ O' Donnell, 22. 28009 Madrid.
Nº Cuenta: 0075 0251 11 0600005047



Duque de Sesto, 40 - 28009 Madrid
Tel.: 91 431 03 46 - Fax: 91 577 47 26
Web: www.cip-ecosocial.fuhem.es
E-mail: cip@fuhem.es

Dilemas y oportunidades del conocimiento abierto

Los análisis más habituales sobre la sociedad de la información o del conocimiento suelen obviar y ningunear los intentos de construir alternativas a la mercantilización dominante a través del denominado conocimiento abierto (CA). Dicho movimiento trata de distribuir de forma libre bienes intelectuales públicos y de propiedad común y se erige como una posibilidad de desarrollo muy interesante para la economía solidaria. Potencialmente, el reto del conocimiento libre representa una alternativa real a la comercialización desenfrenada del conocimiento y la reivindicación de valores para un cambio social responsable. Sin embargo, uno de los trances o desafíos más duros de tales iniciativas tiene que ver con las mitificaciones e idealizaciones que se cuelean en los imaginarios tecnológicos y sociales. Solo un planteamiento que sortee las trampas del determinismo tecnológico o del fetichismo cibernético podrá realmente utilizar el conocimiento abierto como elección real para una economía solidaria que merezca la pena.

«De pronto, en las más tenebrosas profundidades del invierno,
encontré dentro de mí un invencible verano»

Albert Camus

Las palabras, como ciertos insectos, nacen, crecen, se reproducen y después mueren. Ese ciclo vital del lenguaje hace que vocablos desconocidos hace muy poco tiempo, campen a sus anchas actualmente y, con toda probabilidad, desaparezcan a la mayor brevedad. En los últimos años, la idea de «sociedad de la información» se convirtió en el cartel luminoso estrella que presidía toda reflexión social o económica que se preciara. No era posible poner un pie en el terreno intelectual durante la década de los noventa sin incluir dicha expresión un número alto de veces bajo el riesgo de quedar excluido de los circuitos de pensamiento *mainstream*. Unos años después, en un abrir y cerrar de ojos, se pasó a hablar de «sociedad del conocimiento» y de «innovación», usurpando el trono que otrora poseyera «sociedad de la información».¹ Estas nuevas palabrejas

Igor Sádaba es profesor del departamento de Sociología IV (UCM)

¹ Obviamente estas no son las únicas etiquetas que pugnan por imponerse: aldea global, sociedad red, sociedad posindustrial, informacionalismo, posfordismo, sociedad digital, cibernética, sociedad on-

populares continúan hoy día monopolizando discursos y soflamas. Desde entonces, la economía de la información y el conocimiento está en boca de propios y extraños como un mantra incuestionable que se repite sin cesar. Por mucha crisis que nos azote, la opinión pública y publicada continúa recitando la cantinela de que la mezcla agitada de nuevas tecnologías y creatividad empresarial será la que nos salve del pozo financiero y recuperará los lúgubres indicadores macroeconómicos. En ese sentido, existe un consenso, sospechosamente uniforme y aterradoramente acrítico, respecto al papel que deben jugar las tecnologías digitales de la mano de las empresas en la recuperación de la bonanza y el crecimiento. Desde alrededor de los años ochenta,² principio del ciclo de crisis en el que ahora nos ubicamos, no por casualidad las creencias en que el motor privilegiado del crecimiento económico es la innovación tecnológica han ido cristalizando paulatinamente hasta convertirse en dogma de fe.³ Precisamente ahora, en tiempos de apuros y turbulencias, el horizonte que dibujan las innovaciones técnicas y la economía de la creatividad se postulan ciegamente como única vía de salida a las mismas.

Ciencia, cultura, conocimiento e información no son mercancías en sentido estricto, solo pasan por el filtro mercantil gracias a complejas operaciones de apropiación

A la vez, la manera en que se ha extendido y generalizado para describir el paradigma económico-tecnológico que se abre, ha focalizado su mirada en elementos que sin ser irrealizables no son únicos. Se ha hablado sobremano de la fluidez de la nueva economía, de su lado financiero, de los mercados internacionales, del debilitamiento de lo local o lo geográfico e ítems similares. Esto es, se ha remarcado a más no poder la dimensión simbólica y etérea del tejido económico planetario. Una visión correcta pero que sombrea otros factores o procesos también en marcha. La consecuencia es que todo ello ha formado un paraguas rígido sobre el cual resbalan otro tipo de explicaciones o descripciones alternativas. Todas las resistencias o diferencias con el capitalismo global oficial han quedado relegadas a una serie B con poca audiencia. Nuevamente, una mano invisible impersonal pareciera que diri-

line, modernidad líquida, modernidad reflexiva, capitalismo desorganizado, economía de lo inmaterial, economía del talento, capitalismo cultural, semiótico o informacional, etc., son otros términos en boga.

² Uno de los pioneros fue el Gobierno laborista de Tony Blair que, en 1997, acuñó con cierta originalidad el término «industrias creativas» (que acompañó de numerosas campañas) con la intención de ofertar una salida al estancamiento económico que sufría su país.

³ A tal punto que una de las biblias de la economía liberal actual escribía hace no mucho: «La innovación se ha convertido en la religión industrial de finales del siglo XX. Para las empresas es la clave para aumentar el beneficio y obtener cuota de mercado. Los gobiernos recurren automáticamente a ella cuando se trata de introducir ajustes en la economía. La retórica de la innovación ha sustituido en todo el mundo al lenguaje propio de la economía del bienestar de posguerra. Las nuevas tecnologías unen a la izquierda y a la derecha» (*The Economist*, «Survey on Innovation in Industry», 17 marzo 1999) [La traducción es nuestra].

ge la evolución terrenal donde viscosos flujos de activos o mercancías surcan los aires y donde cada país lo más que puede hacer es ajustarse fuerte los cinturones y volar al compás que dictan tales corrientes. En ese sentido, la economía del conocimiento se ha abordado siempre en términos de aplicación mercantil de las nuevas tecnologías, buscando la gallina de los huevos de oro en el campo digital a través de una intensificación creciente de la sacrosanta competitividad. Se ha repetido sin descanso la idea del descubrimiento de un nuevo yacimiento de valor, una novedad productiva que se intenta hacer pasar por el aro de la comercialización estándar. Esta tendencia a buscar la máquina del dinero en cualquier campo ha obviado las especificidades y singularidades de un mundo tan digitalizado y mediatizado donde hay quien se sale de un desfile tan orquestado.

Recordemos, no obstante, que ciencia, cultura, conocimiento e información no son mercancías en sentido estricto y que solo pasan por el filtro mercantil gracias a complejas operaciones de apropiación (propiedad intelectual e industrial, copyright y patentes) y que, además, conservan ciertas características (reproductibilidad y copiado a bajo coste, distribución muy barata, no rivalidad y uso compartido ilimitado, etc.) que no permiten mantener un negocio típico con ellas. Para ello, las industrias culturales y las corporaciones científico-tecnológicas han desarrollado dispositivos de valorización económica de tales intangibles, desarrollando métodos novedosos para el mercadeo con fórmulas, partituras, líneas celulares y demás elementos intelectuales. Durante siglos, se ha movilizad el derecho y toda la cultura legal para poder generar una economía del saber que fuera realmente productiva y beneficiosa. Desde finales del siglo XIX, por ejemplo, se ha ido retocando y metamorfoseando el sistema de patentes (nacional y mundial) para poder ir agregando nuevos objetos (vegetales transgénicos, bacterias sintéticas, medios para el almacenamiento digital, etc.) a la regulación requerida por las industrias culturales y tecnológicas.⁴ Basta con echar un ojo a las miríadas de leyes, acuerdos, documentos, directivas, organismos (locales e internacionales) que han nacido en los últimos 20 años al calor de este supuesto ciclo de economía creativa.

La llegada inesperada del conocimiento abierto

En este contexto de dominio discursivo de la crisis y de la economía del conocimiento como puntales centrales del recién estrenado siglo, numerosos fenómenos menores o marginales han pasado desgraciadamente desapercibidos para el común de los mortales (la atención del ciudadano medio, por desgracia es limitada). Uno de ellos, cuantitativamente por debajo

⁴ Un bonito y desconocido libro de D. Noble, *El diseño de EEUU*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987, mantiene la tesis de que el despegue triunfal de EEUU a principios y mediados del siglo XX tiene mucho que ver con la reformulación de su sistema de patentes y la capacidad para aunar industria y tecnociencia a través de la figura del ingeniero, mitad inventor, mitad empresario, cuyo ejemplo más paradigmático es Thomas Edison.

de otros procesos pero cualitativamente muy relevante es el *conocimiento libre o abierto* (CA en adelante para abreviar). Dicho conjunto vasto y heterogéneo de proyectos, movimientos y casos emerge como un híbrido extraño de intentos de producción y circulación colectiva y no mercantil del conocimiento. En otras palabras, nos referimos en primera aproximación a aquellos procesos en los que el conocimiento, la ciencia, la tecnología o la cultura se entienden como un bien público.⁵ Tales objetos poseen el rasgo estructural de ser no rivales y no excluyentes (compatibles sin ningún problema). Sin embargo, hemos indicado que son bienes públicos en una primera aproximación porque en un segundo paso hay quien ha matizado que estamos hablando, realmente, de “bienes comunes”. Estos últimos son bienes públicos que además son de propiedad colectiva o que no son propiedad privada (mientras que en los bienes públicos no hay referencia a la propiedad de los mismos). No vamos a caer en las tentadoras disquisiciones teóricas, que hay muchas, sobre estos temas porque aquí los términos se bifurcan y propiedad pública, propiedad común, procomún, *peer production* (Michel Bauwens), *crowdsourcing*,⁶ etc., son palabras ligeramente diferentes pero que quieren atrapar este tipo de fenómenos.

Campos diversos y ejemplos infinitos del *boom* del conocimiento libre o abierto, de la cultura y la ciencia en común, pueblan las agendas globales actuales. A tal punto que la marea irrefrenable del CA ha conseguido convencer a instituciones y organismos de muy diversa índole.⁷ Desde universidades a empresas, desde instituciones científicas a movimientos sociales, todos se han visto tocados o interpelados acerca de su posición respecto al mismo.

En general, los adeptos del CA se sitúan a un lado de la barricada en las guerras de propiedad intelectual e industrial, tratando de cortar los filtros y las barreras a la difusión pública de información y saber. Por tales guerras se pueden entender los conflictos en los que se dirigen los regímenes de regulación de los bienes del conocimiento y la cultura. Dichas fricciones han centrado mucha de la acción política y social de los últimos 20 años de manera apabullante, excediendo el estrecho campo artístico o cultural donde están los casos más visibles (SGAE o la cruzada anti-“piratería” por citar un tema omnipresente). Podríamos adentrarnos en millones de casos o acontecimientos aparentemente lejanos donde las

⁵ Elinor Ostrom, la premio Nobel de economía de 2009, una persona nada sospechosa de escuchar los cantos de sirena ajenos a las economías de mercado dominantes, define los bienes públicos como aquellos que están disponibles a todos y para los cuales, el uso de ellos por parte de una persona no substraer del uso por otros. Resulta cuando menos llamativo que un galardón tan connotado (especialmente en economía) vaya a parar a una persona dedicada a estos temas.

⁶ Anglicismo que intenta describir a masas o multitudes formadas por participantes voluntarios generando algún tipo de actividad o trabajo de manera coordinada.

⁷ Por ejemplo, recientemente, editores, bibliotecarios, agencias de financiación, rectores de las universidades y autores reunidos en Granada el 13 y 14 de mayo de 2010, en el marco del «Seminar for Open Access to Science Information», realizaron la declaración de la Alhambra sobre el acceso abierto promulgando una apuesta decidida por todos los tipos de CA en Europa. Véase: <http://oaseminar.fecyt.es/Publico/AlhambraDeclaration/index.aspx>. Previamente la Iniciativa de Acceso Abierto de Budapest (2001) o la Declaración de Berlín (2003) iban en la misma línea.

luchas por el tipo de propiedad de elementos inmateriales son trascendentales: investigaciones académicas, acuerdos multilaterales regionales, razas clonadas de animales, semillas transgénicas, vida artificial, cánones culturales, tasas e impuestos a dispositivos de almacenamiento digital, el mercado de sistemas operativos y navegadores, telecentros en zonas pobres, reuniones enteras de la OMC, vida y milagros de productoras cinematográficas, medicamentos vitales ante pandemias, etc.

El conocimiento abierto resulta una especie de familiar bastardo que cuestiona el egoísmo antropológico del mercado instalado en nuestras conciencias

Además de una anomalía salvaje en un capitalismo cada vez más omnívoro y extenso, campante a sus anchas por muchos baches que encuentre, el conocimiento abierto resulta una especie de hermano incómodo de las industrias del conocimiento. Un familiar bastardo que cuestiona el egoísmo antropológico del mercado instalado en nuestras conciencias produciendo bienes comunes y bienes libres pero a la vez abriendo un vasto campo de experimentación social. Por todo ello, en apenas un par de décadas, ha amanecido este repentino modelo de producción cultural, científica y hasta tecnológica que no parece seguir los patrones marcados de antemano. El CA toma forma como un esquema para generar y compartir que no es la reproducción mecánica de lo mismo de siempre. A primera vista, presenciamos un extravagante envite o una original jugada que contradice ese individualismo posesivo que todos asumimos cuando pensamos que las leyes de oferta y demanda son talismanes intocables. Insisto en esto porque el CA ha tenido la virtud de sacarnos de ciertas posiciones inamovibles en torno al pesimismo general sobre la posibilidad de encontrar alternativas al pensamiento único. Ha permitido revalorar la cooperación y atribuirle la importancia que se merece, además de ayudar a entender los procesos de trabajo colectivo. Igualmente ha abierto las compuertas de un debate inabarcable y complejo sobre las formas de retribución, pago y reconocimiento de las actividades artísticas, culturales y científicas; una discusión que ha vertido ríos de tinta y que seguirá abierto mucho tiempo. También se ha vuelto a dar luz a las cuestiones eternas sobre lo público y lo privado, sus fronteras móviles y sus modos de relación. Así que la nueva economía de lo inmaterial no solo se nutre de mercados financieros u organismos internacionales, ni siquiera de controvertidas entidades de gestión de derechos de propiedad intelectual, también de películas de distribución libre (*El Cosmonauta*, <http://www.elcosmonauta.es/>), de datos científicos de acceso libre (Dialnet, <http://www.doaj.org/> o <http://www.plos.org/>), de la elaboración de mapas colectivos (www.openstreetmap.org), de librerías abiertas de fuentes y clip-arts (<http://www.openclipart.org/>) y otros ejemplos de contribuciones masivas por Internet.

Conocimiento abierto y economía solidaria

Repetimos, en unos pocos años de edad, llegando a cierta madurez adolescente, el universo del conocimiento y la cultura libre se postula en la línea de salida como una posible alternativa al modelo oficial. Por tanto, y aquí queríamos llegar, el conocimiento libre puede ser una magnífica excusa para abrir actuaciones coherentes y prometedoras en el campo de la economía solidaria. Representa, en la mayoría de sus variantes, un intento por cuestionar y reinventar los métodos de producción y circulación de los objetos culturales o tecnocientíficos. Quizá no tanto en términos de puro éxito material o bajo el prisma de evaluaciones obsesivas con la eficacia (donde no siempre es posible competir con la opción privatista). En ese terreno, los experimentos tutelados por el conocimiento libre o abierto no pueden rivalizar con los años de carrera mercantil y valor capitalista. Pero sí en términos morales o de elaboración teórica, en los fines que persigue y en la catadura moral que predica donde la cooperación es su bandera y la producción colectiva su más ansiado fin. Por todo ello, el CA está comenzando a ser uno de los vectores de la economía solidaria del siglo XXI donde proyectos de *software* libre, enciclopedias cooperativas (Wikipedia a la cabeza), licencias libres (Creative Commons), bancos de semillas abiertos, repositorios celulares libres o bibliotecas digitales con acceso total sean referencias de paso obligado.⁸ Es decir, muchos proyectos vinculados al desarrollo tecnológico y a los sectores solidarios o de activismo social han puesto un pie en ciertos recursos libres (el *software* libre, por ejemplo), incorporándolo como opción estratégica general. Esa aparente renuncia al beneficio lucrativo se postula desde el trabajo colaborativo y hacia una propiedad pública y común (devolviendo a lo social la creación).⁹

Es cierto, y nobleza obliga reconocerlo, que la mayoría de estos casos de CA emanan y viven bajo el manto del mundo digital y que son posibles precisamente por las características del mismo. Sin embargo, este dominio de lo inmaterial donde resulta más factible la cooperación descentralizada no debe hacernos olvidar que se ha abierto un intento de extrapolar las experiencias a objetos o procesos no digitales, más clásicos y pesados, que han pasado a intentar gestionarse también de manera pública y común; un reguero que se extiende velozmente.

Asignaturas pendientes del CA y las resbaladizas pendientes que le rodean

Lo interesante, por tanto, es que el CA a pesar de su situación cuantitativamente menor en comparación con otros modelos hegemónicos sirve como esquema enfrentado a los mis-

⁸ Incluso en nuestro país, algunas organizaciones como Acsur Las Segovias o REAS (<http://www.economiasolidaria.org/node/3752>), por poner solo un par de ejemplos, han apostado decididamente por ello.

⁹ Véase, v. g., http://www.investigacion.net/blog/miren/por_qu_software_libre_la_cultura_libre_es_econom_solidaria

mos, cuestionando algunas de nuestras más asentadas asunciones sobre la economía de mercado; una prueba evidente de que aceptamos como universal y eterno un tipo histórico y contingente de patrón socioeconómico.

Ha resonado hasta la saciedad la palabra cooperación sin que se cuestionen las condiciones para la existencia de comunidades y para la creación real de bienes públicos y comunes

No obstante, el CA y las aplicaciones orientadas hacia una economía solidaria, sea en la versión que sea, corren serios riesgos y encontrarán numerosas piedras en su camino. El catálogo de problemas y cortapisas es extenso y no tiene mucho sentido hacer acopio ahora de una lista interminable. En general, se encontrará con los problemas derivados de su competencia a los cánones oficiales de las industrias culturales y tecnocientíficas, básicamente por el hecho de estar ubicada contracorriente. Sin embargo, que las condiciones históricas y que el contexto no es el más propicio es algo obvio que no tiene por qué ser recordado nuevamente, especialmente cuando su crecimiento es un hecho constatable en los últimos años. Resulta redundante lamentar, por enésima vez, la poca receptividad que tienen proyectos basados en trabajo cooperativo, sin fines lucrativos directos o distribuidos bajo licencias libres. La galaxia del conocimiento abierto es un magma disperso y desarticulado de pequeñas islas donde cualquier evaluación de su fortaleza o estructura nos llevaría tarde o temprano a diagnosticar múltiples debilidades o raquitismos, todos los propios de los movimientos alternativos o de los planes que nadan contra la corriente.

Tiene más interés enfatizar los desafíos internos, los conflictos propios o endógenos, particulares de su objeto o de sus metas, que arrastran los movimientos orientados a generar este tipo de CA. A fin de cuentas, somos esclavos de nuestros defectos y remolcamos mucho más inconscientemente contradicciones e inconsistencias que dificultades externas, normalmente más fáciles de identificar. No en vano, uno de los grandes problemas que enfrentan tanto la economía solidaria como el CA es su propia idealización, generando un mito que paralice la realidad. Caer en predicciones apocalípticas o en utopías estériles e indigestas es una patología muy propia del quehacer alternativo que cuando encuentra una veta para explotar le suele entrar un ataque de narcisismo desenfrenado. Solo escapando de las fábulas progresistas podremos construir cambios posibles y necesarios.

Uno de ellos, que me preocupa notablemente, es el riesgo de caer por la resbaladiza pendiente del “fetichismo tecnológico”. Por tal palabra se puede entender aquella mirada que idealiza los objetos tecnológicos más allá de su marco histórico y social, arrancándolos del contexto en el que se ubican. Me refiero a esa postura que se obsesiona ciegamente

con la imposición de la eficacia técnica por encima de otros criterios y, dejándose llevar por el optimismo de la voluntad para los vientos que soplan, acaba asignando a las tecnologías capacidades extremas y necesariamente positivas.

El recurso frecuente a los tópicos generales auspiciados por el mercado tecnológico y las grandes firmas digitales nos transforma en replicantes de las arengas que criticábamos al principio del artículo. Afloran en nuestra boca ideas y modismos como: conectividad, reticularidad, instantaneidad, globalidad, interactividad, etc., haciendo que, en ocasiones, olvidemos donde tenemos los pies. Por ejemplo, aceptamos acríticamente que todo uso técnico moviliza o genera conocimiento (como si una teleoperadora fuera una trabajadora intelectual) y que todo conocimiento produce valor económico o social (ver videos de caídas absurdas en Youtube es ser participativo). De esta forma, adscribimos a los teléfonos móviles, a las redes P2P, a los *blogs* características intrínsecamente buenas o provechosas y abrazamos sin reparo la avalancha de baratijas tecnológicas que inunda nuestra cotidianidad con la mejor de nuestras sonrisas. Todo ello porque atribuimos a estos artefactos habilidades inherentemente fructíferas para nuestras relaciones sin apenas reparar en ello. Nos apresuramos a pensar que cualquier herramienta técnica enriquece como si fuera un auténtico complejo vitamínico nuestra sociabilidad o cualquier proyecto solidario. Las nuevas tecnologías, en el formato monodosis 2.0 que nos proporcionan las compañías punteras, vendrían a solucionar automáticamente los problemas de desarrollo, la creatividad artística, los vínculos comunitarios o nuestra tímida vida social por poner algunos ejemplos. Otro ejemplo sutil de las arenas movedizas en las que se sitúan las nuevas tecnologías tiene que ver con la idea de inevitabilidad. Es moneda común en conversaciones y comentarios sobre el papel de las organizaciones solidarias la irrefrenable obligación o necesidad de incorporarse a las herramientas cibernéticas sin ningún pero ni revisión. La retórica tecnológica es muy apocalíptica y no permite fisuras ni dudas. Así, incluso propuestas de emancipación o de cambio social radical son muy propensas a mezclar o confundir la cantidad de vínculos comunitarios con la calidad o la fuerza y a aplicar maquillaje tecnológico a cualquier trabajo organizativo para no perder la ola digital.

Muchos de los adeptos al CA caen peligrosamente en las trampas del determinismo tecnológico o del fetichismo tecnocientífico, formulando un discurso positivista y pragmático donde los haya. Un ejemplo del contagio que estamos alertando se observa cuando se argumenta la necesidad de apostar por el *software* libre, las licencias Creative Commons o de rechazar de plano los cánones y licencias similares por una simple cuestión de eficacia técnica; porque la difusión del saber se garantiza de otras formas y no porque dichos modelos de distribución de conocimiento son moralmente buenos. El coqueteo con ciertos modelos de negocio o con determinadas instituciones corporativas, ha conducido a algunos promotores del CA a restarle potencia al mismo mediante su conversión en otro chiringuito del Nasdaq. La obsesión por ser innovadores, incluso desde sectores solidarios o movimientos alterna-

tivos, por ser competitivos a través de la creatividad o por relanzar la eficiencia de nuestras intervenciones, nos transforma metafóricamente en empresarios de la tecnología.

El determinismo tecnológico así materializado (en un fetichismo del artefacto o del aparato) define en gran medida el imaginario tecnológico fin de siglo XX, un paradigma adscrito a cierto progreso material y técnico indefinido que no es fácil sacudirse. Dicho determinismo, en algunas vertientes *light* o más suaves ha sido uno de los modelos de explicación favorita en ciencias sociales.¹⁰ Así que quienes más martilleaban las viejas teorías marxistas por su intolerable determinismo económico han terminado optando por un sutil pero idéntico esquema de pensamiento que ha sustituido los modos de producción por los medios de comunicación. El liberalismo, en sus diferentes versiones nos abocó a pensar en términos individuales para no quedar atrapados en los tics deterministas de los setenta pero a costa de cambiar, como un truco de trileros baratos, de una fantasía a otra. De esta forma, el viejo determinismo tecnológico que pensábamos muerto y enterrado con el futurismo de principios de siglo, convive, vivito y coleando, entre nosotros y revive constantemente. La moraleja es que las utopías cibernéticas, tan tentadoras y succulentas, encierran en su interior oscuras y venenosas serpientes de las que el CA debería tomar distancia o prevenirse.

Estirando levemente esta idea, otro de los escollos con los que se puede tropezar es otra de las idealizaciones inmediatas que cometen muchos proyectos de CA: la idea de cooperación. Concepto excesivamente escurridizo y maleable, que ha dado no pocos quebraderos de cabeza a los teóricos de la cooperación y que se ha usado con frecuencia en estos temas. La colaboración colectiva contagiosa que se ha producido en la escritura de un artículo de Wikipedia o en la compilación del núcleo de Linux ha hecho florecer un optimismo ingenuo que ha hecho pasar cualquier tipo de actividad cibernética masiva como un ejemplo de altruismo cooperativo. Descargar un manual de agricultura china o chatear sobre el mundial de fútbol no implica un proceso cooperativo. La espontaneidad ha sido, y es, la tónica general de las transacciones cibernéticas y las jerarquías entre expertos y voluntarios están mucho más marcadas de lo que se piensa en los proyectos de CA. Las comunidades de conocimiento abierto poseen líderes y gurús que desequilibran la supuesta horizontalidad de este “tercer sector tecnológico”. De esta forma, ha resonado hasta la saciedad la palabra cooperación sin siquiera cuestionarse las condiciones para la existencia de dichas comunidades y para la creación real de bienes públicos y comunes. Anonadados ante los éxitos del CA (Wikipedia, Linux y el *software* libre, etc.), nos hemos atontado viendo sus fuegos artificiales y poniendo el sambenito o la etiqueta cooperativa a todo proceso donde había más de una persona, independientemente de razones, motivos o realidades. La era digital genera muchas situaciones de soledad, anonimato y práctica indi-

¹⁰ Así lo atestiguan L. Smith y R. Marx en su libro *Historia y determinismo tecnológico*, Alianza, Madrid, 1996.

vidual distante que solemos interpretar, de manera algo equívoca, en términos de participación cooperativa.

Para finalizar

Todo ello, puestos a hacer una valoración más general (que exceda al CA), nos devuelve el crudo retrato de nuestro mundo: sociedades ilusoriamente secularizadas pero atrapadas sin remisión en un providencialismo actualizado donde innovación tecnológica y mercado son tótems y tabús que rigen nuestros destinos. Por muy modernos que nos creamos, hemos acabado asignando a factores impersonales (objetos y máquinas) cualidades que guían fatalmente la historia gracias a la autonomía e independencia que otorgamos a los sistemas técnicos. Hemos creado relatos que esconden un fetichismo que hace que las tecnologías funcionen como hilos invisibles conductores de lo social y donde nuestro papel es siempre de secundarios.

El problema es que, además del lastre que puede suponer arrastrar fábulas tecnológicas, la mirada utópica que encontramos en muchos movimientos solidarios o proyectos de CA proyecta una imagen del campo tecnológico como un ente monolítico totalmente definido y continuación directa y natural de las industrializaciones anteriores. En cambio, aquí defendemos que el espacio sociotecnológico es un universo a definir y conquistar día a día. Si el capitalismo mundializado que nos gobierna es tan dependiente de la apropiación y la valorización de los bienes intelectuales, el CA precisamente sirve como auténtico palo en las ruedas de una globalización financiera desbocada. Estamos ante uno de los ejes rectores del modelo socioeconómico venidero y en definición; algo que puede percibirse en la importancia de los bancos de semillas, la genética industrial, las patentes sobre mecanismos digitales, el canon bibliotecario o, la persecución de la copia o las descargas ilegales, endurecimiento de los regímenes de propiedad intelectual, etc. Recapacitar y especular, de alguna manera, con intercambios no mercantiles significa pensar en relaciones sociales no mercantilizadas. El capitalismo salvaje se encuentra incrustado en una tupida red de vínculos e interacciones sociales que se ven influenciados o configurados por el orden económico internacional. Una alteración de las condiciones de existencia económica o en los modos de producir riqueza implica un cambio en el conjunto de relaciones sociales. Cortocircuitar la creación de valor económico, sea de una manera u otra, significa perturbar muy radicalmente el tipo de sociabilidad en la que estamos insertos. El CA se sitúa en la encrucijada o concurrencia de muchas tensiones, pero la principal tiene que ver con la privatización generalizada de todos los objetos sobre la tierra (el conocimiento uno de ellos) y los intentos de resistirla (atizando las cenizas de lo público y comunitario). Liberémonos de los corsés mitológicos y hagamos del CA la base para una economía solidaria real y coherente para el siglo que recién estrenamos.

La economía social: un desafío para los movimientos sociales

En tanto que las empresas de economía social son éticas, democráticas y anteponen el trabajo y las personas al capital, son congruentes con la impronta de los movimientos sociales y refuerzan su carga antagonista. Por ello, debe ser una tarea prioritaria de los movimientos promoverlas. En tal sentido, avanzamos, de manera muy escueta, tres propuestas de trabajo: los movimientos sociales pueden ayudar a la economía social colaborando a estructurar el medio en que se desenvuelve, creando mercado e impulsando una red de hombres y mujeres emprendedoras.

El concepto de economía social dista de ser unívoco y cartesiano. Bien al contrario, se muestra escurridizo e impreciso, de modo que sirve para denotar una realidad con contornos difusos. Ello da pie a una cierta polémica, tanto académica como política, acerca de qué es y qué no es economía social. No vale rehuir la cuestión. La abordamos en una doble aproximación.

La siguiente definición goza de todos los predicamentos, tanto que marca la ortodoxia vigente sobre el tema:

«Conjunto de empresas privadas organizadas formalmente con autonomía de decisión y libertad de adhesión, creadas para satisfacer las necesidades de sus socios a través del mercado, produciendo bienes y servicios, asegurando o financiando y en las que la eventual distribución entre los socios de los beneficios o excedentes así como la toma de decisiones, no están ligados directamente con el capital o cotizaciones aportadas por cada socio, correspondiendo un voto a cada uno de ellos. La economía social también agrupa a aquellas entidades privadas organizadas formalmente con autonomía de decisión y libertad de adhesión que producen servicios de no mercado a favor de las familias, cuyos excedentes, si los hubiera, no pueden ser apropiados por los agentes económicos que las crean, controlan o financian».¹

Vicente Pérez Quintana es miembro de la Fundación de Estudios Ciudadanos y de la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid

¹ Tomado del informe «La Economía Social en la Unión Europea» realizado para el Comité Económico y Social Europeo por Rafael Chaves y José Luis Monzón.

Trátase del subsector de mercado, trátase del subsector de no mercado, los rasgos sobresalientes comunes y que, en consecuencia, trazan la fisonomía de la economía social se resumen en siete renglones:

- Entidades privadas, aunque pueden estar participadas por organismos públicos.
- Formales, o sea, dotadas de una estructura y un conjunto de reglas; si bien no se exige la constitución ante notario ni la inscripción en un registro, tal como sucede, por ejemplo, a propósito de los grupos de consumo ecológico existentes.²
- Autónomas y autocéfalas, esto es, con capacidad para decidir el presupuesto y las actividades y para elegir y cesar los órganos de gobierno.
- Libre adhesión, de forma que el ingreso, siempre que se cumplan determinados requisitos de admisión, y la salida son voluntarios.
- Ejercen una actividad económica o con trascendencia económica, sea como actividad principal, sea como actividad secundaria o complementaria. El espectro es muy amplio, pues caben desde la producción de bienes de todo tipo hasta la prestación de servicios de cualquier clase, incluidos los financieros, pasando por las actividades de aseguramiento (salud, previsión social y seguro de bienes). La amplitud del abanico es tanto más dilatada cuanto la distribución de los productos y servicios de referencia puede organizarse en el mercado o fuera del mercado.
- No lucrativas, toda vez que el excedente económico eventualmente generado en el transcurso de la actividad: 1) bien se reinvierte en la misma o se destina a financiar programas de interés general y a proyectos solidarios; 2) bien se distribuye entre los socios y socias, pero a) sólo una parte limitada, mientras el resto debe ser asignado a reservas obligatorias e irrepartibles; y b) individualizada persona a persona con arreglo a su participación en la actividad y no según la cuantía de sus aportaciones al capital social. De ahí que las entidades de economía social sean definidas como organizaciones personalistas y que, en el caso de las cooperativas de trabajo asociado, anteponen el trabajo al capital. El capital, por diferencia con las sociedades anónimas, tiene únicamente un valor instrumental.
- Democráticas, ya que, salvo algunas excepciones, se aplica la regla de *una persona, un voto*.

La segunda aproximación a la economía social consiste en listar qué entidades forman parte de ella. Así: cooperativas de todas las clases (trabajo, vivienda, agrarias, enseñanza, consumo, servicios, crédito, transportes, marítimas...), sociedades laborales, mutuas y mutualidades, fundaciones, asociaciones, empresas de inserción, grupos empresariales integrados por o dependientes de entidades de primer grado que pertenecen a la economía social, grupos de consumo, organizaciones de ayuda mutua, diversas ONG... Algunos autores

² En este punto somos más flexibles que lo que permiten las definiciones al uso, que exigen que las entidades tengan una personalidad jurídica explícita y reconocida.

incluyen en el saco a las cajas de ahorro o a la ONCE e, incluso, existe un cierto debate sobre si los trabajadores/as autónomos/as pueden considerarse en algún sentido parte de ella.³

La puesta en relación de sendas aproximaciones muestra significativas disonancias, entre ellas no se da un perfecto acoplamiento. Ninguna entidad satisface todos los rasgos arriba identificados y, a su vez, ninguno de dichos rasgos es satisfecho por todas las entidades. Nos vemos obligados a introducir en la doble aproximación, para hacerlas corresponder, diversos matices y excepciones.

Por otra parte, si a la anterior reflexión traemos las pinceladas que la *praxis* cotidiana traza en el cuadro nos encontramos con fundaciones que abominan de su pertenencia a la economía social, cooperativas de vivienda que no lo son («cooperativas vestidas de lagarterana», según la jerga), entidades que funcionan como empresas instrumentales de sociedades anónimas, asociaciones que practican la más rancia beneficencia y así un largo etcétera. En el polo contrario, nos encontramos, *v. gr.*, con sociedades limitadas que funcionan como si fueran cooperativas de trabajo. La tautología de la segunda aproximación (economía social es igual a la suma de sus expresiones institucionales) no evita, por tanto, las incertidumbres de la definición inicial.

El enfoque descriptivo que hemos seguido demanda un enfoque normativo y voluntarista que lo complete. Según éste, economía social será la producción de bienes y servicios por organizaciones que reúnen –con mayor o menor exactitud– las características antes mencionadas y que *además* las aceptan y ajustan sus comportamientos a ellas en virtud de su superior valor ético y político. En conclusión, las entidades no sólo son democráticas, no lucrativas, autónomas... sino que, ante todo, *deben serlo* en su discurso teórico y práctico.

¿Por qué deben los movimientos sociales promocionar la economía social? El refuerzo del antagonismo

Los movimientos sociales son siempre *anti* algo: anticapitalistas, antipatriarcales, antirracistas... Se originan en el marco de una contradicción social y expresan la fuerza organizada de los colectivos sociales desfavorecidos para cambiar la situación estatuida y resolver la contradicción a su favor. En la sociedad actual, cualquier movimiento social particular, aun de forma remota e implícita, es la revuelta de determinadas categorías sociales que viven bajo el dominio del capital y al menos potencialmente no lo aceptan. Sus intereses, deman-

³ Con frecuencia estas discusiones están determinadas por el acceso o no a las políticas públicas de apoyo a la economía social: protección fiscal, subvenciones...

das, expectativas, deseos... chocan con el orden vigente y sus beneficiarios y anhelan transformarlo. Los movimientos sociales son conflicto, antes que conflictivos.

La economía social, en tanto que se ajusta a la definición normativo voluntarista, participa en y de los movimientos sociales. Los valores que afirma (democracia, no lucro, primacía del trabajo y las personas, solidaridad, ayuda mutua...) son antitéticos con los valores dominantes. Es en ese modo y grado que su promoción se revela como una tarea de dichos movimientos: continúa y refuerza su antagonismo estructural. Frente a la interpretación buenista de la economía social defendemos, así pues, una lectura dialéctica, que ve en ella una alternativa, una realidad heterogénea con la empresa capitalista.

La economía social se erige sobre la aplicación en las entidades de primer grado de la regla *una persona, un voto*. La participación en la toma de decisiones se desvincula de la aportación de capital. Ello representa una ruptura radical con la lógica de la sociedad por acciones y, en particular, con la compleja arquitectura sobre la que se monta el poder de los *managers* en las grandes corporaciones: aunque sólo poseen una parte muy pequeña del capital, disponen de la mayoría de los votos. Pero esta forma de ejercer el poder es, como diría Hannah Arendt, violencia. La economía social apuesta por otro concepto de poder: «[...] corresponde a la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente. El poder nunca pertenece a un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras el grupo se mantenga unido». ⁴ Tal es el fundamento de la democracia deliberativa y de la gestión participada.

Pero siendo trascendente en sí mismo, la democracia en las unidades de primer grado es tanto más crucial cuanto constituye el basamento de la democratización de la economía. ⁵ Ahora bien, es verdad que este paso de lo micro a lo macro es infinitamente delicado o quebradizo, toda vez que está expuesto al virus de la Ley de Michels sobre la tendencia a la oligarquización de las organizaciones como consecuencia, en parte, del aumento del tamaño y de la creación de entidades de segundo y ulterior grado y, en parte, de la formación de tecnoestructuras sobre la confusión interesada entre el ámbito de la toma de las decisiones estratégicas y el ámbito de la gestión de las decisiones. De ahí que merezca más de un reparo el funcionamiento de los grupos empresariales de la economía social, así como muchos de los procesos en que la democracia directa en las entidades de primer grado cede terreno en favor de los procesos de delegación.

La economía social significa una segunda ruptura con el modelo dominante en tanto que cuestiona el concepto de propiedad y los derechos que le serían inherentes.

⁴ H. Arendt, *Sobre la violencia*, Alianza, Madrid, 2005, p. 60.

⁵ Véase D. Schweickart, *Más allá del capitalismo*, Nova Terra, Santander, 1997.

En aquél, la matriz está en la posesión del capital. De ese hecho primigenio se desprende, como algo *natural* e indiscutible, la capacidad de decisión acerca de la asignación de los recursos y la distribución ponderada de los beneficios resultantes de la actividad, haciendo caso omiso de cuáles sean los méritos de la fuerza de trabajo expropiada de los medios de producción en su obtención. La doble desvinculación que hace la economía social trastoca los supuestos del modelo: de un lado, se antepone la regla *una persona, un voto* con independencia de cuál sea la parte alícuota de cada socio o socia en el capital social de la entidad y, de otro lado, sobresale la exclusión de la distribución de los beneficios entre la base societaria o, en su caso, la distribución, sólo de una porción de ellos, a partes iguales o con arreglo a la participación en la actividad de cada persona, con expresa prohibición de tomar en cuenta las aportaciones al capital social para hacer el cálculo. El papel subsidiario e instrumental del capital queda así bien subrayado: la célula básica de la sociedad capitalista es preterida ante el valor finalista superior del trabajo y las necesidades de las personas.

De acuerdo con este otro patrón de distribución de los excedentes, vemos cómo el afán de lucro es anulado o, cuando menos, restringido. El motor del egoísmo particular ya no es la fuerza que mueve la sociedad hacia cotas más altas de bienestar y felicidad. En su lugar, la concertación y la solidaridad ofrecen otros resortes más eficaces y eficientes.

La propiedad capitalista, en la economía social, sufre una doble postergación. En primer lugar, es sometida a la propiedad compartida: lo común no sólo prima sobre lo particular, sino que es más que la suma de las partes. Los socios y socias conciertan sus aportaciones no (o no únicamente) en vistas al logro de un beneficio privado, sino que persiguen un resultado que no se daría si no fuera por el hecho mismo de la mancomunación de esfuerzos; los cuales, por lo demás, no se reducen a las aportaciones económicas, sino que implican otras aportaciones de orden moral, intelectual, laboral, afectivo... En segundo lugar, el caso de las entidades de trabajo asociado (representado de manera típico ideal por las cooperativas) es muy especial, toda vez que es el ejemplo vivo de la resistencia al avance de la expropiación de los medios de producción de la clase trabajadora. En ellas los trabajadores/as son los socios/as y los socios/as son los trabajadores/as.

La tercera ruptura se concreta en el mercado. En una economía cuyo objetivo primordial es el abastecimiento de la población, la satisfacción de las necesidades, es un buen mecanismo para la asignación de los factores productivos, la distribución de los bienes y servicios y la elusión de determinadas irracionalidades. Se desenvuelve flanqueado por las decisiones del Gobierno y los arreglos propios de la economía doméstica y del círculo de las relaciones de amistad. En cambio, cuando el mercado se organiza por y para la realización y la apropiación privada de la plusvalía o, dicho de otro modo, por y para la valorización del capital, las funciones de la asignación y distribución pasan a segundo término, propiciando

así la aparición de fenómenos como la superproducción, el subconsumo, la desproporción entre los sectores, las crisis cíclicas... La funcionalidad del mercado, entonces, no se resuelve en la circulación de las mercancías, sino en una doble tendencia: a la mercantilización de todo cuanto existe y a la trivialización de las relaciones humanas. Ambas entrañan la perversión de la estructura social. «Permitir que el mecanismo del mercado dirija por su propia cuenta y decida la suerte de los seres humanos y de su medio natural [...], conduce necesariamente a la destrucción de la sociedad».⁶ El empobrecimiento relativo de la calidad de vida de la mayoría y la ruptura de los equilibrios ecológicos aguardan al devenir histórico, así como la cosificación de las relaciones humanas bajo el peso del fetichismo de la mercancía.

Los movimientos sociales habrían de cuidar la batalla ideológica.
Es preciso contar con un discurso que justifique la economía
social ante la opinión pública

No creemos incurrir en una suerte de maniqueísmo dogmático si decimos que la economía social se compadece mal con una configuración del mercado del segundo tipo, pues la hipótesis se deduce de la definición de aquella como el conjunto de empresas éticas, democráticas, que dan la primacía al trabajo y a las personas... El séptimo principio de la Alianza Cooperativa Internacional es justamente el del *compromiso con la comunidad*, con el desarrollo sostenible.

La economía social, en otro orden de cosas, contribuye a la renovación de los movimientos sociales en un sentido muy preciso: la *autogestión de la alternativa*. En efecto, el rasgo más genuino de los movimientos es la negación de lo existente, la crítica del *statu quo*; pero, en tanto se quedan aquí, limitan el alcance de su mensaje y la carga de trascendencia que incorporan. La movilización y la presión, aun la rebelión, no ofrecen más que una dimensión, el aspecto destructivo, por así decirlo, del proyecto. El momento creativo es aquel en que en las formas de hacer, decir y pensar del movimiento se abre paso la afirmación de otras configuraciones sociales antitéticas con las existentes. Esta, con todas las limitaciones que el dominio de las estructuras capitalistas impone, puede ser, y en realidad es, la aportación *sui generis* de la economía social. Aunque sólo sea, modestamente, porque muestra que es posible otra forma de producir y distribuir, desde un tipo de empresa ética, democrática, de propiedad compartida, sólo por eso, la economía social conecta con el topo que horada los cimientos del orden vigente.

⁶ K. Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, La Piqueta, Madrid, 1989, pp. 128-129.

¿Cómo promocionar la economía social? De las palabras a los hechos

Agrupamos la respuesta a este interrogante en tres propuestas: los movimientos sociales pueden promover y fomentar la economía social estructurando el medio, creando mercado e impulsando una gran red de personas emprendedoras.

La economía social, por razones obvias, se despliega en un medio hostil. Suma entre el 4% y el 6% del PIB y totaliza alrededor de un millón de empleos. El segmento cooperativo –sin duda, el que mejor cuadra con nuestro concepto de economía social– empleaba, a finales del primer trimestre de 2010, algo menos de 290 mil personas, sobre una población ocupada total de 18,4 millones de personas: apenas el 1,5%.⁷

Los movimientos sociales, como agentes de estructuración del medio, habrían, en primer lugar, de cuidar la batalla ideológica, el terreno en el que se dirime la legitimidad de las opciones y proyectos sociales. Es preciso contar con un discurso que justifique la economía social ante la opinión pública. La confrontación se da en un doble plano. De un lado, habrá que vencer la incredulidad reinante, ese pretencioso sentido común que estrecha el horizonte perceptivo hasta el punto en que por empresa únicamente entiende la sociedad por acciones, de donde deduce como algo *natural* que cualquier otro modelo es una desviación anómala (una no empresa)⁸ y, por tanto, inviable social y económicamente. Esta suerte de reduccionismo está extendida incluso en el seno de la economía social y se expresa en hechos como la incidencia de las llamadas cuatro fuerzas de la extinción⁹ y la transformación en SL y SA, *v. gr.*, de muchas cooperativas de trabajo asociado cuando triunfan. De otro lado, además de mostrar la viabilidad empresarial de la economía social, los movimientos sociales habrán de promover los valores de los que aquélla hace gala y probar su eficacia en el orden práctico y su superioridad en el orden moral y político.

La financiación es otro vector decisivo en la forja del medio, tanto para arrancar los proyectos como para consolidarlos y ampliarlos, aparte de las necesidades cotidianas derivadas de la gestión de la tesorería y la liquidez. Una proporción muy alta del importe de las inversiones (iniciales y de continuidad) es desembolsada por los socios y socias con cargo a los ahorros familiares, la capitalización de la prestación de desempleo, la aportación de

⁷ Datos extraídos del Ministerio de Trabajo e Inmigración (www.mtin.es).

⁸ «Somos empresas» es, como un mantra, la frase más repetida por los portavoces de la economía social, hartos de ver cómo se las confunde, a veces de manera muy despectiva, con pandillas de amigos, organizaciones caritativas, miniempresas, proyectos de tres iluminados...

⁹ Las mismas son: la no sustitución de las bajas de socios/as, la resistencia a hacer nuevos socios/as y la doble tendencia al consumo del capital y la subinversión. Nos extendemos sobre este asunto en V. Pérez Quintana, *Modelos de intervención: cómo afrontar situaciones de crisis y/o procesos de reestructuración en empresas de economía social*, www.ucmta.org.

avales personales para garantizar los préstamos bancarios... Las limitaciones de esta vía son manifiestas, considerando que la base societaria mayoritariamente es de extracción obrera o pertenece a categorías sociales con magros patrimonios y poca capacidad de ahorro. Muchas cooperativas de trabajo y sociedades laborales salvan la primera etapa desde la constitución o logran pasar una crisis apelando al sacrificio del personal: meses sin cobrar los anticipos laborales o percibiendo sólo una parte de ellos. Otra fuente de financiación es la reinversión de los beneficios, detrayéndolos de la liquidación de una o varias pagas a los socios y socias. Se comprende así la debilidad de la solvencia financiera de muchos proyectos, lastrados por la doble tendencia de la economía social al consumo de capital y la subinversión.

«Negociar significa mantener la lucha con armas intelectuales», W. Sombart

Es verdad, que el sistema financiero existente trata a la economía social igual que al resto de las empresas y agentes económicos. Ahí está el problema, en aplicar la misma regla de medir a los diferentes aspectos. No cabe hablar de discriminación en sentido estricto, sino que el perfil de la economía social no refleja la imagen que el sistema espera. Para la economía social es vital desarrollar un músculo financiero propio que le facilite el acceso al crédito en buenas condiciones de plazos, garantías y tipos de interés.¹⁰ Ese músculo financiero, visto desde los movimientos sociales, lo conforma el *sistema de las finanzas éticas*. Este, además de su aspecto instrumental (financiar los proyectos), significa una ruptura con la racionalidad formal del entramado financiero conocido, cuyo juego se resuelve –dicho de manera muy simplificada– en captar dinero prestado para prestarlo, a su vez, con el objetivo de que el saldo final arroje un excedente a favor. Las operaciones merecen la pena siempre que satisfagan la regla de cálculo. Las finanzas éticas, en cambio, cabalgan sobre una racionalidad material, según la cual el dinero es prestado para apoyar proyectos *socialmente rentables*, que apuestan por la mejora de las condiciones de trabajo, la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, el desarrollo sostenible, una economía no armamentista...

Los movimientos sociales, asimismo, pueden ayudar a estructurar el medio haciéndose eco de las reivindicaciones del sector y trasladándolas a las administraciones y a los agentes económicos. La prestación de servicios de asesoría y consultoría o, en su caso, la colaboración con los servicios creados por las propias organizaciones de la economía social es

¹⁰ Las cajas de ahorro podían, pero no han constituido ese músculo. El actual proceso de reestructuración del sector, por lo demás, acabará por cortar las pocas amarras que mantenía con la economía social.

otro capítulo de tareas a llevar a cabo. La formación en valores y en métodos y herramientas de gestión de los proyectos, tanto del personal de las empresas como de la base social de los movimientos sociales, es una prioridad indiscutible, más aun si se hace hincapié en el aprendizaje (formal, no formal e informal) a lo largo de la vida. Por supuesto, los movimientos sociales pueden promover directamente empresas de economía social, desde radios libre y televisiones locales hasta fundaciones y entidades de apoyo mutuo, pasando por adherirse, en calidad de asociado, a una cooperativa o realizando una parte de sus operaciones financieras en la banca ética. En realidad, las asociaciones y otras fórmulas de encuadramiento que sirven para organizar los movimientos son ya empresas de economía social en la medida en que su actividad es directamente económica o entraña un fuerte contenido económico (capta recursos para emplearlos en la realización de actividades de diverso tipo).

El aumento de la *densidad del tejido* de la economía social es otra de las tareas en que el aporte de los movimientos sociales puede ser muy relevante. Para ello es preciso incrementar el número de entidades y tanto más los enlaces entre ellas, formando una muy tupida trama de relaciones. En ella, en encuentros casuales no menos que en reuniones formales, en contactos no mediados igual que en coincidencias virtuales, las empresas confluyen unas con otras y también lo hacen las personas que las forman y, asimismo, esas empresas y esas personas se juntan con otras externas a la economía social y se comunican sobre esta. Se forma, de tal modo, una red salvaje, incontrolable, por cuyos nodos e hilos circula toda clase de mensajes, conocimientos, iniciativas... al tiempo que da soporte y favorece la circulación de las personas y las cosas. Un medio de tales características es una de las condiciones necesarias para que la economía social sea algo más que una realidad en los márgenes de la actividad.

El mayor trenzado de la economía social exige también que las empresas prolonguen hacia delante y hacia atrás sus cadenas de valor, configurando sólidos vínculos proveedor-cliente, centrales de compras compartidas, grupos cooperativos... La intercooperación ha de ser un rasgo de la economía social tan relevante como lo son las notas de empresas éticas, democráticas... Aquella se alza como una de las claves del éxito de Mondragón Corporación Cooperativa.

La última reflexión nos lleva a nuestra segunda propuesta. Los movimientos sociales pueden promover la economía social ayudando a *crear mercado*. Las posibilidades aquí se multiplican: desde la creación de estilos de comportamiento y la generalización de estéticas de vestir hasta la introducción de nuevos bienes y servicios, pasando por la organización de los colectivos de demandantes. Así, por ejemplo, el movimiento ecologista ha favorecido la proliferación de los grupos de consumo ecológico, el movimiento vecinal ha impulsado diversas experiencias de cooperativismo de vivienda, las ONG están detrás de las mejores rea-

lizaciones en comercio justo... Por lo demás, los movimientos sociales son ellos mismos demandantes de múltiples productos y servicios, cuya adquisición podría orientarse hacia las empresas de economía social. El apoyo a una campaña de difusión del sello cooperativo, la animación a las bases militantes para que adquieran productos de empresas que desarrollan el triple balance (social, de género y medioambiental)... son otros tantos ejemplos de las oportunidades existentes y, hoy por hoy, completamente desaprovechadas. La capacidad de los movimientos sociales como creadores de mercado pasa también por la presión sobre las administraciones para que regulen cláusulas sociales en los pliegos de prescripciones de la contratación pública y la llamada preferencia de la economía social en los supuestos de empate.

Finalmente, no hay duda, la economía social es *cosa de personas*. La mejor contribución que los movimientos sociales pueden hacerle es la de impulsar e invertir en una gran red de hombres y mujeres emprendedoras, en el bien entendido de que el *hecho emprendedor* es educable. Se necesitan, pues, personas 1) con libertad de espíritu que sean capaces de trazar planes y con voluntad de acción para llevarlos a cabo; 2) con inteligencia emocional y dotes organizadoras para formar equipos y trabajar en grupo en pro de un proyecto compartido; y 3) que sean negociadoras, en el sentido, como decía Sombart, de que «negociar significa mantener la lucha con armas intelectuales».

DANIEL JOVER

Dimensión político-cultural de la economía solidaria

«El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer.
Y en ese claroscuro surgen los monstruos.»
Antonio Gramsci

En la economía solidaria la propia práctica se convierte en un proceso de aprendizaje ético y de cambio cultural a partir de otros valores e ideas basados en la experimentación, la cooperación y la observación. Forma parte de una visión del mundo y de la humanidad más rica y extensa que la que dicta la uniformidad racionalista y reduccionista, y basa sus propuestas políticas en los principios de interdependencia y responsabilidad en favor de una ciudadanía activa. El reconocimiento de la estructura dinámica de la realidad y de una vida llena de posibilidades y la identificación, selección y análisis de las diferentes conexiones entre política-cultura y economía solidaria, entre riqueza y poder, se convierten en una responsabilidad central en cualquier intento de compromiso.

¿Cómo hacer emerger lo nuevo protegiéndonos de los monstruos? (empezando por los nuestros). Necesitamos recurrir a otras miradas para poder comprender la naturaleza de la actual metamorfosis del sistema y liberar el potencial creativo propio de la cultura de la reciprocidad activa que sustenta la economía solidaria. Para entender la complejidad de la realidad necesitaremos mirar de otra forma y aprender que el término «idea» –procede etimológicamente del griego *eidos*– es aquello que se ve con los ojos.¹ Sólo desde la experimentación y observación crítica con ojos siempre nuevos podremos captar las sutilidades que configuran la verdad de la realidad. Necesitamos preguntar e interpelar a la realidad para captar lo que realmente sucede. Saber ver-tener ideas es la esencia de la vida. Por eso es

Daniel Jover es miembro del equipo Promocions y de la Red de Economía Solidaria

¹ E. Lledó, *Ser quien eres*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009.

necesario rebelarse contra las construcciones teóricas dogmáticas y las estadísticas que buscan construir explicaciones interesadas de la realidad negando lo evidente. Estas son tanto menos concluyentes en cuanto que solo adquieren sentido por su interpretación. El relativismo escéptico es la antesala de la resignación, necesitamos partir del punto de vista de las víctimas que sufren y de los colectivos más vulnerables. De este modo canalizaremos el sentimiento de indignación ética ante tanta injusticia en forma de energía creadora, ya que el pesimismo es un lujo que no nos podemos permitir y la palabra debe de estar vinculada a la acción transformadora. Precisamente, el bloqueo de nuestro imaginario no viene solo de los datos y cifras sino de la banalización de las palabras y devaluación de los conceptos. Debemos reapropiarnos de la significación y sentido de esa constelación de palabras y miradas que configuran cultura y ética de economía solidaria. Esa visión crítica y global nos permite aproximarnos mejor al estudio de los problemas para abarcarlos en su multidimensionalidad y proponer medidas sin el riesgo de quedar atrapado en ellos paralizando la capacidad creativa y transformadora de la conciencia. Sabemos que es necesaria la coherencia de una mirada crítica para tratar la crisis «financiera-económica-ecológica-social y de sentido» conjuntamente.² Convirtiendo las dificultades en posibilidades no solo extrayendo el potencial creador que tiene la significación de crisis como «peligro y oportunidad» en el ideograma “chino” sino también explorando en sus raíces etimológicas derivadas del griego (*krisis*: decisión) y del sánscrito (*kir, kri*), porque de ahí proceden palabras sugerentes y conceptos muy significativos como criterio, crítica, crisol y crisálida, que nos ayudarán a discernir la dimensión político-cultural de la economía solidaria.

Crítica holística y eco-integradora: criterios para el discernimiento

De *kri* viene criterio y también crítica que es un proceso por medio del cual nos damos cuenta de los contextos y presupuestos teóricos, del alcance y de los límites sea del pensamiento, sea de cualquier fenómeno para poder juzgar, distinguir y decidir.³ La respuesta a un problema complejo, por lo tanto, depende en buena parte de los criterios para el análisis y diagnóstico que se haga del mismo. Una interpretación sesgada o parcial comportará medidas limitadas e incompletas. Porque nuestras explicaciones de la realidad siempre tienen consecuencias. La coherencia y pertinencia de la lectura del conflicto es necesaria para construir la respuesta adecuada. Algo así nos pasa con la dimensión política y cultural de la economía solidaria. Necesitamos, más que nunca, de una visión sistémica y democrática para conocer en toda su complejidad la envergadura de la presente

² P. Viveret, *Pourquoi ça ne va pas plus mal?*, Transversales Fayard, París, 2005.

³ L. Boff, *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la Tierra*, Trotta, Madrid, 2002.

mutación y sus contextos e interrelaciones. Se impone la necesidad de anticiparnos y gestionarla globalmente con estrategias de futuro en diálogo fecundo entre los poderes públicos y las redes de ciudadanía activa, expresión de una sociedad cívica cada vez más consciente y preocupada por la deriva de la política a mero apéndice subordinado a los intereses económicos-empresariales. A pesar de todas las terminologías sucedáneas asociadas al desarrollo ya sea sostenible, local endógeno, la unanimidad en torno al modelo de crecimiento se da en la lógica de acumulación del capital por lo que se considera positiva cualquier producción y gasto en tanto que reactiva el consumo y el mercado y, por lo tanto, la tasa de beneficio de unos pocos que tienen la moral del enriquecimiento como meta, a pesar de que ello comporte la inmoralidad del empobrecimiento para las mayorías que quedan desposeídas. Este pensamiento dominante relaciona el crecimiento económico –entendido como una espiral de más producción y más consumo– al desarrollo que traerá consigo mayor prosperidad y que será el remedio contra las desigualdades.⁴ La economía solidaria no solo rechaza este modelo sino que construye otro paradigma alternativo con un proyecto cultural y político fundado en la capacidad innovadora de la emprendeduría y la fuerza de la esperanza.

Se impone una visión de la realidad reduccionista y parcelaria

El fundamentalismo del mercado se impone con la fuerza seductora de una nueva religión totalizadora. El consumismo exacerbado absorbe cada vez más esferas de la vida social y personal estimulando al individuo a consumir cada vez más para poder ascender en la escala social... y obtener así satisfacción personal. Una de nuestras preocupaciones es constatar la colonización del espíritu y del pensamiento a través de los sistemas de formación y conformación de las mentalidades y valores culturales. Las diferentes formas de sumisión y adaptación al desorden dominante interiorizadas como algo natural pasan por influir en la capacidad de pensar e interpretar los hechos. Se impone una visión de la realidad reduccionista y parcelaria; es simplista: niega la complejidad; pretende que todo esté quieto y no en movimiento, como ocurre con la dinámica de la vida; prefiere mundos aislados y no interconectados; le incomoda percibir la íntima conexión que vincula todos los síntomas. No parece que la actual civilización sea más inteligente a la hora de tomar conciencia de sus problemas y saber gestionarlos. Es lamentable que, cuando el capitalismo vive una de sus grandes crisis estructurales y sistémicas que desmiente todos sus fundamentos teóricos, apenas haya ningún otro sistema de pensamiento que pueda ofrecer alternativas diferentes.⁵

⁴ J. M. Naredo, *Luces en el laberinto*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009.

⁵ E. Morin, *Por una política de la civilización*, Paidós, Barcelona, 2009.

Saborear el gusto por la cooperación y la democracia económica

Cada vez hay más gente que busca la opción de la economía solidaria como alternativa no solo por su fundamento ético y cooperativo sino por su eficacia a la hora de ofrecer respuestas. Es la sociedad civil como actor político que asume su protagonismo potenciando una economía socialmente responsable, más ecológica y solidaria que interactúe con la cultura y la educación solidaria que la anima y de la que se retroalimenta. La situación actual es resultado del paradigma actual centrado en la avidez del corto plazo. Necesitamos una toma de conciencia crítica y holística que reinvente los valores de la creatividad, la solidaridad y la simplicidad voluntaria sintetizada en una apuesta cultural y ética por la sobriedad alegre que emana de los principios y la *praxis* de la economía solidaria.

Porque la crisis no es solamente económica-financiera. Es también de sentido existencial y de fundamento ético de nuestra civilización: constituye el epicentro del seísmo sistémico ya que no se sabe el rumbo y la orientación que debe tener la superación del actual modelo. Y de este modo, nos quieren hacer creer que esta crisis es “huérfana” y que no tiene genealogía. Pareciera que no existen responsabilidades colectivas ni individuales. Como si resultara fruto de la casualidad y la fatalidad. Un ligero incidente no previsto. Un fenómeno meteorológico natural y cíclico como el pedrisco. Sin embargo, desde las redes de economía solidaria y cooperativas pensamos que es necesario situarla con el contexto de una crisis sistémica de civilización donde el factor financiero solo es la parte visible de un gran iceberg sumergido en el oscuro océano del miedo y la incertidumbre provocada por la combinación de tres alienaciones simultáneas: los dogmas del crecimiento, del consumo y del trabajo como absolutos.⁶

En el actual debate sobre la profundidad, efectos y alternativas a la crisis global se tiende a omitir sus aspectos esenciales: sus causas estructurales y la dimensión política y cultural. Es el mismo modo de comprender la realidad y analizar lo que nos pasa lo que queda en entredicho. Lo que nos importa no es la duración sino su sentido profundo, el alcance real de la crisis, su intensidad, sus interacciones sistémicas, sus impactos en términos de sufrimientos humanitarios y deterioro ecológico así como las dimensiones globales que encierra y vacía la democracia y los derechos humanos. Desde las *redes de economía solidaria* presentamos la *cooperación* y la *reciprocidad activa* como paradigmas diferentes para la construcción de mercado social y otras relaciones de trabajo, consumo, financiación y organización de la vida; generadores de otro modelo de poder participativo y de democracia económica.⁷

⁶ AAVV, *Manifiesto Utopía* [prólogo de André Gorz], Icaria-Xarxa Economía Solidaria, Barcelona, 2010.

⁷ M. Arruda, *Hacer real lo posible*, Icaria, Barcelona, 2010.

Reinventar el imaginario simbólico colectivo de la cooperación y la solidaridad

De *kri* se deriva también la palabra *crisol*, utensilio químico con el cual se limpia el oro o metales preciosos de las gangas y escorias, también *acrisolar* que quiere decir depurar y decantar. ¿Qué prácticas irresponsables se deberían eliminar y purificar en la actual mutación tecnocultural? Porque nada de esto funcionaría sin la hegemonía cultural del sistema ni la “conquista del alma” de la gente y de su imaginario simbólico colectivo realizada por una sutil ideología aparentemente “desideologizada” pero colonizada por los valores, mentalidades, mitos e ideas dominantes que configuran la vida social de una comunidad tales como: legitimar el enriquecimiento sin límites; la codicia y la voracidad con el entorno y consigo mismo; la búsqueda insaciable del provecho y el máximo beneficio al mínimo esfuerzo y a costa de lo que sea; el éxito personal, la adicción y culto al poder y el triunfo profesional como valor supremo; declive de la dimensión social y territorial local de la empresa y su responsabilidad.⁸

Necesitamos una toma de conciencia crítica y holística que reinvente los valores de la creatividad, la solidaridad y la simplicidad: una apuesta cultural y ética por la sobriedad alegre

La cultura de la cooperación y de la innovación social catalizadora de la economía solidaria

Paradójicamente, subyace una oportunidad de transformación ética, cultural y política a favor de la economía solidaria en la coincidencia de esta metamorfosis sistémica. La crisis climática, ligada a la dependencia energética y al agotamiento de los combustibles fósiles, apela a una desaceleración de la enloquecida y vertiginosa carrera del crecimiento, de la producción y del consumo. Los principios de *sostenibilidad* para respetar la biodiversidad en el planeta son la referencia para los modelos de desarrollo humano que recurran a otros indicadores para medir la riqueza.⁹ Puede ser el momento de desarrollar otros paradigmas de organización económica viable a escala planetaria. Una economía plural, social y solidaria orientada a la satisfacción de las necesidades sociales básicas por encima del enriquecimiento privado y fundada en los derechos humanos. La gran cuestión hoy es cómo articular las innovaciones simbólicas y comunicativas con las innovaciones técnicas y mate-

⁸ R. Fernández Durán, *Tercera piel. Sociedad de la imagen y conquista del alma*, Virus, 2010.

⁹ P. Viveret y Equipo Promocions, *Reconsiderar la riqueza y el empleo*, Icaria, Barcelona [2ª ed.], 2009.

riales de la economía solidaria. Es el tiempo para la intercooperación y el reconocimiento de la complejidad y complementariedad de las ideas y actividades que liberen al trabajo humano y a la economía de la actual organización impuesta por la desmesura del «Dios-mercado».¹⁰

Construir economía solidaria con proyecto político-cultural alternativo

Problemas y promesas de la condición humana

Crisálida es el ser vivo en la fase de su metamorfosis cuando ha dejado el estado de “larva” y se dispone, generalmente dentro de un capullo o huevo, a tomar su forma perfecta y completa con alas de mariposa. Esta metáfora nos puede servir para interpretar en clave de esperanza el potencial transformador de las innovaciones políticas y culturales de la economía solidaria.¹¹ Pero también sabemos que la principal dificultad para abrir caminos de “eutopías” y construir alternativas desde otro paradigma de cooperación y solidaridad reside en la propia condición humana para organizarse y resolver sus cuestiones esenciales de la vida, la producción, el trabajo y la convivencia. Toda acción humana tiene una dimensión ética y educativa. En efecto, tenemos unos sistemas de valores morales, culturales, de educación y formación que nos integran en un mundo conocido que funciona con unas normas establecidas. Simultáneamente, asimilamos el imaginario simbólico colectivo que nos identifica y otorga sentido de pertenencia y con ello seguridad. Construimos sistemas socioeconómicos que nos prometen dinero, fama y poder mediante el trabajo y los negocios para obtener la felicidad individual si consumimos lo máximo en el mercado, donde encontraremos todo lo necesario para satisfacer las necesidades, tanto las básicas como las impuestas artificialmente. Las relaciones entre riqueza y poder se complementan e interaccionan al servicio de los intereses de los poderosos. Pero pronto advertimos que somos seres frágiles y vulnerables. Del fondo del alma humana emerge la conciencia de vértigo al experimentar miedo a lo desconocido. Un temor que nos conduce a considerar a los otros en primera instancia como rivales amenazantes y no como seres semejantes; a percibir la naturaleza como un universo a dominar y explotar. Miedo a la muerte que soslayamos convirtiéndola en tabú para evadirnos.¹²

La potencialidad creativa para innovar y construir alternativas solo será realidad si sabemos tener referencias éticas y desarrollar esa otra manera de ser en el mundo que ya está

¹⁰ G. Aznar et al., *Hacia una economía plural*, Miraguano-Grupo Promocions, Madrid, 1999.

¹¹ J. Robin y L. Baranski, *L'urgence de la métamorphose* [prefacio de René Passet], Inlibroveritas, 2008.

¹² A. Estevan y J. M. Naredo, *Por una economía ecológica y solidaria. Conversaciones con Daniel Jover*, Icaria, Barcelona, 2009.

aquí. Al fin y al cabo la utopía que es *eutopía* no es una quimera sino el buen lugar donde pueden habitar todas las causas justas posibles que se realizan en el ámbito de otro paradigma alternativo de producción, distribución, financiación: cooperativismos, redes de intercambios, comercio justo, finanzas éticas, economía social y solidaria. Siempre hay interrelación, entrecruzamiento de causas y efectos múltiples. Necesitamos un análisis que religue y cruce las diversas miradas sobre la realidad, enfoques y disciplinas diferentes. Solo desde otros ángulos de vista obtendremos perspectivas inéditas llenas de posibilidades. Para ello debemos realizar una doble transformación a la vez personal y social, estructural y espiritual para alterar la hegemonía cultural y moral que domina nuestra sociedad en torno al fundamentalismo mercantil.

Apuesta por la eutopía

Si utopía es el «no lugar» o lugar que no existe, la «eutopía» se refiere al buen lugar visible y experimentable. Las redes de economía solidaria y los movimientos sociales con los que están vinculados, son un conjunto de iniciativas emprendedoras demostrativas de otros paradigmas que se van extendiendo porque responden a unas necesidades básicas: la soberanía alimentaria, el derecho a trabajar cooperativamente, la responsabilidad social y ambiental, la sostenibilidad y equidad. La historia nos muestra cómo una común utopía alimentaba los sueños de muchas personas y organizaciones y les empujaban a caminar y avanzar: construir una sociedad más sostenible, responsable y solidaria basada en los derechos humanos y en la cultura de la emancipación, la autonomía y la igualdad. Porque solo así se podía limitar los efectos destructores y contra productivos del crecimiento económico unidimensional. Porque la auténtica utopía-eutopía siempre es realista y esperanzada. En el ecosistema laboral y de economía solidaria hay un potencial de iniciativas inéditas. Predomina un realismo social conformista y miserable que se somete a la realidad fundada en las desigualdades y las injusticias humanas que se consideran como inevitables. Pero también hemos comprobado que existe un tipo de realismo rebelde y «antifatalista» que busca transformar el mundo en el sentido de un ideal de justicia y fraternidad. El mito griego no cuenta que liberados todos los demonios y males que afligen el mundo, la caja de Pandora retiene todavía la esperanza humana solo cuando se producen combinaciones de interacciones y fusiones que cambian la realidad y a nosotros mismos. Porque solo en la interacción y en el compromiso de la acción generamos nuevos significados para la realidad que se modifica cuando influimos sobre ella por medio de nuestras acciones. Por esas razones, la *eutopía* es la demostración evidente de que sí es viable lo inédito y se va multiplicando con impactos de todo orden. La economía social, cooperativa y solidaria genera cultura emprendedora, sentido de la iniciativa y responsabilidad social; pero, sobre todo, verifica en la práctica que el saber tiene que saborearse y experimentarse en la realidad para ser verdadero gracias a la energía y la sensibilidad de la alegría de saber-

se proyecto y realidad «en construcción». Solo hay aprendizaje significativo cuando el conocimiento nos interpela, nos interroga y nos impulsa a la acción transformadora.¹³

Educación en la sobriedad alegre para construir ética y economía solidaria

La cultura cooperativa y solidaria puede ser factor de liberación y creatividad en las experiencias de economía solidaria. Pero solo crecen si se “cultivan” y se “cuidan” pacientemente, o sea, si se educan.

Educación viene también de la etimología latina *exducere, educare, educere*, «sacar y conducir hacia fuera»; preparar a los seres humanos para afrontar interrogantes fundamentales: «¿qué voy a hacer de mi vida?». Y no, simplemente, «¿qué voy a hacer en la vida?». Mientras que la crisis de sentido es la pérdida de significado y de rumbo, educar es justamente prepararnos para el acontecer o, como decía Giner de los Ríos, aprender a dirigir con sentido la propia vida. Pasar del «ego competitivo» al «ego cooperativo». Supone interactuar y asumir responsabilidades para hacer de la historia el espacio idóneo para la vida, la esperanza y la confianza fraterna. No un lugar de violencia, opresión y muerte.

La idea de sobriedad, austeridad, frugalidad o simplicidad voluntaria reside en la aceptación de límites ya que este es uno de los principales desafíos de nuestra época histórica: regular la desmesura y el malestar mediante limitaciones y equilibrios propios de todos los ecosistemas para asegurar la vida y la biodiversidad. Para lograrlo tenemos que saber ver lo esencial que se esconde entre los pliegues de la realidad y de la vida. Tenemos que observar con ojos atentos y mirada limpia a los seres humanos que nos rodean e interactúan en nuestro entorno para poder comprender y explicar lo que vemos. Tenemos que apreciar y aprender de las múltiples buenas prácticas y experiencias positivas de economía solidaria y educación ética que esparcidas por todo el mundo alumbran otras formas de trabajar, intercambiar, producir y financiarse en base a criterios éticos, sociales y ecológicos.¹⁴ Solo sabremos vivir si valemos para cooperar, cuidar y servir desde la reciprocidad activa. Al fin y al cabo, recibimos lo que damos. Necesitamos hacer emerger una economía ecológica y solidaria centrada en el respeto a la naturaleza y en el sentido del don y la gratuidad humana. Porque la gratuidad y la ternura son las fuentes de las metamorfosis imprescindibles aunque provoquen temor. Nuestra riqueza es la diversidad y la fragilidad, porque gracias a su vulnerabilidad la humanidad ha tomado conciencia de su condición.¹⁵ El tiempo no espera y urge educar reconociendo los límites y la fragilidad del

¹³ D. Jover, *Praxis de la esperanza*, Icaria, Barcelona [3.ª ed.], 2009.

¹⁴ M. Arruda, *op. cit.*, 2010.

¹⁵ Z. Bauman, *El arte de la vida*, Paidós, Barcelona, 2009.

ser humano a favor de la *sobriedad alegre* que se reflejaría en un nuevo arte de vivir centrado en la ternura y el amor tejidos a partir de la confianza y el respeto mutuo; formar el sentido de responsabilidad y la ética del cuidado. Un nuevo arte de vivir que nos permita restablecer las prioridades en nuestras relaciones con el medio, con los otros y con nosotros mismos.

Elogio del Kairos y la convivencia

Hay que poner bridas a la celeridad y las prisas. Solo la lentitud abre períodos de tiempo donde lo importante discurre y fluye sin urgencias. Los griegos tenían dos dioses para representar el tiempo: Kronos, el tiempo que pasa y cuanto más transcurre más devora a sus hijos y Kairos, el tiempo para hacer el bien y disfrutar de las cosas de la vida, tiempo propicio para el amor y la donación, favorable a nuestra humanización plena. Pero los tiempos hipermodernos se aceleran, se dislocan de la vida, producen rupturas en un tumulto de cambios provocados por el desbordamiento del tiempo y su aceleración constante. Tiempo cronometrado y sobrecargado o estresado a expensas del tiempo de la vida y de la convivencia.¹⁶

En las experiencias de economía cooperativa es posible convivir-trabajando y creando equipos en evolución. Es posible relacionarse con cordialidad, participar e intercambiar ideas, sentimientos y estados de ánimo. La organización autogestionaria es el modo más natural de atajar la atomización y fragmentación de la vida. Contra la presión tecno-burocrática y el absurdo que nos conduce a la anomia y al anonimato en la economía solidaria encontramos un tiempo autogestionado amansado por la cooperación y el respeto que da sentido al tiempo reconciliando vida y trabajo en la obra creadora y no alienante.

Asumir nuestra condición de seres a la vez frágiles, conscientes e interdependientes

Apostar por un camino de esperanza para la humanidad comporta asumir plenamente nuestra condición de seres a la vez frágiles, conscientes e interdependientes. Supone aceptar nuestra condición antropológica y ecológica para construir cooperativamente iniciativas y redes de economía solidaria al mismo tiempo que aprendemos a cultivar una madurez emocional a la altura de nuestra capacidad de inteligencia múltiple y lúcida. La humanidad ya ha comprobado las tragedias de una ciencia sin conciencia y del utilitarismo sin ética que conduce a una razón instrumental generadora de monstruos en el sistema económico-finan-

¹⁶ J. Domènech, *Elogio de la educación lenta*, Graó, Barcelona, 2010.

ciero, la disolución de la estructura social y familiar y en la cultura alimentada por el imaginario simbólico manipulado por grandes intereses.¹⁷

Potencial innovador del amor y la ternura en la economía solidaria

El imaginario simbólico colectivo es fundamental para comprender las dificultades que tenemos los seres humanos para impulsar proyectos y caminos para la emancipación. Si nuestros referentes simbólicos más profundos nos inhiben del riesgo del amor y del compromiso de la acción fácilmente estaremos condicionados por el miedo y la fatalidad. Una de las características fundamentales de nuestra era es la concepción del conocimiento como algo libre y personal que se experimenta plenamente solo en la fusión entre pensamiento, emoción y acción. Esta evidencia nos lleva a apreciar que la genuina racionalidad es indisoluble con lo sensorial-el sentir y la *praxis* de la acción. No nos referimos al conocimiento erudito de corte académico sino a la forma singular y personal de activar el conocimiento en la vida real cuando pensamos, queremos, sentimos, decidimos y actuamos simultáneamente y de manera holística en la práctica. En efecto, solo activamos el conocimiento significativo en lo que deseamos, necesitamos y realmente queremos. De ahí deriva otro principio educativo: solo aprendemos algo cuando queremos y lo necesitamos; lo asimilamos y nos lo apropiamos de modo que el aprendizaje de ese conocimiento será relevante. Afortunadamente, tenemos una conciencia común y una historia de la humanidad compartida que hace posible que experimentemos el dolor, el miedo o la alegría que sienten otras personas.

El hecho de que las personas seamos capaces de percibir el sufrimiento ajeno y de ponernos en su lugar también hace que estemos dispuestos a solidarizarnos tanto para paliar y remediar como para provocar el dolor. También somos causantes o colaboradores necesarios en los problemas.

En efecto, las irracionales formas de producir, consumir y trabajar impuestas por la globalización capitalista han eliminado la noción de límite y biodiversidad, haciendo insostenible el sistema. Pero lo peor es que, en su profunda inmoralidad, elimina la ética humanitaria y van cegando las fuentes de nuestra humanidad: el amor, la confianza y la esperanza que nos constituye como seres humanos con capacidad de salvar al mundo del absurdo dilema en el que se encuentra. Sabemos que sin ternura, creatividad ni solidaridad no sabremos diseñar alternativas. Sin imaginación ni compromiso social quedaremos presos en el vano conformismo para que vuelva a reactivarse el mismo modelo de crecimiento que ha provocado la crisis sistémica. Debemos criticar la tendencia a banalizar la

¹⁷ P. Viveret, *Vers une sobriété hereuse*, ESA, Angers, 2009.

tragedia humanitaria y ecológica que acompaña las desgracias sociales y económicas que vivimos.

La actual crisis hunde sus raíces en la conmoción de nuestra civilización. Históricamente se ha comprobado que el amor, la audacia, la inteligencia colectiva y la imaginación han sido decisivas en la construcción de respuestas solidarias. Los sueños de una humanidad fraterna para construir una sociedad responsable y solidaria han sido inspirados por ideas decentes y proyectos que han imaginado hombres y mujeres deseosas de una vida digna y ha puesto en práctica la fuerza del amor con su energía transformadora. Porque no hay relaciones económicas ni intercambios verdaderos en los mercados sin regulaciones, sin lenguaje ni cultura solidaria. Necesitamos organizaciones públicas y privadas socialmente responsables con autoridad democrática.

Dimensión cultural y política, por un imaginario colectivo más humano y fraterno

Cuantas veces ha estado el mundo al borde del precipicio, la fuerza de la solidaridad y la imaginación de la humanidad ha alentado sueños y palabras capaces de reinventar e innovar nuestras propias soluciones, porque el amor es constitutivo de nuestra condición humana.¹⁸ Elaboramos otra economía solidaria para desvelar la falta de realismo y las trampas de la economía capitalista dominante denunciando sus ineficiencias.

Gracias a la cultura solidaria y la educación liberadora podemos afirmarnos y expresarnos como seres libres y solidarios que construimos y mejoramos nuestras comunidades construyendo otra economía más solidaria y ecológica con su dimensión cultural y política generadora de otro imaginario colectivo más humano y fraterno. Precisamente todas las tradiciones y culturas populares han otorgado un valor a lo simbólico y a la imaginación. La idea de que el amor es lo que somos, no es nueva. Es, en realidad, muy antigua y, de hecho, se encuentra en el corazón de la sabiduría perenne; de modo que, puede encontrarse en el núcleo de todas las religiones e ideologías emancipadoras. La literatura y las artes en general ayudan a que los pueblos se reconozcan en el valor del amor, el sacrificio, la estética y la belleza. Con su expresividad y otras miradas pueden crear otras dimensiones veladas que no se veían con los ojos acostumbrados solo a lo conocido; prefigurar y soñar realidades deseadas: ver y experimentar que el amor es la esencia de nuestro ser, de nuestra humanidad porque el amor no es una emoción específica, ni un estado mental transitorio sino nuestra sustantividad y motor ético de la economía solidaria y cooperativa.¹⁹

¹⁸ E. Fromm, *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós.

¹⁹ M.^a T. Miró, «El amor», Ciclo de conferencias sobre emociones, Caixa Fórum, Fundación La Caixa, Barcelona, 2009.

En lo concreto y fundamental de lo que hacemos está implicada toda la esencia de lo que somos. Y lo que somos se sustancia y expresa en lo que hacemos. Lo más importante pues son las obras concretas y las buenas prácticas de economía solidaria que realizamos porque reflejan lo más singular de nuestra mismidad en cooperación generando una visión con criterios, crítica y crisol: siendo crisálidas de la metamorfosis necesaria.

La buena sociedad

Por una izquierda europea anticapitalista e internacionalista

Bajo el rótulo del neoliberalismo se esconde un programa complejo, orquestado por influyentes personalidades políticas y económicas, y que concede un lugar central al mercado. Como alternativa, se presenta la subordinación de este a los intereses generales de la sociedad. El autor defiende un modelo de Estado social, cuya sociedad esté articulada por la propiedad común: la sanidad, la educación, el agua, la tierra, la naturaleza, los seres humanos, el patrimonio histórico y cultural no son mercantilizables. En este artículo plantea que la izquierda anticapitalista debe reflexionar en torno a un potencial sistema de protección social que permita el reparto del trabajo y de la riqueza y la garantía de una ciudadanía social para todas y todos, es decir, que ofrezca la cobertura de las necesidades básicas. Para ello es precisa una nueva moral social anticapitalista, que incluya el respeto al medio ambiente y el civismo, la generosidad, el altruismo, la conciencia de la fragilidad de los seres humanos y del planeta, la sensibilidad social y una economía basada en el trabajo de cooperación.

La quiebra el 15 de septiembre de 2008 del banco norteamericano Lehman Brothers, el cuarto banco de negocios del mundo, significó, para algunos analistas sociales, el momento de arranque de la crisis financiera en la que estamos instalados. Podríamos caracterizar el presente como el tiempo del *capitalismo volátil*. La crisis actual prueba la incapacidad del capitalismo financiero para articular una sociedad mínimamente integrada, pero aún no se ha abierto un amplio debate en las sociedades democráticas sobre el cambio del modelo de sociedad. Es preciso elegir sin ambigüedad entre el mercado auto-regulado y el Estado social.

Tras la crisis griega se confirma la hipótesis de que los mercados de valores se están viendo sometidos a fuertes movimientos especulativos tendentes a desestabilizar la zona euro. Mientras tanto las disparidades en la Unión Europea se intensifican, lo que parece dar la razón a Milton Friedman quien,

Fernando Álvarez-Uría es profesor de sociología en el Departamento de Sociología IV (UCM)

en 2002, el año en el que el euro fue adoptado por 16 países de la Unión Europea, predijo que *en diez o quince años la zona euro terminará por estallar*. Posiblemente, una vez más, Friedman confundió sus deseos con la realidad.

Vivimos en la actualidad una crisis global del capitalismo posindustrial que viene acompañada de programas de ajuste de los Gobiernos, tanto progresistas como conservadores. La mayor parte de esas medidas no están destinadas a acabar con los paraísos fiscales, ni con la ingeniería financiera, ni con la especulación, ni con la explotación de la fuerza de trabajo, ni con la sima que separa a los países ricos de los pobres, es decir, no se trata de una apuesta en favor del bienestar de los seres humanos. Las medidas están más bien dirigidas a recortar derechos laborales consolidados, a aumentar la edad de la jubilación, en fin, a exigir de los trabajadores cada vez mayores sacrificios en aras de una mayor competitividad. La unión monetaria, escribía el economista Michel Aglietta, únicamente puede funcionar con mecanismos de coordinación presupuestaria, con la creación de un fondo europeo de solidaridad, con la apuesta por energías renovables, la protección del medioambiente, y la inversión prioritaria en educación.¹

Se anuncia, por tanto, el final de una época y el comienzo de un nuevo ciclo económico, social y político marcado por la incertidumbre. En los partidos y los círculos de izquierdas, muchas veces perdidos entre el realismo de la gestión, la utopía, y la añoranza de un pasado mejor, no se discute suficientemente sobre propuestas alternativas que nos permitan avanzar. Voy a abogar aquí por la formación de una izquierda europea defensora a la vez del modelo social europeo y de la agroecología, una izquierda democrática, pacifista e internacionalista, que asuma de forma crítica el pasado, y su propio pasado, examinados desde posiciones libertarias y antiautoritarias.

Contra la élite del poder

En 1954 el príncipe Bernardo de Holanda y el magnate norteamericano David Rockefeller propiciaron el primer encuentro de una serie de millonarios, financieros, y políticos poderosos en el Hotel de Bilderberg, en Arnhem, Holanda. Desde entonces se vienen sucediendo reuniones anuales secretas de los miembros de este selecto *club de opinión* en el que se dan cita cerca de cien personalidades influyentes. Este año la reunión de políticos, empresarios, banqueros, propietarios de grupos de comunicación, miembros de las casas reales y dirigentes de organismos internacionales, tuvo lugar el día 4 de junio cerca de Barcelona, en el Hotel Dolce de Sitges. El centro del coloquio fue el futuro del euro. No es este el único

¹ Cfr. M. Aglietta, «La longue crise de l'Europe», *Le Monde*, martes 18 mayo, 2010, p. 20. Sobre la crisis véase el análisis de I. Ramonet, *La catástrofe perfecta. Crisis del siglo y refundación del porvenir*, Icaria, Barcelona, 2010.

foro anual en el que los miembros de *la buena sociedad* se encontrarán para autoprocuar-se a sí mismos el halo de que en sus manos reposa el destino del mundo. Cada año se reúnen en el mes de enero en Davos, Suiza, la flor y nata mundial del neoliberalismo financiero. Susan George, en un libro que se acaba de traducir al español, los define como «individuos resueltos, poderosos y educados, pero de veras peligrosos, que comparten intereses de clase, sacan un extraordinario provecho del *statu quo*, se conocen unos a otros, se mantienen unidos, y quieren que básicamente no cambie nada».²

Para potenciar la cooperación entre las áreas más industriales del mundo –Norteamérica, Europa y Japón– se creó en 1973 la Comisión Trilateral formada por 390 miembros, entre los que figuran 12 españoles. Son personalidades políticas, y económicas influyentes, entre los que no faltan dueños de periódicos y de cadenas de televisión. La próxima reunión de la rama europea de la Trilateral tendrá lugar en Bucarest del 15 al 17 de octubre del presente año.

La caracterización que hace Susan George de *la clase de Davos*, de estos *amos del universo*, como los denominó Thomas Wolf en su novela *La hoguera de las vanidades*, recuerda en muchos puntos al análisis de Veblen sobre *la clase ociosa*, esa clase que gira en torno a la guerra, la política, los deportes, la ciencia y el oficio sacerdotal. Veblen nos recuerda que en el marco de los valores de esta *clase depredadora* la posesión de riqueza confiere honor, aunque en muchas ocasiones esa riqueza sea simplemente el producto de la violencia, o de prácticas astutas y marrulleras propias de delincuentes sin escrúpulos.³

No muy lejos de esa clase distinguida y opulenta, alejada de las clases trabajadoras, se encuentra *la élite del poder* estudiada por Wright Mills. Sin embargo Mills, en los años cincuenta, se refería sobre todo al estrecho círculo de políticos, industriales, financieros y militares que en los Estados Unidos, la potencia hegemónica mundial, detentaban el monopolio sobre las grandes decisiones que afectaban al destino de toda la humanidad.⁴ Desde los años ochenta del siglo XX se ha producido una deslocación de las élites, una *rebelión de las élites*, descrita con agudeza por Cristopher Lasch, que ha dado lugar a *la nueva clase global*.⁵ Los foros en los que se reúnen, los organismos internacionales que les dan cobertura, les proporcionan seguridad y coherencia en torno a un programa complejo que se podría resumir bajo el rótulo del *neoliberalismo*. En contrapartida, si se exceptúan algunas

² Cfr. S. George, *Sus crisis, nuestras soluciones*, Icaria, Barcelona, 2010.

³ Cfr. Th. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, FCE, México, 1971.

⁴ Cfr. W. Mills, *La élite del poder*, FCE, México, 1973.

⁵ Sobre la *clase global* véase la caracterización del sociólogo R. Dahrendorf, *Después de la democracia. Entrevista de Antonio Polito*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 23 y ss. Véase también C. Lasch, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, Paidós, Barcelona 1996.

manifestaciones puntuales de resistencia, la izquierda dista de haber elaborado un proyecto coherente alternativo. Urge elaborar este proyecto pues las crisis, como han mostrado con contundencia los autores de *Los parados de Marienthal*, generan sobre todo entre los ciudadanos tendencias egoístas, reaccionarias e insolidarias.⁶ A partir de ahora el racismo, la xenofobia, la demagogia, la defensa de la Padania y de los privilegios fiscales, en fin, los pensamientos y sentimientos reaccionarios, pasarán a adquirir un mayor protagonismo en la escena social. Para muestra ahí está la Ley SB 1070 del Estado de Arizona, contra la inmigración clandestina, destinada a criminalizar a los hispanos. La izquierda no debería repetir los errores del pasado. Aun son muchos los militantes de izquierdas que, lejos de asumir la necesidad de buscar fórmulas consensuadas de democracia activa y participativa, se dejan seducir por las vanguardias, el *centralismo democrático*, las guerrillas militarizadas, los círculos conspiratorios, el radicalismo verbal prodigado por líderes carismáticos, caudillos omniscientes que reclaman de sus seguidores el fanatismo de la fe. El neoliberalismo se ha desplomado pero los tiempos que se abren no parecen tiempos propicios para aventuras revolucionarias, sino más bien para la reflexión, la discusión, el consenso y los avances de las reformas legítimas.

El desarrollo del Estado social keynesiano, durante más de treinta años en Europa, prueba que es posible supeditar la lógica mercantil a los intereses generales de la sociedad

Por una ciudadanía social

Max Weber escribió uno de los primeros trabajos sociológicos sobre la bolsa y su importante papel en el mundo económico capitalista. En él señalaba que la sobreabundancia de gestos que emiten los corredores de bolsa durante las sesiones de compra-venta de valores no están dirigidos tanto a comunicar sus opciones cuanto a alejar a los extraños de un mundo en el que sólo los expertos se mueven como pez en el agua.⁷ Ese mundo manejado por profesionales se comenzó a quebrar en Nueva York el 24 de octubre 1929, y sus efectos se dejaron sentir en todas las sociedades industrializadas de Occidente. Surgía así la Gran Depresión que duró diez años. En 1926 había pleno empleo en los Estados Unidos y el paro afectaba en 1929 a poco más del 3% de la población activa, pero en 1933 el 27% de la población activa norteamericana estaba en paro, es decir, cerca de 13 millones de trabajadores se encontraban sin trabajo y en una situación crítica. El modelo del mercado tan ala-

⁶ Cfr. P. Lazarsfeld, M. Jahoda y H. Zeisel, *Los parados de Marienthal*, La Piqueta, Madrid, 1996.

⁷ Cfr. M. Weber, *La bolsa. Introducción al sistema bursátil*, Península, Barcelona, 1987.

bado por von Mises, el maestro de Hayek, y por las legiones de los partidarios del liberalismo económico, se venía abajo. Esta dramática historia ha vuelto a repetirse.

¿El mercado debe ocupar una posición central o debe estar subordinado a los intereses generales de la sociedad? El debate sobre el estatuto del mercado mantenido durante los años treinta y cuarenta del siglo XX por Friedrich Hayek y Karl Mannheim en la London School of Economics se extendió a toda la sociedad inglesa y norteamericana, y el triunfo momentáneo, al menos en casi toda Europa, del modelo del Estado social keynesiano parecía decantar la historia a favor de la posición de Mannheim, una posición compartida por los cristianos sociales, y los socialdemócratas. Sin embargo, la crisis del petróleo surgida en 1973, que coincidió con el derrocamiento militar de la Unidad Popular chilena —que dio paso a la dictadura de Pinochet y a un experimento pionero en Chile de unas políticas neoliberales promovidas entre otros por Milton Friedman—, dieron un giro a la historia occidental de modo que tendencialmente el mercado pasó a adquirir una posición de centralidad que durante más de treinta años había perdido.⁸

Cuando el mercado, como ocurre en la actualidad, tiende a ocupar una posición central, cuando se consolida una *sociedad de mercado*, el dinero y el afán de lucro se ven entronizados en el puesto de mando. Por esto, el desarrollo del Estado social keynesiano, en tanto que experiencia histórica que se materializó durante más de treinta años en Europa, y que, con variantes propias en cada país, consolidó para los trabajadores amplios derechos sociales que sirvieron de base a una vida digna, prueba, en primer lugar, que es posible supeditar la lógica mercantil a los intereses generales de la sociedad, es decir, prueba que es posible imponer regulaciones al mercado puesto que una larga institucionalización del Estado social así lo ha puesto de manifiesto en la práctica. La izquierda debe retomar y prolongar un modelo de sociedad articulada por la propiedad social, es decir, por la propiedad común. La sanidad, la educación, el agua, la tierra, la naturaleza, los seres humanos, el patrimonio histórico y cultural no son bienes mercantilizables. Es posible caminar hacia sistemas dinámicos de protección social que permitan el reparto del trabajo y de la riqueza y aseguren para todos una ciudadanía social, es decir, la cobertura de las necesidades básicas. La Unión Europea avanza lentamente, quizás demasiado lentamente, hacia una federación de Estados, hacia una Europa social y política. Las fuerzas sociales progresistas pueden y deben defender la globalización de los derechos de protección social que en Europa se han visto erosionados con el paso del capitalismo industrial al capitalismo financiero.⁹ Sin

⁸ He tratado de señalar las líneas maestras de ese debate en F. Álvarez-Uría, «Sociología y libertad. El debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad», *Arxius*, 12-13, diciembre 2005, pp. 13-40.

⁹ Un indicador de la fragilización de las relaciones laborales no es solo es desempleo, sino también la temporalidad de los contratos. En España los contratos temporales afectan a más de un cuarto de los asalariados. Sobre la erosión del trabajo estable véase R. Castel, «Tiempos de incertidumbre. Cambios en el trabajo, las protecciones y el estatuto del individuo», *Minerva*, 14, 2010, pp. 72-76.

embargo, los fundamentalistas del mercado no van a asumir fácilmente el cambio de valores que implica un cambio drástico de sociedad. De hecho, la dialéctica suscitada por el proyecto de Constitución europea enfrenta de nuevo, al igual que ocurrió en los años treinta y cuarenta del siglo XX, a neoliberales y socialdemócratas, un enfrentamiento que gira fundamentalmente en torno al estatuto del mercado en la sociedad.

La pregunta, por tanto, sobre el estatuto del mercado en el interior de nuestras sociedades no es abstracta, incide directamente en la sociedad en la que vivimos y, sobre todo, en la sociedad en la que nos gustaría vivir, es decir, la sociedad propia de un mundo civilizado. La izquierda pacifista e internacionalista europea, la izquierda plural, debe y puede convertir la resolución de cuestión social en la cuestión central. Ello puede suponer tener que trabajar a contracorriente pues al fundamentalismo neoliberal se suma, como consecuencia de la radicalización del proceso de individualización, el protagonismo de la obsesión identitaria. La lucha contra las desigualdades sectoriales y locales deberían integrarse en el marco de un cambio macrosocial.

Agroecología y soberanía alimentaria

Desde el estallido nuclear de Chernóbil hasta la marea negra que actualmente anega al golfo de México, pasando por el hundimiento del *Prestige*, las vacas locas, las epidemias porcinas y el calentamiento global, las catástrofes ecológicas provocadas por la voracidad mercantil de las empresas y de los Estados se suceden. Las apuestas por la energía limpia y la austeridad en el consumo constituyen en la actualidad un imperativo moral. El cinismo imperante en la economía capitalista, el juego sucio en la política de partidos clientelísticos, la avaricia, el consumo ostentoso, el despilfarro, y la corrupción, no están inscritos a fuego en la naturaleza humana. El *homo oeconomicus* es un tipo ideal patológico que se prodiga en el marco del capitalismo liberal y neoliberal. Es preciso combatir el fraude fiscal y la economía sumergida, poner coto a las estafas y a la corrupción que en muchos casos quedan impunes. Personajes de *la buena sociedad* como Bernard Madoff, Allen Stanford, Raj Rajaratnam, Kenneth Lay, Bernie Ebbers y otros magnates que visitaron las cárceles, son la parte visible de un enorme iceberg de impunidad. Los italianos por ejemplo ocultan al fisco 270.000 millones de euros anuales, es decir, el 22,2% del PIB y en España y Portugal el porcentaje del fraude fiscal ronda en torno al 20% del PIB. La generosidad, el altruismo, la conciencia de la fragilidad de los seres humanos y del planeta, la sensibilidad social, pueden convertirse en los valores dominantes de una nueva moral social anticapitalista que implica el respeto del medio ambiente y el civismo. Es preciso dejar atrás la sociedad del desperdicio, la sociedad de la contaminación, del automóvil, del pan y circo, la sociedad consumista, para establecer un nuevo modo de relación con las personas y con las cosas. Del capitalismo volátil es necesario pasar a una economía basada en el trabajo en cooperación con los pies bien anclados en la tierra.

Durante siglos la conservación ecológica de la tierra ha estado asegurada por prácticas tradicionales de agricultores y campesinos respetuosos con la naturaleza. La introducción del capitalismo agrícola ha ido acompañada de producciones intensivas y extensivas, del recurso a pesticidas y herbicidas, de la producción por empresas multinacionales de semillas transgénicas patentadas que agreden y esquilman los recursos naturales. Podemos encaminarnos hacia prácticas ecológicas de producción y consumo, hacia una agroecología que permita el acceso de todos a alimentos de calidad. En este sentido, es posible desarrollar los mercados locales, potenciar y dinamizar las zonas rurales, luchar contra la desertificación y contra la contaminación, impulsar la biodiversidad, cuidar el patrimonio natural y cultural, avanzar hacia la suficiencia alimentaria de las naciones para acabar con la pobreza y con el hambre en el mundo.

Del capitalismo volátil es necesario pasar a una economía
basada en el trabajo en cooperación con los pies
bien anclados en la tierra

Hacia un nuevo orden internacional

Al desplome del comunismo soviético, a la caída del muro de Berlín, a los atentados de Nueva York, Madrid y Londres, a la guerra de Iraq y a los desastres ecológicos de los últimos años, se añade ahora la crisis del capitalismo financiero internacional. El modelo económico, social y político liderado por Estados Unidos durante el siglo XX, implica armamentismo agresivo, políticas imperialistas, guerras, un sistema penal y penitenciario en el que se castiga la pobreza y se legaliza la pena de muerte, un modo de producción fordista basado en el consumo depredador y en el despilfarro, una cultura mediática anclada en una permanente apología de los triunfadores de la lucha económica en la sociedad del espectáculo –los *winner*s frente a los *losers*–. Pues bien, este modelo ha puesto al mundo al borde de la catástrofe. Entre las grandes tareas del siglo XXI, tras el derrumbe del comunismo y la gran crisis del capitalismo depredador, destaca una vez más la necesidad de proteger a la humanidad de los cinco gigantes de los que habló Beveridge en su Informe de 1942: la ociosidad de los sin trabajo, la indigencia de los sin techo, la ignorancia de los analfabetos, la enfermedad de los que carecen de asistencia sanitaria, la pobreza de los que carecen de los recursos más necesarios. Es posible derribar a estos cinco gigantes que hacen de la vida humana una vida inhumana, y promover los derechos humanos a escala global. Para ello se precisa un nuevo orden internacional, y, por tanto, poner en marcha organismos internacionales de cooperación y desarrollo.

La objeción de conciencia contra el servicio militar de los jóvenes y los movimientos sociales pacifistas, que se manifestaron contra la guerra del Golfo, señalaron para la izquierda el camino de la movilización activa contra el armamentismo y todo tipo de violencia, incluida la mal llamada *violencia revolucionaria*. El mundo no se puede permitir el despilfarrero del armamentismo y las guerras, ni el coste material y moral del mantenimiento de los ejércitos. La vida de los seres humanos es sagrada.¹⁰ Los organismos internacionales, y más concretamente la ONU, deberían adquirir un nuevo protagonismo y desempeñar un papel de mediación decisivo en los conflictos internacionales de modo que sus resoluciones y sanciones encuentren soporte en una fuerza internacional de paz capaz de hacer cumplir sus resoluciones.

Los acuerdos de Bretton Woods, firmados el 22 de julio de 1944, lejos de asumir las propuestas de Keynes destinadas a articular un modelo de Estado social a escala internacional, lejos de dar un protagonismo al Banco Mundial, entonces un organismo de nueva creación encargado de la redistribución de la riqueza mundial y de la lucha contra la pobreza, lejos de luchar contra el capitalismo especulativo, los paraísos fiscales, la economía fraudulenta y sus productos *derivados*, reforzó la posición hegemónica de Estados Unidos en detrimento de las propuestas de Keynes de un nuevo orden internacional equilibrado basado en la solidaridad.¹¹ Los llamados movimientos antiglobalización tienen razón en denunciar el sesgo neoliberal de estos organismos, pero lejos de propiciar un especie de vacío legal que obligue a retornar al juego de pasiones e intereses de las naciones y de los nacionalismos, la izquierda europea debería luchar por la creación de organizaciones internacionales de negociación y de consenso que arbitren medidas en favor de sociedades más justas y democráticas.

Reflexiones finales

El modelo social europeo está en cuestión, y sin embargo, pese al carácter elitista y un tanto tecnocrático con el que se inició el Estado social keynesiano, pese a sus limitaciones, es un orden a la vez económico, social y político que hay que desarrollar, profundizar, globalizar, pues sitúa el interés de las mayorías, el bien común, en el puesto de mando. El Estado social domestica al capitalismo al supeditarlo al interés general. La propiedad social asegura para todos una red protectora y crea las condiciones para la cohesión social. Asociaciones ciudadanas, movimientos sociales, sindicatos, partidos políticos progresistas, podrían partir de un cierto consenso en torno a la defensa del Estado social para impulsar

¹⁰ Karl Polanyi puso de manifiesto los efectos devastadores de la creación de la *sociedad de mercado*, es decir, los efectos que se siguen de mercantilizar bienes no mercantilizables, como los seres humanos y la naturaleza. Cfr. K. Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, La Piqueta, Madrid, 1989.

¹¹ Sobre los acuerdos de Bretton Woods véase R. Skidelsky, *Keynes*, Alianza, Madrid, 1998.

un proyecto europeo común que incida en la marcha hacia un mundo más humano. En este sentido en el Parlamento europeo, pese a sus limitadas competencias, el bloque socialista, los verdes, los defensores de los Estados Unidos de Europa, tienen hoy la obligación moral de abrir la vía a un proceso constituyente que institucionalice la protección social de los ciudadanos como el principal programa del gobierno europeo.

La izquierda europea anticapitalista e internacionalista no puede tan solo nutrirse de partidos, sindicatos, y movimientos sociales, es preciso potenciar a la vez las asociaciones ciudadanas, la creación de colegios profesionales, ateneos, tertulias, debates, en fin, redes alternativas de reflexión, de comunicación, de conocimiento que promuevan la crítica institucional y la democracia en las instituciones.¹² La izquierda plural pasa hoy por la unión de las fuerzas del trabajo y de la cultura contra *los amos del universo*, contra la hegemonía del capital financiero internacional que ha violentado y desestabilizado las relaciones sociales. Las políticas neoliberales, para ganar competitividad, justifican erosionar sin cesar los derechos sociales. La propuesta es reaccionaria pues implica hacer retornar los derechos de los trabajadores de la condición salarial a la condición proletaria, es decir, multiplicar el número de desafiados.

Entre el 26 y el 30 de agosto de 1938 tuvo lugar en París el Coloquio Lippmann con motivo de la traducción al francés del libro de Walter Lippmann titulado *The Good Society*. En el encuentro se reunieron 26 personalidades vinculadas al liberalismo, como Mises, Hayek, Rougier, y periodistas como el propio Walter Lippmann. Entre ellos figuraba también el pedagogo español José Castillejo, de la Institución Libre de Enseñanza, y, aunque había sido invitado, no asistió José Ortega y Gasset. El Coloquio Lippmann acuñó por vez primera el término *neoliberalismo*, y planteó la necesidad de elaborar un programa alternativo a la vez a los totalitarismos y al *New Deal*. En el libro de Walter Lippmann el Estado social era ya el gran enemigo a abatir: «El culto al Estado-providencia —escribía—, es hoy la nueva religión revelada.» Y también: «El Estado-providencia del futuro poseerá toda la autoridad propia del más absoluto de los Estados del pasado, pero será muy distinto; los técnicos consagrados reemplazarán a las cortesanas y a las favoritas de los reyes, y el gobierno, armado de un poder irresistible, dispondrá a su arbitrio de la humanidad.» Hoy sabemos que se equivocaba: es el neoliberalismo el que ha hecho del mundo un caballo desbocado. El Coloquio Lippmann abrió la larga saga de los encuentros de los apóstoles de la centralidad del mercado que llegan hasta la actualidad. Entre el 1 y el 10 de abril de 1947 Hayek organizó en el Hotel du Parc en Mont Pelerin, Suiza, el primer encuentro y la formación de la Sociedad Mont-Pelerin. Acudieron 36 personalidades influyentes como Mises, Popper, Robbins y el propio Hayek. Entre los españoles figuraba Salvador de Madariaga. Desde entonces la

¹² Hemos propuesto este programa crítico de transformación personal y social en F. Álvarez-Uría y J. Varela, *Sociología de las instituciones. Bases sociales y culturales de la conducta*, Morata, Madrid, 2009. Sobre la manipulación informativa véase el libro recientemente traducido de M. Otte, *El crash de la información*, Ariel, Barcelona, 2010.

Sociedad Mont-Pelerin acoge cada año a sus miembros convertidos en la nueva élite del poder, en el faro del pensamiento económico neoliberal. Su tesis emblemática se podría resumir así: *el mercado autorregulado es la única instancia que puede asegurar a la vez la libertad individual y el progreso social*. Impugnan por tanto la posibilidad misma del razonamiento sociológico, al que despectivamente denominan *el constructivismo*.¹³ A su juicio la humanidad no puede diagnosticar los males sociales ni asumir críticamente su propio destino pues el orden social es espontáneo. Es preciso que la riqueza fluya como un río. Para que el cauce no se detenga, y riegue siempre los campos de los más ricos, *los guardianes de la libertad*, el grupo exquisito de economistas neoliberales, integrados en *la buena sociedad*, ejercen celosamente el oficio de centinelas. Para ello no han recibido ningún mandato social. Quizás ha llegado la hora de velar por sus derechos sociales y de adelantarles la edad de jubilación.

¹³ Retomo las citas de la versión francesa del libro de W. Lippmann, *La Cité Libre [The Good Society]*, Librairie de Médicines, Paris, s. a., pp. 23 y 44. Sobre el Coloquio Lippmann véase el libro de S. Audier, *Le Colloque Lippmann. Aux origines du neoliberalism*, Le bord de l'eau, Paris, 2008. Sobre el orden espontáneo, véase el artículo de F. A. Hayek, «Los errores del constructivismo», *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, The University of Chicago Press, Chicago, 1978.

Causas y efectos de la conflictividad en la República Democrática del Congo y los Grandes Lagos	133
<i>Mbuyi Kabunda</i>	

Un análisis multifocal del terremoto de Haití	145
<i>Carlos Gómez Gil</i>	

Causas y efectos de la conflictividad en la República Democrática del Congo y los Grandes Lagos

La historia reciente de la República Democrática del Congo, país que ocupa una posición geoestratégica privilegiada en su región y que cuenta con una riqueza natural excepcional, ha estado atravesada por cruentos conflictos que han provocado un auténtico desastre humanitario. El artículo desgana las causas de dichos conflictos, pone en tela de juicio el habitual diagnóstico atribuido a conflictos "étnicos" y sitúa sus orígenes en una crisis que se originó hace dos décadas y en la que se relacionan las lógicas de la globalización (regionales e internacionales) y las internas de fragmentación (mal gobierno político y económico). En definitiva, se trata de un conflicto político en el cual intervienen luchas de poder entre distintas fuerzas políticas, avivadas por la liberalización de la economía, en constante rivalidad por el control de los recursos.

La posición geoestratégica excepcional de la República Democrática del Congo (RDC) –ubicada en el centro del continente, con enormes recursos naturales y diversidades étnicas (400 grupos étnicos)–, constituye, al mismo tiempo, el talón de Aquiles de este país, tachado de «anomalía geológica». Posee, además del petróleo, el 30% de las reservas mundiales de cobalto, el 10% de cobre, el 80% de coltán e importantes producciones de oro, plata, diamantes, casiterita; el 60% de las selvas africanas, una enorme fertilidad de sus suelos, importantes ríos con un excepcional potencial hidroeléctrico, etc. Asimismo, es un país escasamente poblado que ha sufrido guerras, crisis y tensiones recurrentes avivadas, tanto por factores internos como por la actuación de los vecinos países de los Grandes Lagos, países superpoblados y pobres cuyos dirigentes han dado a conocer sus intenciones depredadoras y expansionistas en la última década y han convertido el Congo en el terreno de enfrentamientos entre sus ejércitos, directamente o a través de movimientos rebeldes interpuestos. Esta situación se explica por estar rodeada la RDC

Mbuyi Kabunda es profesor del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo y director del Observatorio de Estudios sobre la Realidad Social Africana (UAM-Fundación Carlos de Amberes)

por nueve Estados, con 9.000 km de fronteras, que configuran una geopolítica peculiar, que expone al país a las incursiones armadas de los países vecinos y de las guerrillas de la zona.

La comprobación que hoy se puede hacer es que, al contrario que todas las previsiones esperanzadoras de la década de los años sesenta, que otorgaban a este país el estatus de futura potencia política y económica africana, el Congo se ha convertido en un Estado indigente, saqueado y dividido, donde los sufrimientos humanos superan lo imaginable.

En la última década, diversos conflictos se han sucedido en la región. Se ha pasado de una primera guerra de liberación (1996-1997), contra la dictadura de Mobutu, a un conflicto regional africano (1998-2003), que ha resurgido en los últimos meses (finales de 2009-comienzos de 2010) con protagonistas esta vez exclusivamente de la región de los Grandes Lagos. Estos conflictos se han convertido en la más grande tragedia de la humanidad desde que finalizara la segunda guerra mundial. Tienen un balance en su corta duración de más de 5 millones de muertos en su mayoría civiles.

La situación es especialmente mala en las dos provincias del Kivu,¹ el norte de Katanga y en la provincia del Ituri, es decir, en las zonas fronterizas con Ruanda y Uganda, ricas en oro, diamantes y madera.

El objetivo de este texto es demostrar que estos conflictos, tachados de una manera frívola y equivocada de “étnicos”² por los medios de comunicación europeos y norteamericanos nacen de una crisis generada desde hace más de dos décadas. Una crisis en la que están relacionadas las lógicas de la globalización (regionales e internacionales) y las lógicas internas de fragmentación (mal gobierno político y económico), y que muestra importantes elementos de continuidad con las sucesivas situaciones de violencia que ha conocido este país: la colonización paternalista belga, la caótica independencia, la larga y corrupta dictadura del régimen de Mobutu, la democratización no acabada de los años noventa, el “efecto dominó” del genocidio de Ruanda con sus efectos desestabilizadores en toda el África central, según el concepto consagrado por la geopolítica clásica,³ las alianzas regionales de Laurent-Désiré Kabila, el saqueo de los recursos naturales por países vecinos y la nefasta transición realizada a principios de la década de 2000. A todo ello hay que añadir el eterno problema de la “nacionalidad” de los tutsis congoleños de origen ruandés (los banyarundas y los banyamulenges).

¹ Véase J-C. Willame, *La guerre du Kivu. Vues de la salle climatisée et de la véranda*, GRIP-Éditions Complexe, Bruselas, 2010.

² En realidad, se trata de conflictos con importantes dimensiones geopolíticas de lucha de poder y de búsqueda de control de territorios.

³ Y. Lacoste, *Géopolitique. La longue histoire d'aujourd'hui*, Larousse, París, 2006, p. 215.

Por tanto, nos encontramos frente a unos conflictos con un claro carácter político en torno al acceso al poder, a los recursos y a la nacionalidad. Se trata de luchas de poder entre distintas fuerzas políticas que, avivadas por la liberalización de la economía, rivalizan por el control de recursos. Una rivalidad en la que están implicados innumerables actores, desde arriba y desde abajo, desde dentro y desde fuera y que, en la línea de la «política del vientre» de Jean-François Bayart, se enfrentan en una lucha feroz por el acceso a las riquezas, y se articulan en relaciones personales y colectivas de sumisión –y también de solidaridad–, donde los protagonistas recurren al uso masivo de los niños soldados y a las violaciones sexuales colectivas como parte de una estrategia programada de humillación y destrucción del adversario. Es decir, como arma de guerra.

Nos encontramos frente a unos conflictos con un claro carácter político en torno al acceso al poder, a los recursos y a la nacionalidad

Las tres guerras del Congo: motivaciones y actores

La región de los Grandes Lagos y la RDC siempre han funcionado como un sistema cerrado.⁴ Basta romper el débil equilibrio entre los distintos grupos étnicos dentro de un país, para que se produzcan efectos dominó en el resto y se desestabilice todo el sistema. Los conflictos en Ruanda y Burundi, desde los años cincuenta, siempre han tenido repercusiones en los países vecinos. Por lo tanto, la pacificación de la RDC pasa forzosamente por la resolución de las tensiones recurrentes en Uganda, Ruanda, Burundi y en el propio Congo.⁵ Si a esto se le añade la codicia de los países vecinos por los recursos naturales de la RDC, nos lleva a los factores que contribuyen a la desestabilización de los frentes en la región.⁶

La exportación de las tensiones internas de Ruanda, Burundi y Uganda, la codicia por acceder a las riquezas del Congo y las rivalidades políticas de toda índole explican globalmente estas guerras. Roland Pourtier insiste en que se trata de unas guerras dictadas por la «pura depredación», encabezadas por depredadores, disfrazados de señores de la guerra o de líderes políticos pero decididos a acaparar las riquezas del país.⁷

⁴ R. Pourtier, «Afrique des Grands Lacs-Congo: la guerre est-elle fatale?», *Questions Internationales*, n° 5, enero-febrero de 2004, París, pp. 32-34.

⁵ J-F. Hugo, *La République démocratique du Congo. Une guerre inconnue*, Michalon, París, 2006, p. 115.

⁶ K. A. Kabanda Kana, *L'interminable crise du Congo-Kinshasa. Origines et conséquences*, L'Harmattan, París, 2005, p. 163.

⁷ R. Pourtier, «L'Afrique centrale dans la tourmente. Les enjeux de la guerre et de la paix au Congo et alentour», *Hérodote*, n.º 11, París, 4.º trimestre de 2004, p. 27.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta la existencia de otros factores ya que uno de los motores principales de la primera guerra (1996-1997) –prolongación del genocidio de Ruanda–, fue la autodefensa de los banyamulengues y la lucha por la liberación de la dictadura de Mobutu. En la segunda (1998-2003), prolongación de la primera, el principal objetivo, además del saqueo de los recursos de la RDC por los países vecinos, fue el derribo del régimen de L. D. Kabila. La tercera (2004-2009) se debe al nuevo intento de dominación/ocupación del Kivu por parte de Ruanda a través de la guerrilla interpuesta de Laurent Nkunda. Todas ellas tienen además el trasfondo de la reivindicación de la nacionalidad por parte de muchos tutsis congoleños así como de las luchas de Ruanda, Uganda y Burundi contra sus respectivos movimientos de rebelión, que actúan a partir del territorio congoleño.

El empleo de la violencia sexual como arma de guerra está destinado a aniquilar a la población enemiga mediante la destrucción de sus redes de solidaridad fundamentales

La tercera guerra (2004-2009), al contrario que las dos anteriores, tuvo lugar exclusivamente en los Kivus. Una zona, rica en minerales y oro que escapa, en parte, a la autoridad del Gobierno congoleño, y donde habitan varias milicias hutus ruandesas que se refugiaron en ella tras el genocidio de 1994 y grupos paramilitares ugandeses. Sin embargo, al igual que las dos guerras anteriores, esta guerra remonta sus orígenes a la crisis de Ruanda y al problema irresoluble (hasta entonces) de la “nacionalidad” de los ruandófonos. En opinión de Tshiyembe Mwayila, será la continuación del arreglo de cuentas entre ganadores y perdedores: perteneciendo a los primeros la AFDL de J. Kabila⁸ y, Laurent Nkunda a los segundos. En realidad, en esta nueva guerra, como veremos a continuación, se van a enfrentar cuatro actores principales.

Actores y grupos armados presentes

– El *Ejército congoleño* llamado Fuerzas Armadas de la RDC (FARDC) cuyos efectivos se estiman entre 100.000 y 175.000 soldados de los que 30.000 están destacados en el Kivu. Mal pagadas, mal equipadas y mal entrenadas, las FARDC se caracterizan por las mismas debilidades que el ejército de Mobutu. Son fuerzas de inseguridad con comportamientos predadores y participan en los saqueos al igual que las demás fuerzas. Su falta de eficiencia y de disciplina se explica, en parte, por estar integradas por tropas proce-

⁸ M. Tshiyembe, «Kinshasa menacé par la poudrière du Kivu», *Le Monde Diplomatique*, París, mayo de 2008, p. 20.

dentes de los distintos movimientos rebeldes con altos mandos formados en distintos países (Bélgica, EE UU, Francia, Turquía, Sudáfrica, China y Gran Bretaña) y por la falta de incentivos que les predisponen al saqueo y a las extorsiones de la población.

- Los *rebeldes hutus ruandeses* de las Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda (FDLR). Proceden de los 10.000 refugiados hutus que sobrevivieron a los ataques contra los campos de refugiados del Kivu tras el genocidio de 1994 en Ruanda. Crearon el Ejército de Liberación de Ruanda (ALIR) en torno a las ex Fuerzas Armadas Ruandesas (ex FAR) del régimen del presidente Juvenal Habyarimana y los interahamwes, para convertirse, en 2000, en un movimiento político militar bajo la denominación de FDLR, integradas por 4.000 a 5.000 combatientes en su mayoría jóvenes reclutas en aquellos campos a partir de 1994. Se dedican a las operaciones de guerrilla contra las tropas ruandesas y de Laurent Nkunda. Responsables de la inestabilidad prevaleciente en los Kivus, están presentes en las minas y en los parques nacionales de la parte oriental, cuya explotación constituye la principal fuente de su financiación, además de extorsionar a la población local. El Gobierno de Ruanda exige su repatriación al mismo tiempo que se sirve de su presencia como excusa para invadir el territorio congoleño.

Sus líderes, cabezas pensantes del Hutu Power, tales como Ignace Murwanashyaka, Callixte Mbarushimana o Sylvestre Mudacumura, están establecidos en la diáspora ruandesa de Alemania, Austria, Bélgica y Francia. Las FDLR se niegan a someterse al proceso de DDRRR (desarme, desmovilización, repatriación, reintegración, reinserción) de la MONUC (Misión de Observación de las Naciones Unidas en el Congo) o a la posibilidad de regresar a Ruanda sin la previa apertura política en este país (es decir, la celebración del diálogo inter ruandeses y el inicio del proceso de democratización). La verdad es que sacan importantes beneficios calculados en millones de dólares del territorio congoleño y, por lo tanto, se oponen a regresar a Ruanda donde no tienen futuro y donde algunos de sus jefes son reclamados por la justicia por su implicación en el genocidio de 1994.

- Los *4.000 a 7.000 soldados del CNDP*, en su mayoría de origen tutsi liderados, hasta hace poco, por el general Laurent Nkunda allegado a Paul Kagamé, y que Ruanda terminó deteniendo, en enero de 2009, en el marco de la cooperación con el Gobierno de la RDC, junto a la adhesión al Gobierno de Kinshasa de su principal aliado, el general Bosco Ntaganda, bajo mandato internacional de búsqueda y captura por crímenes de guerra cometidos en el Ituri (agosto de 2002) y en Kiwanja (noviembre de 2008). El CNDP, como emanación del RCD-G (Agrupación Congoleña por la Democracia/Goma) fue creado el 25 de agosto de 2005 para la defensa de los tutsis congoleños, y en diciembre de 2009, tras la huida de Nkunda a Ruanda, se procedió a su integración en el nuevo ejército congoleño.

Entre sus reivindicaciones suelen incluir el desarme de las milicias de las FDLR y su repatriación a Ruanda. Sigue controlando las minas además de representar a los tutsis en la administración de las zonas en las que estos son mayoría. Se opone a la reinstalación de

las FDLR en el territorio congoleño tras su desarme y aboga por el retorno de los refugiados tutsis instalados en los países vecinos huyendo de los conflictos en el territorio congoleño. Su lucha contra las FDLR explica la simpatía de la que goza por parte del Gobierno ruandés, que ve con buenos ojos el proyecto de creación en el Kivu de la famosa “República de volcanes” (una especie de tutsilandia), atribuido a Laurent Nkunda como territorio tampón, controlado por el denominado Frente para la Liberación del Este del Congo (FLEC).

- Los *Mai Mai*, agrupados en el seno del PARECO/FAP (Coalición de Resistentes Patriotas Congoleños/Fuerzas Armadas Populares), son milicias de autodefensa ciudadana con una fuerte connotación nacionalista integradas por los nande, hunde, nyanga, tembo y hutu congoleños en los territorios del Masisi, Rutshuru, Walikale, Kanyabayonga y el norte de Bukavu. Es decir, unos 20.000 combatientes, difíciles de controlar o identificar por su carácter heteróclito y por sus alianzas cambiantes. Reivindican la autoctonía (nacionalismo congoleño) contra la presencia de tropas ruandesas y del CNDP y contra los banyamulenges y los tutsis en general, a los que recriminan la intención de afincar a los tutsis ruandeses en los Kivus congoleños. Colaboran con las FARDC y los rebeldes hutus ruandeses, y han sido utilizados como milicias étnicas por el Gobierno congoleño contra la presencia de las tropas extranjeras o las guerrillas congoleñas pro-ruandesas. Son responsables de la permanente inseguridad en los Kivus por su “tutsifobia” radical y su determinación a liberar o defender a los bantúes (“bantuidad”) contra la ocupación tutsi.

Todos estos movimientos armados, apegados a sus posiciones territoriales o geográficas, han cometido matanzas, desplazamientos de población, violaciones sexuales colectivas, saqueos y reclutamiento de niños soldado.

En el caso particular de la generalización de la violencia sexual en los conflictos de la parte oriental de la RDC, ha de interpretarse como parte de la violencia global –como “instrumento eficiente y legítimo de cambio” con raíces que se remontan a la esclavitud, la colonización, y las dictaduras poscoloniales en dicha parte–, y no como un fenómeno cultural como pretende Andrew Scott, que las atribuye a la poca o nula consideración que tiene la mujer en los Kivus.⁹ Su uso como arma de guerra está destinado a aniquilar a la población enemiga, mediante la destrucción de sus redes familiares o de solidaridad fundamentales.¹⁰

Desde finales de 2009 a comienzos de 2010, los gobiernos congoleño, ruandés y ugandés han llevado a cabo operaciones militares contra las FDLR y la LRA (operaciones *Umoja*

⁹ S. Andrew Scott, *Laurent Nkunda et la rébellion du Kivu. Au coeur de la guerre congolaise*, Karthala, París, 2008, p. 219.

¹⁰ V. Moufflet, «Le paradigme du viol comme arme de guerre a l'Est de la République démocratique du Congo», *Afrique contemporaine*, n.º 227, París, 2008, pp. 121-129.

wetu –«nuestra unión»– en el Kivu-Norte y *Kimia II* –«paz»– en el Kivu-Sur), con un balance muy controvertido por estar al borde de convertirse en una catástrofe humanitaria. Es decir, el uso de la fuerza contra los grupos armados. Estas operaciones han tenido un alto coste para la población civil, sometida a las represalias tanto por el ejército gubernamental como por las milicias rebeldes. Por una parte, las milicias de la LRA de Joseph Kony que siguen desplazándose entre el norte de Uganda, el sur de Sudán y de Centroáfrica y el noreste de la RDC, han reaccionado a las ofensivas conjuntas del Ejército congoleño y ugandés con los ataques en las aldeas congoleñas, tal como sucedió entre el 14 y el 17 de diciembre de 2009 en la región de Makombo, en el noreste de la RDC fronterizo con Uganda, donde la guerrilla de Kony mató a 321 civiles y secuestró a 250 personas, entre ellas muchos niños, junto a las amputaciones a las mujeres, que se añadieron a la matanza anterior de 900 civiles congoleños.¹¹ Por otra, los ataques de las tropas congoleñas y ruandesas contra las FDLR, en el marco de la operación *Umoja wetu*, del 20 de enero al 25 de febrero de 2009 en el Kivu-Norte, además de no conseguir neutralizar a sus milicias, les ha conducido a organizar represalias sistemáticas contra las poblaciones civiles del Kivu.

En la opinión de Mercier,¹² la operación *Umoja wetu*, realizada conjuntamente con el ejército ruandés, no consiguió destruir la estructura de mando de las FDLR, mientras que la operación *Kimia II*, realizada por el ejército congoleño para neutralizar a las FDLR en el Kivu-Sur, permitió a estas contraatacar, recuperar sus posiciones perdidas y perpetrar represalias contra la población acusada de colaborar con las FARDC y el ejército ruandés, durante aquella operación.

Si la detención del gran señor de la rebelión, Laurent Nkunda, puede considerarse como un éxito, no es menos cierto que su movimiento, el CNDP, integrado en el ejército congoleño y convertido en partido político, se aprovecha de esta nueva situación para extender su zona de influencia y control de las minas, así como para organizar el retorno de los refugiados tutsis a los territorios de la parte oriental de la RDC considerados como suyos.

El saqueo de recursos naturales

Ruanda, Uganda –cuyas tropas de ocupación se enfrentaron en la ciudad congoleña de Kisangani en 1999 y 2000 por el control de los recursos naturales– y las empresas del Norte han sido, en la última década, los principales obstáculos para la reinstauración de la paz en la RDC, por los beneficios (políticos y económicos) que sacan del desorden y del saqueo de los recursos del país. Parece que dichos países seguirán presentes en el Congo a través de

¹¹ C. Braeckman, *Vers la deuxième indépendance du Congo*, Le Cri Édition-Afrique Éditions, Bruselas-Kinshasa, 2009, p. 256.

¹² B. Mercier, *RD Congo: Ressources naturelles et violence. Le cas des FDLR*, GRIP, Bruselas, 2009 (7), p. 5.

milicias interpuestas, para continuar con el saqueo de sus recursos naturales y defender sus intereses estratégicos en la parte oriental de la RDC. Seguirán actuando para debilitar las estructuras estatales congoleñas y la porosidad de sus fronteras.

Ruanda, la más activa de las partes y la que más beneficios obtiene mediante la organización sistemática del saqueo a través de su ejército, seguirá instrumentalizando a los tutsis congoleños con la excusa de protegerles. Según los investigadores de la ONU, los datos relativos al año 2000 muestran que el ejército ruandés exportó unas 100 toneladas de coltán al mes por mediación de dos empresas (Ruanda Metals y Eagles Wings Resources) vinculadas directamente con el Frente Patriótico Ruandés (FPR), en el poder en Kigali.

Sucesivos informes de expertos de la ONU ponen de manifiesto el papel de muchas empresas del Norte en la financiación de la guerra en la RDC mediante la compra de recursos naturales

Ruanda, según puntualiza Loir,¹³ ha instrumentalizado claramente una serie de factores a su favor —el genocidio de 1994 aún presente en la memoria; la amenaza que representa la presencia de los genocidas hutus en el vecino territorio congoleño del Kivu; la complicidad de las organizaciones humanitarias en el mantenimiento de los campos de refugiados de la parte oriental de la RDC, infiltrados por los genocidas; el sentimiento de culpabilidad de la comunidad internacional por no haber impedido aquel genocidio; y los peligros de expulsión y limpieza étnica a los que están sometidos los “hermanos” tutsis congoleños —a imagen de las matanzas de Makobola, a finales de diciembre de 1998—, para violar impunemente las leyes internacionales (la invasión del territorio congoleño, el saqueo de sus recursos, es decir, la perpetración de crímenes políticos y económicos) bajo la excusa de impedir otro genocidio.

En definitiva, tres son las razones que explican la intervención persistente de Ruanda en la RDC: primero, la supervivencia del régimen del FPR; segundo, el enriquecimiento de la élite en el poder en Ruanda; y, en tercer lugar, el alivio de la presión demográfica (310 hab/km²) al mantener parte de su población en la parte oriental de la RDC. En efecto, a pesar de su lucha contra las FDLR con el apoyo del ejército congoleño, a Ruanda no le interesa el retorno de los rebeldes hutus dada las difíciles condiciones de vida de la mayoría de su población debido a la escasez de tierras, falta de empleo, etc. Es decir, la imposibilidad de reinserción de estos combatientes en el tejido social y económico. El objetivo de Ruanda es,

¹³ G. Loir, «Rwanda: le régime de la dette perpétuelle», *Outre-Terre (Revue Française de Géopolitique)*, n.º 11, IFRA-OGRE, Éditions érès, Ramonville Saint-Agne, 2005, p. 417.

por lo tanto, mantener en los Kivus ese excedente de población formado mayoritariamente por personas que eran niños durante el genocidio, y que no pueden ser sometidos a la justicia ruandesa. Para ello, ha pasado de la ocupación militar a apoyarse en las divisiones internas de la RDC para mantener y fortalecer su control sobre algunos de sus territorios.¹⁴

La otra gran potencia regional, Uganda, no muestra las mismas ambiciones expansionistas en el Congo. Se ha empeñado más bien en su desestabilización, al armar a las dos partes del conflicto en la provincia de Ituri, las milicias lendu (agricultores) y hema (pastores), avivando los conflictos entre integrantes de ambos grupos. Su actitud se explica por razones de seguridad, en particular, su deseo de neutralizar a los movimientos rebeldes que actúan desde el noreste de la RDC, la Alianza de las Fuerzas Democráticas (ADF) y el Ejército de Resistencia del Señor (LRA), que lucha desde 1988 en el norte de Uganda contra el régimen de Yoweri Museveni. Además, la élite política, militar (y empresarial) ugandesa intentaba frenar el predominio de Ruanda y sus aliados congoleños del RCD/Goma en la región, así como controlar las riquezas del Congo (oro y diamantes) gracias a sus vínculos con redes comerciales congoleñas o con jefes de guerras locales. Es decir, la participación de Uganda en el conflicto también responde a una combinación de seguridad nacional y de intereses privados.¹⁵

Otros actores internacionales muy relevantes han sido algunas multinacionales occidentales, cuyas actividades comerciales en el Kivu han sido fundamentales en la perpetuación de los conflictos en la RDC. Así, en los sucesivos informes de los expertos de la ONU sobre la explotación ilegal de los recursos naturales de la RDC (2001, 2002, 2003), se pone de manifiesto el papel de muchas empresas del Norte en la financiación de la guerra en la RDC, mediante la compra de recursos naturales que permitían a los beligerantes financiar sus esfuerzos bélicos. Dichos informes mencionan 85 empresas internacionales que habrían realizado actividades contrarias al código de conducta de la OCDE. Entre ellas cuatro grandes bancos (de los cuales tres son belgas); 17 pequeñas empresas mineras (*juniors miniers*) norteamericanas, canadienses, belgas y británicas; 11 empresas diamantíferas belgas, así como varias decenas de empresas menos conocidas de África, Oriente Medio y Asia. Informes posteriores de organizaciones como la sudafricana South Africa Watch (SARW) o la londinense Global Witness, insisten en la presencia en la RDC de más de dos docenas de multinacionales “predadoras” (norteamericanas, belgas, británicas, alemanas, chinas y ruandesas) involucradas en el comercio ilegal, entre otras cosas, del coltán.

El último informe de la ONU de 2009, y el de Global Witness de marzo de 2010, afirman que nada ha cambiado. La situación no ha vuelto a la normalidad, y persiste el saqueo de

¹⁴ J-F. Hugo, *La République démocratique du Congo: une guerre inconnue*, Éditions Michalon, Paris, 2006, pp. 49- 50.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 53-54

los recursos naturales de la RDC por parte de actores locales, países vecinos y empresas internacionales.

Perspectivas de los conflictos de la RDC y los Grandes Lagos

En los 14 últimos años se han producido tres guerras en la RDC: la de liberación de la AFDL (1996-1997), la llamada “primera guerra mundial africana” (1998-2003), y la guerra del general disidente Laurent Nkunda (2004-2010).

Estos conflictos nacen de la onda expansiva del manipulado conflicto hutu-tutsi y del genocidio de Ruanda en 1994, y de la inadecuada resolución del primer conflicto (1996-1997) que no solventó el problema de la nacionalidad de los tutsis congoleños. Un problema que han instrumentalizado unos y otros. Tampoco se resolvieron «las cuentas pendientes» de Laurent-Désiré Kabila con Ruanda y Uganda por su apoyo militar y financiero para acabar con la dictadura de Mobutu Sese Seko. Estos países se encargarán de cobrar dicha factura mediante el control y la explotación de los abundantes recursos minerales y agrícolas de la RDC, lo que se convirtió en el combustible de la segunda y la tercera guerra.

Sin embargo, la explotación y el comercio ilícitos de los recursos naturales de la RDC siguen alimentando y caracterizando las actividades de los señores de la guerra. Sin un ejército capaz de defender las fronteras y de imponer la autoridad del Estado, la RDC seguirá apareciendo, según la metáfora de Colette Braeckman,¹⁶ como un enorme «supermercado sin vigilantes». Sin capacidad de disuasión, la RDC seguirá expuesta a las codicias locales, regionales e internacionales. Es precisamente lo que denunció, en octubre de 2009, el «Informe Lutundula» del Parlamento congoleño: los escasos ingresos del sector minero que entran en las arcas públicas, por pagar las empresas nacionales e internacionales a penas el 1% de lo que deben al Estado. En 2008, según el informe, el Tesoro público congoleño cobró sólo 814 mil dólares de los 74 millones de dólares que deberían pagar las empresas mineras,¹⁷ por la ineficiencia de los servicios públicos, la corrupción de los servicios de aduana y los funcionarios mal pagados, junto a la generalización de la «economía informal», centrada en las minas artesanales con ganancias de 1 a 2 dólares diarios y una economía que permite vivir a unos 2 millones de personas. El gran perdedor es el pueblo congoleño.

Según Mercier,¹⁸ que reconstruye el itinerario seguido por los minerales saqueados desde las minas hasta el punto de transformación y consumo del Norte: el transporte lo realizan a

¹⁶ C. Braeckman, *Les nouveaux prédateurs. Politique des puissances en Afrique centrale* [edición revisada y aumentada], Les Éditions Aden, Bruselas, 2009, p. 376.

¹⁷ Cfr. J-P., Tuquoi, «Au Congo-Kinshasa, les sénateurs mettent au jour le pillage des richesses minières», *Le Monde Dossiers & Documents*, núm. 396, París, abril de 2006, p. 6.

¹⁸ B. Mercier, *op. cit.*, 2009, pp. 13 y 15.

pie los mineros artesanales controlados por las milicias, desde la mina en la selva hasta la carretera principal, a unos 40 km. Las avionetas de transporte recogen los minerales hasta Goma o Bukavu donde hay puntos de venta controlados por los comerciantes que compran estos productos, que pasan así de la economía informal a la economía oficial. Los minerales son enviados a Ruanda, Burundi y Uganda, como países de tránsito, rumbo a los puertos de Mombassa (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania), para ser exportados hacia los países consumidores o de transformación: Alemania, Bélgica, Estados Unidos, Kazajstán y China. De este modo, en opinión de la autora, las empresas multinacionales favorecen indirectamente la presencia de las milicias en los Kivus y la inseguridad prevaleciente en la región.

En definitiva, existe un importante contraste demográfico entre la cuenca del Congo, que coincide con la selva ecuatorial, poco poblada, y el lugar donde se desarrollan los *conflictos*, las altas tierras superpobladas de los Grandes Lagos. Las guerras en esta parte se explican por la escasez de espacio o de tierras (el factor demográfico y el problema de la nacionalidad congoleña de los banyarundas). Tanto el Kivu congoleño como Ruanda y Burundi tienen cada uno una población en torno a los 10 millones de habitantes, o sea, una tasa de densidad en torno a los 310 hab/km², con flujos migratorios centenarios, que generan conflictos entre los autóctonos y los alóctonos.

Ha llegado la hora de poner en el centro los problemas de desarrollo en las negociaciones de paz y atacar las causas estructurales de la inestabilidad en la zona, que son las luchas por la tierra, la superpoblación y la lucha por el control de los recursos minerales o naturales.¹⁹ Es decir, las motivaciones con carácter económico que sirven de combustible para el estallido de la violencia en la región, como nos recuerda acertadamente Mercier.

Por lo tanto, la iniciativa de Francia de convocar una Conferencia Internacional sobre la Región de los Grandes Lagos (CIRGL) para resolver estos problemas y fomentar la concertación regional en la lucha contra la explotación y el comercio ilegales de los recursos naturales en la zona, es un paso importante para la resolución de estos conflictos recurrentes, y apostar por la creación y fomento de la cooperación regional, y contra los factores que los provocan. Procesos en los que la MONUC, además de encargarse un poco más de la protección de la población,²⁰ deberá extender su ámbito de influencia a la lucha contra el comercio ilícito de los recursos naturales de la RDC.

Es preciso resolver el problema de gobernanza en el Congo, reconstruir el Estado congoleño contra los predadores, disfrazados de señores de la guerra, y los militares que se

¹⁹ T. Vircoulon, «Les défis de la paix dans l'est de la République démocratique du Congo», *Le Monde*, 8 de enero de 2010, p. 5.

²⁰ El ministro congoleño de Información y portavoz del Gobierno, Lambert Mende Omalanga, recriminó a la MONUC, ante su falta de actuación para proteger a la población civil contra las recientes agresiones de las milicias de la FDLR y de la LRA, de «no asistencia a personas en peligro».

aprovechan de su derrumbe para enriquecerse. Sin embargo, los ataques de las bandas armadas (los llamados *enyele* o Armée Nzobo ya Lombo)²¹ contra las ciudades de Dongo y Mbandaka en la provincia del Ecuador, en octubre de 2009 y abril de 2010 respectivamente,²² ponen de manifiesto, según denuncia el profesor Jean Omasombo, que estamos lejos de lograr ese objetivo, debido a la ausencia de un verdadero ejército nacional, disciplinado y republicano, al vacío de poder y a la descomposición de facto del Estado en la RDC. Buen ejemplo de todo ello son las resistencias y trabas puestas por el Gobierno para las reformas institucionales, en particular, para la realización del proceso de descentralización (prevista por la Constitución de 2006, para pasar de las 11 provincias actuales a 26 con importantes competencias fiscales y administrativas), y la reforma de las fuerzas de seguridad.

²¹ Las milicias étnicas *enyele*, pertenecientes al denominado movimiento de los Patriotas Resistentes Congoleños (PRC), se han fijado como objetivo la liberación de la RDC de la ocupación extranjera.

²² Anteriormente, de enero de 2007 a marzo de 2008, la secta Bundu dia Kongo, en la provincia del Bajo-Congo, organizó ataques militares contra el ejército congoleño, con las consiguientes represalias a gran escala.

Un análisis multifocal del terremoto de Haití*

El terremoto que sacudió Haití el 12 de enero de este año ocasionó pérdidas humanas y materiales sin precedentes en el hemisferio, poniendo a prueba un sistema de ayuda que dio muestras de algunas disfunciones en momentos clave. Tras la conferencia de donantes de Nueva York del 31 de marzo y ante la retórica habitual exenta de propuestas prácticas y compromisos concretos, parece oportuno realizar una cierta reflexión sobre algunas de las claves estructurales de la catástrofe desde una visión multifocal, para orientar mejor estrategias futuras. Para ello, incorporamos como perspectivas teóricas novedosas el análisis de las catástrofes como mecanismo de clase, así como las respuestas dadas desde la perspectiva de un capitalismo piadoso.

El terremoto sucedido en Haití el 12 de enero de 2010 ha venido ocupando un gran número de informaciones en los medios de comunicación y ha sido analizado desde diferentes perspectivas: humanitarias, mediáticas, políticas, económicas, sanitarias, multilaterales, solidarias. Así, los medios de comunicación han seguido el suceso desde el impacto de las informaciones e imágenes que proporcionaba; los Gobiernos han visto la posibilidad de anunciar su profunda generosidad por medio de anuncios de futuras ayudas millonarias y visitas de sus gobernantes; las instituciones multilaterales han tratado de incluir a Haití en sus agendas a pesar de que llevaba lustros abandonada a su suerte; las ONG han aprovechado como pocos la ocasión para desplegar su ritual de códigos, mensajes, anuncios y peticiones de dinero; al tiempo que la sociedad resultó conmovida por un drama tan gigantesco mientras se reclamaba su ayuda, especialmente la económica. Pero han sido muy escasos los análisis efectuados para tratar de comprender las condiciones estructurales que han alimentado un cataclismo humano de esa magnitud, algo que no pasa exclusivamente por el desplazamiento de las placas tectónicas de la región, sino que se vincula con las características morfológicas generadas

Carlos Gómez es sociólogo, profesor y director del Observatorio Permanente de la Inmigración en la Universidad de Alicante

* Este artículo forma parte de un estudio más amplio que sobre este tema ha realizado el autor para la Red de Investigadores y Observatorio de la Solidaridad (RIOS).

durante años en los países empobrecidos de la mano de decisiones políticas, que adquieren un particular impacto en coincidencia con una catástrofe.

Catástrofe de clase

Tragedias como la de Haití no son nuevas. Nos hemos acostumbrado a éxodos, hambrunas, terremotos, inundaciones, tsunamis y todo tipo de catástrofes, si bien en los últimos años, su repetición y especialmente sus dramáticas consecuencias sobre millones de personas y países en permanente estado de calamidad, permiten que veamos con claridad cristalina cómo su impacto es mayor cuanto más pobre y miserable es el país que lo sufre. Es un matemático axioma que funciona con una precisión aritmética a la hora de llevarse por delante vidas y países, pero cuya aplicación no tiene nada de caprichoso, sino que es el fruto de procesos humanos deliberados y conocidos que en combinación con determinados fenómenos naturales adquieren dimensiones gigantescas. Este conjunto de fenómenos provienen de decisiones humanas que generan lo que podríamos denominar como catástrofes de clase.

El concepto de clase ha ocupado un amplio espacio en los análisis de algunos de los autores de la sociología más relevantes, entre los que destacan Marx y Weber. Los elementos económicos determinantes del concepto de clase y su dimensión material, como es desarrollado por Marx, se complementan con la perspectiva estamental y la propia posición de los sujetos, así como el destino personal de éstos en sus posibilidades de éxito en el mercado, en línea con lo desarrollado por Weber. Sin embargo, posiblemente necesitemos también de una perspectiva wallersteniana que incluya el análisis de los sistemas-mundo para poder comprender mejor los procesos económicos y sociales dentro de los límites del sistema, para entender el significado de una catástrofe de clase y sus consecuencias como vemos en Haití de manera inequívoca.

Efectivamente, sabemos sobradamente que cada catástrofe que periódicamente nos sacude es un excelente indicador de la situación social y política de cada país, de su grado de desarrollo, pero especialmente, de las condiciones de vida de los más desposeídos, es decir, de la condición estamental y de clase del país y de sus habitantes. Ya sean ciclones o terremotos, huracanes o inundaciones, hambrunas o sequías, los pobres tienen un raro privilegio, probablemente uno de los pocos de sus desdichadas existencias: ser víctimas predilectas de estas catástrofes, protagonistas privilegiados de cada siniestro a los que añaden damnificados contabilizados en cientos de miles de personas.

El volumen de víctimas que estas catástrofes han originado en los últimos años pudiera llevarnos a pensar que nuestro planeta es cada vez más indómito y caprichoso, a pesar de

los avances técnicos, si bien, no hace sino demostrar con toda contundencia las dramáticas diferencias en las que vive la humanidad junto a las asimetrías sociales tan profundas que separan unos Estados de otros. Así, se nos muestra tecnológicamente domesticado en los países occidentales, donde las catástrofes apenas originan víctimas, mientras que en los países empobrecidos esos mismos desastres originan decenas y cientos de miles de damnificados, como sacrificio añadido a las penosas condiciones de vida que acompañan la existencia de tantos cientos de millones de personas.

Son muy escasos los análisis encaminados a comprender las condiciones estructurales que, de la mano de decisiones políticas, ejercen un particular impacto en coincidencia con una catástrofe

Y, aunque puedan ser naturales los orígenes de muchas catástrofes, no lo son en absoluto sus efectos, sino que tienen una responsabilidad claramente humana: la de mantener en países y ciudades a buena parte de la población viviendo en condiciones infames, sobre laderas de montañas frágiles, bajo casas levantadas con desechos que se transforman en tumbas cuando la naturaleza decide reivindicar su propio ser, entre basuras, o en medio de zonas pantanosas e inundables. Y esta responsabilidad humana es la que explica tanta pasividad ante catástrofes cíclicas como sucede con los terremotos, cuando hay tanta negligencia a la hora de prevenir sus efectos y paliar sus consecuencias sobre zonas y países en permanente riesgo sísmico. La misma responsabilidad de tantos gobernantes que ven impasibles cómo cada cataclismo se lleva por delante a sus ciudadanos, destruyendo la capacidad misma de sus pueblos así como de poblaciones enteras prácticamente cada año, pero manteniendo las mismas decisiones políticas que vuelven a reiniciar el ciclo de pobreza, precariedad, sumisión, fragilidad económica y exclusión social que devoran a tantas víctimas en catástrofes, como si alimentáramos a una peligrosa bestia.

Las bases económicas previas a la catástrofe

Podríamos pensar que el comportamiento sísmico de la placa tectónica del Caribe y la falla de desgarre que están en el origen de los movimientos sísmicos de la región, nada tienen que ver con las decisiones que han venido adoptando instituciones económicas multilaterales, Gobiernos y multinacionales sobre Haití, si bien estamos ante energías que se suman en su devastador poder de destrucción, multiplicando así su fuerza catastrófica. Y no hace falta que nos remontemos al desdichado pasado histórico de Haití, sus 200 amargos años desde su independencia y el derrocamiento por los esclavos haitianos de sus amos franceses, pasando a ser el primer país en tener que hacer frente al pago de una gigantesca

indemnización a los esclavistas franceses como compensación por obtener su independencia en 1804, cifrada en 50 millones de francos de oro, cantidad similar al presupuesto de Francia en esas fechas. Haití ha sido uno de los pocos países del mundo que ha tenido 42 presidentes de los cuales, 29 han sido asesinados y únicamente dos han sido elegidos democráticamente. La pobreza más brutal en la que se ha encontrado el país ha sido herencia directa, quizá, de uno de los sistemas más brutales de explotación colonial en la historia mundial, agravado por décadas de opresión poscolonial.

En los años noventa, durante el Gobierno de Jean-Bertrand Aristide, Estados Unidos y las instituciones de Bretton Woods desplegaron un conjunto de políticas que fueron limitando la capacidad de decisión de un país depauperado y empobrecido tras años de dictadura, violencia y asesinatos. Así, se anunció un plan de racionalización económica consistente en la privatización de empresas del Estado deficitarias, la reducción de la plantilla de funcionarios, la eliminación de subsidios a agricultores y la rebaja de aranceles a las importaciones junto a la liberalización del comercio, al tiempo que se solicitaron ayudas económicas al FMI y al BM esenciales para que el país pudiera hacer frente a las cuantiosas deudas contraídas en los años anteriores. Haití contaba por entonces con una producción de arroz que era esencial en la dieta de sus habitantes, manteniendo con ello a un buen número de agricultores en todo el país. Sin embargo, dentro del paquete de medidas económicas exigidas desde Washington estaba la reducción de los aranceles a las importaciones de arroz, que pasaron así del 50 al 3%. En poco tiempo, el precio del arroz se desplomó motivado por las importaciones masivas de arroz estadounidense procedente de Riceland Foods, en Arkansas, que al costar 3,8 dólares por kilo resultaba mucho más barato que el arroz haitiano a 5,12 dólares. Como consecuencia de ello, miles de agricultores arruinados se vieron obligados a abandonar sus cultivos y se dirigieron a la atestado y pobre capital, Puerto Príncipe, ocupando sus arrabales en chabolas e infraviviendas insalubres. Muchos de ellos se han convertido años después en víctimas del terremoto de enero de 2010, aunque olvidamos que ya eran víctimas de la desnutrición, la violencia, la insalubridad, las enfermedades y el abandono extremo. El capitalismo sin víctimas es como la religión sin pecado: no funcionan, y en Haití, el capitalismo más salvaje preparó el terreno para que más tarde o temprano, cualquier catástrofe cosechara sus abundantes frutos en términos de victimarios.

El presidente Jean-Baptiste Aristide fue nuevamente derrocado el 29 de febrero de 2004 por no cumplir la imposición del FMI de privatizar bancos, la empresa cementera y la compañía telefónica nacional. El sistema seguido para ello fue muy sencillo: el FMI y el Banco Mundial instauraron un bloqueo de la “ayuda” que estaba en perfecta consonancia con los deseos del Gobierno de EEUU presidido por George Bush. Por aquellos años, el economista Jeffrey Sachs, ex asesor de los dos organismos de Bretton Woods, manifestó al respecto: «Los dirigentes estadounidenses eran perfectamente conscientes de que el embargo de la ayuda provocaría una crisis en la balanza de pagos, el incremento abrupto de la

inflación y el derrumbe del nivel de vida, lo que a su vez aumentaría el malestar contra Aristide». Y efectivamente, así fue, ya que un grupo paramilitar invadió Haití permitiendo a continuación que el presidente Aristide fuera sacado del país por tropas norteamericanas.

La doble moral del FMI en Haití

Haití, que en los años setenta era un país prácticamente autosuficiente desde el punto de vista alimentario y llegó a exportar arroz, se convirtió en la década de los noventa en una nación desvalida y dependiente que necesitaba importar el 50% de todos sus alimentos y hasta el 80% de todo el arroz, básico en la dieta de sus habitantes junto a los frijoles, hasta el punto que en estos momentos, Haití comparte con Eritrea, Liberia y Níger la categoría de país pobre sin alimentos ni combustibles. Nada de esto preocupaba antes del terremoto a los responsables del FMI, que tras la visita del equipo de funcionarios presidido por Ugo Fasano al país el 12 de febrero de 2008, señalaba en un comunicado que «la evolución macroeconómica del país era favorable», aprobándose un amplio programa sobre temas como «liberalización de inversiones públicas y eliminación de obstáculos estructurales para el crecimiento del crédito» en el país. Más de lo mismo, para seguir profundizando en las bases estructurales de la tragedia.

Ahora bien, tras la catástrofe, el FMI por boca de su director, Dominique Strauss-Kahn, no tuvo empacho de pedir a la comunidad internacional un «Plan Marshall que permita la reconstrucción integral de Haití», anunciando a bombo y platillo el ofrecimiento de 114 millones de dólares para financiar la emergencia. Sin embargo, lo que no explicaba Strauss-Kahn son las exigencias en forma de planes de ajuste macroeconómico que tenía esa ayuda y su condición de crédito a devolver, que se sumaba así a los 891 millones de dólares que Haití debía en el momento de producirse el terremoto, de los cuales, 165 millones corresponden al FMI, y que este organismo se ha negado sistemáticamente a cancelar. De hecho, los 114 millones de dólares ofrecidos por el FMI se otorgaban en forma de préstamo, a 15 años con 5 años de carencia, e intereses de mercado.

Pero, junto a los amplios desequilibrios económicos y comerciales que estas políticas generaron, se desencadenaron procesos de marginación y exclusión que profundizaron todavía más los niveles de pobreza del país, colocándolo en situación de fragilidad extrema ante cualquier contratiempo, del tipo que fuera. Era el resultado de una lógica neoliberal deliberada ensayada en otros países con los mismos resultados y las mismas responsabilidades. Hoy en Haití, ayer en Marruecos, anteriormente en Indonesia, Tailandia, Mozambique, Guatemala, Nicaragua, India, Pakistán, Bangladesh, Honduras, Armenia, Bosnia, Turquía; da igual el país, porque en todos ellos vemos a la misma población deshecha entre sufrimientos, asumiendo con la dignidad de la que carecen sus gobiernos un destino repleto de desdichas, fruto de una lógica política implacable.

Según el Servicio Geológico de los Estados Unidos, cada año se producen en el mundo unos 50 movimientos sísmicos de magnitud semejante al registrado en Haití. Sin embargo, en muy pocas ocasiones se alcanza el grado de destrucción y devastación registrado en este país por el seísmo de enero de 2010. De hecho, Japón ha venido experimentando movimientos sísmicos de magnitudes similares o incluso superiores, sin apenas víctimas, como el que vivió en agosto de 2008 de 6,6 grados y que solo originó 60 heridos. Por tanto, analizar los efectos de las catástrofes exclusivamente en términos de las víctimas causadas, achacándolas a la fatalidad del destino o los caprichos de la naturaleza, es desconocer su génesis social y política, dificultando así una adecuada prevención de los mismos.

Del oportunismo mediático al capitalismo piadoso

Las catástrofes que se vienen sucediendo en las últimas décadas se han venido caracterizando por su magnitud y complejidad, exigiendo operaciones humanitarias de una gran envergadura en la medida en que los países donde éstas se suceden, de forma más o menos cíclica, se encuentran en una absoluta incapacidad, ya no para tratar de prevenirlas, sino siquiera para ofrecer unos mínimos dispositivos de ayuda y socorro básicos para su población. Todo ello ha llevado a que nos acostumbremos a contemplar cómo estos Gobiernos descargan en las organizaciones y el personal humanitario las atenciones esenciales sobre sus habitantes, haciendo una deliberada dejación de responsabilidades que se ve con satisfacción por muchas de estas agencias humanitarias y ONG para poder demostrar así su capacidad y competencias en la industria de la ayuda, construyendo un relato épico de su intervención.

Un ritual cíclico

Con cada catástrofe, nos hemos acostumbrado a un ritual cíclico dotado de su propio código de imágenes y símbolos que está acabando por desvirtuarse hasta extremos difíciles de comprender, y que es utilizado con altas dosis de oportunismo político y como un elemento más de consumo de masas para el flamante mercado de la solidaridad, mimetizado y repetitivo. Así, tras las primeras imágenes e informaciones sobre la catástrofe en los medios de comunicación vienen las primeras ofertas de ayuda, para lo cual se fletan aviones con material de emergencia acompañados por personal humanitario y enviados especiales que van a darnos cuenta de la catástrofe sobre el terreno. Al tiempo, se suceden las promesas de ayuda y las visitas fugaces de dirigentes políticos que realizan compromisos sin límite y que quieren llevar en persona nuestras muestras de solidaridad y apoyo, comprometiéndose a no olvidar el país de cara a su reconstrucción. Posteriormente, y a medida que se reciben

informaciones sobre la magnitud del drama y su coste en víctimas humanas, se realizan peticiones para recoger dinero por parte de las ONG, pasando a informar mediante anuncios y cuñas publicitarias de sus cuentas corrientes, poniéndose en marcha espectáculos solidarios de todo pelaje con la noble finalidad de recoger dinero para una futura reconstrucción, sin saber bien de qué ni en qué plazos. La comunidad internacional anuncia planes de reconstrucción y conferencias de donantes que difunden cantidades millonarias de ayuda para los próximos años, aunque con el paso del tiempo esas cantidades no llegan. Todo ello se acompaña de informaciones que van diluyéndose con el tiempo a medida que pierde interés la explotación mediática del drama humano y de sus imágenes icónicas, hasta que las informaciones sobre la catástrofe acaban por desaparecer por completo de los medios de comunicación. Posiblemente, otra nueva tragedia sustituya a la anterior y alimente de nuevo el bucle, o simplemente todo se mantenga latente a la espera de desplegar el ritual, si cabe con mayor énfasis.

En Haití todo ha funcionado a la perfección desde el momento en que se empezaron a recibir las primeras informaciones del terremoto, desplegándose este ritual con precisión matemática.

Con cada catástrofe se genera un ritual cíclico dotado de sus propios códigos que, utilizado con altas dosis de oportunismo político, es un elemento más de consumo de masas para el flamante mercado de la solidaridad

La ayuda gubernamental de España a Haití

La catástrofe de Haití coincidió con la presidencia europea que ocupaba España en el primer semestre de 2010, así como con la entrada en vigor del Tratado de Lisboa y las primeras semanas al frente de la cúpula comunitaria a cargo de Herman Van Rompuy como nuevo presidente de la UE, y la británica Catherine Ashton como alta representante de la Política Exterior y de Seguridad. España estaba, por ello, en el punto de mira, al tiempo que la falta de rodaje e incluso la inexperiencia de los nuevos alto cargos comunitarios, especialmente de Ashton, obligó al Gobierno español a asumir un perfil mucho más activo en relación con la ayuda humanitaria a este país. No son casuales las visitas de miembros del Gobierno español a Haití, como las de la vicepresidenta los días 17 y 18 de enero, cuando la propia alta representante de la Política Exterior y de Seguridad de la UE nunca llegó a viajar al país sin hacer tampoco acto de presencia en las diferentes reuniones internacionales relacionadas con la ayuda al país.

La cooperación española puso en marcha desde que se tuvo conocimiento de la catástrofe un dispositivo de emergencia basado en la oficina de acción humanitaria de la AECID en coordinación con la OTC de Santo Domingo, utilizando el centro de acopio en Santo Domingo, así como el flamante Centro Logístico Humanitario de la Cooperación Española en Panamá. En los treinta días siguientes al terremoto se coordinaron un total de 26 vuelos, de los cuales, 16 fueron fletados por la AECID, cuatro por el Ministerio de Defensa y seis por la Cruz Roja, posibilitando el traslado de personal especializado en rescates, personal médico, material básico y de asistencia sanitaria. Al mismo tiempo, se permitió el viaje de un equipo de una treintena de periodistas de diferentes medios de comunicación, así como el envío de una unidad de búsqueda y rescate de la Unidad Militar de Emergencias. El papel del nuevo Centro Logístico Humanitario en Panamá fue menor del esperado, ya que desde esta base se movilizaron envíos que totalizaron las 91 toneladas, una parte de las cuales fueron donadas por el Gobierno salvadoreño, mientras que desde España se movilizaron envíos que sumaron 73 toneladas. Al mismo tiempo, el Gobierno español envió un contingente de 23 miembros de la Guardia Civil, así como una Agrupación Táctica Militar formada por el Buque de asalto anfibio *Galicia*, que llegó a Petit Grove el 4 de febrero, junto a una unidad sanitaria, otra unidad aérea y una última unidad de ingenieros y zapadores, con una duración de tres meses.

A los pocos días del terremoto, en reunión de Consejo de Ministros, el Gobierno español aprobó un crédito FAD no reembolsable de 5 millones de euros para la compra de bienes y servicios a Haití. Se utilizó para ello el instrumento más polémico y cuestionado de toda la historia de la cooperación española justamente cuando estaba siendo tramitada su reforma legal en el Parlamento, teniendo así un componente de desprecio por la vía utilizada para canalizar esta ayuda. Con posterioridad, el Consejo de Ministros de 9 de abril autorizó el gasto de 21,3 millones de euros para afrontar adquisiciones del Ministerio de Defensa en Haití, junto a otros 0,5 millones para hacer frente a diferentes gastos de la AECID en la operación de ayuda. Es decir, 43 veces más ayuda al ejército español que a la AECID en este acuerdo.

Al mismo tiempo, la AECID canalizó convenios con Acción Contra el Hambre y Cruz Roja por importe de 750.000 euros, comprometiéndose el 10% del presupuesto de emergencia de próximos años para Haití, una decisión sin precedentes en la cooperación española. Finalmente, se asignaron otros 26,9 millones de euros para aportaciones de emergencia a través de organizaciones multilaterales de distinta naturaleza, entre las que destaca el Programa Mundial de Alimentos con 13,3 millones, UNICEF con 9,2 millones, la Organización Panamericana de la Salud con 2,75 millones y el PNUD con 1,3 millones. También debe destacarse el convenio con la Universidad de Granada para realizar identificaciones genéticas, así como la labor de coordinación llevada a cabo entre diferentes administraciones públicas.

La propia AECID solicitó, por diferentes vías y canales, el ingreso de aportaciones de particulares en una cuenta corriente abierta a tal afecto, una decisión tan polémica como

cuestionable, en mayor medida cuando en anteriores catástrofes humanitarias se procedió del mismo modo, generando escándalos e irregularidades muy graves relacionadas con el control y uso de los ingresos, como puso de manifiesto en su día el Tribunal de Cuentas. A 17 de marzo de 2010, la recaudación en la cuenta bancaria habilitada por la AECID para la recaudación de fondos destinados a paliar las consecuencias del terremoto de Haití mediante la inserción de anuncios en los medios de comunicación ascendía a 2,41 millones de euros, si bien, no se informó del destino final de estos ingresos. También comunidades autónomas como la valenciana actuaron de la misma forma, si bien, ni siquiera han llegado a informar de las cantidades obtenidas.

Dinero recaudado por las ONG y las comisiones bancarias

Por su parte, las ONG españolas hicieron un despliegue sin parangón para recaudar dinero desde el día siguiente al terremoto, llegando a obtener a los 30 días posteriores al desastre una cifra histórica que superaba los 72 millones de euros, colocando así a España al mismo nivel que los países que más ayuda han canalizado a través de ONG, como Estados Unidos, Canadá e Inglaterra. De ese dinero, el 78% se ingresó a través de transferencias bancarias según datos ofrecidos por la Asociación Española de Fundraising. Lo sorprendente es que, si bien muy pocas ONG españolas estaban trabajando en el terreno en Haití antes del terremoto con trayectoria, incidencia, compromiso y conocimiento, fueron la gran mayoría de ellas las que se lanzaron a pedir dinero: grandes y pequeñas, internacionales y locales, muchas de ellas sin experiencia en la región o en la ayuda humanitaria, informando de sus cuentas corrientes e incluso llegando a pedir medicamentos, ropa y alimentos, justamente lo que no se debe recoger ante una catástrofe como esta. Parecía que Haití brindaba una magnífica oportunidad para afianzarse en el mundo de la solidaridad a muchas organizaciones que venían sufriendo la crisis económica, haciendo de la ayuda humanitaria su elemento de legitimidad social como ya ocurrió en el año 1994 con la tragedia de los Grandes Lagos. Pero el sector crece, y si los informes internacionales destacaron negativamente que a esta catástrofe acudieran solícitas unas 225 ONG diferentes, 16 años después a Haití han acudido más de 600, algunas de ellas ofreciendo un espectáculo deplorable, frente a otras que por el contrario, han tratado de llevar a cabo un trabajo valioso en línea con la trayectoria y el conocimiento que han acumulado durante años en el país. Sin embargo, son escasísimas las ONG que optaron por hacer una labor de denuncia, información y presión social sobre las condiciones económicas, políticas y sociales de Haití, entre las que destacan ACSUR-Las Segovias, Ingenieros Sin Fronteras y el Observatorio para la Deuda y la Globalización.

Pero, en la medida en que las ONG apostaron por la recaudación de dinero entre los ciudadanos, una vez más surgió una importante polémica por el papel de bancos y cajas

en la recaudación de estos fondos y en el cobro de comisiones muy elevadas por realizar estas aportaciones humanitarias. El mínimo que cobraban las entidades bancarias era de 7 euros incluso por una transferencia de 10 a las organizaciones humanitarias, con comisiones que han oscilado entre el 11 y el 25%, llegando en algún caso incluso al 70%, por lo que todo hace suponer que los beneficios obtenidos directamente con la cuantiosa suma que los ciudadanos ingresaron a las ONG fueron muy elevados, pudiéndose estimar a la luz de los datos señalados entre 6,1 a 25 millones de euros. Este es un tema tan polémico como recurrente cada vez que sucede una gran catástrofe, habiendo surgido ya con anterioridad con motivo del huracán Mitch en 1998 y el tsunami del sureste asiático en 2004. Hasta tal punto que el Gobierno español se comprometió en el Congreso de los Diputados en el año 2005, a evitar que bancos y cajas pudieran seguir cobrando estas comisiones en el futuro, al igual que había hecho el Parlamento Europeo en 2004. A pesar del tiempo transcurrido, el vacío normativo permite que se sigan aplicando estas elevadas comisiones bancarias, y lo que es más grave, no han sido pocos los bancos y cajas de ahorro que han llegado a publicar anuncios en prensa reclamando el ingreso de dinero en cuentas de sus propias entidades para ser ellos quienes, con posterioridad, entreguen el dinero recogido a las instituciones por ellas elegidas, lo que supone una grave disfuncionalidad del sistema internacional de ayuda.

La imagen y los mensajes latentes

Mención aparte merece el despliegue informativo que desde el primer momento acompañó al terremoto. Fueron numerosos los medios que desplegaron periodistas sobre el terreno, algunos de los cuales fueron trasladados por la propia AECID, quien puso sus infraestructuras, medios e incluso al personal diplomático y técnico al servicio de estos informadores, impidiendo con ello que pudieran atender otras obligaciones más acuciantes. Buena parte de estas informaciones abusaron de una banalización en las imágenes y mensajes que, en no pocas ocasiones, llegaron a utilizar de forma deliberada el horror de la situación, llegando a vulnerar la dignidad de las víctimas, que se filmaron con una crudeza como no habíamos visto con anterioridad: cadáveres completamente desnudos de hombres, mujeres y niños, formando montañas o enterrados como basura en fosas comunes. La pobreza extrema de la población junto al hecho de que fueran negros, activó una mezcla explosiva que dio como resultado latente el mensaje del salvaje desesperado, con informaciones de pillajes, robos, violencia, ante los que solo el ejército era capaz de lanzar su salvadora ayuda desde helicópteros. El sufrimiento se había transformado en horror y las víctimas pasaban a ser peligrosas hordas hambrientas y sedientas ante las que solo unos arriesgados cooperantes escoltados por el ejército podían socorrer. Y mientras tanto, se apelaba una y otra vez a la generosidad de los ciudadanos para que hicieran aportaciones económicas, sin explicarse bien la finalidad y el destino de las mismas.

La construcción de un capitalismo piadoso

Posiblemente, todo ello fuera necesario para abundar en una construcción intelectual basada en la idea de un capitalismo piadoso en sus respuestas así como en la manera de intervenir y aprovechar la ayuda humanitaria ante una catástrofe como el terremoto de Haití. La misma comunidad internacional que ha sido de forma efectiva quien ha gobernado Haití desde el golpe de 2004, es quien ahora se ha lanzado a enviar ayuda humanitaria, aunque se negara a ampliar el mandato de la misión de la ONU en el país, más allá de su objetivo militar inmediato, tratando de mejorar la salubridad, la habitabilidad, la gobernanza o la satisfacción de servicios básicos para la población.

Las imágenes que vemos habitualmente en los medios de comunicación cada vez que se produce una calamidad como la que se ha dado en Haití, debe llevarnos a pensar que, por encima de la necesaria solidaridad que estas catástrofes desatan, hay que poner en marcha mecanismos políticos supranacionales que obliguen a estos países a salvaguardar y proteger a su población para evitar que la generosa ayuda humanitaria se convierta en una simple caricatura de tanta desidia política durante décadas.

Tan preocupados como estamos por establecer un nuevo orden mundial y en dotar de contenido a las instituciones internacionales, nos ha llevado a olvidar establecer mecanismos que obliguen a tantos Gobiernos a emplear parte de sus recursos en evitar que sus poblaciones se conviertan cíclicamente en silenciosas víctimas a las que solo les queda la generosidad de las ONG. Ni las ONG pueden reemplazar a los Gobiernos, ni tampoco deben jugar a hacerse cargo de las políticas estrictamente públicas, sin que ello suponga en absoluto renunciar a su valiosa aportación y mucho menos, dejar de valorar la impresionante muestra de generosidad a través de las contribuciones que estas organizaciones vienen haciendo en situaciones tan dramáticas, proporcionando ayuda vital a poblaciones que de otra forma estarían abandonadas a su suerte. No podemos renunciar a nuestro legítimo derecho a indignarnos ante las catástrofes que se suceden y mucho menos, dejar de mostrar lo mejor de cada uno de nosotros, haciendo llegar nuestros sentimientos y nuestro apoyo a tantas personas que sufren y lo necesitan; pero es ilusorio pensar que tanto desastre y tanta calamidad pueden solucionarse solo con la compasión de las ONG y la solidaridad de cada uno de nosotros, ante la ineficiencia de los Gobiernos y la voracidad de un sistema económico y político mundial en el que los pobres siempre son los perdedores.

Pocas veces se ha analizado en profundidad la estrategia de ayuda humanitaria desplegada por la comunidad internacional ante catástrofes. La experiencia contraproducente que se vivió ante la tragedia de los Grandes Lagos, en el año 1994, y los graves errores que allí se cometieron, apenas fueron evaluados por algunos donantes, como Dinamarca y Noruega, lo que llevó a que se volvieran a repetir en sucesivos dramas posteriores. Años

después, la magnitud del desastre causado por el tsunami que asoló el sudeste asiático en diciembre de 2004, junto a la intensidad de la ayuda que la comunidad internacional desplegó, así como las numerosas contradicciones y errores que se cometieron, llevaron a una evaluación de la ayuda posterior al tsunami que arrojó muchas más luces que sombras, evidenciando que buena parte de las promesas de reconstrucción de los donantes se incumplieron. En el caso de España, las conclusiones en el marco de la Tsunami Evaluation Coalition no pudieron ser más concluyentes: «España es un donante inoperativo por sus mecanismos de financiación rígidos, lo que igualmente limita su capacidad de ayudar en consonancia con las necesidades y contribuir positivamente a los esfuerzos de ayuda a nivel internacional». Esperemos que se hayan aprendido las lecciones necesarias para evitar la repetición de errores y descuidos. Por ello, el deseo de esperanza que todos compartimos nos exige conocer e interpretar mejor una realidad tan amarga como la que se nos presenta tras cada catástrofe.

Algunas reflexiones finales y lecciones estructurales para una mejora de la ayuda humanitaria

Para una adecuada prevención, actuación e intervención sobre catástrofes es imprescindible conocer convenientemente las condiciones estructurales del país desde una perspectiva muy amplia, incluyendo su evolución económica, social y política, las condiciones sociales de su población, su habitabilidad y condiciones de pobreza en el sentido más amplio del término. Son estos factores los que van a determinar el posible número de víctimas y damnificados, en mayor medida que la magnitud e intensidad de la calamidad. Por tanto, la génesis política y social de las catástrofes debería ser un elemento a incluir a la hora de conocer y evaluar su impacto.

Al mismo tiempo, las decisiones y acuerdos de las instituciones multilaterales sobre los países tienen consecuencias estudiadas desde hace tiempo, que también inciden sobre el efecto de las catástrofes, algo que hasta la fecha se ha venido ignorando. Este es un factor que debería incorporarse a la hora de evaluar con carácter previo los acuerdos institucionales a aplicar sobre los países en desarrollo.

Los países sobre los que Naciones Unidas ejerzan un tutelaje en forma de misión internacional en el país deben proceder a reconstruir y fortalecer las estructuras institucionales del propio país, en mayor medida si el país es proclive a registrar desastres naturales, algo a lo que deben comprometerse especialmente los países que forman parte de esas misiones internacionales.

Europa debería avanzar hacia la construcción de mecanismos institucionales y técnicos

capaces de articular la ayuda humanitaria de sus países miembros, en el marco de su política de ayuda al desarrollo, evitando así contradicciones e intereses políticos, militares o estratégicos, y en coordinación estrecha con otros grandes donantes, especialmente de carácter regional e institucional. Para ello, debería reforzarse el papel de la ONU en este campo, mediante la creación de una agencia mundial de ayuda humanitaria, de carácter civil, y desvinculada del Ejército. España debería delimitar con mayor precisión el protocolo de intervención ante desastres de forma que se pueda conocer con precisión cómo intervenir ante cada catástrofe, quien lo hará, plazos, formas, medios e instrumentos, para evitar la sensación de que con cada uno de estos acontecimientos surjan todo tipo de entidades para pedir dinero, sin que vuelva a saberse más acerca de su destino ni su labor en la ayuda a las víctimas. La AECID y las instituciones públicas deben renunciar a pedir donativos a la población, algo que debe establecerse por Ley.

Únicamente deberían de intervenir en los países afectados por catástrofes aquellas organizaciones que estén trabajando en el país o tengan experiencia contrastada en ofrecer dispositivos de ayuda de emergencia. Esto no significa que otras entidades sociales no puedan intervenir o recabar ayuda y esfuerzos, sino que deberían hacerlo a través de estas organizaciones. Al mismo tiempo, toda institución privada que reclame dinero de los ciudadanos a costa de una calamidad o con la finalidad aparente de ayudar a las víctimas deberá estar obligada a rendir cuentas públicas de este dinero, volumen, destino y empleo de las cantidades, bajo sanción en caso de no hacerlo. Las entidades bancarias y cajas de ahorro no podrán pedir donativos, al tiempo que se debería impedir por Ley que apliquen comisiones de ningún tipo a las transferencias e ingresos que realicen a las entidades solidarias para ofrecer ayuda humanitaria o cooperación al desarrollo.

Debería revisarse en profundidad el papel y la actuación de los medios de comunicación ante catástrofes, especialmente bajo la intervención de la cooperación española. El sector debería reflexionar en profundidad sobre su responsabilidad en la generación de mensajes e imágenes que se alejan de la información para tratar de alimentar sencillamente el espectáculo a costa de vulnerar la dignidad de sociedades enteras.

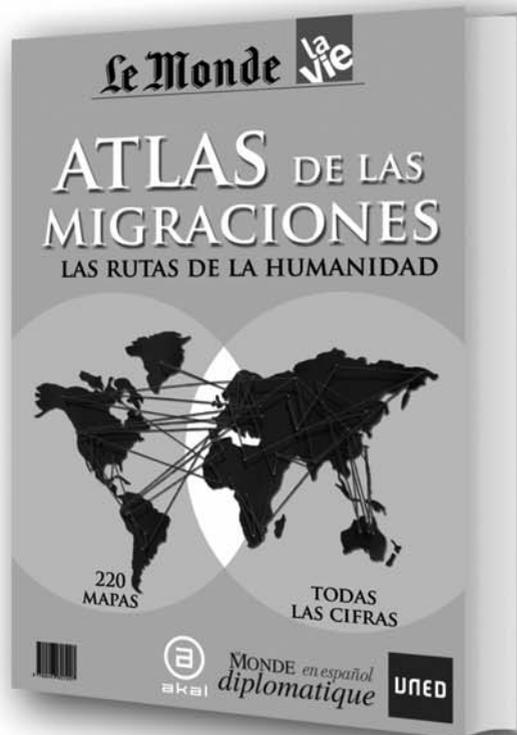
España debe evitar la progresiva militarización de la ayuda humanitaria así como la utilización de instrumentos comerciales, generadores de deuda o crediticios. Los trabajos de reconstrucción tienen que concebirse desde la participación y la autonomía plena de la sociedad y sus víctimas. Todas las intervenciones humanitarias deberían ser sometidas a evaluaciones independientes, durante y después de haberse puesto en marcha, que a su vez deberían ser analizadas por todos los agentes e instituciones implicadas, siendo sus resultados trasladados a la sociedad.

Le Monde



ATLAS DE LAS MIGRACIONES

LAS RUTAS DE LA HUMANIDAD



208 páginas.

220 cartografías, gráficos y diagramas.

Textos breves y sintéticos.

Cronologías, bibliografía, sitios internet...

Elaborado por un equipo de más de 200 especialistas entre historiadores, antropólogos, geógrafos, cartógrafos, demógrafos, sociólogos, periodistas, diagramadores...

Boletín de pedido

Puede enviarnos el boletín recortado, fotocopiado o transcrito a mano a:
Fundación Mondiplo, c/Aparisi i Guijarro nº5, 2ª C.P. 46003, Valencia o en el Fax: 902.212.160.

Deseo adquirir _____ ejemplar/es del **Atlas de las Migraciones** a un precio de **15 euros** por ejemplar.
Envío gratuito para España (resto del mundo más 1 euro por ejemplar)

Nombre y apellidos: _____ Dirección: _____

_____ Población: _____

Provincia: _____ Distrito: _____ Teléfono: _____

Correo electrónico: _____

FORMA DE PAGO:

Transferencia a La Caixa,
C./C. 2100 / 3456 / 10 / 2200216710

VISA fecha caducidad

Adjunto cheque nominativo
a favor de Fundación Mondiplo

AMERICAN EX fecha caducidad

Si lo prefiere puede realizar el pedido del Atlas de las Migraciones en el teléfono: 96.391.51.13
o a través de nuestra página web: www.monde-diplomatique.es

**Economía solidaria y participación ciudadana:
un balance de la innovación iberoamericana**

161

José Luis Fernández Casadevante, Alfredo Ramos y Ariel Jerez

Periscopio

Economía solidaria y participación ciudadana: un balance de la innovación iberoamericana*

Se analizan aquí los elementos que algunas experiencias (promovidas tanto por las administraciones públicas como por la sociedad civil) aportan a la hora de pensar la relación entre democracia participativa y economía solidaria. Durante las últimas dos décadas se han extendido considerablemente iniciativas de participación ciudadana, que abordan un amplio abanico de temáticas y que se han producido prácticamente en todos los campos de las políticas públicas. Más allá de la tendencia general de consolidación de una democracia de baja intensidad, se desarrollan diferentes iniciativas de profundización democrática reflejadas, por ejemplo, en algunos de los nuevos textos constitucionales latinoamericanos en los que se habla de democracia representativa, participativa y comunitaria.

La enorme diversificación de experiencias de participación ciudadana es sinónimo de un amplio abanico de mecanismos a través de los cuales se canaliza dicha participación. Más allá de los parámetros y mecanismos habituales, es necesario recordar los cambios que han atravesado en la última década los actores de los procesos participativos. Han ganado visibilidad nuevos sujetos (indígenas, mujeres, desocupados...) que aportan una pluralidad de demandas que evidencian la necesidad de poner en marcha nuevos mecanismos de participación. Estos mecanismos innovadores incluyen la proliferación de espacios de deliberación y cogestión de proyectos desde una perspectiva comunitaria

José Luis Fernández Casadevante y Alfredo Ramos son miembros de Garúa-Intervención Educativa S. Coop. Mad. y colaboradores del CIP-Ecosocial y del Departamento de Sociedad Civil Global del ICEI.

Ariel Jerez es profesor de Ciencias Políticas (UCM) y colaborador del Departamento de Sociedad Civil del ICEI

* Este texto sintetiza algunas de las ideas más relevantes de la colaboración entre el departamento de Sociedad Civil Global del ICEI y el Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo (CLAD), de cara a la elaboración de la Carta Iberoamericana de Participación [<http://www.clad.org/documentos/declaraciones/carta-iberoamericana-de-participacion-ciudadana/view>] El trabajo desarrollado desde el ICEI consistió en el análisis de experiencias de participación ciudadana en los Estados firmantes de la carta y el análisis de las referencias en los textos constitucionales y otras iniciativas legislativas a la participación ciudadana. La investigación estuvo coordinada por los profesores Juan Carlos Monedero y Ariel Jerez y contó con la participación de Alfredo Ramos, Jose Luis Fernández, Alberto Brasero, Antonio Hernández y Ana Ortega. El documento generado puede consultarse en: http://www.ucm.es/info/icei/#item=areas/07_sociedad_civil/main.xml;lang=ES.

(integrando una gestión mixta de los recursos). Incorporando, también, la consolidación de las experiencias autogestionarias promovidas por la sociedad civil y el reconocimiento de otras formas de gestión del territorio y de organización social vinculadas al autogobierno de las culturas indígenas en el marco de lo que se viene debatiendo como *Estado plurinacional*.

Las experiencias analizadas (por país) en este texto son:

Experiencia	Descripción
Movimiento de Empresas Recuperadas (Argentina)	Tras la crisis argentina de 2001 se extienden los procesos de recuperación de cerca de 200 fábricas que han dado empleo directo a cerca de 15.000 personas. Son fábricas que funcionan bajo modelos cooperativos
Programa de Agricultura Urbana de Rosario (Argentina)	Se inicia a mediados de la década de los noventa y busca solventar problemas de exclusión social a través de emprendimientos comunitarios. Hoy existen más de 700 huertos y su desarrollo se vincula a otras políticas públicas del municipio.
Reconstrucción del <i>ayllu</i> (Bolivia)	Los movimientos indígenas bolivianos buscan reactualizar la expresión del <i>ayllu</i> como forma de fortalecimiento comunitario, basado en formas históricas de organización social, que apunta hacia el autogobierno
Presupuesto Participativo de Porto Alegre (Brasil)	Nace en 1989 y es la primera experiencia de elaboración participativa del presupuesto municipal a través de una estructura que combina criterios técnicos de redistribución junto a asambleas territoriales y temáticas.
Iniciativas agroecológicas del MST (Brasil)	Desde mediados de los noventa, el Movimiento de Trabajadores sin Tierra empieza a poner en marcha en sus asentamientos emprendimientos agroecológicos que han supuesto un importante avance en términos de soberanía alimentaria.
Incubadora Tecnológica de Cooperativas Populares (UNICAMP) (Brasil)	La ITCP de la Universidad Estatal de Campinas surge en el 2001 como un proyecto de extensión comunitaria e investigación. Promueve nuevas formas de interacción entre universidad y comunidad y ha puesto en marcha unas 30 cooperativas.
Presupuesto Participativo de Belo Horizonte (Brasil)	Puesta en marcha en 1993, esta experiencia articula el presupuesto participativo con otras políticas públicas de planificación urbana participativa y con la participación digital.
Referéndum sobre el TLC (Costa Rica)	Es un referéndum contra la aprobación del TLC Estados Unidos-Guatemala impulsado por las entidades de la sociedad civil costarricense.
Asamblea de Unidad Cantonal de Cotacachi-AUC (Ecuador)	Puesta en marcha en 1996, la AUC busca estructurar las bases de la planificación local del municipio. Elabora un Plan de Desarrollo y pone en marcha un proceso de Presupuesto Participativo potenciando la participación indígena y de mujeres.
Estructuras Financieras Locales de Azua y Cañar (Ecuador)	Las Estructuras Financieras Locales (EFL) surgen en zonas rurales de altos niveles de pobreza, orientadas a prestar servicios de ahorro y crédito a partir de las remesas de los migrantes.
Innovaciones democráticas en Santa Cristina d'Aro (España)	Desde 2003 funciona esta experiencia en un pequeño municipio de Girona, combinando asambleas territoriales (barrio) con temáticas, junto con el fomento de la participación de la infancia, la juventud y las mujeres.
Mesa de Concertación para la Lucha Contra la Pobreza de Puno (Perú)	A partir de 2001 se pone en marcha una estrategia descentralizada para enfrentar la problemática de la pobreza en Perú, estructurada a través de las Mesas. La de Puno es un ejemplo de esta estrategia.
Comedores Populares (Perú)	A finales de los años setenta surgieron los Comedores comunales, como iniciativa femenina que suponía una forma de organización colectiva desde abajo para satisfacer necesidades de alimentación.
Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda y Ayuda Mutua-FUCVAM (Uruguay)	Nacidas en 1966, simultanean una propuesta innovadora de desarrollo comunitario y una solución del problema habitacional para amplios sectores de la sociedad. Está integrada por cerca de 20 mil familias en más de 500 cooperativas por todo el país.
Misiones (Venezuela)	El Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social (2001- 2007), pone en marcha una nueva institucionalidad democrática que vincula los derechos sociales con la participación ciudadana. Las Misiones serán la herramienta más importante en los ámbitos educativo, sanitario y cultural.

La reinención de lo público o la desmercantilización de la economía

Gran parte de las innovaciones derivadas de la apertura de esferas públicas deliberativas y de procesos de democracia participativa respecto a la gestión pública, pueden leerse desde la idea que Emir Sader plantea de la desmercantilización: «La esfera democrática es la esfera pública, la esfera de universalización de derechos. [...] Democratizar es desmercantilizar, sacar de la esfera mercantil y llevar a la esfera de la solidaridad, de la complementariedad, del intercambio, a la esfera pública».¹ En este sentido es un proceso de (re)politización en cuyo interior se da la recomposición de mapas cognitivos para la comprensión de cómo operan los vínculos de interés, la legalidad y las coaliciones entre actores sociales, económicos, burocráticos, institucionales y mediáticos, donde la participación permite reacomodos y la reformulación de proyectos de convivencia, reconocimiento y redistribución social.

En la última década han cambiado los actores de los procesos participativos y han ganado visibilidad nuevos sujetos: indígenas, mujeres, desocupados...

Algunas de las variables que están avanzando en este proceso, que no tiene por qué limitarse a la esfera local o municipal, sino que está mostrando avances también en las relaciones transnacionales o en las relaciones entre Estados, son:

1. *Políticas redistributivas de bienes y servicios públicos*: algunas experiencias de Presupuesto Participativo (como las brasileñas de Porto Alegre y Belo Horizonte o la española de Santa Cristina de Aro) promueven, a través de la deliberación participativa, la inversión de prioridades, que implica que el presupuesto se destine a áreas y políticas anteriormente excluidas o marginalizadas de la inversión pública, mediante la participación de actores que anteriormente no contaban con posibilidades de influir en la planificación pública. Estos elementos están acompañados por la apuesta por la redistribución en la extensión de servicios y equipamientos públicos a nivel territorial.
2. *Nuevos saberes para la detección de las necesidades sociales*: en todas estas experiencias cobra un rol decisivo la valorización de los diferentes saberes (técnicos, ciudadanos, saberes de uso, saberes políticos... etc.) y su interacción de cara a analizar las necesi-

¹ E. Sader, «¿Qué es una prensa pública?», en María Belén Albornoz y Mauro Cerbino (coords.), *Comunicación, cultura y política*, FLACSO-Ecuador, Quito, 2009, p. 113.

dades de la población. La valorización de los saberes de sujetos excluidos (como las mujeres y los indígenas en la Asamblea de Unidad Cantonal de Cotacachi) va de la mano de la aplicación de saberes más técnicos para la garantía de las políticas de redistribución socioterritorial (como los indicadores usados en Porto Alegre y Belo Horizonte).

3. *Un nuevo marco para las políticas sociales:* se avanza tanto en el elemento redistributivo, como en el reconocimiento de la diversidad de actores con posibilidad de definir y diseñar políticas públicas. Frente a procesos en los que el llamamiento a la participación de la sociedad civil ha sido el paraguas para la privatización de los servicios públicos, se trata de mejorar el rol del Estado y su relación con la ciudadanía.

El caso de las Misiones en Venezuela es un ejemplo de cómo mejorar la articulación de las políticas públicas con la organización comunitaria, superando las instancias burocráticas, creando vínculos de comunicación directa entre sociedad civil y Estado y generando una estructura institucional referida a las agendas de las misiones, facilitando la asignación de recursos o su manejo extrapresupuestario.

4. *Nuevos espacios de decisión sobre prácticas y políticas económicas:* se producen diversos espacios de articulación entre procesos participativos de planificación, siendo las experiencias más significativas aquellas en las que interactúan planes de desarrollo local o planes de ordenación urbana diseñados y aplicados de manera participada, con la distribución de recursos a través de presupuestos participativos. Otros mecanismos de articulación se dan entre escalas como las Mesas de Concertación para la Lucha Contra la Pobreza en Perú (que abarcaba desde la escala nacional a la local). Más allá de la esfera local donde están asentadas la mayor parte de las prácticas de economía desmercantilizada, se observa cómo el espacio de decisión democrática sobre lo económico es susceptible de ampliarse a otras escalas. Encontramos el Referéndum sobre el TLC en Costa Rica promovido por la sociedad civil o algunas prácticas de codesarrollo como las generadas desde las Estructuras Financieras Locales en Ecuador, donde se conforma un espacio que comunica realidades locales más allá de realidades nacionales y que está orientado a la facilitación de las condiciones para la apertura de espacios de participación de escala local (aunque estos, posteriormente, pongan en marcha articulaciones de escalas mayores).

5. *Es posible la participación en la esfera financiera:* experiencias como las Estructuras Financieras Locales de Azua y Cañar han transformado la gestión de las remesas potenciando los efectos de este flujo monetario dentro de las comunidades, al hacer que recursos destinados a la esfera privada-familiar se socialicen como fuente de recursos para el resto de la comunidad y para todas las familias, independientemente de si reciben o no remesas. La participación se asocia al desarrollo de ciclos financieros de carácter local, orientados a promocionar el tejido productivo (mayores intereses por los ahorros, presta-

mos menos caros), circulación local de los excedentes creados para que se reviertan en mejorar tanto el capital social como el económico-productivo de la localidad.

Innovaciones desde la sociedad civil: satisfacción de necesidades y reconstrucción de vínculos

La agudización de las políticas neoliberales y de ajuste estructural durante la década de los años noventa en América Latina implicó un recorte del gasto público, privatizaciones, paro, aumento de la pobreza extrema o sucesivas crisis económicas. Estas políticas impactaron de una manera generalizada sobre los sectores más vulnerables de las distintas sociedades, que fueron asumiendo un descrédito progresivo hacia los partidos tradicionales y las concepciones económicas dominantes en la región.

Una sociedad civil subordinada a los designios de la macroeconomía y abandonada por muchas de sus instituciones, se vio obligada a poner en marcha una pluralidad de iniciativas socioeconómicas que mientras satisfacían las necesidades más básicas de la población, esbozaban los principales rasgos de lo que podríamos concebir como una economía social emergente en la región. Los principales rasgos que podrían compartir las distintas experiencias serían:

1. *Las luchas sociales son productivas.* En los últimos ciclos de movilización que han recorrido los distintos países del continente, se han puesto en marcha o han ganado legitimidad, visibilidad e impacto social, las iniciativas de economía social más innovadoras. Han adoptado la forma de luchas protagonizadas por nuevos sujetos sociales: indígenas, trabajadores mayores de 40 años, desocupados, mujeres y campesinos.
2. *Satisfacción de las necesidades primarias.* Estas experiencias se han orientado a garantizar la subsistencia de miles de personas en situación de exclusión social o en peligro de verse arrastradas a ella. Los Comedores Populares de Lima serían un ejemplo de cómo mujeres, que habían participado de luchas sociales cocinando para huelguistas, deciden organizarse colectivamente para garantizar la alimentación a sus familias. Los datos de 2003 nos muestran cómo 150 mil socias gestionan 2.775 comedores autogestionados y otros 1.930 subsidiados con alimentos por el Estado.
Otra iniciativa ilustrativa sería la forma en la que la ciudad argentina de Rosario afrontó durante la crisis de 2001 los problemas de exclusión social. El movimiento de huerteros urbanos presionó para que se promocionaran emprendimientos productivos de carácter comunitario, orientados a garantizar la alimentación de los pobres urbanos mediante la generación de ingresos, a la vez que se recuperaban espacios públicos degradados. Un total de 700 huertas comunitarias, generan ingresos para cerca de 2.000 personas.

3. *Diluir la frontera entre productivo y reproductivo.* Muchas de estas iniciativas económicas encontrarían artificial esta diferenciación entre generación de riqueza y reproducción de las condiciones de vida, y la vinculación de las actividades de cuidado de la vida a las actividades productivas.

Los Comedores Autogestionados de Lima no se crean para vender ni obtener ganancias, incluso se financian con los propios recursos de quienes trabajan en ellos, son un mecanismo de autoayuda en el que «las personas pobres destinan recursos a las más pobres».

Se han producido otras experiencias como las del Movimiento de Empresas Recuperadas en Argentina durante 2001. Los antiguos empleados de 200 fábricas endeudadas y abandonadas por sus propietarios las recuperaron y reorganizaron bajo forma cooperativa. Ello supuso que se conservaran 15.000 empleos en muchas de ellas se han creado instalaciones como guarderías y comedores.

4. *Valorizar el territorio.* Estas experiencias tienen un marcado arraigo territorial, un fuerte vínculo con los espacios en los que se encuentran insertadas, apostando por garantizar sus sostenibilidad. La agricultura urbana de Rosario sería una muestra de ello, pero podemos nombrar también las experiencias agroecológicas puestas en marcha en los asentamientos del Movimiento Sin Tierra de Brasil (MST), la forma en la que se diseñan y construyen colectivamente los barrios de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM), el diseño de Barrios Productivos en términos de agricultura urbana en los nuevos desarrollos urbanos de Rosario o diferentes experiencias de ecoturismo puestas en marcha por comunidades indígenas por todo el continente.

5. *Recuperar saberes despreciados por el mercado.* Muchos conocimientos no reconocidos, ni valorados oficialmente, puestos a funcionar bajo otras lógicas pueden convertirse en recursos a partir de los cuales constituir iniciativas económicas. Un fenómeno que vemos en el valor dado a los saberes domésticos en la gestión de los comedores populares, el del campesinado tradicional frente a los agronegocios en las áreas rurales donde tiene asentamientos el MST o los saberes de los propios empleados que en régimen de cooperativa forman parte de las decisiones estratégicas sobre la producción en las Fabricas Recuperadas.

Querriamos destacar en este aspecto la experiencia de la Incubadora Tecnológica de Cooperativas Populares de la Universidad de Campinas (UNICAMP, en el interior del Estado de São Paulo, Brasil), donde se adaptaron los métodos de la educación popular para adultos y jóvenes a los procesos de formación de cooperativas, al tiempo que se traducen cuestiones o conceptos más teóricos del mundo empresarial, tecnológico y de producción a lenguajes coloquiales. El proceso de formación parte de reconocer la capacidad emprendedora de grupos situados en franjas de exclusión social, y cuyas capacidades derivan más de las habilidades alcanzadas para su supervivencia en estas situacio-

nes que las capacidades que habitualmente se demandan o se reconocen en la formación laboral.

6. *Reinventar la comunidad y la cooperación.* Implica la democratización de la esfera productiva mediante la apuesta por aproximar estos emprendimientos económicos a las comunidades humanas en las que se insertan. Se promueve para ello lo que podríamos denominar como inserción territorializada de la producción, al tratar de generar unos canales de distribución y consumo comunitarios que paralelamente a los del mercado ayuden a consolidar económicamente las empresas.

Asimismo, se organizan circuitos de economía social que facilitan la viabilidad económica de unas empresas que son mucho más que un lugar de trabajo, al desarrollar un papel como dinamizadores socioculturales pues muchas de estas empresas financian obras comunitarias y la construcción de equipamientos sociales. Esta dinámica la encontramos en las cooperativas del MST, las dinámicas barriales de la FUCVAM o las empresas recuperadas argentinas.

Destaca también la reactualización de las prácticas comunitarias de apoyo mutuo y reciprocidad del movimiento indígena andino, como la *minka* o el *ayni*, que han resultado viables dentro de este contexto de recuperación de una vida comunitaria que tiene como referencia central en el ordenamiento social, cultural y económico el *ayllu*. La recuperación del *ayllu* se convierte en un símbolo de la conciencia étnica, como referencia de la identidad colectiva y comunitaria, como elemento de la autoestima indígena. Una forma de gestionar de forma compartida y corresponsable muchas de las necesidades socioeconómicas de las comunidades indígenas.

Conclusiones

En un contexto en el que se generalizan las demandas de democratizar la economía, resulta conveniente valorar cómo las principales innovaciones latinoamericanas han conjugado este proceso con la necesaria democratización tanto de las propias entidades de la sociedad civil, como de las administraciones públicas. Una democratización de la economía que desborda la dimensión organizacional de las empresas, principalmente bajo fórmulas cooperativas, para extenderse a la gestión de bienes y recursos, o a la dimensión comunitaria, donde este proceso se vincula al establecimiento de redes y formas de cooperación entre empresas, emprendimientos productivos y otros actores de comunidades o municipios.

Las innovaciones en América Latina suponen un muestrario de las alternativas puestas en marcha en sociedades en crisis. Un catálogo de experiencias activas que en la coyuntura actual debe de usarse para estimular nuestra creatividad, potenciar la reflexión y provocarnos para inaugurar nuevos escenarios para la economía social.

Boletín ECOS

El Boletín ECOS es una publicación electrónica, trimestral y gratuita que aborda debates candentes relacionados con las líneas de trabajo del Centro.

Ámbitos de referencia

- Sostenibilidad
- Conflictos socioecológicos
- Cohesión social
- Democracia
- Diversidad

Contenidos

- Entrevistas
- Diálogos
- Artículos de análisis
- Información de actividades de CIP-Ecosocial
- Selección de recursos destacados del Centro de Documentación Virtual



Últimos Boletines ECOS publicados



Boletín n° 11:
Enfoques sobre bienestar y buen vivir
(Abril-junio 2010)
Entrevista a Emilio Lledó
Análisis: Joaquim Sempere, Alberto Acosta, Saamah Abdallah, Mario Ortí.



Boletín n° 10:
Debates feministas
(Enero-marzo 2010)
Diálogo: Mari Luz Esteban-Isabel Otxoa
Entrevista a Silvia L. Gil
Análisis: Justa Montero, Olga Abasolo, Marta Pascual y Yayo Herrero, Lucy Ferguson



Boletín n° 9:
Cumbre de Copenhague, ¿viaje a ninguna parte?
(Noviembre-diciembre 2009)
Diálogo: Teresa Ribera-Antonio Ruiz de Elvira-Pablo Cotarelo
Análisis: Carlos Taibo, Jordi Roca, Cristina García Fernández, Antonio Ruiz de Elvira

Suscríbete al Boletín ECOS en la página web del Centro:

<http://www.cip-ecosocial.fuhem.es>

Consulta los números publicados:

<http://www.fuhem.es/cip-ecosocial/boletin-ecos>

Entrevista a Víctor M. Toledo

Monica Di Donato

171

Entrevista

Entrevista a Víctor M. Toledo

«La crisis de civilización de la humanidad es una crisis de las relaciones de la sociedad industrial con los procesos naturales»

A lo largo de esta entrevista, el autor reflexiona acerca de la importancia de recurrir a un enfoque complejo, sistémico y plural para entender las relaciones entre sistemas sociales y ecosistemas naturales. Ello requiere emplear en el análisis la perspectiva del metabolismo social en su sentido más amplio, que implica reconocer que en todas las sociedades los «factores materiales» coexisten y se correlacionan con «factores intangibles», y emplear una perspectiva etnoecológica. Investigador del Centro de Investigaciones en Ecosistemas de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor en la Universidad Internacional de Andalucía, Víctor M. Toledo ha realizado valiosas aportaciones sobre las relaciones entre las culturas indígenas y la naturaleza y sobre la apropiación campesina de los bienes y servicios proporcionados por esta. Pionero en este campo, sus estudios le han valido el reconocimiento internacional como uno de los principales teóricos de esta nueva disciplina.

Pregunta: En todas las sociedades, incluidas las menos agresivas en términos de apropiación de los ecosistemas, los seres humanos, para satisfacer sus necesidades, se relacionan con el entorno natural, alterando e interfiriendo con su evolución espontánea. Considerando la importancia histórica de esta relación, ¿por qué es relevante abordar desde una perspectiva sistémica, compleja y plural las relaciones entre la economía, la sociedad y el mundo natural, en términos de su metabolismo?

Monica Di Donato es responsable del Área de Sostenibilidad de CIP-Ecosocial

Respuesta: Durante las últimas tres a cuatro décadas, en los medios académicos de vanguardia se ha incrementado, a veces de manera obsesiva, el interés por construir un marco teórico adecuado para el análisis integrado de los procesos naturales y los procesos sociales (incluyendo la economía, la cultura, la política, etc.). Considero que el 80% o más de los intentos –y pido disculpas por dar esta cifra tan contundente– han sido fallidos: han sido pro-

puestas en su mayoría ingenuas basadas supuestamente en la «teoría de sistemas», que arman esquemas simplistas de cajas y flechas sin ningún rigor. Hoy debe de haber cientos, quizás miles, de «modelos interdisciplinarios» que se han ido directamente a las bodegas de lo inútil. Hubo que esperar al surgimiento de autores, dentro de lo que podríamos llamar las nuevas disciplinas híbridas, que asumieron el reto con rigor y seriedad. Casi todos arribaron provistos de una mínima cultura epistemológica, es decir, partieron de lo avanzado por autores críticos del quehacer científico como Paul Feyerabend, Edgar Morin, Pierre Bourdieu y otros. De esta forma, en los últimos años hemos podido disponer de avances interesantes gracias a las contribuciones de S. Funtowicz y Ravetz y su «ciencia posnormal», de la llamada «ciencia para la sostenibilidad» (*sustainability science*) propuesta por un grupo de investigadores pertenecientes a diversos campos, y de manera notable de dos nuevas corrientes: la perteneciente a la «teoría de la resiliencia socioecológica» liderada por C. S. Holling y que tiene a la revista *Ecology and Society*¹ como su principal medio de debate y comunicación, y la de quienes nos agrupamos, explícita o implícitamente, en torno al concepto de metabolismo social.

P: ¿De dónde surge el concepto de metabolismos social, y por qué ofrece una vía adecuada o prometedora para el análisis de la naturaleza y de la sociedad?

R: Por el año 1976, durante mi estancia en la Universidad de Harvard, descubrí un libro que me sorprendió y me marcó para el resto de mi vida académica: *El concepto de naturaleza en Marx* de Alfred Schmidt, fruto de la tesis doctoral que realizó en Francfort. A pesar de su tono filosófico, el libro tendía un puente fascinante entre la teoría económica y política de Marx y la naturaleza, es decir, y la ecología. Ahí leí sorprendido que Marx había derivado de los naturalistas de su época la idea de metabolismo (*Stoffwechsel*) para utilizarlo como su concepto estrella en el análisis del capitalismo. Desde entonces pensé que ese era el camino adecuado porque abría la posibilidad de integrar principios derivados de los que quizás son los dos campos más críticos del pensamiento actual. Había por supuesto que depurar, decantar y actualizar muchas tesis en ambos campos, pero la perspectiva era, y sigue siendo, muy prometedora. Hacia 1981 publiqué un artículo, que por cierto pasó desapercibido, bajo el título de «Intercambio ecológico e intercambio económico» inspirado en la lectura de aquella obra y de nuevos hallazgos. Una década después apareció la economía ecológica y casi al unísono la ecología política, y dentro de ellas la corriente que encabeza Joan Martínez-Alier, a quien debemos con otros autores (J. O'Connor, J. P. Deleage, J. B. Foster) los principales aportes en torno a los nexos entre el marxismo y la ecología. Unos años después, tuvo lugar el relanzamiento del concepto de metabolismo, un hecho que debemos a Marina Fisher-Kowalski de Viena. A partir de los trabajos de esta autora se

¹ <http://www.ecologyandsociety.org/>

ha desencadenado un gran entusiasmo por los estudios teóricos y empíricos que utilizan el concepto de metabolismo social para interpretar situaciones actuales e históricas de países, regiones o comunidades, y ello ha ocurrido de manera especial en dos naciones: Austria y España. En España autores bien conocidos de la economía ecológica y de la historia ambiental, han hecho ya contribuciones seminales en este sentido: J. M. Naredo, Ó. Carpintero, E. Tello, J. Martínez-Alier y sus estudiantes, M. González de Molina, sólo por citar algunos.

P: El concepto de metabolismo social hace referencia a los intercambios de flujos de materiales y energía, incluyendo el agua y los desechos, que todo país realiza con la naturaleza, es decir, en su entorno natural y con otros países. Con ello supera los principios limitados de la teoría económica convencional que todo lo reduce a lo monetario e ignora, torpemente, las fuentes físicas, biológicas y químicas de la economía. Sin embargo, según muchos autores, esto no le hace salir del cautiverio materialista, es decir sigue siendo víctima del «reduccionismo energético», pues parece no incluir dimensiones intangibles como la cultura, la ideología, el conocimiento, las cosmovisiones, etc. En este sentido, ¿es, o no el metabolismo un concepto que abarca el conjunto de las relaciones entre las sociedades humanas y la naturaleza, mostrando «todos sus flujos ocultos»?

R: Considero que hay que reconocer que, salvo un par de artículos aislados, los autores dedicados a analizar los metabolismos sociales se han limitado, en efecto, a cuantificar flujos materiales y energéticos. Esto no está mal, pero eso es apenas la mitad de la historia. Los análisis de lo tangible, que incluyen los flujos que la sociedad toma de y retorna al mundo natural, son necesarios pero no suficientes. De esto y de otras cosas nos percatamos, por ejemplo, M. González de Molina y yo hacia principios de la década y decidimos escribir un libro, cuya versión final estamos entregando. Decidimos realizar esta tarea, que en realidad debería ser obra de un equipo amplio de investigadores, aprovechando una rara ventaja académica: la complementariedad de nuestras formaciones: un historiador español o europeo y un ecólogo mexicano o latinoamericano. El libro lleva por título *Metabolismos, naturaleza e historia*, e intenta formalizar teórica y prácticamente el uso del concepto de metabolismo social, mediante la superación de dos limitantes bastante evidentes, desde nuestro punto de vista, de quienes lo emplean. Primero, que los análisis se reducen a los meros flujos de materia y energía, olvidándose de que en toda sociedad, desde la primera hasta las últimas, los «factores materiales» coexisten y se correlacionan con los «factores intangibles». En segundo término, la necesidad de realizar una interpretación de la historia en clave metabólica, es decir, una teoría de las transformaciones socioecológicas. La tarea como se ve es descomunal, pero pensamos que alguien tiene que comenzarla y que lo importante es que a nuestra contribución sigan nuevas y mejores aportaciones.

P: Es decir, ¿tu libro ofrece de alguna manera elementos para una fundamentación teórica del metabolismo social, en un sentido más amplio?

R: En efecto, en el libro estamos desplegando todo el potencial del concepto de metabolismo social, buscando no caer en reduccionismos de ningún tipo ni en sesgos disciplinarios o ideológicos. Con ello ofrecemos un marco conceptual interdisciplinario capaz de moverse por las dimensiones del tiempo (historia) y del espacio (transescalaridad), integrando tanto las dimensiones tangibles (*hardware*) como las intangibles (*software*) de la sociedad en sus relaciones con la naturaleza. Así, la estructura metabólica de la sociedad aparece como la integración de dos cuerpos poliédricos (uno contenido en el otro): uno formado por los cinco procesos metabólicos (apropiación, circulación, transformación, consumo y excreción) y el otro conformado por las dimensiones invisibles o intangibles (instituciones, cosmovisiones, conocimientos, leyes, etc.). Con ello intentamos superar las versiones “energéticas” y “cibernéticas” del metabolismo social, para pasar a un análisis más completo, donde lo mismo se incluyen los flujos de materia, energía, agua y residuos, que las dinámicas demográficas, los ciclos de expansión y contracción territorial, el papel de la explotación y la desigualdad social, los intercambios desiguales entre países y sectores (centros y periferias), y el deterioro ambiental o ecológico.

P: A lo largo de esta entrevista, estamos perfilando la idea según la cual las sociedades humanas “producen” y reproducen sus condiciones materiales de existencia a partir de su metabolismo con la naturaleza. Eso implica que todas las sociedades independientemente de su situación en el espacio y en el tiempo, se han apropiado de manera característica, y han transformado, los flujos de bienes y servicios provenientes del mundo natural. En este sentido, ¿se puede describir la historia de la humanidad como una historia de “saltos metabólicos”?

R: En su libro sobre la historia ecológica de la India, R. Guha y M. Gadgil² acuñan una frase que me parece muy afortunada: «La historia humana no es, en última instancia, más que un entramado de prudencias y libertinajes, de usos sostenibles y de usos destructivos de los recursos de la naturaleza», y esta visión es la que alimenta a los investigadores de la historia ambiental. Hoy, cuando la humanidad se enfrenta a una crisis de civilización, que es fundamentalmente una crisis de las relaciones de la sociedad industrial con los procesos naturales, mirar el pasado desde la óptica del metabolismo entre las sociedades y la naturaleza, nos abre una panorámica para entender las caídas, colapsos, resistencias, recuperaciones, ciclos y otros patrones de largo aliento, a partir de los cuales podemos entender mejor la situación actual. La interpretación de los cambios históricos mostrados por conste-

² R. Guha y M. Gadgil, *This Fissured Land: An Ecological History of India*, Oxford University Press, Delhi, 1993.

laciones de sociedades y sus entornos naturales, en regiones y épocas concretas, es la función de esta historia que utiliza el metabolismo social como eje de su análisis. De esta forma, la revisión del pasado se torna de una enorme actualidad, reivindicando de paso la tarea de la historia, porque se vuelve imprescindible para diseñar el futuro y porque remonta la «crisis del recuerdo», la amnesia a la que nos condena la Modernidad. Una Modernidad fincada en lo instantáneo, en los pulsos extraños del reloj, las máquinas, la tecnología y el mercado.

P: En sus orígenes, todos los miembros de las sociedades humanas se dedicaron a apropiarse la naturaleza. Hoy parece que esta tendencia se ha recortado, es decir sólo una porción de la población humana está involucrada en el acto de apropiación. A esta porción sueles definirla, en tus trabajos, como «el segmento rural del todo social», y defines también todo el conjunto de actos por medio de los cuales la sociedad se apropia de bienes y servicios de la naturaleza como «metabolismo rural». ¿Puedes reflexionar acerca de esta idea en términos de quiénes se apropian de la naturaleza y cómo lo hacen?

R: Los cinco procesos metabólicos, apropiación, circulación, transformación, consumo y excreción, son ineludibles para toda sociedad pues ellos representan su entramado fisiológico. En un principio, digamos hace 200.000 años, cuando se estima que apareció nuestra especie, todos los miembros de las sociedades de cazadores-recolectores efectuaban el acto de apropiarse recursos de la naturaleza para su subsistencia, los cuales eran consumidos casi de inmediato. Podemos trazar a lo largo de la historia humana, una secuencia cada vez más compleja: los productos comienzan a circular, luego se transforman, y por lo tanto el consumo se aleja de la apropiación; hasta que llegamos a las sociedades modernas donde existe ya una complejísima trama y donde el consumo y la excreción, y no se diga la circulación, se han vuelto tanto o más importantes que la apropiación y la transformación. Cada ser humano de acuerdo a su época, su situación social, etc., se liga a un rol, a una, dos, varias o todas las funciones metabólicas; de ahí surgen las especializaciones y las sectorizaciones. Las relaciones se hacen redes, y redes de redes; la trama se torna casi indescifrable. En nuestro libro dedicamos todo un capítulo a lo que, parafraseando a K. Polanyi, llamamos «la gran transformación»: el salto radical de un metabolismo orgánico a un metabolismo industrial, es decir el surgimiento del capitalismo, la industria, la ciencia, la innovación tecnológica, el uso de los minerales y el comercio global. Desde esta óptica no se puede comprender la crisis de la Modernidad sin entender lo sucedido con la dinámica metabólica, los cambios ocurridos en cada eslabón de las cadenas que van de la naturaleza al consumo y después de nuevo hacia la naturaleza en forma de desechos, residuos, basuras, emisiones. La perspectiva metabólica nos deja ver claramente cómo la fracción rural, la urbana y la industrial de toda sociedad contemporánea están íntimamente conecta-

das, y lo mismo decimos de las relaciones entre países. Este esquema nos da, por último, la magnífica oportunidad de analizar la explotación económica entre países o sectores y su relación con la explotación que los humanos de hoy hacen de la naturaleza a través del agotamiento, uso excesivo, dilapidación y contaminación. De esta forma, podemos estudiar totalidades o fracciones, de una o de varias épocas, y así sucesivamente. Por ejemplo, hemos dedicado todo un número de la *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*³ al análisis, mediante estudios de casos, del metabolismo rural o agrario.

P: En relación con esta perspectiva que da el metabolismo, ¿cómo se ubica la nueva disciplina de la etnoecología, que te reconoce como un de sus pioneros?

R: Es curioso, sin percatarnos hemos hablado de economía ecológica, historia ambiental, ecología política, y efectivamente sólo faltaba mencionar a la agroecología y a la etnoecología, dos ámbitos a los que he dedicado muchas investigaciones. Lo que sucede es que todas estas nuevas áreas del conocimiento, que resultan de una erupción, o más bien de una aleación, entre la ecología y una disciplina social, son intentos por alcanzar lo que dijimos al principio: un marco integrador o interdisciplinario. La gran novedad, la buena noticia, es que aparentemente el concepto de metabolismo social parece englobar todos estos intentos, ubicarlos, darles sentido y coherencia. Vista así y queriendo establecer esta nueva e interesante relación, la etnoecología, es un campo enfocado en el acto de apropiación —es decir, trabaja con productores rurales—, que se concentra exclusivamente en las relaciones que los actores sociales (individuos, familias, cooperativas, etc.) establecen con la naturaleza mediante los actos de crear, conocer y hacer, lo que el enfoque etnoecológico denomina el complejo *kosmos-corpus-praxis*.

P: Para terminar esta entrevista, ¿cómo se puede utilizar el concepto de metabolismo social y los resultados de los estudios que lo analizan para reconducir la situación actual por derroteros más sostenibles, para superar esta crisis de civilización, como mencionabas anteriormente, en la que estamos atrapados?

R: El mundo de hoy es un mosaico de paisajes metabólicos: áreas, sobretodo del norte del planeta, donde domina el metabolismo industrial, regiones inmensas donde aún subsiste el metabolismo orgánico, enclaves con relictos de metabolismos cinegéticos, zonas de transición y, por supuesto, conexiones entre todos esos que dan lugar a enjambres de una alta complejidad, a constelaciones abigarradas. Cada situación identificable conlleva una cierta cultura, una cosmovisión más o menos acabada o en proceso de disolución, un modo

³ <http://www.redibec.org/>, vol. 7, 2008, «Metabolismos rurales». Coordinadores Víctor M. Toledo y Eduardo García Frapolli.

de articulación social y digamos que una manera de relacionarse con la naturaleza y sus procesos. La crisis de la Modernidad se logra entender cuando justamente entendemos las porciones «no modernas» de la actualidad y cuando a ello agregamos una lectura en clave metabólica de la historia. De todo ello surgen algunas líneas centrales. Por ejemplo, que es imposible salir de la crisis ecológica mientras se mantenga la explotación social, porque esta es la que induce la explotación de la naturaleza. Tampoco se puede superar la crisis sin un abandono de las energías fósiles, que vistas en perspectiva fueron un «regalo del demonio». En suma, que parece que por fin vamos a disponer de una sencilla brújula, de una elemental carta de navegación para entender el mundo contemporáneo. Esta será una contribución intelectual, un aporte del conocimiento científico alternativo. Pero eso no es el final, eso es apenas el principio; una parte del principio.

Colección

economía & ecologismo crítica & social



El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas

Autor: Frédéric Lordon
ISBN: 978-84-8319-443-0
Páginas: 191
Precio: 18,00 €

Capitalismo desatado. Finanzas, globalización y bienestar

Autor: Andrew Glyn
ISBN: 978-84-8319-493-5
Páginas: 302
Precio: 20,00 €

NUEVO TÍTULO



www.libreria.fuhem.es

(* Gastos de envío gratuitos para España)

BOLETÍN DE PEDIDO

- ✓ Compre a través de la web www.libreria.fuhem.es
- ✓ Envíe este formulario al fax **91 577 47 26**
- ✓ Llame al teléfono **91 431 03 46**
- ✓ Escriba un correo a publicaciones@fuhem.es

Nombre:

Dirección:

Población: C.P. Provincia:

Teléfono: Correo electrónico:

Deseo recibir

(Indique el número de ejemplares que desea recibir):

El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas

Capitalismo desatado. Finanzas, globalización y bienestar

FORMA DE PAGO

Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado

Contra reembolso

Transferencia bancaria a:
Banco Popular. C/ O' Donnell, 22. 28009 Madrid.
Nº Cuenta: 0075 0251 11 0600005047

Si desea pagar con tarjeta de crédito,
compre **de forma segura**
a través de la librería on-line:

www.libreria.fuhem.es



Duque de Sesto, 40 - 28009 Madrid
Tel.: 91 431 03 46 - Fax: 91 577 47 26
Web: www.cip-ecosocial.fuhem.es
E-mail: cip@fuhem.es

Descenso al caos: EEUU y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central de Ahmed Rashid
Afghanistan's Political Stability: A Dream Unrealised de Ahmad Shayeq Qassem 181
Nuria del Viso

Conversaciones con Edward Said de Tariq Ali 183
Mabel González Bustelo

DESCENSO AL CAOS: EEUU Y EL FRACASO DE LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL EN PAKISTÁN, AFGANISTÁN Y ASIA CENTRAL

Ahmed Rashid

Península, Barcelona, 2009

656 páginas

AFGHANISTAN'S POLITICAL STABILITY: A DREAM UNREALISED

Ahmad Shayeq Qassem

Ashgate Publishing Co., Farnham, 2009

216 páginas

Aunque con un carácter muy distinto, los dos libros reseñados tienen la cualidad de encajar nítidamente para ilustrar el puzzle afgano-pakistaní, las condiciones históricamente larvadas en esta complicada región del mundo y cómo a partir de la intervención de EE UU en el otoño de 2001 se han multiplicado las dificultades y se han agudizado fracturas anteriores, añadiendo algunas otras.

¿Por qué la inestabilidad ha estado presente de forma casi permanente en el último siglo y medio de la historia de Afganistán, cuando empieza a recibir la influencia colonial? A partir de esta pregunta, el diplomático y académico afgano Ahmad Shayeq Qassem plantea una sugerente hipótesis: la naturaleza de las relaciones del país con sus vecinos de Asia Central y el sur de Asia -que han oscilan entre la amistad y la tensión y raramente ha mantenido buenas relaciones con ambas regiones a la vez-, constituye un factor determinante en el eje estabilidad-inestabilidad; esto, combinado con factores endógenos y estructurales propios, ha dado como resultado una historia convulsa. Qassem argumenta que la miopía de los sucesivos gobiernos afganos para identificar esta relación sinérgica y su incapacidad para aportar un enfoque integral está en la raíz de la permanente inestabilidad de Afganistán.

A partir de esta premisa, y después de analizar el concepto de estabilidad política, el autor traza en su primer libro un recorrido por la historia del país atendiendo a la estabilidad política de los diferentes regímenes. Repasa los estrechos lazos históricos, étnicos, lingüísticos y culturales de Afganistán con otros países del entorno, fuente de la diversidad política, étnica, religiosa y cultural que lo caracteriza. Esta diversidad no está exenta de rivalidades –propias o atizadas externamente-, que se encuentran en la base de las tensas relaciones con unos u otros países cercanos.

La vecindad en la que se ubica Afganistán, ya de por sí compleja, ha vivido a su vez profundos cambios en las últimas seis décadas. Entre otros acontecimientos figuran la desaparición del Imperio británico y su transformación en dos Estados -India y Pakistán-, la revolución maoísta en China, la caída del Sha y el ascenso del régimen de los ayatolas en Irán, así como el colapso y desaparición de la Unión Soviética y el nacimiento en las nuevas repúblicas centroasiáticas.

La importancia de los países circundantes en los acontecimiento de Afganistán se hace patente desde diversos criterios. Si repasamos su historia, la propia creación del actual Afganistán como “estado tapón”, colchón de las rivalidades entre el Imperio ruso y el Imperio británico a mediados del siglo XIX resalta la influencia de potencias externas en el devenir del pueblo afgano. Shayeq Qassem ahonda en las consecuencias de la competencia entre los dos imperios y sus posteriores herederos, cuyos ecos llegan hasta hoy.

La situación geográfica del país -ubicado en el corazón de Asia y sin acceso al mar, y lugar de paso de los sucesivos conquistadores durante milenios- aporta también razones para la relevancia de los vecinos en la evolución del país.

Aunque parte de hechos históricos conocidos, Shayeq Qassem aporta una nueva mirada desde los criterios de estabilidad-inestabilidad y de la relevancia de los actores regionales que ofrecen claves importantes para interpretar el

actual contexto de la región. Tanto este libro como el de Ahmed Rashid coinciden en destacar el peso de Pakistán en la evolución política de Afganistán. Conviene tener presente al leer *Afghanistan's Political Stability* que el autor, como afgano con una identidad específica, deja entrever cierta parcialidad y su propia ubicación en el arco etno-político afgano. Ello se vislumbara al presentar el papel de Pakistán y la “cuestión pastún”, o al presentar a los usualmente denominados *señores de la guerra* de los grupos del norte como “líderes autóctonos afganos”. Por la misma razón, el libro tiene el valor de un análisis sobre la estabilidad política de Afganistán desde el punto de vista de un académico autóctono.

En *Descenso al caos* Ahmed Rashid, aclamado autor del libro “Los taliban” (Barcelona: Península, 2001), vuelve a utilizar su meticulosa investigación y estilo directo para repasar detalladamente los errores de la administración *neoon* de EE UU en el Sur de Asia entre 2001 y 2008, sus paradójicas decisiones y su improvisación, que han agudizado la actual situación de caos tanto en Afganistán como en Pakistán a la que alude el autor en el título.

A través de su extenso conocimiento de la zona y entrevistas con altos cargos protagonistas de los hechos, Rashid nos presenta el revés de una trama no siempre visible al observador foráneo. Examina los acontecimientos sin omitir trapos sucios o puntos oscuros para ilustrar las devastadoras consecuencias de las estrategias que se adoptaron. Una de ellas fue la reticencia de EE UU a implicarse en un verdadero plan de reconstrucción política, económica y social para Afganistán, mientras que daba apoyo a los *señores de la guerra* que socavaban el mismo gobierno que se pretendía apuntalar. A pesar de las declaraciones oficiales de los países e instituciones involucradas, el compromiso con Afganistán –civil o militar- ha sido muy tibio; incluso el esfuerzo de EE UU fue débil si se compara con el posterior despliegue en Irak, que rápidamente acaparó la atención y absorbió la mayor parte de los recursos destinados por el gobierno Bush a la “guerra contra el terrorismo”.

A los argumentos de Rashid sobre los errores cometidos podrían añadirse algunos otros, si cabe más fundamentales, como el hecho de enfocar como una guerra un problema de terrorismo internacional, que debía haberse abordado con instrumentos policiales y de inteligencia. O cómo se dio prioridad a la estrategia militar frente a la civil en un país que lo que necesitaba más desesperadamente era apuntalar la seguridad humana de la población.

Estas políticas no apuntan a un verdadero compromiso de estabilizar un país -ni aun en la lógica de Washington-; casi sugiere lo contrario: el deseo mantener un cierto caos. Así lo apoyan los argumentos que propone el profesor británico Mark Harold, que sostiene que el verdadero objetivo ha sido crear en Afganistán un “espacio vacío” para lograr mejor los fines de EE UU de presencia en la región (*Afganistán como un espacio vacío*, Ed. Foca, 2007).

Si las consecuencias de estas políticas han sido desastrosas para Afganistán, no lo han sido menos para Pakistán. Rashid desvela las piezas de este puzzle, poniendo de manifiesto una estrategia llena de agujeros, donde el principal aliado local de EE UU, Pakistán, mantuvo un doble juego apoyando la “guerra contra el terrorismo” –que le reportó más de 10.000 millones de dólares de ayuda, principalmente militar- al tiempo que hacía la vista gorda sobre las idas y venidas de la cúpula talibán asentada en Qetta, Pakistán. Con esta estrategia, el gobierno militar del general Musharraf buscaba guardarse un as en la manga: dado que estaba convencido de que EE UU y sus aliados de la OTAN no aguantarían mucho tiempo en Afganistán, cuando se marchasen Pakistán tendría la ocasión de restablecer un gobierno amigo en Kabul. La “guerra contra el terrorismo” también dio al gobierno de Musharraf la excusa para recortar los derechos civiles y reprimir a sus opositores, ya fueran proindependentistas baluches o sociedad civil prodemocrática.

Ahmed Rashid corrobora la centralidad de Pakistán en el destino político de Afganistán, como propone Shayeq Qassem, aunque lo pre-

senta desde un ángulo diferente. En *Descenso al caos* vemos la cara amarga de la estrategia que Pakistán ha desarrollado desde los años ochenta y cómo el presunto villano ha resultado también víctima de sus propias estratagemas: su apoyo a los grupos extremistas islámicos y su utilización de grupos terroristas en Cachemira y en Afganistán como instrumento para alcanzar sus intereses nacionales se ha vuelto finalmente en contra del país, assolándolo con actos de terrorismo casi diarios y magnicidios como el de Benazir Bhutto. El “Frankenstein” terrorista se volvió finalmente contra sus mentores y se ha enquistado en el propio Pakistán, en las Zonas Tribales bajo Administración Federal (FATA, por su sigla en inglés), donde ha eliminado a numerosos líderes tribales, mulás y civiles alejados de posiciones extremistas. Además, el sistema político de Pakistán se ha convertido en rehén del aparato militar y de seguridad, como ilustra detalladamente Rashid, alejando las aspiraciones de democracia.

Si el libro de Shayeq Qassem nos presenta la escena, con sus condicionantes históricos y estructurales, Rashid perfila el desenlace de esta trama aún sin finalizar, pero que presenta bastantes signos alarmantes. *Descenso al caos* finaliza su análisis en 2008 con una nota de esperanza respecto a las posibilidades de la administración de Barack Obama en EE UU de cambiar el rumbo de la estrategia. Hoy, más de un año después de la toma de posesión de Obama, sabemos que la política ha variado, sí, pero para intensificar la presencia militar estadounidense en Afganistán, mientras se perfila ya una negociación con los comandantes talibán y de la insurgencia en términos muy preocupantes, aumentando así aún más la esquizofrenia entre guerra y reconciliación.

Nuria del Viso
Responsable del Área de Paz de CIP-
Ecosocial

CONVERSACIONES CON EDWARD SAID

Tariq Ali

Alianza, Madrid, 2010

132 páginas

Un duelo de gigantes. Así podría definirse el contenido de este libro, donde dos amigos que figuran entre los más relevantes intelectuales del siglo XX y de este en el que vivimos; dos voces transgresoras y disidentes, conversan sobre historia, política, música, literatura y, en definitiva, sobre la vida. Edward Said, el más grande cronista del pueblo palestino, evoca en estos diálogos su vida, su implicación en la causa palestina, pero también su pasión por la literatura y la música, o su convicción de que se ha erigido un muro artificial entre la cultura y la política que es necesario derribar. Cuando esta conversación tuvo lugar, hacía tres años que a Said se le había diagnosticado leucemia, una enfermedad contra la que luchó durante más de diez años hasta su fallecimiento en el año 2003.

Los diálogos reproducidos en este libro fueron filmados en 1994, en el apartamento de Edward Said en Riverside Drive (Nueva York). Las sesiones se editaron para convertirse en el documental *Una conversación con Edward Said*, producido por Bandung Films para el canal británico Channel 4. Años más tarde, alguien pidió a Tariq Ali que localizase el material sin editar, para poder disfrutar de la riqueza de los diálogos íntegros. Esta es la transcripción de aquellas conversaciones, prácticamente literal, con poca edición para que la conversación y su ritmo fluyan de forma natural. El resultado es un libro fascinante a dos voces lleno de sentimientos y complicidades.

No podía ser de otra forma. Por un lado, Tariq Ali, escritor y cineasta anglo-paquistaní, intelectual comprometido, autor de ensayos políticos e históricos, obras de teatro, novelas y guiones cinematográficos, miembro del consejo editorial de Verso y *New Left Review*. Por otro, y

como protagonista del diálogo, Edward Said, uno de los intelectuales palestinos más importantes del siglo XX, profesor de Columbia, autor de obras de referencia como *Orientalismo*, *Cultura e imperialismo*, o *La cuestión de Palestina*, y miembro del Consejo Nacional Palestino hasta 1991. Ambos, nacidos en culturas de Oriente pero afincados en Occidente; ambos con un firme compromiso político, simpatizantes de la izquierda, y feroces defensores del derecho y el deber del intelectual de ser crítico frente a cualquier ortodoxia.

En el inicio del volumen Said desgrana la historia de su vida, íntimamente entrelazada y a la vez lejana de la de Oriente Medio. Nacido en Jerusalén en el seno de una familia cristiana árabe adinerada, todos se ven obligados a trasladarse a Egipto en 1948. Su infancia transcurrió bajo la doble disciplina estricta de su padre y de los colegios británicos donde estudiaba. Llegada la adolescencia fue enviado a EE UU, a un colegio de Nueva Inglaterra que califica de puritano e hipócrita. La ruptura y el desarraigo afloraron en una situación totalmente nueva y desconcertante. Pese a los costes internos, su adaptación fue exitosa y del internado pasó a licenciarse en Princeton y doctorarse en Harvard, para terminar como profesor de Literatura Comparada en Columbia.

Su vida plácida como profesor en Columbia se rompió con la guerra de 1967 y la humillante derrota de las tropas árabes frente a Israel. Esto cambió su vida. *“En ese momento estaba en Nueva York y me dejó totalmente devastado. El mundo, como yo lo entendía y conocía, había acabado por completo en ese momento. Y fue poco después cuando comencé, por primera vez –ya llevaba viviendo en Estados Unidos quince o dieciséis años- a establecer contacto con otros árabes”*.

A partir de entonces Said se implicó a fondo con el movimiento de resistencia. Se convirtió en el intelectual palestino de referencia en Occidente, una voz lúcida, siempre crítica, inagotable. Entre muchas otras cosas, ayudó a escribir el histórico discurso que pronunció

Yaser Arafat ante la ONU en 1984. Aquel en el que afirmó que cualquiera que lucha por una causa justa y por la libertad y liberación de su tierra frente a invasores, colonos y colonialistas, no puede ser llamado terrorista. El propio Said había de ser calificado de terrorista en los años siguientes.

Aunque defendió la causa palestina de forma incansable hasta su muerte, no sucedió lo mismo con su liderazgo, al que criticó de forma ácida y feroz especialmente a partir de los acuerdos de Oslo. Esto le brindó nuevos enemigos, aunque paradójicamente no aquellos que siempre le habían llamado terrorista y ahora tenían a Isaac Rabin por un traidor, sino la gente de la que había sido más cercano. *“La comunidad liberal, la que sentía ligeramente lo que estaba pasando, la que estaba ligeramente horrorizada con la ocupación, ahora estos son los que están tremendamente decepcionados conmigo y dicen que soy un enemigo de la paz, que en realidad soy un fundamentalista islámico, que me opongo desde el extremismo, que lo rechazo todo”*.

En realidad, Said creía que la cúpula palestina había perdido la visión política y estratégica al aceptar, a cambio de casi nada, un acuerdo tremendamente desventajoso que nunca permitiría emerger una Palestina libre e independiente. Un liderazgo, dice, que negociaba en nombre de un pueblo y un territorio que, tras tantos años de exilio, apenas conocían. Al aceptar un acuerdo que dejaba todas las cuestiones importantes (la ocupación, los asentamientos, los refugiados y el estatus de Jerusalén) abiertas, y por tanto en manos de la potencia más fuerte, Israel, pensó que habían aceptado la muerte de facto de Palestina.

A pesar de esta ruptura, nunca dejó de defender los derechos palestinos. Y pese a ella, tampoco oculta su fascinación por la personalidad de Arafat. *“Me impresionaron su inteligencia, su rapidez, su memoria, su fantástico atractivo (...). Podía interactuar, mantener siete conversaciones a la vez, hacer veinte cosas distintas –hablar, comer, contestar al teléfono, escri-*

bir, ver la televisión, todo al mismo tiempo (...). A diferencia de la mayoría de los líderes árabes, él era accesible". Aunque su relación fue compleja, y Arafat siempre vio y clasificó a Said como un estadounidense, y a pesar de las críticas que luego vendrían, esa fascinación parece haber sobrevivido al paso del tiempo. Arafat, asegura, era diferente a los líderes árabes en una cuestión fundamental: siempre escuchaba, y además parecía entender.

Said y Ali abordan también el impacto y la polémica que siguieron a la publicación de *Orientalismo*, el primer gran ensayo de Said sobre el eurocentrismo cultural. Un producto, como él mismo dice, de su renacida conciencia árabe, y de su convencimiento de que no hay distancia ni separación entre la literatura y la política. *"Comencé a leer, metódicamente, lo que se había escrito acerca de Oriente Próximo. Aquello no se correspondía con mi experiencia. A principios de la década de los setenta comencé a darme cuenta de que las distorsiones y las falsificaciones eran sistemáticas, parte de un sistema de pensamiento más amplio y endémico en toda la empresa occidental de las relaciones con el mundo árabe".*

Said analizó algunas obras clave del canon estético occidental desde un punto de vista político. En sus propias palabras, trataba de socavar los presupuestos más fundamentales de Occidente con respecto al Oriente árabe, el "discurso" sobre Oriente, construido en Francia y el Reino Unido en los dos siglos posteriores a la invasión napoleónica de Egipto, y que se convirtió en instrumento de la dominación cultural y política occidental. Said se centró en de-construir sus bases: la distorsión, la exotización, la vulgarización, en realidad suposiciones imperialistas presentadas como una verdad universal en beneficio del predominio occidental. El libro tuvo resonancia mundial y amplio respaldo académico. Con los años se ha convertido en un clásico, aunque también le procuró a Said críticas feroces.

Tanto en la literatura como en la política Said mantuvo una postura ética que le convirtió

en eterno portador de la etiqueta de incómodo y le granjeó respeto y reconocimiento, pero también abundantes y diversos enemigos. Cosmopolita y desarraigado, era un ciudadano de todas partes y de ninguna, algo en lo que quizá coincide con Tariq Ali. Nueva York era, como confiesa en este libro, el lugar ideal para él. El lugar donde cualquiera puede ser anónimo porque nadie se puede sentir como en casa. *"Nueva York es una especie de ciudad de exilio. Sin raíces".*

Fiel a su identidad y aunque envuelto en una lucha atroz contra la enfermedad, nunca renunció a su derecho a la divergencia. *"Siempre hay una oportunidad, sin importar que uno se sienta contra la pared sin ninguna alternativa excepto someterse; siempre hay una oportunidad de hacer otra cosa. Siempre hay una oportunidad para formular una alternativa, y no sólo quedarse callado o capitular. Creo que para mí es el precepto social más importante, y en cierto sentido rige el modo en el que yo entiendo la política".*

Said y Ali abordan otras cuestiones como el colapso de la izquierda árabe y el ascenso del fundamentalismo religioso, o la falta de credibilidad de muchos regímenes árabes contemporáneos. Pero este libro también ilumina otras facetas de Said menos conocidas pero igualmente fascinantes, como su profundo conocimiento y devoción por la música (de Chopin a Glenn Gould, de Messiaen a Boulez, a los que analiza como músico experto y como crítico musical) y la literatura (Conrad, Camus, Kipling...). Guiado por la mano lúcida y cómplice de Tariq Ali, este volumen de conversaciones nos adentra en los pensamientos de dos de los intelectuales más relevantes de nuestros días. Un auténtico lujo, en poco más de cien páginas.

Mabel González Bustelo

Periodista y analista de política internacional



Marzo-Abril 2010 © AÑO LIX © Nº 966 © F.V.P. S.L.

©

CRÍTICA



La gramática del amor

Diversas formas culturales de amor

La patología del amor en la relación de pareja

Corporalidad y amor

El amor en los tiempos de Internet

Revista CRÍTICA

98 AÑOS AL SERVICIO DE LA INFORMACIÓN

- Últimos números publicados:**
- 961 Nacionalismos
 - 962 Los nuevos jóvenes I ¿imposible entenderlos?
 - 963 Los nuevos jóvenes II la generación vulnerable
 - 964 Educar las emociones
 - 965 La Iglesia que queremos
 - 966 La gramática del amor



Cada mes un tema en profundidad

análisis, opinión, experiencias, protagonistas y además

libros, cine, teatro, T.V., arte, deporte, música ciencia...

Suscripciones:

Revista Crítica
C/ General Oraá 62 - 1º Izq.
28006 Madrid
Tel.: 91 725 92 00
Fax: 91 725 92 09

Correo electrónico:
critica@revista-critica.com

Página web:
www.revista-critica.com

suscripción 1 año

España 30 €

Extranjero 36 €

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN



Nombre y apellidos

Dirección

C.P. Ciudad

Provincia

Profesión

Modo de pago

- Transferencia Giro
 Cheque Domic. Bancaria

Remite y abona esta suscripción

Dirección

Población

C.P. Provincia

DOMICILIACIÓN BANCARIA

Titular cuenta

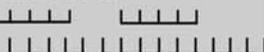
Nombre de Banco o Caja

Dirección del Banco

N. C.P. Población del Banco

Mire su talonario o libreta y cumplimente los datos de sus cuenta en su totalidad

Código cuenta cliente



Muy Srs. míos: ruego a Uds. se sirvan abonar, hasta nueva orden y con cargo a mi cuenta arriba indicada, los recibos que les presente Crítica

Firma

Fecha: de de 2010

PAUTAS PARA LOS AUTORES

Pautas generales

- Los textos publicados en la revista deberán ser originales, sin que hayan sido publicados con anterioridad en otra fuente.
- Agradecemos que a la entrega del texto el autor incluya su nombre y dos apellidos completos y el cargo que ocupa o título universitario con el que desea aparecer en la firma del texto.
- Los artículos de la revista tienen una **extensión** en torno a las 4.000 palabras.
- El **tono** del texto debe ser divulgativo, no excesivamente especializado, sin que ello suponga restarle rigor y profundidad de análisis.
- Al principio del texto se incluirá un breve párrafo, resumen del texto, de unas 9 líneas de extensión.
- Los párrafos irán separados por una línea de blanco.
- Los **epígrafes** se marcarán en negrita, y los subepígrafes en cursiva (ambos sin numerar). Las subdivisiones del texto deberían limitarse a estas dos exclusivamente.
- Los artículos **no** precisan de ir acompañados de **bibliografía** puesto que las referencias bibliográficas irán a pie de página en forma de nota.

Pautas específicas

- Las **siglas** y acrónimos deben ser mencionados en su versión completa solo la primera vez que aparecen en el texto. Ejemplo: Organización de Naciones Unidas (ONU). No deben llevar puntos entre las iniciales.
- Se usan las comillas **latinas** «»:
 - Para encerrar una cita textual.
 - Para encerrar los títulos de artículos de revista, capítulos de una obra u otros textos.
- Se usan las comillas **inglesas** “”:
 - Para dar a una palabra un sentido diferente del que tiene normalmente.
 - Para referirse a una palabra atribuida a otra persona o cuya connotación no se comparte (*se considera “muy buen escritor”*).
 - Con sentido irónico o peyorativo (*su laboriosidad es “envidiable”: se levanta a mediodía*).
- Se usan comillas **simples** (o semicomillas) “”: para entrecomillar una o más palabras dentro de una frase que ya está entre comillas latinas e inglesas («..... “.....’.....”»).
- Se empleará **cursivas**: para indicar énfasis y para palabras extranjeras. No se utilizarán en ningún caso las negritas y subrayados.
- **Citas**
 - Si tienen una extensión superior a los dos renglones, irán en párrafo aparte, en cuerpo menor, y con una línea de blanco por arriba y por abajo. Entrecomilladas y correctamente identificadas en nota a pie de página.
 - Si tienen una extensión de dos renglones irán dentro del texto, entre **comillas** «» y correctamente identificadas en nota a pie de página.
- **Notas**
 - Las notas irán a pie de página y numeradas correlativamente. La llamada dentro del texto irá siempre después del signo de puntuación:
Ej.: [...] la transformación del capitalismo.¹
 - **Libros**
M. Kranzberg y W. H. Davenport, *Tecnología y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, pp. 196.
 - **Capítulos de libros**
J. Riechmann, «Para una teoría de la racionalidad ecológica» en S. Álvarez Cantalpiedra y Ó. Carpintero (eds.), *Economía ecológica: reflexiones y perspectivas*, CBA, Madrid, 2009.
 - **Artículos en prensa o revistas**
M. Vázquez Montalbán, «De cómo Mariano Rajoy se convirtió en un ovni», *El País*, 3 de octubre de 2003, p. 14.
 - **Páginas web**
T. J. Pritzker, «An early fragment from Central Nepal», Ingress Communications [disponible en: <http://www.ingress.com/>. Acceso el 8 de junio de 1998].
 - **Para una referencia utilizada con anterioridad, usar la fórmula:**
M. Vázquez Montalbán, *op. cit.*, 2003.
 - Si la referencia es citada en la nota inmediatamente anterior, usar *Ibidem*.

- Todos los textos serán editados una vez recibidos para adecuarlos a los criterios y formato de la revista. En caso de que tengamos dudas nos pondremos en contacto con el autor para aclararlas.

PAPELES

DE RELACIONES ECOSOCIALES Y CAMBIO GLOBAL

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

PARA SUSCRIBIRSE

- ✓ ENVÍE ESTE CUPÓN AL FAX O LA DIRECCIÓN INDICADA A PIE DE PÁGINA
- ✓ ESCRIBA A NUESTRA DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO **publicaciones@fuhem.es**
- ✓ LLAME AL TELÉFONO **91 431 03 46**

Nombre:
Dirección:
Población: C.P. Provincia:
País: Teléfono:
Correo electrónico:

PRECIO DE UN EJEMPLAR

- España** (envío gratuito) **9 €**
- Europa** **21 €**
- Resto del mundo** **28 €**

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN (4 números)

- España** (envío gratuito) **28 €**
- Europa** **60 €**
- Resto del mundo** **88 €**

FORMA DE PAGO

- Domiciliación bancaria (preferible esta modalidad para suscriptores)

Titular de la cuenta:

ENTIDAD	OFICINA	CONTROL	NÚMERO CUENTA
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

- Cheque a nombre de Fundación Hogar del Empleado
- Giro postal a nombre de Fundación Hogar del Empleado
- Contra reembolso
- Transferencia bancaria a:

Banco Popular: C/ O' Donnell, 22. 28009 Madrid.
Nº Cuenta: 0075 0251 11 0600005047

